APROXIMACIONES SOBRE LA HISTORIA DE LA LECTURA EN HONDURAS

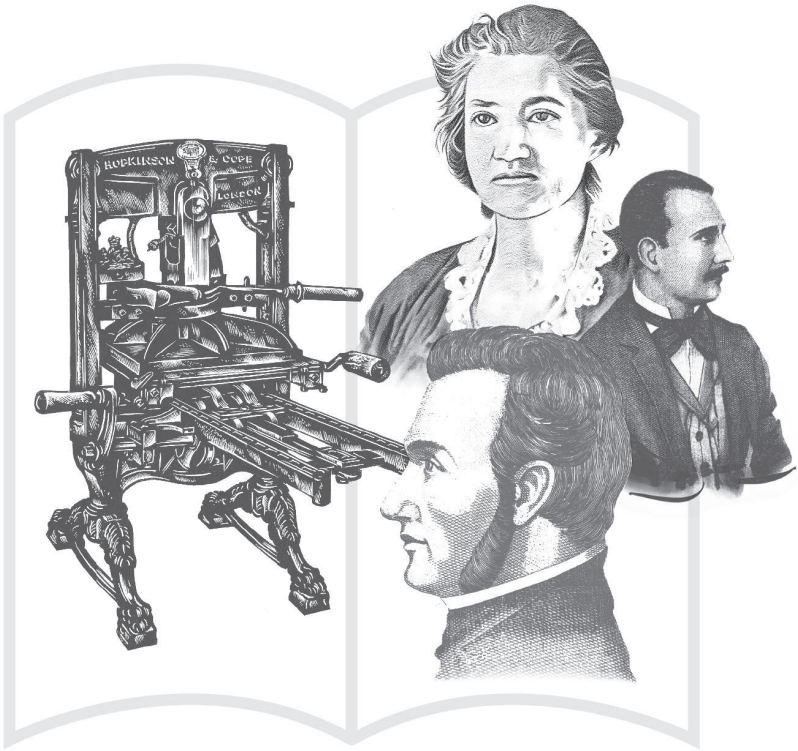
Jorge Alberto Amaya Banegas



Editorial Nacional
Eva Thais
SECAPPH

APROXIMACIONES SOBRE LA HISTORIA DE LA LECTURA EN HONDURAS

Jorge Alberto Amaya Banegas



Editorial Nacional
Eva Thais
SECAPPH

Primera edición: agosto de 2024.
© Secretaría de las Culturas, las Artes y los Patrimonios
de los Pueblos de Honduras (SECAPPH)
Tegucigalpa, M.D.C., Honduras.

© Jorge Alberto Amaya Banegas

**Colección Biblioteca Básica
de Cultura Hondureña**

ISBN: 978-99979-76-16-1

Anarella Vélez Osejo
Secretaria de Estado en los Despachos de las Culturas,
las Artes y los Patrimonios de los Pueblos de Honduras
(SECAPPH)

Carolina Torres
Dirección General del Libro y el Documento

Diagramación
Hektor Varela

Diseño de portada:
María José Carbajal Rivera

Corrección de estilo:
Cindy R. Funes
Carmen Núñez Almendares

Impresión:
Editorial Nacional Eva Thais, SECAPPH

Este ejemplar de ***Aproximaciones sobre la historia de la lectura en Honduras*** es un bien público no venable. Después de leerlo compártalo con otras lectoras y lectores.

«El libro, y no la espada, es el único que entre nosotros debe hacer revoluciones; pero revoluciones en la esfera de la inteligencia, pero revoluciones que den la vida y no la muerte, pero revoluciones que hagan brotar la luz de las ideas, en vez de sumergirnos en el horrible caos de la anarquía».

Ramón Rosa, *Discurso en la apertura de los cursos en la Universidad Central de Honduras*, 26 de febrero de 1882.

«*He abrevado mis ansias de sapiencia*
en toda fuente venenosa y pura,
en los amargos pozos de la ciencia
y en el raudal de la literatura».

Juan Ramón Molina, poema *Autobiografía*.

«De los diversos instrumentos del hombre,
el más asombroso es,
sin duda, el libro».

Jorge Luis Borges.

DEDICATORIA

A mi madre **Lupita**, quien, sudando la gota gorda, me enseñó a valorar los libros y las lecturas, porque con ellos pude conocer el feliz y fantástico mundo de las letras.

A mis compañeros de la Dirección de Investigación: Russbel, Mario, Germán, Renán, Bessy, Dania, Ramón Salgado, y Julita, que, en las alegrías y desventuras, me animan a seguir investigando la historia de mi patria.

Dedicado también a la **Dra. Patricia Vega Jiménez** (costarricense), en cuyos trabajos me inspiré para realizar este pequeño ensayo. También va dedicado a mis amigas y colegas hondureñas **Leticia de Oyuela** (mi primera mentora), así como a **Helen Umaña**, **Elizet Payne, Yadira Eguigure**, **Daniela Navarrete, Adriana Yu-Shan, Yessenia Martínez,** así como a **Rolando Sierra, José Antonio Funes** y a mis compañeros y compañeras del grupo literario **«Paíspoesible»**, que, con sus obras, alimentan de lecturas y esperanzas a siete millones de paisanos.

ÍNDICE

DEDICATORIA 7

ÍNDICE 9

PRESENTACIÓN 13

INTRODUCCIÓN GENERAL 15

CAPÍTULO I
Marco referencial para analizar el concepto de Historia de la Lectura y sus relaciones con la «ciudad letrada» y los imaginarios nacionales

1) Introducción 25
2) Marco referencial para analizar el concepto de Historia de la Lectura y sus relaciones con la «ciudad letrada» y los imaginarios nacionales 26
   A) Los estudios sobre Historia de la lectura 26
   B) Estudios sobre Historia de la lectura en América latina y Honduras y la tesis sobre la «Ciudad letrada» de Ángel Rama 30

CAPÍTULO II

Situación del libro y las lecturas en la época Colonial y posindependentista en Honduras (1600-1876)

A) Libros y lecturas en la Honduras del periodo colonial.....43
B) Libros y lecturas desde la Independencia de 1821 hasta la Reforma Liberal de 1876 y el papel de José Trinidad Reyes y la Universidad 57

CAPÍTULO III

Libros, lecturas, librerías, bibliotecas y ciudad letrada en Honduras desde la Reforma Liberal de 1876 hasta 1930 73
A) El impacto de la Reforma en las transformaciones culturales y educativas en Honduras.....76
B) La conformación de la «clase letrada» en Tegucigalpa.....79
C) La difusión de libros, revistas y periódicos a partir de la Reforma Liberal 87
D) La creación de la Biblioteca Nacional de Honduras y la ampliación de nuevas lecturas e ideologías 108
E) La apertura de librerías a finales del siglo XIX y principios del XX y la creación de nuevos espacios para la lectura.....125
F) El papel de las instituciones culturales, academias, sociedades literarias, las tertulias, veladas, juegos florales literarios, cafés y centros de diversiones en la promoción de la lectura.....128

CAPÍTULO IV

Mujeres de Letras: Educadoras y Escritoras en la Historia de la Lectura en Honduras

1) Francisca Reyes de Palacio: pionera de la educación de la mujer en Tegucigalpa 153
2) María Durand de Caraccioli, pionera de la educación en San Pedro Sula 165
3) Lucila Gamero: la dama de las letras hondureñas..... 170

CAPÍTULO V

Los tipos de lectura en Honduras: «Lecturas en soledad» (Juan Ramón Molina y Froylán Turcios) y «Lecturas en público» (Marco Antonio «Toño» Rosa y su familia)

1. Tipos o modalidades de lectura en Honduras: Lecturas en Soledad y Lecturas Publicas 177
A) Lecturas en soledad: Juan Ramón Molina y Froylán Turcios 179
B) Lecturas en público: las lecturas familiares en casa de Marco Antonio «Toño» Rosa 204

CONCLUSIÓN 213

ANEXOS 219

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES 255

PRESENTACIÓN

La Secretaría de las Culturas, las Artes y los Patrimonios de los Pueblos de Honduras (SECAPPH), a través de la Editorial Nacional Eva Thais, presenta con alegría el libro *Aproximaciones sobre la historia de la lectura en Honduras*, una obra de Jorge Alberto Amaya indispensable para todas y todos aquellos que forman parte del mundo de las letras en Honduras. Esta obra nos brinda una visión detallada sobre las diversas etapas de la lectura a través de sus instrumentos más importantes: los libros, periódicos y revistas. En sus páginas, el público lector podrá conocer cómo en Honduras la práctica de la lectura evolucionó del carácter religioso y devoto hacia temas más profanos, científicos, literarios y seculares.

En su obra, Jorge Amaya destaca la importancia de las primeras imprentas, editoriales, librerías y bibliotecas como centros de creación, intercambio cultural y promoción de la lectura, como la primera Biblioteca y Archivo Nacionales creados durante la Reforma Liberal de finales del siglo XIX, así como la importancia que esta tuvo en la educación y alfabetización del pueblo hondureño. Asimismo, recalca las significativas contribuciones a la actividad literaria de figuras como José Cecilio del Valle, Rafael Heliodoro Valle, Rómulo E. Durón, Juan Ramón Molina, Froylán Turcios y Lucila Gamero. Además, reconoce el papel crucial de las mujeres en la educación y

promoción de la lectura, representadas en esta obra por Francisca Reyes de Palacio y María Durand de Caraccioli.

Para la Secretaría de las Culturas, las Artes y los Patrimonios de los Pueblos de Honduras (SECAPPH) es un honor presentar esta obra tan relevante para la literatura nacional. Este gesto cumple con el mandato de nuestra primera presidenta mujer, Xiomara Castro Sarmiento, de democratizar las artes y llevar la literatura nacional a las distintas comunidades del país, fortaleciendo así la cultura y literatura contemporánea.

Honduras celebra el lanzamiento de esta obra, con la esperanza de que inspire a la población a seguir desarrollándose en los ámbitos de divulgación académica, las artes y las culturas, especialmente en el área literaria. Deseamos que este libro sea disfrutado por muchas y muchos, y llegue a un público amplio a través de su distribución gratuita.

Carolina Torres
Directora General del Libro y el Documento
Secretaría de las Culturas, las Artes y los Patrimonios
de los Pueblos de Honduras
Agosto de 2024, Tegucigalpa, M.D.C., Honduras

INTRODUCCIÓN GENERAL

El libro ha fascinado a la humanidad desde tiempos inmemoriales. Desde su aparición masiva en la Edad Moderna, ha sido un instrumento que ha acompañado los grandes progresos y avances científicos. También, ha participado como herramienta de ocio y diversión por medio de géneros literarios como la poesía, el cuento y la novela. A la par de la evolución del libro como principal recurso de lectura, se desarrollaron en la Modernidad los periódicos y revistas que se popularizaron en Europa y América desde el siglo XIX.

Sin embargo, de manera tradicional, muchos sectores académicos consideraron que el libro, como herramienta de lectura, tenía su origen a partir del invento de Johannes Gutenberg, que como es sabido, publicó *La Biblia* en el formato actual con que se conoce la obra como material de lectura —es decir en papel y tinta, además del empastado—. Empero, algunos autores contemporáneos, como Roger Chartier, consideran que el libro es mucho más antiguo que el publicado por Gutenberg, pues sostiene que los textos manuscritos que escribían los monjes medievales en las abadías y conventos de la Iglesia Católica tenían la misma función que el libro en su formato impreso, y la única diferencia es que habían sido producidos por amanuenses. De igual manera, Chartier arguye que los textos escritos en otros materiales desde la Antigüedad —como los escritos en tablas cuneiformes por los sumerios, o los textos escritos en

papiro, cuero, madera, cortezas, piedra y otros objetos por egipcios, griegos, romanos y hasta civilizaciones americanas como mayas, aztecas e incas— también eran libros en la extensión de su palabra. Atendiendo este criterio, en Honduras es evidente entonces que los primeros libros los leyeron los mayas en sus elaborados códices que redactaban en pieles y en algunas fibras o cortezas naturales.

En concreto, este estudio no comprenderá el análisis de las lecturas que se hacían en Honduras desde la Época Prehispánica por parte de los mayas, sino más bien el periodo comprendido entre la Reforma Liberal de 1876 y 1930. De este modo, el presente estudio tiene como objetivo analizar las lecturas que hicieron los hondureños y hondureñas en el periodo en cuestión.

Fundamentalmente, el estudio expone que entre 1876 y 1930, los libros y las lecturas se incrementaron notablemente en Honduras en comparación al Período Colonial y a la primera etapa republicana. La práctica de la lectura pasó paulatinamente de la de carácter religioso y devoto, a la lectura de temas cada vez más profanos, científicos, literarios y seculares. Gran parte de este despliegue de los libros y lecturas se debió al papel e influencia de la Reforma Liberal de 1876 conducida por Marco Aurelio Soto y Ramón Rosa, la cual promovió una serie de medidas, como ser la transformación educativa, que dio lugar a la reorganización de la «Universidad Central» bajo el modelo positivista. También se promovió la conformación de una «clase letrada», que integró a una serie de intelectuales nacionales y extranjeros como el mismo Ramón Rosa, Adolfo Zúñiga, Carlos Alberto Uclés, Rafael Alvarado Manzano, Antonio Ramón Vallejo, Antonio Ramírez Fontecha, José Martí, José Joaquín Palma, Tomás Estrada Palma, y más tarde seguidos por varios discípulos como Rómulo E. Durón, Esteban Guardiola, Manuel Molina Vigil, Carlos F. Gutiérrez, Lucila Gamero, Juan Ramón Molina y Froylán Turcios, entre otros. Además, a partir de la Reforma, se amplió la difusión de medios impresos como libros, periódicos y revistas que fueron los materiales de lectura predilectos de los hondureños y que en

algunos casos como el de la *Revista Esfinge* de Froylán Turcios llegó a estar considerada como una de las mejores de Hispanoamérica. Asimismo, se dio la fundación de la Biblioteca y Archivos Nacionales, que constituyeron lugares de creación intelectual y de promoción de las lecturas. Del mismo modo, se impulsó la creación de espacios para nuevos lectores en casas particulares y librerías, así como el fomento de instituciones, organizaciones y actividades culturales, como academias, tertulias, juegos florales literarios, veladas, bandas musicales, teatro, etcétera.

Todo esto permitió que, en definitiva, a través de las lecturas, fueran penetrando en Honduras no solamente nuevas ideologías, corrientes culturales y literarias, sino también modas o diversiones; en concreto, fue introduciéndose la Modernidad. Además, lo anterior impulsó aceleradamente las lecturas en la sociedad hondureña de la época, no obstante, hay que matizar que todavía para este tiempo, la práctica de la lectura era más común en dicha «clase letrada», así como en las clases acaudaladas de la ciudad de Tegucigalpa, aunque ya ciertamente las clases medias y bajas comenzaban incipientemente a retomar en su vida cotidiana la rutina de la lectura, ya sea para instruirse, informarse o simplemente como diversión.

El estudio está articulado en cuatro capítulos. El **Capítulo I** titulado **«Marco referencial para analizar el concepto de Historia de la lectura y sus relaciones con la «Ciudad letrada» y los imaginarios nacionales»**, aborda una aproximación a los estudios sobre la Historia de la lectura, especialmente las teorizaciones expuestas por el francés Roger Chartier, quien establece una tipología entre «lecturas en soledad» y «lecturas en público», modelo que intentamos aplicar para el caso de las lecturas que realizaron algunos hondureños entre finales del siglo XIX y principios del XX. Asimismo, planteamos el concepto relacionado de «Ciudad letrada» —elaborado por Ángel Rama—, para sustentar que, en el caso hondureño, los reformadores construyeron y conformaron una «clase letrada» que acometió no solamente los proyectos políticos y

económicos, sino también culturales en el proceso de construcción de una «cultura nacional» y de una «cultura libresca» en el país. Finalmente, se exponen en este capítulo algunos de los principales hallazgos de los estudios sobre la Historia de la lectura en América Latina y Honduras, especialmente las importantes contribuciones de Rómulo E. Durón, Rafael Heliodoro Valle, Jorge Fidel Durón, Miguel Ángel García y Ramón Oquelí al estudio de la bibliografía del país.

El **Capítulo II,** titulado **«Situación del libro y las lecturas en la Época Colonial y Posindependentista en Honduras. (1600-1876)»**, básicamente aborda parte de la escasa producción bibliográfica hecha por hondureños —especialmente publicada en Guatemala y México—, y relata el importante papel de las lecturas ilustradas que llevaron a cabo varios de los próceres de la Independencia como José Cecilio del Valle, Dionisio de Herrera y Francisco Morazán. También, destaca el papel de algunas de las primeras bibliotecas y del incipiente comercio de libros que existía en Honduras por aquella época. Se plantea que durante la Colonia se dio el predominio de libros y textos religiosos, de Filosofía y Derecho, los cuales calzaban perfectamente con la ideología dominante, más bien escolástica y devota; sin embargo, entre la Independencia de 1821 y 1876, se dio una lenta evolución de libros y lecturas de carácter religioso, a los de ideología más secular, sobre todo, títulos más profanos, liberales y positivistas. En esta transformación jugó un papel importante la instalación de la primera imprenta en el país en 1829 por parte del general Francisco Morazán, que derivó en la publicación del primer libro en Honduras: *Primeros rudimentos de aritmética* en 1836 por el presbítero Domingo Dárdano; del mismo modo, fue importante en este proceso la creación de la Universidad en 1845, así como la ampliación del comercio de libros, la aparición de las primeras librerías y el leve incremento de la alfabetización.

El **Capítulo III, «Libros, lecturas, librerías, bibliotecas y "Ciudad letrada" en Honduras desde la Reforma Liberal de 1876 hasta 1930»**, constituye el capítulo medular de esta obra. En efecto, partimos del

supuesto que este periodo histórico comprendido entre la Reforma y 1930 representó una de las etapas de mayor adelanto cultural y educativo en la Historia de Honduras, fenómeno que provocó una serie de transformaciones culturales que a la larga repercutieron notablemente en el desarrollo de una «cultura nacional», y desde luego, en las representaciones, prácticas sobre los libros y las lecturas en el país. En general, los factores que incentivaron la Reforma con miras a la construcción de una «cultura nacional» y el desarrollo de la «cultura libresca» en el país, fueron entre otros, los siguientes: ***a)*** la transformación educativa y la reorganización de la «Universidad Central»; ***b)*** la conformación de una «clase letrada»; ***c)*** la difusión de medios impresos como libros, periódicos y revistas; ***d)*** la fundación de bibliotecas y archivos nacionales; ***e)*** la creación de espacios para nuevos lectores y librerías; ***f)*** el fomento de instituciones, organizaciones y actividades culturales como academias, tertulias, juegos florales literarios, veladas, bandas musicales, teatro, etcétera. Todo esto impulsó como nunca antes las lecturas en Honduras, aunque hay que advertir que esta práctica todavía era exclusiva de la «clase letrada», de la clase rica y potentada, pero ciertamente, de manera paulatina los sectores medios y bajos empezaron a incursionar en la alfabetización y con ello a gozar de la lectura de libros, periódicos y revistas, la cual realizaban en soledad o en voz alta en nuevos espacios que propiciaron las lecturas como cafés, barberías, librerías, tertulias, actos públicos, recitales, parques, etcétera.

El **Capítulo IV**, titulado **Mujeres de Letras: educadoras y escritoras en la Historia de la lectura en Honduras** aborda y destaca la labor de las mujeres en la educación: Francisca Reyes de Palacio y María Durand de Caraccioli, ambas profesoras pioneras de la educación en Tegucigalpa y San Pedro Sula a finales del siglo XIX, este capítulo desarrolla los objetivos y logros que la Reforma Liberal tuvo respecto a la educación en Honduras y narra las iniciativas que ellas y muchas más mujeres docentes tuvieron al educar, promover la

lectura e incentivar la cultura y el arte desde las escuelas. Asimismo, se destaca a Lucila Gamero, una de las escritoras más destacadas de Honduras por su labor literaria.

Por último, el **Capítulo V**, titulado **«Los tipos de lectura en Honduras: lecturas en soledad (Juan Ramón Molina y Froylán Turcios) y lecturas en público (Marco Antonio "Toño" Rosa y su familia)»**, retoma la tipología expuesta por Roger Chartier entre «lecturas en soledad» y «lecturas en público», para analizar la manera en que los lectores hondureños de finales del siglo XIX y comienzos del XX aprehendieron, manejaron y se apropiaron de los significados o textos puestos en los libros. En especial, se analizaron en el caso de las «lecturas en soledad» las prácticas de lectura realizadas por los dos escritores más importantes de la época: el poeta Juan Ramón Molina y el cuentista y poeta Froylán Turcios, con respecto a las «lecturas en público», se examinaron las lecturas que realizaban en su hogar la familia del escritor Marco Antonio «Toño» Rosa.

Este estudio se inscribe en la perspectiva de la «Historia cultural» y la «Historia de las mentalidades», en el sentido que nos interesa aproximarnos a los aspectos simbólicos, interpretativos, imaginarios con las representaciones, prácticas y significados de las lecturas que hacían los hondureños en el periodo estudiado.

Finalmente, queremos dejar constancia que este estudio es una primera aproximación a la Historia de la lectura, por lo tanto, admitimos sus naturales limitaciones documentales y bibliográficas, así como temporales y temáticas. Nos hubiese gustado presentar una obra más acabada, que cubriera un espacio temporal más extenso. Sin embargo, en Honduras es sumamente difícil el acopio de las fuentes, las cuales es arduo consultar en los archivos y bibliotecas del país. Por ello, queremos expresar testimonio de gratitud a personas o instituciones que nos han abierto las puertas para nuestro trabajo bibliográfico y documental. De este modo, agradecemos a José Antonio Funes y al personal de la Biblioteca Nacional, por la disposición a colaborar en la prestación y reproducción de muchos

de los materiales referidos en esta investigación. Igualmente, al personal de la Biblioteca del Banco Central de Honduras (BCH), y de la Biblioteca de la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán (UPNFM) que de manera esmerada nos atendieron en los momentos más oportuno con libros y revistas vitales para la culminación de este trabajo. Y desde luego a mi centro de labores, la Dirección de Investigación de la UPNFM, que me abrió las puertas para hacer lo que más me gusta en la vida: leer, impartir clases y escribir. A todos ellos mil gracias.

CAPÍTULO I

Marco referencial para analizar el concepto de historia de la lectura y sus relaciones con la «Ciudad Letrada» y los imaginarios nacionales

1) INTRODUCCIÓN

El presente ensayo tiene como objetivo contribuir con una primera aproximación a la historia de la lectura en Honduras en el periodo comprendido entre la Reforma Liberal de 1876 y la antesala de la dictadura de Tiburcio Carías Andino (1933-1949) en 1930 y la influencia de esos «lectores» y «lecturas» en la conformación de imaginarios nacionales.

En trabajos previos[1], hemos ya apuntado que aún son escasos los aportes sobre la historia cultural e intelectual hondureña, por ello carecemos de estudios precedentes que nos puedan dar pistas para determinar qué, cómo, cuándo, dónde, quiénes, por qué y cómo se leyó en el país en el periodo comprendido en este estudio, especialmente en Tegucigalpa (que como veremos más adelante, se convirtió en la «ciudad letrada» de la nación), y que desde dicha Reforma Liberal se constituyó en capital política del país, a partir de 1880, y desde ese momento centralizó las funciones no solamente políticas, sino también económicas, administrativas, y desde luego educativas y culturales de la nación[2]. Este trabajo por tanto intentará proporcionar algunas

1. Véase especialmente: Amaya, Jorge Alberto, «Los estudios culturales en Honduras: la búsqueda de algunas fuentes culturales para la reconstrucción del imaginario nacional hondureño», En: *Revista Diálogos, Revista Electrónica de Historia*, San José de Costa Rica, Universidad de Costa Rica, Escuela de Historia, Volumen 6, N° 2, agosto del 2005-febrero del 2006, Dirección electrónica: https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/dialogos/article/view/6217/5920

2. Sobre la historia de Tegucigalpa, y especialmente el traslado de la capitalidad desde Valladolid de Comayagua hasta Tegucigalpa y los posteriores discursos y procesos de urbanismo, es importante consultar el reciente trabajo de Daniela Navarrete. Cfr. Navarrete, Daniela, *Tegucigalpa, espejismo de la modernidad: el impacto de los discursos liberal (s. XIX) y neoliberal (s. XX) en la capital de Honduras*, París, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Tesis de Maestría bajo la dirección de Alain Musset.

pautas a otros investigadores que en el futuro cercano aborden de manera más amplia la historia intelectual del país.

Por otro lado, procurar estudiar cómo leyeron los hondureños hace más de un siglo significa entender cómo pensaban y cómo entendían el mundo. La apropiación de lo leído depende de la condición socioeconómica, del entorno, de la cultura, del nivel educativo y de los intereses individuales[3]. De este modo, en el siguiente apartado, describiremos un marco referencial de la historia de la lectura para interpretar los modos y significados que atribuyeron a la lectura ciertos sectores de la sociedad hondureña, especialmente una parte de la élite intelectual o *intelligentsia* de Tegucigalpa, y en menor medida algunos lectores de las capas medias y bajas.

2) Marco referencial para analizar el concepto de historia de la lectura y sus relaciones con la «Ciudad Letrada» y los imaginarios nacionales

A) Los estudios sobre la Historia de la lectura

El estudio de la historia de la lectura es un fenómeno muy poco estudiado en América Latina y en general, es un tema que ha sido abordado desde varias perspectivas, que van desde la historia intelectual, hasta la historia de las ideas y la historia de la literatura o los estudios culturales.

Sin duda, los pioneros en este campo fueron los franceses Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, quienes a partir del impulso otorgado por la Escuela de los *Anales* al desarrollo de la Historia de las mentalidades, examinaron las aportaciones culturales de la imprenta y del libro en un estudio titulado *La aparición del libro*, en donde arguyeron que pretendían estudiar la acción cultural y la influencia del libro durante los trescientos años de existencia, en

3. Darnton, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa*, México DF, Fondo de Cultura Económica (FCE), 1986, p. 217.

conclusión, ellos asociaron fuertemente la invención de la imprenta por parte de Johannes Gutenberg y el nacimiento del libro con una verdadera revolución en las comunicaciones, llegando a considerar al advenimiento del libro como una especie de «punto de demarcación cultural», ya que no solamente se convirtió en una mercancía, sino que inauguró una «nueva era cultural» representada por la Modernidad, que incluso coadyuvó al surgimiento del Estado-nación moderno[4].

Más recientemente, otros estudiosos del tema de la formación de la nación, reelaboraron dichas premisas y aportaron estudios muy influyentes en los que asociaban la aparición de la imprenta con el origen de la nación y los nacionalismos, como el inglés Benedict Anderson, quien definió a la nación como «[...] una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana»[5]. En este sentido, Anderson sugiere que la relación entre la imprenta y el origen de la nación o «comunidad imaginada» se vinculó porque en el caso europeo, durante la Edad Media, la lengua sagrada, el latín había permanecido en manos de monjes, sacerdotes y humanistas, lo que la convirtió en una lengua cerrada, cada vez más alejada de las masas que utilizaban sus lenguas vernáculas. Pero con el advenimiento de la imprenta, la necesidad de ampliar a un público mayor el mercado de libros para personas que no hablaban latín, dio un giro al capitalismo hacia lo vernáculo. Esta situación fue explotada sobre todo por los protestantes que, en su lucha contra la Iglesia Católica, impulsaron en primer lugar la lectura de *La Biblia* en lenguas vernáculas, pero posteriormente, la expansión de conocimientos tras el Renacimiento, provocó también la publicación de obras no religiosas, lo cual amplió la comunidad de lectores. Sin embargo, Anderson arguye que lo que en esencia provocó el surgimiento de la nación fue la combinación de todos esos factores:

4. Consúltese: Febvre, Lucien y Martin, Henri-Jean, *La aparición del libro*, Madrid, UTEHA, 1959. La edición francesa es de 1958.

5. Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México DF, Fondo de Cultura Económica (FCE), 1ª edición en español, 1993, Pág. 23. El original es de 1983.

> Lo que, en sentido positivo, hizo imaginable a las nuevas comunidades [es decir, a la nación] fue una interacción medio fortuita pero explosiva entre una forma de producción y las relaciones de producción (capitalismo), una tecnología de las comunicaciones (imprenta) y la fatalidad de la diversidad lingüística humana[6].

En todo caso, una idea subyacente en el concepto de Anderson es que la nación es un «artefacto construido e imaginado» social y políticamente ya sea por parte del Estado-nación o por parte de la «intelligentsia» al servicio de este.

Sin embargo, el autor que exploró más a fondo este campo de estudio de la historia del libro y la lectura fue el también francés Roger Chartier, quien en su obra *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*»[7], sostiene que desde luego la invención de la imprenta propició una circulación de los textos a escala inédita, pero en todo caso, el libro lo considera como «heredero» de los manuscritos medievales que elaboraban los monjes y amanuenses en los conventos y abadías de la Iglesia Católica. La transformación radical —según Chartier— se dio más bien a partir de la Ilustración y de la Revolución Francesa, así como con los cambios operados con la Revolución Industrial en el siglo XIX, que permitieron —a través de la escolarización impuesta por el Estado-nación— la aparición de nuevas «prácticas culturales» con el surgimiento de «nuevas categorías de lectores», que una vez alfabetizados y con oportunidad de recibir salarios, aprovecharon la propagación cada vez más creciente no solo de libros, sino también de periódicos, revistas, folletines, etcétera[8].

6. Ibid., p. 70.

7. En realidad, esta obra es una recopilación de diferentes artículos y ensayos, en donde Chartier aborda de manera general desde la historia del libro hasta la conformación de lectores con la llegada de la imprenta a Europa en la Edad Moderna, así como las representaciones y cambios culturales que produjo la masificación de los libros en la Modernidad. Cfr. Chartier, Roger, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza Editorial, Colección Alianza Universidad, 1ª reimpresión, 1994.

8. Ibid., pp. 24-28.

Además, es importante puntualizar que Chartier define la historia de la lectura como aquellas interpretaciones que buscan rastrear no solamente la historia del uso, distribución, lugares y significados de dichas lecturas en una sociedad, sino también los modos en que los lectores «[…] aprehendían, manejaban y se apropiaban de los significados o textos puestos en los libros»[9].

En efecto, existen diferencias palpables en la interpretación que los lectores pueden hacer de esas prácticas de lectura. De ese modo, Cavallo y Chartier han advertido que el abismo entre *lectores cultos* y *analfabetos*, no agota las diferencias en la relación con lo escrito. Todos quienes pueden leer los textos no lo hacen de la misma manera. Varía según la época y los estímulos que tiene el lector. Existen también contrastes entre unas normas y unas convenciones de lectura que, en cada comunidad de lectores, definen unos usos legítimos del libro, unos modos de leer, unos instrumentos y unos procedimientos de interpretación. Hay diferencia además entre las esperanzas y los intereses tan diversos que los distintos grupos de lectores ponen en práctica de leer. En síntesis, resulta claro que existen «tipos de lecturas», que los estudiosos han dado en llamar «lectura culta» y «lectura popular»[10].

Sin embargo, el planteamiento que más nos interesa rescatar de la obra de Chartier es la distinción que hace entre lo que él llama «lecturas en soledad» y las «lecturas en público», categorías que operacionalizaremos más adelante para interpretar la historia de la lectura en Honduras. En este aspecto, Chartier asevera que existe un contraste entre las lecturas de la soledad, del retiro, del secreto y las lecturas hechas en público:

> […] la lectura ha sido percibida tradicionalmente como el acto por excelencia de la intimidad individual, como una práctica fundamentalmente privada. Y, por supuesto, textos e imágenes dan testimonio de esa fuerte relación entre la actividad lectora

9. Ibid., p. 33.

10. Cavallo, Guglielmo y Chartier, Roger, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, p. 13.

> y el retiro del mundo. Pero también debe reconocerse que hay otras lecturas distintas, que no se hacen en el aislamiento, que no son solitarias ni silenciosas[11].

Este tipo de lecturas en público se generalizaron ampliamente entre los siglos XVI y XIX, se expresaron desde la diligencia hasta la taberna, del salón a la academia, del encuentro amistoso a la reunión doméstica, y eran lecturas en alta voz realizadas por quienes sabían leer tanto a lectores/oyentes alfabetos como analfabetos. De esta manera, leer en voz alta se constituyó en un gesto normal y hasta esperado en esa época. En suma, la lectura no ha sido por tanto una figura de lo íntimo o de lo privado; también es expresión del vínculo social.

B) Estudios sobre Historia de la lectura en América Latina y Honduras y la tesis sobre la «Ciudad letrada» de Ángel Rama

Por otro lado, en el caso de América Latina, hay que manifestar que ya existen varios aportes importantes en la literatura acerca de la historia del libro y la lectura en la región. Un trabajo fundamental, porque resulta monográfico y abarca una síntesis histórica del libro desde la época prehispánica hasta el siglo XX es la obra titulada *El libro en Hispanoamérica* del mexicano José Luis Martínez[12].

Asimismo, en la primera mitad del siglo XX, fue monumental la obra realizada por el chileno José Toribio Medina, quien se dedicó especialmente a la investigación y publicación de bibliografías latinoamericanas, así como al estudio de la historia de la imprenta de los principales países latinoamericanos[13]. En este sentido, la aportación de Medina a la historiografía del libro y la imprenta en la región es de valor incalculable[14].

11. Chartier, Roger, *Libros, lecturas*… Op. Cit., p. 34.

12. Martínez, José Luis, *El libro en Hispanoamérica. Origen y desarrollo*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Biblioteca del Libro, Serie «Minor», 3ª edición, 1987.

13. Furlong, Guillermo, *José Toribio Medina, el amigo máximo del libro*, Buenos Aires, 1952, p. 35.

14. Por ejemplo, solo para citar algunos de los trabajos más importantes, basta nombrar: Medina, José Toribio, *La imprenta en México (1539-1821)*, 8 vols., 1907-1912; Medina, José

Del mismo modo, es importante el trabajo de Sarah Chambers, que con su estudio *Cartas y salones: mujeres que leen y escriben la nación en la Sudamérica del siglo XIX*, aborda desde el género las ideas sobre la identidad nacional y el lugar de la mujer en la construcción nacional en las repúblicas sudamericanas, especialmente examinando la correspondencia de tres destacadas mujeres en los procesos políticos emancipadores en esa región: Manuela Sáenz (ecuatoriana), Mariquita Sánchez de Thompson (argentina) y Carmen Arriagada (chilena)[15].

Este estudio es relevante a la vez porque retoma los análisis de Dena Goodman acerca de la influencia de las cartas y la correspondencia, que al igual que la lectura, jugó un importante papel en las transformaciones culturales y en la transmisión de ideas y prácticas culturales. En efecto, tanto en Europa como en América Latina, muchas mujeres de clase alta y media mantuvieron una prolífica correspondencia en la que comentaban los procesos políticos y sociales del siglo XIX. De esta manera, el género de la carta cayó en un término medio entre las esferas públicas y privadas —analizadas por Jürgen Habermas—, cuestionando de este modo la división estricta entre lo político/masculino y lo doméstico/femenino. Con frecuencia, las cartas —al igual que la lectura— proporcionaron material para las discusiones en los salones, a la vez que sirvieron de modelo para las novelas epistolares y los escritos de viaje, tan de moda en ese siglo. Por ello, Goodman afirma que «[…] las cartas, que fueron la forma de escritura dominante en el siglo dieciocho, fueron progresiva y creativamente utilizadas por los filósofos para salvar la brecha entre

Toribio, *La imprenta en Lima (1584-1824)*, 4 vols., 1904-1905; Medina, José Toribio, *La imprenta en Guatemala (1660-1821)*, 1910; Medina, José Toribio, *La imprenta en Bogotá (1739-1810). Notas bibliográficas*, 1904; Medina, José Toribio, *Bibliografía de la imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta febrero de 1817*, Santiago de Chile, 1891 y Medina, José Toribio, *Historia y bibliografía de la imprenta en el antiguo Virreinato del Río de la Plata*, París, 1892, entre otros.

15. Chambers, Sarah, «Cartas y salones: mujeres que leen y escriben la nación en la Sudamérica del siglo XIX», En: *Revista Araucaria*, Sevilla, Universidad de Sevilla, Primer semestre, Volumen 6, N° 013, 2005.

los círculos privados en los que se reunían y el espacio público que pretendían confirmar y conquistar»[16].

La importancia de las cartas —al igual que las lecturas— llegó a ser tan decisiva en esta época, que, durante las guerras de Independencia, los líderes políticos y militares masculinos debatieron de política y tramaron estrategias en miles de cartas, más tarde publicadas en volúmenes que llenaron los anaqueles de las bibliotecas y archivos nacionales en América Latina. Finalmente, en el siglo XIX, las cartas llegaron a jugar un papel fundamental en la trama de novelas hispanoamericanas.

Además de los estudios anteriores, consideramos de vital trascendencia en la literatura latinoamericana sobre la historia de la lectura el trabajo del uruguayo Ángel Rama. En efecto, Rama es autor de la obra *La Ciudad letrada*, publicado póstumamente en 1984 de manera simultánea en los Estados Unidos y en Uruguay[17]. Desde su publicación, este trabajo ha sido una de las más destacadas contribuciones de América Latina a la teoría cultural. Ha ejercido una perdurable y generalizada influencia en los estudios culturales latinoamericanos, en particular en los estudios referidos al Período Colonial y el siglo XIX republicano.

En general, en *La ciudad letrada*, Rama ensaya una ambiciosa historia cultural de América Latina desde la refundación de Tenochtitlan (México), en 1521 y del Virreinato del Perú hasta mediados del siglo XX. Igualmente, el libro desarrolla un único problema: el de la «clase letrada» latinoamericana, su constitución, consolidación, transformaciones y ampliaciones, su sorprendente perduración a través del tiempo, la dinámica de sus relaciones tanto con las metrópolis coloniales y poscoloniales como con los grupos subalternos sobre los que gravita.

16. Goodman, Dena, «Enlightenment Salons: The Convergence of Female and Philosophic Ambitions», En: *Eighteenth- Century Studies*, Vol. 22, N° 3, Spring, pp. 317-350.

17. Consúltese: Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Hanover (Estados Unidos), Ediciones del Norte, 1984. La edición uruguaya estuvo a cargo de la Comisión Uruguaya pro-Fundación Internacional Ángel Rama.

Asimismo, en *La Ciudad letrada*, Rama examina y nombra el conjunto de instituciones que hacen de la propiedad y administración de la tecnología de la letra la condición de su existencia y funcionamiento, a la vez que la base de su poder y/o de su prestigio en América Latina. Entre dichas instituciones se cuentan las diversas reparticiones del Estado colonial y nacional (la policía, el sistema judicial, las aduanas, el poder legislativo, el registro civil o registro de las personas, el registro de propiedad, las reparticiones encargadas de censos y estadísticas), las corporaciones educativas, artísticas, comerciales y financieras, las profesiones liberales (Medicina, Derecho, Periodismo, Notariado), el clero, los partidos políticos, las sectas, los cenáculos, ciertas organizaciones guerrilleras (los focos), las academias[18].

Evidentemente, la literatura ocupa un lugar privilegiado en el libro, y vinculado con la creación literaria que conformó las culturas nacionales latinoamericanas, Rama denomina al grupo de individuos que participan de esas creaciones literarias y de esas instituciones como los «letrados», quienes obtienen una identidad social diferenciada por su pertenencia a las instituciones antes mencionadas. En esta acepción, «ciudad letrada» tiene un significado cercano (pero mucho más amplio) que el término que lo preexiste, el de «República de las letras». Así, para Rama existe una unidad de linaje entre estos «letrados», que va desde el burócrata colonial del siglo XVI al autodidacta de tendencias anarquizantes del XX, pasando por los «doctores» de mediados del XIX y los viajeros cosmopolitas y los científicos positivistas de finales del siglo XIX, así como los poetas, narradores e intelectuales que produjeron las literaturas nacionales en la región.

Paralelamente, *ciudad letrada* nombra las prácticas discursivas que sostienen el predominio de las instituciones e individuos antes mencionados. Estas prácticas son entre otras: rituales de

18. Véase: Dabove, Juan Pablo, *Ciudad letrada (análisis)*, Colorado, University of Colorado Boulder, 2005, pp. 2-4.

incorporación, reconocimiento o exclusión, ceremonias de fundación o de toma de posesión, escrituras, peticiones, actas, coronaciones de poetas, dictámenes, leyes, constituciones políticas, filiaciones, proclamas, sonetos, arcos de triunfo, antologías, relatos de viaje. Rama aborda estas prácticas discursivas con la finalidad de entender la reproducción y perpetuación del orden letrado como centro del orden social, primando la centralidad de la ciudad frente a las zonas rurales.

De esa manera, Rama establece la relación entre ciudad/letra, en contraposición a la noción del campo/oralidad. Dichas dicotomías han sido de alguna manera debatidas por varios autores como Françoise Perus, Mabel Moraña y Juan Pablo Dabove por ejemplo[19], ya que consideran que de manera implícita esas díadas o modelos analógicos presuponen subjetivamente una primacía de la «ciudad letrada» sobre el campo o el espacio rural desdeñando por tanto la riqueza de las tradiciones y la literatura oral de la campiña, no obstante, es indudable que gran parte de los procesos de construcción de los discursos e imaginarios nacionales en la historia de América Latina se fraguaron desde la ciudad por parte de los «letrados» que estaban al servicio del Estado-nación. Como veremos más adelante, en el caso hondureño, los reformadores liberales intentaron convertir a Tegucigalpa en la «ciudad letrada» de la nación.

En síntesis, en *La Ciudad letrada*, Rama establece que gran parte del proceso de construcción de la nación y la Modernidad en América Latina se produjo alrededor de la labor desplegada por los «letrados» y la «acción simbólica de la ciudad». Así, el centro urbano —la *city*— fue el lugar en donde se acumularon las instituciones principales de este modelo cultural: los espacios donde vivían los escritores, las redacciones de los periódicos, las oficinas de gobierno,

19. Cfr. Perus, Francoise, «¿Qué nos dice hoy la ciudad letrada de Ángel Rama?», En: *Revista Iberoamericana*, N° 71.211, 2005, pp. 363-372; Moraña, Mabel, «De la ciudad letrada al imaginario nacionalista: Contribuciones de Ángel Rama a la invención de América», En: *Políticas de la escritura en América Latina: de la Colonia a la Modernidad*, Caracas, 1997, pp. 165-173 y Dabove, Juan Pablo, *Ciudad letrada*… Op. Cit., p. 9.

los estudios jurídicos, los prostíbulos, los parques y escenarios para el paseo, la presentación en público, el encuentro, los Ateneos y cafés, las galerías donde se exponían las obras de arte, los locales del Correo, el telégrafo, la Biblioteca, los Archivos, la Universidad, las sedes y asambleas de los partidos, gremios y sindicatos, los teatros y las librerías que canalizaban los productos culturales o «las novedades» de Europa o de América del Norte.

En el caso de Honduras, Francesca Randazzo ha sido la primera autora que ha abordado desde la teoría de Ángel Rama el fenómeno de la construcción de la «ciudad letrada» durante el gobierno de la Reforma Liberal, la cual se conformó alrededor de Marco Aurelio Soto, y más especialmente de Ramón Rosa, los cuales, aglutinaron a una serie de intelectuales y funcionarios nacionales y extranjeros que colaboraron en la Reforma[20]. Este proceso lo veremos más detenidamente en los apartados siguientes.

Finalmente, hay que mencionar que, en Centroamérica, quizás los avances más importantes en el estudio de la historia de la lectura se han dado en Costa Rica, con los trabajos de Iván Molina Jiménez, con su estudio titulado «Azul por Rubén Darío. El libro de moda. La cultura libresca del valle central de Costa Rica (1780 - 1890)»[21], artículo en que el autor analiza los inventarios *post mortem* para caracterizar cómo eran las bibliotecas privadas de Costa Rica en el Período Colonial, y a continuación utiliza varios catálogos para conocer las obras que disponía la Universidad de Santo Tomás y la librería «El Álbum» a mediados del siglo XX. En conclusión, Molina Jiménez revela que, como producto de la transición de la tradición

20. Cfr. Randazzo Eisemann, Francesca, *Honduras, la patria esperada: Nación y poesía*, Ciudad de Guatemala, Tesis de Maestría, Facultad Latinoamericana en Ciencias Sociales (FLACSO), Programa Centroamericano de Posgrado, Maestría en Ciencias Sociales, 2005, pp. 50-56.

21. Véase: Molina Jiménez, Iván, «Azul por Rubén Darío. El libro de moda. La cultura libresca del valle Central de Costa Rica (1780 - 1890)», En: Molina Jiménez, Iván y Palmer, Steven (Editores), *Héroes al gusto y libros de moda: sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750 - 1900)*, San José de Costa Rica, Editorial Porvenir/Plumsock Mesoamerican Studies, 1992, pp. 137-168.

religiosa y devota del Período Colonial a una tradición más liberal y positivista en la segunda mitad del siglo XX, y como resultado del auge cafetalero y el creciente comercio de libros, la burguesía ligada al café y la élite intelectual empezaron a conformar la existencia de audiencias de lectores cada vez más especializados hacia las postrimerías del siglo XIX.

Más recientemente, Molina Jiménez ha publicado otra obra que abarca un análisis más regional sobre la influencia de la cultura libresca en Centroamérica, titulada *La estela de la pluma. Cultura impresa e intelectuales en Centroamérica durante los siglos XIX y XX*[22]. Esta obra examina en primer lugar la tensión que existió a finales del Período Colonial entre las obras religiosas y laicas. Posteriormente, describe los esfuerzos y empeños de la época republicana por instaurar una alfabetización popular —con sus altos y bajos— con miras a la construcción de la ciudadanía y de manera complementaria, se aborda la evolución de los libros como «mercancías culturales», la creación y el papel de las bibliotecas públicas y la noción de identidad nacional a partir del papel jugado por los intelectuales como José Cecilio del Valle, Máximo Soto Hall, Salomón de la Selva, Clemente Marroquín y el estadounidense Dana Munro, entre otros.

Por su parte, es también crucial la contribución a la temática por parte de Patricia Vega Jiménez, con su trabajo «Una aproximación a la historia de la lectura en Costa Rica (1900-1930)»[23], artículo en el que retoma el modelo de Chartier para trazar los mecanismos de «lecturas silenciosas» y «lecturas en público» realizadas por los costarricenses en las primeras décadas del siglo XX.

Por último, hay que señalar que, en Honduras, quizá los principales aportes al tema se han hecho más bien con respecto al estudio bibliográfico, aunque hay importantes contribuciones sobre

22. Molina Jiménez, Iván, *La estela de la pluma. Cultura impresa e intelectuales en Centroamérica durante los siglos XIX y XX*, San José de Costa Rica, EUNA, 2004.

23. Vega Jiménez, Patricia, «Una aproximación a la historia de la lectura en Costa Rica». *(1900 - 1930)*, San José de Costa Rica, Universidad de Costa Rica, 2004.

la historia del libro y la lectura. Quizás el autor más significativo en este sentido es Rafael Heliodoro Valle (1891-1959), uno de los polígrafos más importantes de América[24], quien desarrolló una extensa bibliografía sobre temas de Honduras, Centroamérica y varios personajes destacados de América Latina. De hecho, muchos de los intelectuales contemporáneos de Valle lo consideraron más que historiador o literato, un gran bibliógrafo.

Posiblemente, en este apartado, algunas de sus obras más emblemáticas para la bibliografía hondureña son, por ejemplo: *Bibliografía de don José Cecilio del Valle*[25]; *Bibliografía maya*[26] y una bibliografía sobre Francisco Morazán. Igualmente es fundamental su artículo «Historia intelectual de Honduras»[27]en donde hace una reseña de los libros publicados por hondureños desde la época colonial hasta comienzos del siglo XX. Para México, las bibliografías más importantes son: *Bibliografía mexicana*[28]; *Bibliografía de Hernán Cortés*[29] y *Bibliografía de don Miguel Hidalgo y Costilla*[30]. De manera

24. La lista de amigos y autores con los que se relacionó y que elogiaron la obra de Valle es realmente interesante, ya que cubre lo más granado de los escritores y artistas de la historia latinoamericana de finales del siglo XIX y la primera mitad del XX, entre otros Juan de Dios Peza, Manuel Acuña, Enrique González Martínez, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Octavio Paz, Leopoldo Zea, Augusto Monterroso, Rafael Arévalo Martínez, Mario Monteforte Toledo, Luis Cardoza y Aragón, Miguel Ángel Asturias, Alberto Masferrer, Francisco Gavidia, Arturo Ambrogi, Salarrué, Rubén Darío, Pablo Antonio Cuadra, Ernesto Cardenal, Moisés Vincenzi, Germán Arciniegas, Porfirio Barba Jacob, José Santos Chocano, Ciro Alegría, Gabriela Mistral, José Enrique Rodó, Max Henríquez Ureña y un extenso etcétera. Para una aproximación a los comentarios de la obra de Valle por parte de varios de estos autores citados arriba, véase: Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), *Rafael Heliodoro Valle*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Homenajes, N.º 1, 1ª edición, 1988.

25. Valle, Rafael Heliodoro, *Bibliografía de don José Cecilio del Valle*, México, D.F., Ediciones de Número, 1934, PP. 38.

26. Valle, Rafael Heliodoro, *Bibliografía maya*, México DF, 1914.

27. Valle, Rafael Heliodoro, «Historia intelectual de Honduras». En: *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales*, Tegucigalpa, Volumen XXVI, 1947 y 1948, pp. 385-390.

28. Valle, Rafael Heliodoro, *Bibliografía mexicana*, México, D.F., 1930, 76 pp.

29. Valle, Rafael Heliodoro, *Bibliografía de Hernán Cortés*, México, D.F., Sociedad de Estudios Cortesianos, 1953, PP. 269.

30. Valle, Rafael Heliodoro, *Bibliografía de don Miguel Hidalgo y Costilla*, México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Boletín de la Biblioteca Nacional, N.º 1, segunda época, Tomo X, enero-marzo de 1959, 25 pp.

singular, también legó una de las primeras bibliografías sobre la obra de Cervantes titulada *Bibliografía Cervantina en la América Española*[31], y para Centroamérica dejó inédita una *Bibliografía de Centroamericana* en doce tomos[32].

La labor bibliográfica de Valle la prosiguió más tarde en Honduras el escritor y diplomático Jorge Fidel Durón (1902 - 1995), hijo del eminente historiador Rómulo Ernesto Durón. Desde la década de los treinta del siglo XX. Jorge Fidel Durón aprovechó la biblioteca de su padre, así como los espacios de la Biblioteca Nacional y de la Universidad Central para componer los índices bibliográficos con los que publicó en 1946 su relevante trabajo titulado *Índice de la Bibliografía Hondureña*[33], una de las primeras obras en su género en Honduras y que logró sistematizar la producción bibliográfica del país de los siglos XIX y XX. Desde entonces, Jorge Fidel Durón publicó por espacio de cuarenta y seis años (hasta 1992) la columna «Mosaico Nacional» en el Diario *El Día* y otros rotativos en donde hacía un recuento de la producción bibliográfica anual que se editaba sobre Honduras[34].

También, ha sido significativo el trabajo bibliográfico de Miguel Ángel García, quien en 1971 publicó su monumental *Bibliografía hondureña*[35] en tres tomos, obra que recopila los libros publicados en Honduras desde 1620 hasta la década del 70 del siglo pasado, y en donde da cuenta de datos interesantes, como ser la publicación del primer libro por parte de un hondureño en 1620, del cual hablaremos más adelante.

---

31. Valle, Rafael Heliodoro, *Bibliografía Cervantina en la América española*, México DF, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1950, 313 pp.

32. Véase: Acosta, Oscar, *Rafael Heliodoro Valle. Vida y obra*, Roma, Instituto Ítalo-Latino Americano, 3ª edición, 1981, p. 151.

33. Durón, Jorge Fidel, Índice de la Bibliografía Hondureña, Tegucigalpa, Imprenta Calderón, 1946.

34. Véase: Mejía, Martha Luz, *Jorge Fidel Durón*, Tegucigalpa, Graficentro Editores, 1ª edición, 1999.

35. García, Miguel A., *Bibliografía Hondureña: 1620-1971*, Tegucigalpa, Banco Central de Honduras (BCH), Tres Volúmenes (1971-1973).

Más recientemente, fue relevante el aporte de Ramón Oquelí a los estudios bibliográficos hondureños con su obra *Bibliografía sociopolítica de Honduras*[36] por el hecho que incluye una gran cantidad de libros, tesis y ensayos sobre Honduras publicados en Estados Unidos, Europa y Centroamérica, hasta entonces desconocidos en el país.

Finalmente, tal vez los dos aportes más importantes en el tratamiento de la historia del libro en Honduras fueron hechos por Rafael Heliodoro Valle y Segisfredo Infante. Valle lo hace en su obra *Historia de la cultura hondureña*[37], en donde explora los orígenes de los primeros libros publicados en el país, así como el papel de los periódicos, periodistas e intelectuales en la conformación de la cultura nacional; mientras Infante lo realiza en una serie de artículos que publicó bajo el título de *El libro en Honduras*[38], en donde da cuenta del desarrollo histórico de las publicaciones, lecturas y bibliotecas en el país.

36. Oquelí, Ramón, *Bibliografía sociopolítica de Honduras*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Realidad Nacional, N.º 20, 1ª edición, 1988.

37. Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura hondureña*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, 1ª edición, 1981.

38. Infante, Segisfredo, *El libro en Honduras*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Cuadernos Universitarios, N° 78, 1ª edición, 1993.

CAPÍTULO II

Situación del libro y las lecturas en la época colonial y posindependentista en Honduras (1600-1876)

A) Libros y lecturas en la Honduras del Período Colonial

La situación cultural, así como la cantidad de libros, lecturas y publicaciones en Honduras antes de la Reforma de 1876 era realmente muy escasa al alcance de muy pocas personas ligadas a las clases que detentaban el poder.

En efecto, desde el Período Colonial, Honduras fue una provincia con limitada producción cultural y educativa. En el territorio, apenas funcionó el Colegio Tridentino de San Agustín en la capital colonial, Valladolid de Comayagua, fundado en 1679, el cual servía fundamentalmente para la preparación de sacerdotes, aunque también asistían jóvenes españoles, criollos y en algunos casos mestizos e indígenas hijos de los caciques principales, quienes se formaban como bachilleres para luego pasar a estudiar en la única universidad que existía en la Capitanía General de Guatemala, la de San Carlos de Borromeo, que había sido fundada pocos años atrás, en 1676. En el resto de ciudades y villas principales de la Provincia de Honduras, como Tegucigalpa, Trujillo, Gracias, Santa Rosa de los Llanos y Choluteca, existían escuelas de primeras letras, donde se enseñaba a leer, escribir, y las operaciones aritméticas básicas, además de la doctrina cristiana[39].

39. Sobre la situación de la educación y la cultura en el Período Colonial y los albores de la Época Republicana en Honduras, los trabajos más importantes son, entre otros: Martínez, Mario Felipe, *Capítulos sobre el Colegio Tridentino de Comayagua y la educación colonial en Honduras,* Tegucigalpa, Compañía Editora Nacional/UNAH, 1967; Martínez, Mario Felipe, «Honduras hace 150 años». En: Pérez Brignoli, Héctor y otros (Antólogos), *De la sociedad colonial a la crisis del 30*, Tegucigalpa, Editorial Nuevo Continente, 1973; Cruz, Víctor, *Historia de la Educación en Honduras*, Tegucigalpa, UNAH/ SUED, Multicopiado, 1990; Cruz, Víctor, «Educación y papel de la mujer en el periodo de transición del siglo XVIII al XIX en Mesoamérica», En: *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, Santa

Ciertamente se desarrollaron intentos por crear una universidad en Honduras durante la Colonia, como el del obispo fray Antonio López de Guadalupe, quien en el siglo XVIII hizo gestiones ante los jesuitas de la Nueva España, invitándoles a venir a Honduras para que tomasen el establecimiento, ofreciéndoles todo el apoyo material y moral que fuese necesario, comprometiéndose a obtener la Bula Papal para que fuese declarada «Real Pontificia Universidad de Comayagua», pero el deseo del obispo no pudo materializarse debido a las grandes exigencias académicas de los jesuitas[40].

De este modo, el mundo de las letras, debido al poco alcance de la enseñanza y al elevado índice de analfabetismo, tuvo un escaso impacto en la Capitanía General de Guatemala, por ende en Honduras; la ausencia de imprenta (en el caso hondureño, esta se introdujo pocos años después de la Independencia, como se verá más adelante), así como la intervención eclesiástica a través de la Inquisición, limitaron la producción de libros en el territorio, ante lo cual, la mayor parte de libros provenían del exterior, especialmente de México, La Habana y Guatemala, en donde desde 1663 se había instalado las primeras imprentas, publicándose ese mismo año el primer libro editado en la región, titulado *Explicatio Apologética*, cuyo autor fue fray Payo Enríquez de Rivera, que como su título alude, era un libro de corte religioso.

A pesar del predominio de la literatura religiosa, Centroamérica y Honduras aportaron unos cuantos literatos que bien pueden compararse con destacados escritores de América y Europa de la época. Para el caso, en el campo de la historia, son famosas las crónicas de Francisco de Fuentes y Guzmán, autor del libro *Recordación Florida*, en donde relata la historia y conquista española de Centroamérica. Asimismo, destaca Fray Antonio de Remesal, autor de *Historia*

Fe de Bogotá, N° 4, 2002, pp. 201-220; Inestroza, Jesús Evelio, *La escuela hondureña en el siglo XIX*, Tegucigalpa, Fondo Editorial de la UPNFM, Colección Textos, 1ª edición, 2003.

40. Véase: Reina Valenzuela, José, *Historia de la Universidad*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, 1976, p. 12.

General de las Indias Occidentales y particular la Gobernación de Chiapas y Guatemala, así como Domingo Juarrós y su *Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala*. En cuanto a la poesía, el más reconocido poeta colonial fue el jesuita guatemalteco Rafael Landívar, con su obra mundialmente famosa *Rusticatio Mexicana*[41].

En el caso de Honduras, Miguel Ángel García menciona que el primer hondureño que escribió un libro fue don Francisco Carrasco del Saz, nacido en la ciudad de Trujillo a finales del siglo XVI. Este hondureño de nacimiento se trasladó a temprana edad a la ciudad de Lima, capital del Virreinato del Perú, donde realizó estudios literarios hasta obtener el título de abogado en la Audiencia de Lima; allí, fue Rector de la universidad y publicó algunos trabajos en imprentas de la ciudad, de las cuales se conoce la obra titulada *Comentarios sobre algunas Leyes de la Recopilación* o *Compilación de Castilla*, obra que se editó en Sevilla en 1620 y luego fue reeditada en Madrid en 1648; después fue oidor en la Audiencia de Panamá, lugar en donde al parecer murió en 1659[42]. Esa afirmación de García ha sido respaldada por otros autores, entre ellos el bibliógrafo sevillano Nicolás Antonio, quien menciona a Francisco Carrasco del Saz en su *Biblioteca Hispano Nuova* (Roma) de 1672 como uno de los primeros escritores hispanoamericanos de la historia, así como José Mariano Beristain de Souza (1756-1817), y el español Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), en su *Historia de la poesía Hispano-Americana*, publicada en 1948[43].

En años recientes, Héctor Leyva ha rescatado dos obras de otro de los primeros escritores hondureños que publicó libros, nos

41. Webre, Stephen, «Poder e ideología: la consolidación del sistema colonial», En: *Historia General de Centroamérica*, Tomo II (La Época Colonial), Madrid, FLACSO/Ediciones Siruela, 1993, pp. 210-213.

42. Véase: García, Miguel Ángel, «El primer hondureño que escribió un libro», En: *Anales del Archivo Nacional*, Tegucigalpa, 2da. Época, Tomo I, N° 3, mayo-diciembre de 1991, p. 51 y: García, Miguel Ángel, *Bibliografía Hondureña: 1620 - 1930*, Tegucigalpa, Publicaciones del Banco Central de Honduras (BCH), Vol. I, 1971, p. 3.

43. Véase: Menéndez Pelayo, Marcelino, *Historia de la poesía Hispano-Americana*, Santander, Aldus SA, 1948.

referimos a Antonio de Paz y Salgado, que escribió *Las luces del cielo de la Iglesia* y *El mosqueador añadido*, probablemente el primer relato literario publicado por un hondureño[44].

Antonio de Paz y Salgado nació en el Real de Minas de San Miguel Arcángel de Tegucigalpa posiblemente a finales del siglo XVII, se trasladó a estudiar a la Universidad de San Carlos en Guatemala en donde se graduó de abogado. Allí prosiguió su profesión de abogacía, pero también una prolífica carrera literaria. Además de las obras mencionadas, escribió *Verdades de grande importancia para todo género de personas* (1741), de la cual se desconoce su paradero y también su *Instrucción de litigantes* (1742). Además se menciona un soneto fúnebre «Al Sr. Dr. D. Manuel Cayetano Falla de la Cueva, canónico chantre de la misma» (1739) y de un instrumento jurídico, *El por qué de el recurso… que trata sobre que se traslade a el Convento Grande de el señor de San Francisco… el Colegio de San Buenaventura* (1741)[45].

Leyva reconoce que ambas obras, *Las luces del cielo de la Iglesia* y *El mosqueador añadido* constituyen quizá los primeros libros de la literatura nacional —aunque el primero ya vimos que fue el de Carrasco del Saz—, y a su vez, citando a autores como José Mariano Beristain, José Toribio Medina y Jorge Luján Muñoz, sostiene que Antonio de Paz y Salgado probablemente haya sido el autor más prolífico en todo el Reino de Guatemala durante el Período Colonial. En cuanto a la calidad y temática de las obras, Leyva señala que *Las luces del cielo* está redactado en el lenguaje elevado y altamente formalizado del barroco, recoge un homenaje y crónica de la creación del arzobispado de Guatemala en 1745. Por su parte, *El mosqueador...*, —un relato contra la necedad— es tal vez el libro más importante, ya que está escrito en un lenguaje más personal y humorístico, haciendo

44. Véase: Paz y Salgado, Antonio de, *Las luces del cielo de la Iglesia- El mosqueador añadido*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Edición de Héctor Leyva, Colección Estudios Coloniales, N.º 1, 2006.

45. Ibid., pp. 21-23.

una sátira de las costumbres de la época, lo que anuncia el espíritu crítico que llegaría décadas después a través de la Ilustración. En suma, dichas obras representan dos extremos, el del *cielo* y el de la *tierra*, el de los asuntos *sagrados* y el de los *profanos*, el del Barroco y el de la Ilustración, que muestran las ambivalencias y los conflictos típicos de los intelectuales criollos en las regiones apartadas bajo el dominio imperial en el siglo XVIII[46].

Igualmente, Rafael Heliodoro Valle menciona que otro de los primeros libros publicados por un hondureño —aunque esta vez en Guatemala— en este periodo fue fray Francisco de Espino, quien publicó en 1674 su *Relación verdadera de la reducción de infieles de la Provincia de la Taguzgalpa, llamados jicaques*, en la Imprenta de Joseph de Pineda Ibarra[47]. Según Beristain de Souza, Espino era «[…] natural de la Nueva Segovia [hoy en día perteneciente a Nicaragua], en el Obispado de Honduras, o Comayagua»[48], y pertenecía a la orden de los franciscanos.

Con respecto a los literatos hondureños del periodo estudiado, sin duda los más importantes fueron Juan Cerón, ordenado como jesuita en México, autor de la obra *De Virtutibus Theologicis*, así como el también jesuita Juan Ugarte, nacido en Tegucigalpa en 1662 y muerto en México en 1730, quien entre otras obras escribió «Diario y cartas de las costas de California». También hay que mencionar a José Lino Fábrega (1746-1797), nativo igualmente de Tegucigalpa y ordenado como jesuita en el Colegio de Tepotzotlán en la ciudad de México, autor de *Interpretación del Códice Borgiano*, editado por Lord Kingsborough en 1848, y más tarde por el Duque de Loubat y por Alfredo Chavero y Francisco del Paso Troncoso, quienes lo tradujeron y publicaron en español en la Ciudad de México en 1891[49].

---

46. Ibid., p 29.

47. Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura*… Op. Cit., p. 16.

48. Beristain de Souza, José Mariano, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, México, 1883. (B-AECI).

49. Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura*… Op. Cit., p. 21.

Sin embargo, el más notable intelectual hondureño que destacó en las postrimerías del período colonial y en los primeros años de la época republicana fue José Cecilio del Valle —discípulo de José Antonio Liendo y Goicoechea—, quien fue el representante más reconocido del movimiento de la Ilustración en la región y sin duda es calificado como el más grande intelectual centroamericano del siglo XIX. De acuerdo con el filósofo hispano-costarricense Constantino Láscaris, Valle «[…] es el hombre más destacado, en todos los aspectos (menos el militar) en Centroamérica», juicio que también comparte el historiador italiano Antonello Gerbi en su obra «La disputa del Nuevo Mundo»[50].

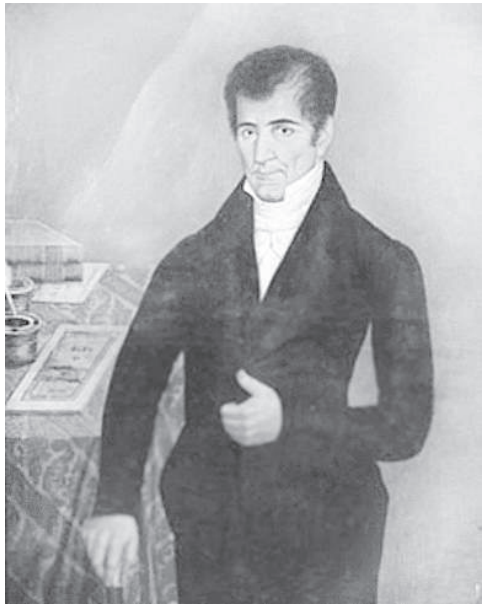
En efecto, Valle ha sido considerado —tanto por sus coetáneos como por los historiadores modernos— como el más grande intelectual en el periodo de transición entre la colonia y el republicanismo. De acuerdo con Ramón Oquelí, Valle poseía la «[…] biblioteca más grande y escogida de Centroamérica»[51]. Por su parte, el diplomático británico George Thompson, quien llegó a Centroamérica en una visita oficial representando al gobierno inglés en la República Federal de Centroamérica, denominó a Valle como el «Cicerón de los Andes», y relata que visitó personalmente a Valle en su casa de habitación en la ciudad de Guatemala el 5 de junio de 1825, y lo que más le impresionó fue la biblioteca del sabio. Thompson cuenta que Valle se sentó en una pequeña mesa de escribir «[…] profusamente cubierta de manuscritos y papeles impresos»[52] e inició una frenética búsqueda de información en la biblioteca, la cual estaba «[…] tan

50. Láscaris, Constantino, *Historia de las ideas en Centroamérica*, San José de Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), Colección Seis, 2ª edición, 1982, p. 434. También Antonello Gerbi reconoce a Valle como el más importante intelectual centroamericano del siglo XIX. Cfr. Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo: Historia de una polémica. 1750-1900*, México DF, Fondo de Cultura Económica (FCE), Sección de Obras de Historia, 1ª reimpresión, 1993, pp. 401-409.

51. Véase: Oquelí, Ramón (Antólogo), *José del Valle, Antología*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Realidad Nacional, N° 6, 1ª edición, 1981, p. 16. Sin duda, la presente antología, es una de las mejores que se han publicado sobre el sabio Valle.

52. Consúltese: Thompson, George, *Narrative of an Official Visit to Guatemala from Mexico*, Londres, John Murray, 1829, p. 208.

atestada de libros, no solo a lo largo de las paredes, sino también amontonados en el piso, que con dificultad pudimos abrirnos paso»[53].



lustración 1. José Cecilio del Valle en su estudio. A la izquierda, sobre la mesa, se pueden apreciar algunos de los libros de la biblioteca particular de Valle. (Óleo sobre tela, escuela guatemalteca, siglo XIX. Museo Nacional de Historia, Ciudad de Guatemala, Giraudon/Bridgeman Art Library, Archivo del autor)

Para Thompson, Valle «estaba rodeado de todo lo que delata la manía de los que escriben: pruebas de imprenta, en cuartos y octavos, abiertos o señalados con tiras de papel anotadas, esparcidas en profusión sobre la mesa». Valle comenzó a entregarle a Thompson «papel tras papel y documento tras documento» hasta que, como confesara después, «quedé saciado con solo mirarlos». Por el contrario, Valle parecía tener «un desenfrenado apetito intelectual»[54].

53. Ibid., pp. 208-209.

54. Ibid., p. 209. Véase también: Bumgartner, Louis E., *José del Valle de América Central*,

En realidad, Valle es un caso excepcional en Centroamérica; considerando las vicisitudes y escasas posibilidades de obtener producciones literarias en la región durante aquel tiempo, Valle compraba o importaba libros a granel, a través de sus contactos en América y Europa, ya que se carteó con prominentes intelectuales de la época como el mismo Thompson, Jacobo Haefkens, Jeremías Bentham, Alexander Von Humboldt, el Conde Guisseppe de Pecchio, Álvaro Flores Estrada, Manuel Mier y Terán y Bernardo Monteagudo entre otros. Inclusive, cuando su primo Próspero Herrera viajó a Londres con el propósito de formar una empresa para explotar las minas de los Herrera con capital inglés, Valle le da instrucciones precisas de que le envíe libros, revistas, periódicos y direcciones de los eruditos más aventajados. De esa forma, cuando Flores Estrada publica en Londres un volumen de economía política, Valle lo invita a enviar copias para venderlas en Centroamérica, mismas que el confiable Próspero Herrera empaca y envía en número de cuarenta copias. Pecchio envía su estudio sobre las obras de un economista italiano, pero es Bentham el que le envía el mejor regalo, ya que da instrucciones en las que después de su muerte, pueden enviarle a Valle cualquier obra que en el futuro necesitara. También Bentham le hace llegar copias de su *Westminster Review*[55].

De este modo, Valle logró hacer la biblioteca más grande y erudita de Centroamérica, la cual contenía desde los clásicos de la Antigüedad, los clásicos del Siglo de Oro español hasta los principales exponentes de la Ilustración europea, de manera que Valle completó sus lecturas con lo más relevante de la literatura universal, pues él mismo cuenta que leyó, y cita en sus trabajos las obras de autores como Aristóteles, Platón, Cicerón, Quevedo, Lafontaine, Fontenelle y Boileau, Lutero, Descartes, Moro, Newton, Locke, Linneo, Cuvier, Pascal, Mably, Say, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Decandolle,

Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Biografías, N° 3, 1ª edición en español, traducción de Octavio Sánchez, 1997. La edición en inglés es de 1963.

55. Bumgartner, Louis E., *José del Valle*… Op. Cit., pp. 342-344.

Jovellanos, Humboldt, Flores Estrada, Bentham, Buffon, Mirabeau, Mill, Lagasca, Napoleón, Pecchio, Condamine, Chautebriand, Constant, Mier y Terán, Caldas, Unanue, Andrés del Río y muchos más[56]. No obstante, pese a la erudición de Valle y la amplitud de sus lecturas, lo cierto es que, en Honduras, al final del Período Colonial lo que dominaba era la circulación de libros y lecturas de corte religioso debido al poderío de la Iglesia Católica y al dominio colonial español; de hecho, la mayoría de los libros que publicaron hondureños por este periodo así lo atestiguan, como se puede ver en el siguiente cuadro:

TABLA 1

Libros publicados por hondureños entre 1600 y 1810

AUTOR	TÍTULO	AÑO	LUGAR	CATEGORÍA
1) Francisco Carrasco del Saz	*Comentarios sobre algunas Leyes de la Recopilación o Compilación de Castilla*	Probablemente 1620 (Sevilla)	Lima, Perú, Sevilla y Madrid, España	Derecho
2) Fray Francisco Espino	*Relación verdadera de la reducción de infieles de la Provincia de Taguzgalpa, llamados jicaques*	1674	Guatemala	Religión
3) Fray Francisco Andrade	*Elogio fúnebre del V. P. Antonio Margil, fundador de todos los colegios de Propaganda FIDE de Nueva España*	1729	México	Religión
4) Fray Francisco Andrade	*El seraphin con seis alas del Throno de Christo Sacramentado para el fructuoso empleo de las almas en el Iubileo Circular*	1739	Guatemala	Religión
5) José Lino Fábrega	*Interpretación del Códice Borgiano*	¿?	Italia	Religioso-político
6) Juan Ugarte	*Diario y cartas de las costas de California*	¿?	México	Religión
7) José Tomás Adalid y Gamero	*Pro concursu ad Primae Philosophiae Catedram… In Regia ac Pontificia Divi Carola Guatimalana Academia*	1792	Guatemala	Religión
8) Miguel de Fiallos	*Philosophicae propositiones defendae, pro Baccalaureatus gradu in eadem facultate obtinendo*	1794	Guatemala	Filosofía

56. Oquelí, Ramón (Antólogo), *José del Valle*… Op. Cit., p. 16.

AUTOR	TÍTULO	AÑO	LUGAR	CATEGORÍA
9) José Santiago Milla	*Logicae propositiones e philosophis excerptae defendendae*	1798	Guatemala	Filosofía
10) Nicolás Irías y Midense (sic)	*Propositiones de iure naturali, Romano, Hispano atque Indico defendendae*	1801	Guatemala	Derecho
11) José Cecilio del Valle	*Instrucción sobre la plaga de la langosta: medios de exterminarla o de disminuir sus efectos, y de precaver la escasez de comestibles*	1804	Guatemala	Economía política
12) José Justo Milla	*Sexto Ecclesiae doctori*	1805	Guatemala	Religión
13) Juan Lindo	*Propositiones ex universa logica auctoritate D. D. Archiep. Lugdun*	1807	Guatemala	Filosofía
14) Francisco Morejón	*Propositiones de Iure naturali ac regia Castellae et Indiarum*	1808	Guatemala	Derecho
15) Francisco Márquez	*Pro Baccalaureatus gradu in canonico iure obtinendo*	1808	Guatemala	Religión
16) Pedro Nolasco de Arriaga	*Virgo Scilicet de Mercedes hanc in sua vota vocabit*	1809	Guatemala	Religión
17) José Manuel Alcántara	*Pro examine subeundo Ad Licent. Grad. In Sacr. Theol. promerendum*	1809	Guatemala	Religión

Fuente. Elaborado con base en: Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura hondureña*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, 1ª edición, 1981, pp. 16-18, y García, Miguel Ángel, *El primer hondureño que publicó un libro*… Op. Cit., p. 51.

Como se ve, en el periodo comprendido entre 1600 y 1810 —es decir, la antesala de los movimientos independentistas en Centroamérica—, de acuerdo a registros que extrajimos de los trabajos de Rafael Heliodoro Valle y de Miguel Ángel García, 17 hondureños —quizá haya más—, publicaron libros, la mayoría de ellos en Guatemala, de los cuales, 10 eran libros religiosos, lo que representa el 59% del total, mientras que de Filosofía se publicaron 3, que representaban el 17 %, y de Derecho 3, que implicaban el 17 % del total. De economía política se asentó 1, equivalente al 7 %. Como se aprecia, el predominio de libros y textos religiosos, de Filosofía y Derecho, calzaba perfectamente con la

ideología dominante: escolástica y devota, situación que fue similar a lo que ha analizado Iván Molina para el caso costarricense en la misma época[57], así como Manuel Reyes[58] para el caso guatemalteco y Lawrence Thompson[59] para América Latina en general. Con el tiempo, tras los procesos independentistas, y especialmente en el último cuarto del siglo XIX, con el advenimiento de los procesos de reforma, los libros y lecturas —como se verá más adelante—, pasaron de los de carácter religioso a los de ideología más secular, sobre todo títulos más profanos, liberales y positivistas. De hecho, esa situación se empezó a reflejar ya en 1794, cuando José Cecilio del Valle —asesorado por José Antonio Liendo y Goicoechea— presenta su tesis para optar al grado de Bachiller en Artes, titulada «*Propositiones de rebus naturalibus defendae a D. Josepho Cecilio del Valle*» en la que defendía las teorías de Isaac Newton y los experimentos de Benjamín Franklin[60].

Finalmente, es importante comentar que, hacia finales de la época colonial, en Honduras hubo otras personas que poseían bibliotecas relativamente importantes. Puede mencionarse en primer término la del padre José Simón de Celaya (1710-1775), quien fue Comisario de la Inquisición en Comayagua, catedrático de teología en el Colegio Tridentino y más tarde, cura y promotor de la construcción de la Catedral de Tegucigalpa. Un retrato elaborado por José Miguel Gómez, atestigua la calidad de la biblioteca del padre Celaya[61].

57. Molina Jiménez, Iván, «Azul, el libro de moda…» Op. Cit., pp. 137-167.

58. Reyes, Manuel, *Catálogo del Museo del Libro Antiguo*, Ciudad de Guatemala, 1971, pp. 129-165.

59. Thompson, Lawrence, *Printing in Colonial Spanish America*, Hamden, 1962.

60. Véase: García Laguardia, Jorge Mario, *El pensamiento de José Cecilio del Valle*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, 1982, p. 7, y: Soriano, Oscar, *Ideas acerca de la educación en José Cecilio del Valle*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Cuadernos Universitarios, N° 92, 1ª edición, 1997, p. 18.

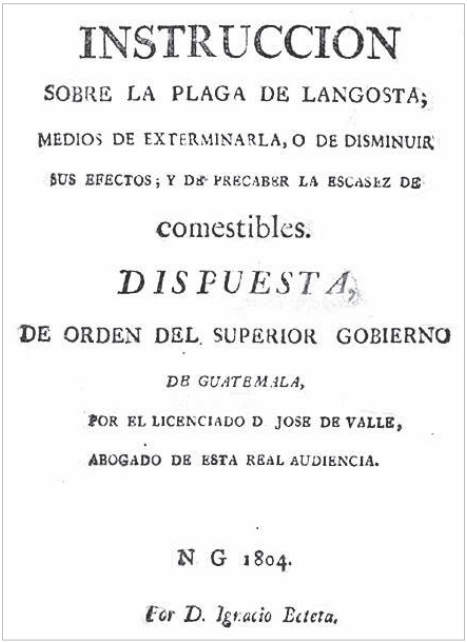
61. Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura…* Op. Cit., p. 22.



Ilustración 2. Padre José Simón de Celaya (1710-1775) en su biblioteca particular en Tegucigalpa, en una pintura al óleo de José Miguel Gómez. Probablemente, este es el testimonio gráfico más antiguo de una biblioteca hondureña. (Incluido en: Oyuela, Leticia, *José Miguel Gómez, pintor criollo. Una aproximación biográfica*, San Pedro Sula, Centro Editorial, Colección Cultural Banco Atlántida, 1992, p. 70)

Asimismo, era importante la biblioteca de Dionisio de Herrera, primo de José Cecilio del Valle y a la postre primer jefe de Estado de Honduras en 1824. Herrera completó una biblioteca más bien de carácter ilustrada, pues poseía a los autores enciclopedistas europeos, la cual alimentaba a través de corresponsales parisinos que le mantenían al tanto de los mejores libros publicados en Francia. En

dicha biblioteca, se instruyó en el liberalismo Francisco Morazán, a la sazón, pariente político de Herrera[62]. Según Constantino Láscaris, Herrera estaba imbuido de las doctrinas de Rousseau, Montesquieu, Diderot y D'Alembert, como se refleja en el Acta de Independencia de la Alcaldía Mayor de Tegucigalpa (28 de septiembre de 1821), que él redactó[63]. En concreto, uno de los aspectos que más ha destacado la historiografía hondureña ha sido la influencia de Dionisio de



INSTRUCCION

SOBRE LA PLAGA DE LANGOSTA;

MEDIOS DE EXTERMINARLA, O DE DISMINUIR

SUS EFECTOS; Y DE PRECAVER LA ESCASEZ DE

comestibles.

DISPUESTA,

DE ORDEN DEL SUPERIOR GOBIERNO

DE GUATEMALA,

POR EL LICENCIADO D JOSE DE VALLE,

ABOGADO DE ESTA REAL AUDIENCIA.

N G 1804.

Por D. Ignacio Ecteta.

Ilustración 3. Portada del libro *Instrucción sobre la plaga de langosta* (1804), de José Cecilio del Valle, uno de los libros que circulaba por Honduras a inicios del siglo XIX (Archivo del autor)

62. Véase a este respecto: Láscaris, Constantino, *Historia de las ideas en Centroamérica…*, Op. Cit., p. 443. Sobre la influencia de Herrera en la formación liberal de Morazán, véase: Santana, Adalberto, *El pensamiento de Francisco Morazán*, Tegucigalpa, Fondo Editorial de la UPNFM, Colección Biblioteca Morazánica, 1ª edición, 1992, pp. 14-15, y Ferro, Carlos, *San Martín y Morazán*, Tegucigalpa, Editorial Nuevo Continente, 1971, pp. 26-27.

63. Ibid., p. 443.

Herrera en la formación liberal de Francisco Morazán[64] y la ulterior participación de este en la conformación de la nacionalidad en Centroamérica.

En todo caso, Herrera fue de las personas que en los momentos previos a la Independencia más se interesó en poseer una biblioteca selecta, llegando a mover sus contactos en otros países con el fin de agenciarse de la mejor literatura de la época, especialmente de temas ilustrados. Por ejemplo, en una carta que envía a su entrañable amigo Francisco Antonio Márquez en 1824, radicado por entonces en Guatemala, le escribe que estaba enterado que en Belice se encontraban «[…] muy buenos libros y he hecho encargo de los mejores… Dime qué buenos libros hay en esa (Guatemala); por mano de Barrundia y otros pueden conseguirse algunas obras raras que compraré a cualquier precio…»[65]. Más tarde, le comunica en otra misiva a Márquez que por esos días habían llegado a Tegucigalpa buenos lotes de libros, como ser «[…] muchas gramáticas francesas, diccionarios y algunas obras de literatura. Se han vendido públicamente algunos ejemplares de las ruinas de Palmira, del

64. José Francisco Morazán Quesada nació en Tegucigalpa en 1792 y murió fusilado en San José de Costa Rica en 1842. Fue un genial militar en el campo de batalla, lo que le llevó a ocupar la presidencia de la República Federal de Centroamérica entre 1830 y 1838. Antes, había sido jefe de Estado de Honduras en 1827. Instruido en la ideología liberal por su pariente Dionisio de Herrera, impulsó como presidente federal una serie de reformas conducentes a instaurar un Estado liberal según el modelo aplicado por los revolucionarios franceses y especialmente por los estadounidenses. Una vez disuelta la República Federal, salió rumbo a Panamá y Perú; volvió a Centroamérica en 1842, asentándose en Costa Rica, donde fue electo jefe de Estado tras la renuncia de Braulio Carrillo, sin embargo, una rebelión desestabilizó su régimen. Capturado tras una traición de algunos allegados, fue fusilado sin previo juicio —irónicamente— el 15 de septiembre de 1842. Fue autor de *Apuntes para la Revolución del 29*, más conocido como *Memorias* (1840), así como de manifiestos, proclamas, comunicaciones, arengas y decretos que revelan al estadista y al escritor ilustrado. Con los años, se convirtió en la máxima figura histórica de Centroamérica, específicamente a partir de las Reformas Liberales que celebraron su gesta unionista y desarrollaron una «estatuaria» alrededor de su personalidad. La máxima condecoración que otorga el Estado de Honduras, fue creada el 1 de marzo de 1941 en el gobierno de Tiburcio Carías Andino en homenaje al General Morazán, denominada Orden de la Gran Cruz de Oro Francisco Morazán. Cfr. «Honduras: Order of Francisco Morazán», En: https://www.medals.org.uk/honduras/honduras003.htm 2001, Pág. 1.

65. Citado en: Oquelí, Ramón, *Los hondureños y las ideas*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Cuadernos Universitarios, N° 49, 1ª edición, 1985, p. 14. El subrayado es nuestro.

Compendio de Mateo, del Citador, etc. Hay en Trujillo algunos *chef d'oeuvre*, destinados a Tegucigalpa»[66]. Finalmente, se sabe que Herrera, en su afán de ampliar su biblioteca personal, también pidió libros por encargo a Colombia, por intermedio de don Pedro Molina, quien fungía en la Gran Colombia como ministro Plenipotenciario de la República Federal de Centroamérica[67]. No obstante, este afán de Herrera por ampliar su biblioteca personal tuvo un final siniestro en vista que, como producto de las desavenencias políticas e ideológicas entre liberales y clérigos, sus enemigos le quemaron la biblioteca. Concretamente, se especula que el presbítero Nicolás Irías ordenó prender fuego a la biblioteca de Herrera en una de las tantas revueltas en tiempos de la Federación Centroamericana[68]. Así, el periodo que va de la Colonia a la Independencia y la Federación estuvo marcado por la disputa entre las lecturas religiosas y las ilustradas que promovían la emancipación política e ideológica.

B) Libros y lecturas desde la Independencia de 1821 hasta la Reforma Liberal de 1876 y el papel de José Trinidad Reyes y de la Universidad

Por otra parte, hay que mencionar que después de la Independencia de Centroamérica en 1821, la difusión de libros se amplió en la región, sobre todo porque desaparecieron los controles que antaño realizaba la Inquisición; de hecho, en los años previos a la Independencia, burlando a la Inquisición, se leían en círculos restringidos como el de Herrera obras de «*Descartes, Newton, Locke, Voltaire, Leibnitz, Montesquieu y Rousseau…*»[69]; así como porque

66. Ibid., p. 14.

67. Reina Valenzuela, José, *Historia de la Universidad…* Op. Cit., pp. 93-94.

68. Véase: Cortés, Carlos R., *Obra educativa relevante del Doctor Ramón Rosa*, Tegucigalpa, Secretaría de Cultura, Artes y Deportes, Editorial Cultura, Colección Arca de Noé, 1ª edición, 2000, p. 23.

69. García Laguardia, Jorge Mario, *Orígenes de la Democracia Constitucional en Centroamérica*, San José de Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 2ª edición,

se fueron instalando imprentas en cada uno de los Estados centroamericanos, con lo cual, Guatemala perdió la exclusividad en la impresión. Efectivamente, hacia 1827, ya existían imprentas en El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Finalmente, la imprenta llegó a Honduras entre 1828 y 1829, la cual es traída a instancias del general Morazán, quien la compra en Guatemala por 1000 pesos a Santiago Machado. Con la imprenta llegaron dos impresores, que ganaban respectivamente 40 y 20 pesos mensuales. La máquina se instaló en Tegucigalpa, en el convento de San Francisco, y la dirigió el nicaragüense Cayetano Castro. Lo primero que se publicó en ella fue una proclama de Morazán (del 4 de diciembre de 1829) antes de salir a la pacificación de Olancho, el famoso pacto conocido como «Las vueltas del Ocote». Con los meses, en la imprenta se empezó a publicar el primer periódico que hubo en el país, *La Gaceta del Gobierno*, cuyo primer número apareció el 25 de mayo de 1830[70].

Hay que señalar que, desde la introducción de la imprenta en 1829 hasta la Reforma Liberal de 1876, la producción de impresos en Honduras se incrementó notablemente en comparación al Período Colonial, sin embargo, dicha creación cultural aún resultaba modesta si se le compara con la que se desarrolló en el periodo posterior a la Reforma de 1876.

En este proceso, hubo varios factores que coadyuvaron en la difusión más abundante de los libros y lecturas en el país en el periodo 1829-1876, como ser la ampliación —aunque todavía modesta— de los centros educativos oficiales y privados, la creación de la universidad y la fundación de su biblioteca particular. El incremento del mercado de libros y la aparición de las primeras librerías, la demanda de textos escolares y de libros por parte de las clases acomodadas, así como la llegada al país de viajeros o exploradores que empezaron

1976, p. 26.

70. Sobre la historia de la imprenta y las publicaciones en Honduras, es importante consultar: García, Miguel Ángel, *La imprenta en Honduras: 1828-1975*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Letras Hondureñas, N° 35, 1988, pp. 23-29 y: Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura*… Op. Cit., pp. 46-165.

a escribir y divulgar noticias sobre Honduras tanto en los Estados Unidos como en Europa.

Fue así que hacia los años treinta del siglo XIX, se publican los primeros libros en el país. Según Rafael Heliodoro Valle, el primer libro publicado en Honduras fue escrito probablemente por el italiano Domingo Dárdano en 1836, cuyo título era *Primeros rudimentos de aritmética, propuestos por el presbítero Domingo Dárdano, director y catedrático de Gramática en el Colegio de Comayagua para adelantamiento de sus alumnos*. El texto fue publicado en Comayagua por la imprenta del Estado, que en ese entonces estaba a cargo de Eulogio García[71].

Como se observa, hacia 1836, la imprenta se había trasladado de Tegucigalpa a Comayagua, y el título del libro publicado denota que ya existía demanda de libros de texto en los colegios y escuelas del país.

El segundo libro publicado en el país —y en teoría, el primero publicado por un hondureño— fue el que lleva por título *Cartilla forense*, de Pedro Pablo Chévez, en 1853, el cual había sido publicado en su primera edición en San José de Costa Rica en 1838[72].

De este modo, entre 1821 y 1850, se produjo en Centroamérica un notable desarrollo de lo que podría considerarse el auge de los impresos, especialmente en lo relacionado a la producción, comercialización y consumo del libro. Se advierte de esa forma un leve cambio de la publicación de obras religiosas como catecismos, breviarios y novenas a las publicaciones profanas de contenido cívico, cada vez más numerosas[73]. Según Iván Molina, el incremento de títulos publicados (630 en total), de folletos, periódicos y libros en los talleres de impresión, desde la Independencia hasta mediados

71. Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura*… Op. Cit., p. 11. Valle indica en su trabajo que dicho libro lo encontró en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, en Washington DC, y añade que es con seguridad ejemplar único en el mundo. Afortunadamente, Valle también fotocopió el libro, así que, gracias a su iniciativa, en la actualidad se puede consultar en la Biblioteca Nacional de Tegucigalpa la copia de ese ejemplar incunable. El subrayado es nuestro.

72. Véase: Infante, Segisfredo, *El libro en Honduras*… Op. Cit., p. 62.

73. Inestroza, Jesús Evelio, *La escuela hondureña en el siglo XIX*… Op. Cit., p 113.

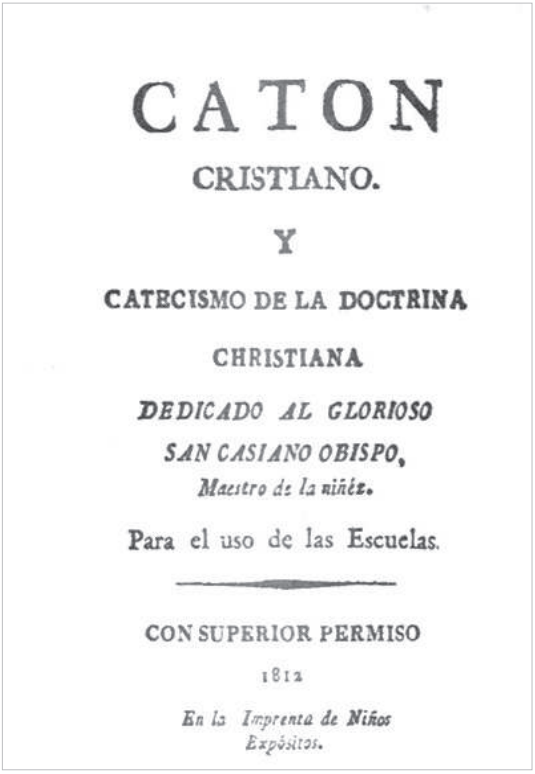
del siglo XIX se debió fundamentalmente a la apertura de diecisiete imprentas durante el periodo, de las cuales, seis funcionaron en Honduras. Una de las consecuencias inmediatas fue el abaratamiento de las publicaciones, abriendo la posibilidad de que el gobierno adquiriera los textos que requerían las escuelas elementales a precios más bajos y en mayores cantidades.

Ese relativo cambio de las lecturas religiosas a las profanas en Honduras parece atestiguarse a través de la publicación de poesías sueltas en el *Diario La Gaceta* en el periodo 1840-1860. En efecto, Carlos Maldonado y Mario Argueta recogieron hace pocos años una serie de cincuenta y nueve poesías desconocidas de mediados del siglo XIX en Honduras, en las cuales se evidencia el surgimiento de temáticas más seculares que religiosas; en concreto, dichos autores registraron un total de treinta y seis poesías con contenidos «patrióticos, amorosos, morales o civiles», contra veintitrés poesías de inspiración religiosa, dedicadas a la Virgen o a miembros de la Iglesia como sacerdotes y obispos. Es interesante observar que la publicación de estas «poesías patrióticas» representan los primeros antecedentes de un nacionalismo embrionario en escritores del país, como por ejemplo «A la victoriosa División de Choluteca», de 1844; «Al Benemérito de la Patria Jeneral [sic] Santos Guardiola, Jefe del Ejército Libertador» (1845) y «Al Benemérito Jeneral [sic] Presidente del Estado de Honduras Don Trinidad Cabañas» (1852)[74].

No obstante, lo anterior siempre siguió siendo importante el uso y lectura de obras religiosas en las escuelas y colegios hondureños, sobre todo después de la caída de la República Federal de Centroamérica en 1839, que provocó la irrupción en el poder de la clase política conservadora (entre ellos Rafael Carrera en Guatemala y Francisco Ferrera en Honduras) ligada a la Iglesia Católica. De este modo, en las escuelas, y aún en las lecturas cotidianas de buena parte

74. Cfr. Maldonado, Carlos y Argueta, Mario, *Poesía nacional desconocida del siglo XIX*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección 18 Conejos de Poesía y Cuento, N.º 23, 1ª edición, 1996, pp. 17-74.

de los hondureños de la época, libros como el *Catecismo*, el *Catón* y la *Cartilla de San Juan* siguieron siendo de los más predilectos en las lecturas de entonces.



CATON

CRISTIANO.

Y

CATECISMO DE LA DOCTRINA

CHRISTIANA

DEDICADO AL GLORIOSO

SAN CASIANO OBISPO,

Maestro de la niñez.

Para el uso de las Escuelas.

CON SUPERIOR PERMISO

1812

En la Imprenta de Niños Expósitos.

Ilustración 4. Portada del libro *Catón cristiano*, texto que aún se usaba en las escuelas hondureñas de mediados del siglo XIX (Incluida en: Inestroza, Jesús Evelio, *La escuela hondureña en el siglo XIX*… Op. Cit., p. 120)

Posteriormente, el Gobierno hondureño continuó interesándose en la importación de libros para las escuelas y colegios hondureños. Así, por ejemplo, en 1866, poco antes de la Reforma Liberal, el régimen de José María Medina emitió un decreto mediante el cual los administradores de correos no cobrarían derechos por los

periódicos e impresos provenientes del exterior, lo que contribuyó al abaratamiento de los libros de texto[75]. Además, en la Ley de Instrucción Primaria de 1866, se mencionó que era responsabilidad del gobierno mandar a imprimir «[…] suficiente número de Constituciones, tablas aritméticas, de pesos y medidas, y cartillas del ciudadano para distribuir por medio de los gobernadores en todos los pueblos de la república; proporcionando al mismo tiempo muestras de escritura y libros elementales»[76].

Otro factor importante en la ampliación de la cultura libresca en el país fue la fundación de la universidad, la cual se creó formalmente el 11 de agosto de 1847, en el Gobierno de Juan Lindo a partir de la Academia Literaria del Genio Emprendedor del Buen Gusto, que en 1845 habían creado en Tegucigalpa el padre José Trinidad Reyes[77], junto con Yanuario Girón, Máximo Soto y Alejandro Flores, a quienes se sumaron más tarde Pedro Chirinos, Valentín Durón, Alesio Durón, Crescencio Gómez, Salatiel Andino y Pablo Agurcia[78].

Por instancias del Gobierno, la Universidad empezó a funcionar desde 1847 en su propio local, para lo cual se adecuó el antiguo convento e iglesia de San Francisco, en el centro de Tegucigalpa,

75. Ibid., p. 114.

76. ANH, *Ley de Instrucción Primaria*, Comayagua, Imprenta del Gobierno, 1866.

77. José Trinidad Reyes (1777-1855), aprendió sus primeras letras en su ciudad natal, Tegucigalpa. De adolescente, se trasladó a estudiar a la universidad de León en Nicaragua, donde obtuvo el grado de bachiller en filosofía, teología y derecho. Posteriormente, decidió seguir la carrera eclesiástica y en 1822 se ordenó como presbítero con los Recoletos. De regreso a Tegucigalpa, se convirtió en párroco de la ciudad, en donde aglutinó a un grupo de jóvenes, entre ellos Máximo Soto, Yanuario Girón y Pedro Chirinos, fundando con ellos el 14 de diciembre de 1845 «La Sociedad del Genio Emprendedor y del Buen Gusto», de la que fue rector de la institución que impartía cursos de filosofía y gramática latina. En 1846, el congreso hondureño decretó la protección gubernamental de la sociedad y así pasó a denominarse «Academia Literaria de Tegucigalpa». Debido al éxito alcanzado, el gobierno de Juan Lindo aprobó la apertura de la «Universidad Central» en Tegucigalpa el 19 de septiembre de 1847, naciendo de esta forma la primera institución educativa superior en la historia de Honduras. Reyes fue un promotor incansable de la cultura, principalmente de la literatura, la música y del teatro, espacio en el que destacó al legar sus conocidas «Pastorelas», desde entonces una tradición valiosa en el país. Los nombres de sus Pastorelas (9 en total) son: «Olimpia», «Noemi», «Nicol», «Neftalia», «Zelfa», «Rubenia», «Elisa», «Albano» y «Flora» o la Pastorela del Diablo».

78. Reina Valenzuela, *José, Historia de la Universidad*… Op. Cit., pp. 33 y ss.



Ilustración 5. Iglesia y convento de San Francisco, donde se estableció la universidad en 1847. Fotografía de Juan Aguirre, de fines del siglo XIX (Archivo del autor)

hasta que fue trasladada al convento e iglesia de La Merced en los años sesenta del siglo XIX.

La apertura de la Universidad posibilitó un relativo crecimiento cultural en el país, especialmente porque dotó de una biblioteca a la institución, la cual es reportada ya en la «*Memoria de labores*» del año 1855. Efectivamente, en ese año, el secretario de la Universidad, señor Ugarte, se quejaba en la *Memoria* que debido a la escasez de recursos económicos:

> […] la Biblioteca, poco se ha enriquecido desde la donación de libros que hiciera el Licenciado Don Mónico Bueso, aunque rasguñando de los escasos fondos disponibles, se han hecho venir del exterior algunas obras de texto y literarias para uso de los estudiantes y profesores[79].

79. Ibid., p. 103. Lo más importante de la creación de la biblioteca universitaria radica en que es quizás la primera biblioteca «pública», y de acceso libre que se instala en la historia nacional.

Lamentablemente, la fuente no consigna la fecha de creación de la biblioteca, empero, lo interesante de la referencia del secretario Ugarte es que indica que la universidad logró la apertura de la biblioteca, que además ya se estaban importando libros para uso de los interesados en la lectura. Igualmente, por el hecho de que algunos miembros pertenecientes a la élite económica de la ciudad —como don Mónico Bueso— ya hacían donaciones de libros a la institución, lo cual va dando idea de la responsabilidad social que iban adquiriendo políticos, empresarios o familias notables en el desarrollo de la lectura en el país.

Asimismo, la Universidad también adquirió su propia imprenta, con lo cual el país dispuso de su segunda imprenta. No se tienen datos precisos acerca del año de instalación de la imprenta, pero ya para 1850 —tres años después de haber sido fundada la Universidad—, el padre Reyes hace mención de ella. Rápidamente, se empezaron a publicar los primeros libros; allí se editaron las *Lecciones de física*, del padre Reyes; la *Cartilla Forense*, de Pío Ariza, y un trabajo biográfico del padre José Simón de Celaya, escrito por el licenciado y presbítero Yanuario Girón[80].

No obstante, durante algún tiempo, la imprenta continuó publicando mayoritariamente hojas sueltas, boletines, novenas de santos, tarjetas de invitación, programas festivos, folletos variados y esquelas mortuorias.

Por su parte, el padre Reyes siguió ampliando la biblioteca de la Universidad, y a su vez, acrecentó su biblioteca particular la cual llegó a ser la biblioteca más surtida y selecta de la ciudad, la cual ponía a disposición de los alumnos de la Universidad, así como de los escritores e intelectuales que ya empezaban a despuntar por la década del cincuenta del siglo XIX[81]. Es interesante anotar que el padre Reyes expresó en su testamento que después de su muerte

80. Ibid., p. 101.

81. Valladares, Juan Bautista, «Biblioteca de José Trinidad Reyes», En: *Revista del Archivo y Bibliotecas Nacionales*, Tegucigalpa, Tomo XI, 1933, pp. 606-608.

la mitad de su biblioteca fuera para la universidad y del resto se sacaran 50 pesos para que se aportaran a la Universidad y, además, le entregaran al cura del pueblo de Ojojona la obra de Massillon. Por su parte, sus albaceas, don Trinidad Estrada y don José Pío Gómez, se tomarían los demás libros que se encontraban en manos de los estudiantes para ser incorporados al monto de sus bienes[82].

En este ambiente, empezaron a florecer las primeras librerías en el país hacia mediados del siglo XIX. La más antigua de ellas probablemente sea la de don Santos Valle, quien instaló una pequeña librería en el centro de Tegucigalpa en 1836. De hecho, el primer libro publicado en Honduras —*Rudimentos de Aritmética* de Dárdano— se vendía en Comayagua en casa del autor exactamente en la librería de Santos Valle ubicada en Tegucigalpa. Más tarde, cerca del año 1850, un extranjero a quien la gente llamaba *Monsieur* abrió otra en la misma ciudad[83]. Posteriormente, hacia 1860, la señora Manuela Vigil abrió otra librería en Tegucigalpa e incluso encargó la publicación de una de las pastorelas del padre Reyes en una imprenta de la ciudad de Guatemala ese mismo año[84]. Del mismo modo, William Wells, un famoso viajero estadounidense que llegó a Honduras en 1854 con la finalidad de obtener concesiones mineras de parte del gobierno del general José Trinidad Cabañas en la extensa y rica región del departamento de Olancho. En el oriente del país y en su travesía por Honduras, nació el famoso libro titulado *Exploraciones y aventuras en Honduras*[85], señala que, en ese año de 1854, Tegucigalpa contaba con

82. Sobre este particular, véase: «1855: Testamento del Padre Reyes», En: Oyuela, Leticia de, *De la Corona a la Libertad. Documentos comentados para la Historia de Honduras: 1778-1870*, Tegucigalpa, Editorial Subirana, Colección Manuel Subirana, N° 11, 1ª edición, 2000, pp. 266-270.

83. Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura*… Op. Cit., p. 23.

84. Infante, Segisfredo, *El libro en Honduras*… Op. Cit., p. 62.

85. Wells, William V., *Exploraciones y aventuras en Honduras*, San José de Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 2ª edición en español, 1978. (Edición especial para el Banco Central de Honduras). La edición primigenia fue publicada en inglés en 1857 por la editorial Harper and Brothers en Nueva York y la segunda edición fue publicada en Tegucigalpa, en 1960 por el Banco Central de Honduras (BCH).

actividades comerciales relativamente importantes donde se vendía todo tipo de artículos, entre ellos libros:

Las mercaderías que se exhiben para la venta no son ni suntuosas ni caras y consisten en su mayor parte de ropa para el uso tal como géneros de algodón, *osnaburgs*, mantas, calzado y los artículos corrientes manufacturados que se encuentran en los establecimientos dedicados a la venta de una sola clase de artículos. Casi todos combinan mercaderías de boticario, comerciante en géneros, abarrotero, sombrerero, vendedor de calzado, talabartero, librero, confitero, y artículos de escritorio…[86].

Empero, a pesar de esta incipiente expansión de libros, librerías, bibliotecas y oferta cultural que data alrededor del año 1850 y en Tegucigalpa, lo cierto es que aún seguía pesando en el ambiente la tradición religiosa y la influencia ideológica de la Iglesia Católica, no solamente en el *pensum* de las carreras de la Universidad, sino también en las lecturas cotidianas que circulaban entre los pocos lectores de la ciudad. El mismo Wells observaba que las bibliotecas que se hallaban en el país eran «[…] pocas y pobres, constituidas principalmente por obras de teología»[87]. De esa forma, el oscurantismo de una parte de la jerarquía eclesiástica hondureña era evidente, cuando en 1864, el obispo de Honduras, Jesús Zepeda y Zepeda prohibió la lectura de obras como *Los miserables* de Víctor Hugo, y las obras de Eugenio Sue y todas las novelas de Alejandro Dumas (padre e hijo) en cualquier idioma que estén escritos[88].

Este contexto de intolerancia ideológica no era exclusivo de Honduras, sino que de alguna manera estaba generalizado en toda la región, sin embargo, nos proporciona una idea de las limitadas condiciones en que se desplegaron los libros y lecturas en la sociedad hondureña que antecedió a la Reforma Liberal de 1876.

86. Ibid., p. 199. El subrayado es nuestro.

87. Ibid., p. 494.

88. Oquelí, Ramón, *Los hondureños y las ideas*… Op. Cit., p. 24.

Un testimonio de la situación de las lecturas y de la ideología dominante en la Universidad de Tegucigalpa en 1868 (ocho años antes de la Reforma), nos lo proporciona un ilustre egresado de la misma institución, nos referimos a don Alberto Membreño[89], quien apunta al respecto en una cita que anotamos *in extensis* lo siguiente:

> Conocí la Universidad en las celdas del Convento San Francisco, las que ocupaba en su mayor parte… Las materias que se estudiaban eran: español, latín, inglés, francés, matemáticas, física, filosofía, derecho civil y derecho canónico. La física que se aprendía en la Universidad, es la que explica la filosofía en latín de Lugdunensis, escrita en el siglo XVIII… De la química y demás ciencias modernas se oía, de vez en cuando, el nombre, por lo que nunca consideramos pudiera ser accesible a nosotros. Con esta preparación, solo abogados y clérigos incompletos podían salir de las aulas universitarias… El latín comenzó a enseñarse por la Gramática de Nebrija, la que se dejó por la de Raimundo Miguel… Diariamente recibíamos clases de español, y el texto era Velásquez de la Cadena que no podía ser peor desde el punto de vista pedagógico; en mi tiempo, además, de las buenas definiciones y reglas recopiladas por el Licenciado Máximo Gálvez y que manuscritas circulaban, estudiábamos o consultábamos la Gramática de Zepeda (nicaragüense), Rosales (salvadoreño), Alemany, con notas de Rocha, la Academia, Bello, con notas de Mariano Ballesteros, Salvá, Martínez López y José Segundo Flores, los textos de inglés y de francés eran Ollendorf, Robertson, Chapsal y el Telémaco, para traducir de este último idioma… No sé cómo harían los alumnos del señor

89. Alberto Membreño Márquez (1859-1921), se graduó de abogado en la Universidad de Tegucigalpa. Fue presidente de Honduras en 1915, y desarrolló una amplia carrera intelectual dedicada al estudio del español hondureño y centroamericano, así como al estudio de las raíces lingüísticas indígenas en Centroamérica. Algunas de sus obras más importantes son: *Hondureñismos*, publicado en su primera edición en Tegucigalpa en la Tipografía Nacional en 1895, así como *Aztequismos de Honduras*, publicado en México en 1907, y que, de acuerdo con Rafael Heliodoro Valle, fue el primer libro publicado por un hondureño en ese país.

> Severen para estudiar matemáticas por el texto de Bourdon que era el que podían conseguir; el señor Carús dictaba sus lecciones extractando el Vallejo, que ya era una obra pasada de moda… Cuando en casi toda la América española servía el texto de Derecho Civil el libro del guatemalteco Álvarez, en Tegucigalpa se aprendía de memoria la Ilustración del Derecho Real de España, por Juan Sala, que todos los días explicaba el profesor con las doctrinas de Escriche, los Febreros, Caravantes, La Serna y Montalbán etc. Del mismo modo se estudiaba el derecho Canónico por Deboti…[90]

Como se infiere hacia 1868, pocos años antes de la Reforma Liberal, Membreño caracteriza una Universidad aletargada y de alguna manera anacrónica, donde aún imperaban textos y lecturas del periodo colonial con un enfoque orientado al derecho canónico, la filosofía y el derecho, así como a las humanidades, en detrimento de las ciencias naturales, económicas y exactas que ya empezaban a despuntar en el ambiente liberal positivista de Estados Unidos y Europa de la misma época. En este contexto, de manera un tanto pesimista, Membreño concluye que ese tipo de enseñanza universitaria solamente podía formar abogados y curas. Empero, como se verá a continuación, esta situación empezó a variar notablemente a partir de la Reforma de 1876.

En síntesis, el periodo que va de la Independencia de 1821 hasta 1876, fue un proceso en el que la circulación de libros y lecturas se vio favorecido por la interrelación de todos esos factores como ser la multiplicación de los centros educativos, la instalación de imprentas, la apertura de la biblioteca universitaria y de librerías, la demanda de nuevos lectores, así como la difusión de veladas culturales (teatro, música, poesía) y la promoción de los nuevos profesionales egresados de la universidad, que contribuyeron al surgimiento de una generación de *letrados* e intelectuales que ulteriormente fueron

90. Véase: Membreño, Alberto, «La Universidad antes de 1878», En: *Revista de la Universidad*, Tegucigalpa, Tomo XIII, enero de 1948, pp. 380-382. El subrayado es nuestro.

el primer fruto y que desde luego fueron decisivos en el proceso de la Reforma Liberal iniciado en 1876, ya que se constituyeron en administradores, legisladores, docentes, jueces, profesionales y oficinistas al servicio del régimen. Así, el mismo José Reina Valenzuela señala que a pesar de los tibios resultados en la primera etapa universitaria entre 1847 y 1870, para ese entonces, «[…] La Universidad había dado ya, hombres como Crescencio Gómez, Adolfo Zúniga, Céleo Arias, Rafael Mendieta, Teodoro Fúnes, Rosendo Agüero, Nicolás Mendieta y Máximo Soto…»[91]. La mayoría de ellos —especialmente Adolfo Zúniga—, a la postre, fueron parte del grupo de *letrados* al servicio de la Reforma.

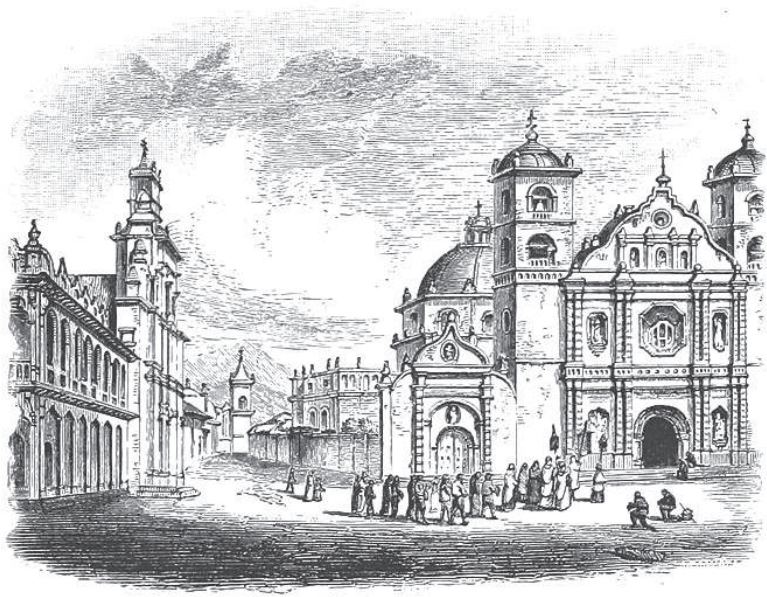


Ilustración 6. Estampa de Tegucigalpa de 1855, dibujada por Esteban Lazo, donde se observa en primer plano la Catedral, la Iglesia de la Limpia Concepción a la izquierda y al fondo, la torre de la Iglesia de San Francisco, donde ya para entonces funcionaba la Universidad. En este marco, Tegucigalpa se fue convirtiendo —a partir de la irrupción de la Universidad, las veladas culturales y de las librerías—en la «Ciudad letrada» de la nación. (Incluida en: Wells, William V., *Explorations and Adventures in Honduras*, Nueva York, Harpers & Brothers Publishers, 1857; y en: Squier, Ephraim G., *Honduras descriptiva, histórica y estadística*, Edición de Carlos Gutiérrez, Londres, Trubner & Company, 1870.

91. Reina Valenzuela, José, *Historia de la Universidad…* Op. Cit., p. 117.

CAPÍTULO III

Libros, lecturas, librerías, bibliotecas y ciudad letrada en Honduras desde la Reforma Liberal de 1876 hasta 1930

LOS LIBROS Y LECTURAS EN HONDURAS DESDE LA REFORMA LIBERAL DE 1876 HASTA 1930

En América Latina, a finales del siglo XIX, el objetivo fundamental de las Reformas Liberales era la modernización de las estructuras económicas y sociales con vistas a facilitar el desarrollo de las economías de exportación, atrayendo los capitales extranjeros y asegurando una cierta estabilidad política e institucional.

En el caso de Honduras, esta Reforma Liberal se empezó a materializar a partir de 1876, cuando se entronizó en el poder el Dr. Marco Aurelio Soto, apoyado por los liberales guatemaltecos. En estas circunstancias, se produjo en ese año el estallido de la Reforma Liberal encabezada por Soto y su primo, Ramón Rosa[92], a quien nombró ministro general y que en concretó fue el ideólogo de la Reforma.

92. Ramón Rosa (1848-1893). Nació y falleció en Tegucigalpa. Sus padres fueron Juan José Soto e Isidora Rosa. Aprendió sus primeras letras con una famosa profesora, que más tarde personificó en su obra «La maestra escolástica». Se graduó de bachiller en la Universidad Nacional de Tegucigalpa, y luego partió a Guatemala, donde realizó estudios universitarios. Tras triunfar la revolución liberal de 1871 en ese país, fue nombrado subdirector de Hacienda y más tarde ministro de Relaciones Exteriores. Allí, se empapó de la filosofía positivista, la cual aplicó al llegar al poder en su tierra natal. Destacó en el campo periodístico, siendo fundador del periódico *El Centroamericano* y de la revista *Guacerique*. Escribió artículos y ensayos sobre política, economía y cultura en general, además de algunas biografías sobre personajes sobresalientes en los procesos independentistas como la de «José Cecilio del Valle» y «Francisco Morazán», entre otras. Con el apoyo de Justo Rufino Barrios, su primo —Marco Aurelio Soto—, ascendió a la Presidencia de la República de Honduras en 1876, y este lo nombró secretario general del Gobierno, con lo cual, emprendieron el proceso conocido como Reforma Liberal en el país. En 1948, los historiadores Rafael Heliodoro Valle y Juan Bautista Valladares, recogieron gran parte de la obra de Rosa un libro titulado *Oro de Honduras*.

La Reforma Liberal tuvo como objetivos crear un Estado nacional e insertar a Honduras en la economía mundial. Bajo estos objetivos, se pretendió contrarrestar la tendencia atomizadora y de aislamiento que había tenido la sociedad hondureña hasta ese entonces, mediante la búsqueda de una integración. El Estado se vio fortalecido institucionalmente por una actividad económica de exportación, ya que se promovió la instalación de la primera compañía transnacional de gran envergadura, la Rosario Mining Company en 1880; asimismo, se favoreció la promulgación de nuevas leyes de inspiración liberal y se transformó la educación en todos los niveles. De este modo, la Reforma promovió el fortalecimiento institucional, jurídico, de capacidad humana y organizativo que lentamente se fue incrementado a lo largo del siglo XX[93].

Es necesario observar que tanto Soto como Rosa estuvieron adheridos a la corriente Positivista, de tal forma que fueron ellos los que introdujeron la teoría y la práctica de este movimiento en Honduras. Con ambos, se inició el período quizá más transformador en la historia de Honduras del siglo XIX, tanto por la envergadura de las políticas, medidas y obras que se emprendieron con ese proceso, así como por la considerable influencia e impacto que ejerció ya en el siglo XX. Gran parte del ascenso de este proyecto se debió al apoyo que recibieron del reformador guatemalteco Justo Rufino Barrios; que, de hecho, los dos ya habían participado en el gobierno reformista de Miguel García Granados en ese país, teniendo a Soto como ministro de Relaciones Exteriores y Rosa como ministro de Instrucción. De esa forma, Soto y Rosa abrieron un nuevo periodo de la historia hondureña, —el periodo reformista—, que se extendió durante el último cuarto del siglo XIX, y según varios historiadores, se prolongó durante las primeras décadas del siglo XX.

93. Sierra, Rolando, *El problema de la idea de nación en la Honduras del siglo XIX*, Tegucigalpa, Litografía López/ Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Colección Visión de País, N.º 5, 2002, p. 25.

En el plano social, es importante destacar el papel que jugó la Reforma contra el poder tradicional de la Iglesia Católica. Para opacar el poderío eclesiástico, la Reforma abolió los diezmos, decretó libertad de cultos, secularizó el registro de las personas y además le expropió gran cantidad de tierras que permanecían incultas para destinarlas al fomento de la producción agrícola.

Del mismo modo, el Estado impulsó una serie de obras de infraestructura que apoyaron el aparato productivo del país, como por ejemplo la construcción de la carretera del sur, el establecimiento de las primeras líneas telegráficas, la fundación del Correo Nacional y la reparación y ampliación del Ferrocarril Nacional. De igual manera, con el compromiso de otorgar asistencia social, se construyó el Hospital General de Tegucigalpa. También, a partir de ese momento, se produjo la consolidación de una oligarquía terrateniente, cuya fuente radicaba en la propiedad de la tierra, ya sea para la producción agrícola, el establecimiento de haciendas o en su defecto, los bienes raíces. Gran parte de la élite de poder económico actual desciende de esa oligarquía, sobre todo familias como los Soto, Fiallos, Midence, Agurcia, Callejas, Zelaya etcétera[94].

Por otro lado, siempre con la idea de atraer capitales extranjeros al país, la Reforma incentivó el establecimiento de inmigrantes en Honduras para que contribuyeran con sus capitales y conocimientos al desarrollo de la nación. Así, empezaron a radicarse en Honduras desde ese entonces inmigrantes estadounidenses, ingleses, alemanes, franceses, italianos y árabes quienes a la larga llegaron a tener mayor control económico que los grupos nativos, sobre todo en los sectores comercial e industrial, relegando a la oligarquía nacional a las actividades comerciales, agrícolas y ganaderas.[95]

---

94. Sobre los logros económicos y sociales de la Reforma, es importante consultar a Molina Chocano, Guillermo, *Estado Liberal y desarrollo capitalista en Honduras*, Tegucigalpa, EDISOFF, 1ª edición, 1976.

95. A este efecto véase: Amaya, Jorge Alberto, *Los árabes y palestinos en Honduras*, Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, 1ª edición, 1997, pp. 32 y ss.

Sin embargo, hay que puntualizar que fue durante este período cuando se produjo en Honduras el mayor adelanto cultural y educativo del siglo XIX, fenómeno que provocó una serie de transformaciones culturales que a la larga repercutieron notablemente en el desarrollo de una «cultura nacional», y desde luego, en las representaciones y prácticas sobre los libros y las lecturas en el país. En general, los factores que incentivaron la Reforma con miras a la construcción de una «cultura nacional» y el desarrollo de la «cultura libresca» en el país, fueron entre otros, los siguientes: a) la transformación educativa; b) la conformación de una «clase letrada»; c) la difusión de medios impresos como libros, periódicos y revistas; d) la fundación de bibliotecas y archivos nacionales; e) la creación de espacios para nuevos lectores y librerías; f) el fomento de instituciones, organizaciones y actividades culturales, como academias, tertulias, juegos florales literarios, veladas, bandas musicales, teatro, etcétera.

A) El impacto de la Reforma en las transformaciones culturales y educativas en Honduras

Con respecto a la «transformación educativa», uno de los mayores logros conquistados por la Reforma Liberal de Soto consistió en la abolición del tradicional sistema educativo escolástico que había monopolizado la Iglesia Católica, reemplazándolo por el sistema educativo positivista, el cual tenía énfasis en la formación de cuadros técnicos y científicos. En este proceso, fue vital la participación de Ramón Rosa, sin duda el cerebro y principal ideólogo de la Reforma.

En efecto, la Reforma dictó todas las providencias para reorganizar el sistema educativo nacional. Desde un principio, el nuevo gobierno se abocó a la tarea de promover la educación. Diversas «Disposiciones y Reglamentos» fueron dando estructura al nuevo sistema educativo, hasta que en 1881 tomó forma concreta a través del «Código de Instrucción Pública». En él se instituyó de manera coherente la enseñanza primaria, secundaria y universitaria.

En los tres niveles, la enseñanza se proclamó como laica, y para el primero, sería obligatoria y gratuita. De esta forma, la separación entre Iglesia y Estado —estipulada en la Constitución de 1880— quedó establecida y desde entonces, el Estado asumió la responsabilidad de impartir conocimientos. Esto es fundamental, puesto que, a partir de ese momento, se fue formando una serie de intelectuales que se convirtieron en la generación que se encargó de continuar —a principios del siglo XX— la lenta y tortuosa conformación de la nación en Honduras.

Rápidamente, se empezaron a materializar algunos logros destacados en el campo educativo. En 1877, fueron abiertos 274 planteles o escuelas que atendieron a 9,124 niños y niñas. Un año más tarde, se contabilizaban 309 escuelas en todo el país, con 10, 978 alumnos. Asimismo, se llegaron a constituir 55 escuelas para niñas que atendieron a 2,098 alumnas. Los resultados fueron hasta cierto punto alentadores, pero dada la magnitud de las necesidades escolares, el esfuerzo gubernamental todavía era insuficiente; por ejemplo, en 1881 se efectuó el primer Censo Nacional, el cual arrojó una cifra de 370,289 habitantes. Según el padrón, cerca de la mitad de los habitantes era menor de 15 años, es decir que la población en edad escolar rondaba las 63,344 personas y como se vio arriba, la oferta educativa apenas oscilaba en unos 10,000 alumnos, con lo cual, habían cerca de 50,000 niños que quedaban excluidos de la enseñanza. De todas maneras, lo cierto es que, con la Reforma, se sentaron las bases del sistema educativo moderno en Honduras[96].

Por su parte, los estudios secundarios, que prácticamente apenas existían antes de la Reforma Liberal —ya que en la mayoría de los casos bajo ese nombre se impartían solo nociones de filosofía escolástica y ciertos conocimientos de matemáticas—, fue transformada completamente cuando se fundó en Tegucigalpa el Colegio Nacional de Enseñanza Secundaria en 1878. Con la incorporación de asignaturas

96. Yankelevich, Pablo, *Honduras*, México DF, Alianza Editorial Mexicana, Instituto de Estudios José María Luis Mora, Colección América Latina, 1988, p. 165.

modernas como Gramática Española, Geografía, Historia, Literatura, Ciencias Naturales, Física, Matemáticas e Idiomas, se esperaba dar una sólida formación a los jóvenes, sobre todo de cara a su ingreso a la universidad. Igualmente, en este nivel de Educación Secundaria, además del Colegio de Tegucigalpa, se formaron Escuelas Normales en varias ciudades del país con la finalidad de formar a los futuros docentes del país. Así, se fundaron Escuelas Normales en Santa Bárbara (1877), Choluteca (1878), Juticalpa (1880), Gracias (1880), Ocotepeque (1882), La Esperanza (1883), Danlí (1884), además de la Escuela Normal de señoritas de Tegucigalpa en 1883, la primera en su género en Honduras[97].

Sin embargo, en el plano educativo, la pretensión más ambiciosa fue impulsar y modernizar la educación universitaria. En este sentido, el logro más sonado de la Reforma fue la reapertura y reorganización de la Universidad Central en 1882, y en la que se empezó a cultivar el sistema positivista, el cual tenía énfasis en la formación de cuadros técnicos y científicos. La rectoría de la Universidad fue encomendada al Dr. Adolfo Zúniga —egresado de la misma universidad fundada por el padre Reyes—, quien desde luego fue cercano colaborador del régimen y uno de los liberales más reconocidos y emblemáticos de fines del siglo XIX. Una vez nombrado Zúniga en la máxima casa de estudios, la Universidad se dividió en facultades, formándose las de Jurisprudencia, Ciencias Políticas, Medicina y Cirugía y la de Ciencias. La nueva organización universitaria estableció que al término de los estudios se otorgarían los títulos de licenciado y también quedó reglamentado el sistema para la obtención de doctorados[98].

En general, el pensamiento ideológico detrás de estas reformas educativas se puede visualizar en el «Discurso en la apertura de la Universidad» por parte de Ramón Rosa, pronunciado en 1882. Ese texto contiene aspectos que nos interesa particularmente subrayar:

97. Inestroza, Jesús Evelio, *La escuela hondureña en el siglo XIX*… Op. Cit., pp. 144-152.

98. Yankelevich, Pablo, *Honduras*, Op. Cit., p. 167.

la defensa de las ciencias experimentales y del positivismo frente a la teología y la metafísica, argumentando que «[…] La metafísica se funda primordialmente en lo que está más allá de la experiencia; la ciencia positiva se funda primordialmente en los hechos que están bajo el dominio de la observación; la metafísica plantea problemas que no puede resolver porque carece de medios analíticos; la ciencia positiva plantea problemas que resuelve porque tiene medios para el análisis… es concreta y da conclusiones prácticas…». De igual manera, se advierte en el discurso el sentido de la educación pública y obligatoria. Su fe en que el único medio para combatir la «barbarie» era la educación; su visión de futuro y del progreso[99]. Igualmente, es importante señalar que en dicho discurso se aprecian claramente las influencias ideológicas que Rosa había adquirido a través de las lecturas del padre del positivismo, Augusto Comte y de Emilio Littré, y de los latinoamericanos Lastarria y Montalvo. Además, se reflejan en el discurso las amplias lecturas que había hecho de los autores clásicos de la Antigüedad, el medioevo y desde luego, de los intelectuales de la Edad Moderna, como Tales de Mileto, Sócrates, Aristóteles, Platón, Cicerón, Séneca, Tomás de Aquino, Abelardo, Malebranche, Leibnitz, Spinoza, Kant, Rousseau y otros[100].

B) La conformación de la «clase letrada» en Tegucigalpa

A partir de todas estas acciones educativas, se derivó el otro factor que impulsó las lecturas en el país, nos referimos a la conformación de la «clase letrada» que logró materializar muchos de los ideales de la Reforma.

---

99. Véase: Pérez Brignoli, Héctor, «La Reforma Liberal en Honduras». En: *Cuadernos de Ciencias Sociales*, Tegucigalpa, N.º 2, Editorial Nuevo Continente, 1973, p. 8-19. Sobre la obra y discursos de Ramón Rosa, especialmente el *«Discurso en la apertura de la Universidad»*, es importante consultar: Carías, Marcos (Compilador), *Ramón Rosa. Obra escogida*, Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, 1980 y: Valle, Rafael Heliodoro y Valladares, Juan Bautista (Antólogos), *Oro de Honduras. Antología de Ramón Rosa*, Tegucigalpa, Aristón, 1948, Tomo I.

100. Véase: Zelaya, Gustavo, *El legado de la Reforma Liberal*, Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, Colección Códices de Ciencias Sociales, 2ª edición, 2001, p. 32.

De esta manera, los reformadores se nutrieron de un núcleo de intelectuales, profesionales, oficiales militares, políticos nacionales y extranjeros que a la postre jugaron un papel decisivo en las transformaciones culturales y políticas finiseculares en Honduras, que, en definitiva, se convirtieron en la primera «clase letrada» realmente articulada y organizada en la historia del país.

En este sentido, los reformadores primero agruparon a una pléyade de jóvenes intelectuales hondureños que habían egresado de la Universidad, o que habían sido formados en la Universidad de Guatemala o en otras partes. Así, formaron parte de este proceso, los juristas Adolfo Zúniga, Céleo Arias, Carlos Alberto Uclés, Alberto Membreño, Jerónimo Zelaya, Crescencio Gómez y el Dr. Rafael Alvarado Manzano. También participó de manera decisiva el presbítero Antonio Ramón Vallejo, así como los médicos Esteban Ferrari y Ernesto Bernhard, y el ingeniero José Esteban Lazo. Asimismo, colaboraron de forma indirecta en esta aventura, el poeta romántico Jeremías Cisneros, así como el periodista y orador Álvaro Contreras —suegro del poeta Rubén Darío—, quien desplegó por Centroamérica sus letras y discursos encendidos[101].

Contribuyeron también en esta Reforma una serie de extranjeros famosos, como por ejemplo la plana mayor de la Guerra de Independencia de Cuba, tanto civiles como militares. Del grupo de civiles, colaboraron por ejemplo Tomás Estrada Palma —a la postre primer presidente de la Cuba independiente, y quien se casó en Honduras con la señorita Genoveva Guardiola, hija del expresidente hondureño José Santos Guardiola—, quien fue nombrado director general de Correos Nacionales de Honduras, así como el poeta José Joaquín Palma que fue el secretario particular del presidente Soto, y a la vez, fue profesor del Colegio Nacional de Segunda Enseñanza. Con los años, Palma se convirtió en el mentor de la primera generación de poetas románticos y modernistas hondureños de

101. Reina Valenzuela, José, *Historia de la Universidad*… Op. Cit., p. 174.

finales del siglo XIX y comienzos del XX. Del mismo modo, entre los militares llegaron Antonio Maceo, que fue nombrado general y comandante Militar de Tegucigalpa. El dominicano-cubano Máximo Gómez —futuro generalísimo del Ejército Cubano y quien incluso dejó descendientes en San Pedro Sula—, fue nombrado comandante de Amapala; Flor Crombet, comandante en el departamento de La Paz; el brigadier Rafael Rodríguez, en las Islas de la Bahía y Juan Massó Parra, que fue el capitán de la Guardia de Honor Presidencial, así como el coronel Manuel Morey, que fue nombrado capitán de la Plaza de Tegucigalpa. De igual manera, sin ser directamente cubanos, pero llegados de allá, arribaron el polaco Carlos Roloff, y el puertorriqueño Juan Rius Rivera, ambos generales del ejército nacionalista cubano. También, poco antes, había llegado a Olancho, el profesor Francisco de Paula Flores, quien fue profesor de Froylán Turcios en Juticalpa[102]. Hay que agregar también que el mismísimo poeta José Martí, colaboró con los reformadores, publicando artículos que promocionaban la obra del Gobierno de Soto en periódicos que circulaban en Estados Unidos y América Latina, los cuales eran reproducidos en periódicos nacionales, en donde devengaba un salario de 25 pesos mensuales[103]. Con los años, Martí arribó a Honduras, donde hizo algunas veladas poéticas y publicó algunos artículos en la ciudad de La Ceiba, además de organizar la estrategia militar y política de la guerra de independencia de su país[104].

102. Sobre la presencia de la plana mayor de los independentistas cubanos en la Reforma Liberal hondureña, es importante consultar: Leiva Vivas, Rafael, *Presencia de Máximo Gómez en Honduras*, Tegucigalpa, Editorial de la UNAH, 1978, pp. 22-23; Mariñas Otero, Luis, «Antonio Maceo en Honduras», En: *Revista del Archivo y Bibliotecas Nacionales*, Tegucigalpa, Vol. XXXIII; y: Santana, Adalberto, «Honduras en la vida y obra de José Martí», En: *Revista Cuadernos Americanos*, México DF, UNAM, N° 51, 1995, pp. 221-231.

103. Véase: Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura hondureña*… Op. Cit., p. 34.

104. En efecto, existen evidencias aportadas por el historiador Antonio Canelas Díaz de la visita de Martí a Honduras, en las que afirma que, en los primeros días de agosto de 1878, Martí, junto a otros intelectuales y exiliados cubanos como Tomás Estrada Palma, Antonio Maceo, Máximo Gómez, José Joaquín Palma, Juan Rius Rivera, Carlos Roloff, Juan Massó y Eusebio Hernández, se reunieron en La Ceiba para tomar decisiones sobre la lucha independentista de Cuba contra España. Cfr. Canelas Díaz, *La Ceiba, sus raíces y su historia (1810-1940)*, La Ceiba, Tipografía Renacimiento, 2ª edición, 1999, p. 72.



Ilustración 7. Antonio Maceo, Tomás Estrada Palma, José Martí y José Joaquín Palma, algunos de los cubanos arribados a Honduras durante la Reforma Liberal, y que contribuyeron a formar la «clase letrada» del país (Archivo del autor)

Por otro lado, de Centroamérica recalaron varios personajes importantes como el guatemalteco José María Reina Barrios, y el salvadoreño Carlos Ezeta, ambos futuros presidentes en sus respectivos países[105]. De España, ante la escasez de profesores, llegó por su parte el Dr. Antonio A. Ramírez Fontecha (quien posteriormente fue rector de la Universidad entre 1888 y 1892), para organizar la Facultad de Medicina y Farmacia. Luego, en la

105. Véase: Mariñas Otero, Luis, *Honduras*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Realidad Nacional, N.º 6, 3ª edición, 1987, p. 352.

administración de Luis Bográn (1883-1891), se firmó un Convenio Cultural con España para la traída de profesores que fueron contratados para laborar en la Universidad, en colegios y academias. Con el Convenio, arribaron los ingenieros Francisco Cañizares Moyano y Juan Guillén Ruíz como instructores militares. Como profesores de Litografía llegaron Manuel Fatuarte González e Ítalo Ghizzoni. Como profesor de Ciencias Naturales y Medicina, Andrés López Martínez. Para Ciencias Físicas y Químicas, el Dr. Manuel Montori. En Filosofía y Letras se contrató a Robustiano Rodríguez, y en derecho civil a Francisco Martos de la Fuente. Además, para desarrollar las bellas artes, especialmente la pintura, escultura y modelaje llegaron las profesoras Antonia Carbó y Juana Lamas, así como Ciriaco Garcillán. Para dibujo y escultura, se trajo a Tomás Mur y como maestro de mecánica a Salvador Rodríguez[106].



Ilustración 8. Edificio de la Iglesia y Convento La Merced, en el centro de Tegucigalpa, que albergó a la Universidad Central y al Colegio Nacional, así como al Archivo y Biblioteca Nacional desde la Reforma Liberal (Foto de Juan Aguirre, incluida en: Vallejo, Antonio R., *Primer Anuario Estadístico, correspondiente al año de 1889*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1893)

106. Consúltese: Mendoza, Ofelia, «La educación en Honduras. Esbozo histórico», En: *Revista del Archivo y Biblioteca Nacional*, Tegucigalpa, Tomo XIX, N.º 1, 1941, p. 761-764 y:

De esta manera, es indudable que la base educativa creada por el nuevo régimen y el ambiente favorable al desarrollo de las letras que esto conlleva tuvo como consecuencia el nacimiento de la primera generación literaria hondureña que se adhirió en buena medida a la corriente del Romanticismo, que, para entonces, ya había sido abandonada en Europa frente al ascenso del naturalismo y otras vanguardias. En todo caso, fue evidente que desde este momento uno de los géneros preferidos por los jóvenes escritores hondureños seguidores de la Reforma fue la poesía, y en este sentido, el poeta cubano José Joaquín Palma fue considerado el «maestro y mentor» de esos primeros bardos hondureños, como Manuel Molina Vigil (1853-1891) y José Antonio Domínguez (1869-1902), sin duda escritores «fundacionales» de la poesía nacional.

A estos poetas, se sumaron la mayoría de escritores de finales del siglo XIX y los albores del XX, quienes reconocieron el mecenazgo y magisterio de la «clase letrada» conformada por la Reforma Liberal, especialmente del legado de Ramón Rosa. En efecto, Rómulo Ernesto Durón, admitió que la obra e influencia de Rosa, fue asimilada por los escritores de su generación, quienes se reconocieron como discípulos del maestro Rosa. Entre ellos, menciona a otros historiadores como Eduardo Martínez López, Esteban Guardiola, Rafael Heliodoro Valle y Juan María Cuellar, a los profesores Ramón y Guadalupe Reyes—esta última, maestra de Visitación Padilla—; los poetas Froylán Turcios y Juan Ramón Molina, y los novelistas Carlos F. Gutiérrez y Lucila Gamero de Medina[107]. De hecho, estos dos últimos autores, son la piedra fundacional de la novelística hondureña[108]: Gamero

Herranz, Atanasio, *Estado, sociedad y lenguaje. La política lingüística en Honduras*, Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, Colección Códices de Ciencias Sociales, 2ª edición, 2000, p. 195.

107. Véase: Reina Valenzuela, José, *Dr. Rómulo E. Durón. Estudio biográfico*, Tegucigalpa, Editorial del Ministerio de Educación, 1965, pp. 39 y ss. Y: Oquelí, Ramón, «Rosa, esperanzado, violento y dolorido», En: *Revista Paraninfo*, Tegucigalpa, Revista del Instituto de Ciencias del Hombre Rafael Heliodoro Valle, Año 2, N° 4, diciembre de 1993, p. 24.

108. Cfr. Umaña, Helen, *La novela hondureña*, Ciudad de Guatemala, Editorial Letra Negra, Colección Ensayo Centroamericano, N.º 4, 1ª reimpresión, 2005, pp. 19 y 48.

de Medina publicó la primera y segunda, tituladas *Amelia Montiel* y *Adriana y Margarita*[109]», y Gutiérrez la tercera, publicada en 1899, intitulada *Angelina*[110].



Ilustración 9. Ramón Rosa junto a su hija menor Blanca Rosa, fue calificado por varios discípulos como el principal mentor de la primera generación de escritores nacionales (Fotografía de 1893, archivo del autor)

109. Esta novela, la publicó Lucila Gamero por entregas en la revista *La Juventud Hondureña* del número 17 (31 de marzo de 1892) al número 20 (del 20 de junio de 1892). La segunda novela de Gamero, titulada *Adriana y Margarita*, es en teoría la primera novela publicada en Honduras de manera íntegra, pues *Amelia Montiel* había sido publicada por partes. La primera edición de *Adriana y Margarita*, se publicó en Tegucigalpa en la Tipografía Nacional en 1897. Hace unos años, la UNAH reeditó de nuevo la obra. Véase: Gamero de Medina, Lucila, *Adriana y Margarita*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Letras Hondureñas, N° 70, 1997. Para más información sobre Lucila Gamero y su obra narrativa, puede verse: Martínez, Juan Ramón (Introducción, selección y notas), *Lucila Gamero de Medina: Una mujer ante el espejo*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Letras Hondureñas, N° 65, 1ª edición, 1994.

110. Gutiérrez, Carlos F., *Angelina. Novela histórica hondureña*, Tegucigalpa, La Prensa Popular, 1899, 95 p.

En fin, como afirma José Reina Valenzuela, los reformadores, a través de la Universidad reorganizada de 1882, formaron una élite intelectual de hombres instruidos en cuyas manos estuvo por décadas el destino de Honduras en lo político, social y cultural. Así, a la casta sacerdotal de la época teológica y metafísica, sucedió la de una élite cultivada y prominente que despertaba de un letargo para marcar una etapa de inflexión en el desarrollo de la «cultura nacional»[111].

Por otro lado, ya en las dos primeras décadas del siglo XX, la pionera «clase letrada» conformada por la Reforma Liberal había producido sus frutos, que fueron seguidos por esa primera generación de escritores hondureños que señalamos atrás, los cuales prosiguieron los pasos de sus maestros reformadores. Vale mencionar que los principales exponentes de esta transformación en las letras hondureñas de las primeras décadas del siglo XX fueron entre otros Rómulo Ernesto Durón, Esteban Guardiola, Rafael Heliodoro Valle, José Antonio Domínguez, Salatiel Rosales, el poeta y fabulista Luis Andrés Zúñiga (quien fue secretario particular de Rubén Darío en París), el periodista Paulino Valladares, Guillermo Bustillo Reina, Julián López Pineda, el poeta Augusto C. Coello, el dramaturgo Alonso Brito, y sobre todo, Froylán Turcios y Juan Ramón Molina, de quienes nos ocuparemos más adelante. A ellos, se sumaron otros prestigiosos e ilustres escritores latinoamericanos que se radicaron por un tiempo en Honduras o que pernoctaron durante algún tiempo en Tegucigalpa, como por ejemplo el poeta peruano José Santos Chocano, el poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, el narrador guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, el periodista y ensayista nicaragüense Gustavo Alemán Bolaños (uno de los primeros biógrafos de Augusto César Sandino), el antiimperialista argentino Manuel Ugarte, el impresor y periodista guatemalteco Vicente Monterroso (padre del escritor tegucigalpense Augusto

111. Cfr. Reina Valenzuela, José, *Historia de la Universidad*… Op. Cit., p. 176.

Monterroso), quien publicó la *Revista Sucesos*, el costarricense Jorge Volio, el novelista Eduardo Zamacois, el músico argentino Andrés Dalmau, Leopoldo de la Rosa, y otros connotados escritores[112]. Toda esta pléyade de intelectuales allanó el camino de las letras, los libros y las lecturas en las primeras décadas del siglo XX en Honduras.

C) La difusión de libros, revistas y periódicos a partir de la Reforma Liberal

Por otro lado, es importante destacar el tercer factor que impulsó las lecturas a partir de la Reforma Liberal en Honduras, nos referimos a la difusión de impresos y libros, una actividad sin precedentes en la historia del país. En efecto, la Reforma apuntaló las estructuras materiales para que se desarrollara una producción editorial a escala nunca antes vista en los años anteriores a la Reforma. Uno de los aspectos que contribuyó notablemente en este proceso fue la apertura de la Tipografía Nacional, posteriormente denominada Litografía Nacional.

La gestación de la Tipografía Nacional se materializó en 1879, cuando el Gobierno de Soto contrató al impresor el español Ramiro Fernández Robles, quien modernizó la imprenta y formó bajo su dirección una generación de tipógrafos hondureños. Posteriormente, en 1889, la imprenta del Gobierno se reorganizó cuando el Estado

112. Sobre la presencia de José Santos Chocano en Honduras, consúltese: Durón, Jorge Fidel, «Tegucigalpa en las primeras décadas de nuestro siglo», En: Yankelevich, Pablo (Compilador), *Honduras, Textos de su Historia*, México DF, Editorial Patria, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, Colección Textos de la Historia de Centroamérica y el Caribe, 1990, pp. 600- 627, también reproducido bajo el título «Cosas de tiempos pasados» en: Acosta, Oscar (Antólogo), *Antología, Elogio de Tegucigalpa*, Concejo Metropolitano del Distrito Central, 1ª edición, 1978, pp. 275-298. Sobre la estadía de Barba Jacob en el país, puede verse: Carías Reyes, Marcos, «Presencia de Barba-Jacob en Tegucigalpa», En: *Revista Tegucigalpa*, T. XXIX, (1-2), 1946, p. 964; o también el trabajo más reciente: Martínez, Juan Ramón, *Porfirio Barba-Jacob y su paso por Honduras*, Tegucigalpa, Ediciones 18 Conejo/Editorial Guardabarranco, 1ª edición, 2007, 138 pp. Sobre el arribo de Vicente Monterroso y el nacimiento y primeros años de Augusto Monterroso en Tegucigalpa, puede verse: Monterroso, Augusto, *Los buscadores de oro*, México DF, Alfaguara, 1ª edición, 1993, pp. 15 y ss.

de Honduras comisionó al Dr. Antonio Ramírez Fontecha para que hiciera las gestiones en España. Ramírez Fontecha viajó a Cádiz, donde negoció el contrato con el italiano Ítalo Ghizzoni para que organizara la imprenta nacional en Honduras. Ese mismo año llegó Ghizzoni a Honduras, sin embargo, la imprenta empezó a funcionar de manera permanente hasta 1895 cuando los trabajos se hicieron de manera ininterrumpida[113].

De este modo, rápidamente empezaron a publicarse y difundirse libros de literatura, historia, política, geografía, derecho, manuales de texto, y por supuesto, periódicos y revistas a granel. Por ejemplo, fue durante la Reforma que se publicó el primer libro de poesías en la historia hondureña, titulado *Poesías*, cuyo autor fue el cubano José Joaquín Palma[114], editado en Tegucigalpa en 1882 y que venía precedido simbólicamente por un prólogo de José Martí y Ramón Rosa, así como una introducción del presidente Marco Aurelio Soto.

Entretanto, unos años más tarde, aparecieron los primeros libros de poesía publicados por hondureños, el primero de ellos por parte de Rómulo Durón en 1887, titulado *Ensayos poéticos*[115], obra que mereció el elogio Adolfo Zúniga —uno de los ideólogos de Reforma—, y enseguida, Froylán Turcios publica su primera obra poética en 1895, intitulada *Mariposas*[116]. Tanto Durón como Turcios, así como los demás poetas de esa primera generación como Jeremías Cisneros, Manuel Molina Vigil y José Antonio Domínguez, se adscribieron en principio a la corriente del Romanticismo y a través del magisterio de José Joaquín Palma, descubrieron sobre todo a

113. Sobre la historia e instalación de la Tipografía Nacional, puede consultarse: Mariñas Otero, Luis, *Honduras*… Op. Cit., pp. 352-353; García, Miguel Ángel, *La imprenta en Honduras*… Op. Cit., pp. 131-155 y Pérez Brignoli, Héctor, «La Reforma Liberal en Honduras» … Op. Cit., pp. 8-19.

114. Cfr. Palma, José Joaquín, *Poesías. Precedidas de un Prólogo de Ramón Rosa, de una alocución de Marco Aurelio Soto*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1882, 259 pp. (B-BCH).

115. Durón, Rómulo Ernesto, *Ensayos poéticos*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1ª edición, 1887, 39 pp. (B-BCH).

116. Turcios, Froylán, *Mariposas. Prosa y verso*, Tegucigalpa, Imprenta del Gobierno, 1ª edición, 1895, 291 pp. (B-AECI).

los románticos españoles como Zorrilla, Bécquer y Espronceda, así como a los franceses, especialmente Víctor Hugo, de quienes retoman los formalismos y contenidos. Además, siguiendo las fórmulas ideológicas del Romanticismo europeo, con sus cantos a la libertad, al progreso positivista y a la glorificación de los héroes de la Independencia y de la Unión centroamericana, se convirtieron en los aliados espirituales más fieles de la Reforma[117].

Con respecto al género narrativo, ya indicamos que aparecieron por esta época las tres primeras novelas de la literatura nacional hondureña, escritas por Lucila Gamero y Carlos F. Gutiérrez, las cuales, se convirtieron —retomando las categorías conceptuales de Doris Sommer— en las «ficciones fundacionales» de la literatura hondureña. En efecto, es importante señalar que Sommer plantea que los discursos literarios latinoamericanos, en muchos casos, están vinculados a la imagen de la nación. Para ella, el canon literario del siglo XIX se estableció por y a partir de la tensión entre amor y patriotismo. Las novelas de amor, pasión y guerra están estrechamente ligadas a la formación de las naciones, obras literarias que constituyen por tanto las «ficciones fundacionales» de la nación. Es decir, en los libros se construyen mutuamente *Eros* y *Polis*, y por añadidura, se narra la nación[118].

De esa manera, en la literatura latinoamericana del siglo XIX, existen un gran número de novelas clásicas que elaboran proyectos de «conciliación nacional» a través de los anhelos de amantes de diferentes clases sociales que intentan superar las tradicionales fronteras de raza, clase, etnia o región, como por ejemplo en la novela *La cautiva*, del argentino Esteban Echeverría.

En el caso de Honduras, quizás esta analogía se percibe en la novela *Angelina*, de Carlos F. Gutiérrez. Esta obra se enmarca —al

117. Véase: Funes, José Antonio, *Froylán Turcios y el Modernismo en Honduras*, Tegucigalpa, Litografía López/ Edición del Banco Central de Honduras (BCH), 2006, pp. 26-27.

118. Cfr. Sommer, Doris, *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*, Berkeley, University of California, 1991.

igual que la obra poética de sus coetáneos— en la corriente del Romanticismo, ya que predomina un relato de corte sentimental y fatalista centrado en el conflicto amoroso. Así, en este texto están presentes los tópicos de la novela romántica de la época. El argumento plantea la historia de una joven bella y graciosa llamada Angelina, la cual, una vez llegada la adolescencia, empieza a cautivar a su hermano de crianza, Julián, un tipo de apariencia monstruosa, pero de buen corazón (el paradigma de la Bella y la Bestia), quien un día apareció en la casa en medio de una tormenta y fue adoptado por la familia de Angelina. Enseguida, aparece un joven apuesto, de buena posición económica, llamado Felipe; desde luego, rápidamente se produce el flechazo entre Angelina y Felipe, llevándose a cabo, el compromiso matrimonial. Julián —el hermano descomunal—, frustra a los novios la noche de bodas y rapta a Angelina. Finalmente, el desenlace es fatídico, pues Angelina muere en los brazos de Julián, quien es capturado y encadenado de por vida. Independientemente de las valoraciones que la crítica literaria ha hecho de esta obra, el valor simbólico, respecto al país, indica que en esta novela se encarnan las típicas tensiones de la novela romántica latinoamericana y sus afanes de construir discursos narrativos que intentan plasmar las contradicciones en la construcción de la nación, sobre todo, a partir de la visión positivista acerca de los imaginarios nacionales. De este modo, la barbarie (Julián), le gana la batalla a la civilización (la relación entre Angelina y Felipe), es decir, en *Angelina*, Carlos F. Gutiérrez muestra implícitamente a los opositores de la Reforma como a los que impiden el proceso de construcción nacional en Honduras[119].

Asimismo, con el propósito de apropiarse del pasado, y de empezar a recrear algunos imaginarios de nación, los reformadores se dieron a la tarea de publicar el primer libro de Historia Nacional, ya que era

119. Funes, José Antonio, *Froylán Turcios y el Modernismo*… Op. Cit., p. 29-30. Un análisis literario interesante sobre la novela *«Angelina»* también se puede consultar en: Alvarado, Arturo, *Por otra lectura de «Angelina»*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Cuadernos Universitarios, N° 81, 1ª edición, 1994.

necesario institucionalizar una serie de símbolos y representaciones que fueran internalizados por el pueblo para que coadyuvaran a fortalecer la identidad nacional. Así, encomendaron la redacción de un libro de texto de *Historia de Honduras*, pues el país carecía de una historia nacional, con lo cual, era difícil que el pueblo se sintiera identificado con su pasado. De este modo, el presbítero Antonio Ramón Vallejo, a petición del gobierno de Soto, escribió y publicó su famosa obra *Historia social y política de Honduras* en 1882, con lo cual el país pudo disponer por primera vez de una historia nacional[120].

De hecho, el mismo Ramón Rosa fue el autor de la presentación de la obra, y en las páginas introductorias del libro de Vallejo, anotó la trascendencia de la publicación del primer libro de historia hondureña, advirtiendo que el significado de este constituía una especie de radiografía o retrato moral de la nación:

Por vez primera se escribe una obra en que se relatan y aprecian los acontecimientos que, desde los tiempos cercanos a la independencia y hasta nuestros días, forman el vasto conjunto que constituye la historia social y política de Honduras... Débese en obra importante a la iniciativa del gobierno de la República, que acordó su redacción; y débese el desempeño de trabajo tan ímprobo al señor presbítero licenciado don Ramón Antonio Vallejo, quien superando dificultades sin número, ha reunido y ordenado los materiales dispersos de la Historia de Honduras, y se ha aprovechado de ellos para hacer, en la obra que hoy ve la luz pública, una exposición histórica, por orden cronológico de los sucesos prósperos o adversos que, en lo social y político, marcan, por así decirlo, la fisonomía moral de la nación hondureña[121].

El estudio de la historia para Vallejo tiene como fin construir un discurso favorable para la integración del pueblo y la creación de las

120. Cfr. Vallejo, Antonio Ramón, *Compendio de la historia social y política de Honduras, aumentada con los principales acontecimientos en Centro América, para uso de los Colegios de 2ª Enseñanza*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1ª edición, 1882. (BNM).

121. Ibid., p. 13.

condiciones para formar el Estado nacional caracterizado por una historia común. Otro aspecto interesante de esta obra de Vallejo es que con ella se inicia la historiografía nacional, por tanto, es un texto histórico «fundante» de las interpretaciones históricas del país[122].

Más tarde, en 1884, Manuel Sabino López publicó *Compendio de Historia de Honduras*[123], y en 1899, el chileno Robustiano Vera publicó en Santiago de Chile por encargo del Gobierno de Policarpo Bonilla sus *Apuntes para la Historia de Honduras*[124]. Igualmente, en 1892 empezó a circular en Honduras el *Compendio de Historia de la América Central* de Agustín Gómez Carrillo[125], obra que ese año fue premiada por la Academia Científico-Literaria de Honduras, y que, desde entonces, se convirtió en una obra clásica en el istmo centroamericano, utilizándose por décadas en los colegios de la región como libro de texto de Historia. Con los años, fue reeditada en Estados Unidos y en Honduras. Ya en el siglo XX circularon otros libros sobre la Historia de Honduras o de la Historia de Centroamérica, por ejemplo, la *Historia de Centroamérica* de Eduardo Martínez López, publicada en 1907[126]; el *Bosquejo histórico de Honduras*, de Rómulo Durón, impreso en 1927[127]; y el *Compendio de Historia de Honduras*, de Félix Salgado, editado en 1928[128], con lo cual la ciencia histórica empezaba a dar sus primeros atisbos en el país.

---

122. Véase: Sierra, Rolando, «Intérpretes de nuestra historia nacional», En: *Revista de la Academia de Geografía e Historia*, Tegucigalpa, diciembre de 2002, pp. 10-39

123. López, Manuel Sabino, *Compendio de Historia de Honduras*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1884.

124. Vera, Robustiano, *Apuntes para la Historia de Honduras*, Santiago de Chile, Imprenta del Correo Delicias, 1ª edición, 1899 (B-AECI).

125. Gómez Carrillo, Agustín, *Compendio de Historia de la América Central*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Hernando y Cía., 1892.

126. Martínez López, Eduardo, *Historia de Centroamérica. 1502-1821*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1ª edición, 1907. (B-AECI).

127. Durón, Rómulo Ernesto, *Bosquejo histórico de Honduras*, San Pedro Sula, Imprenta del Comercio, Biblioteca de la Sociedad de Geografía e Historia, 1ª edición, 1927. (B-AECI).

128. Salgado, Félix, *Compendio de Historia de Honduras*, Comayagüela, Imprenta El Sol, 1928. (B-AECI).



Ilustración 10. Antonio Ramón Vallejo, autor del primer libro de historia publicado en el país, la *Historia social y política de Honduras* (Foto cortesía de Editorial Guaymuras, Tegucigalpa)

De igual manera, se publicaron por estas fechas los primeros libros de geografía nacional, con lo cual se fue divulgando la idea de pertenencia a una comunidad territorial y nacional llamada Honduras, proceso que contribuyó a la promoción de otros imaginarios nacionales. El primero en su género fue quizás el de Eduardo Viada, titulado *Elementos de Geografía de Honduras*, publicado en 1887. Luego, se editó en 1890 *A Sketch of Central America* de Ernesto Constantino Fiallos, y *Breve noticia sobre Honduras. Datos*

geográficos, estadísticos e informaciones prácticas de Manuel Lemus y H. Burgeois en 1897[129].

Por otro lado, curiosamente en una época de tensión entre la visión positivista y secular de los reformadores, y la visión teológica de la Iglesia Católica, se publicaron obras abiertamente anticlericales en el país, algo inusitado en la historia hondureña. De ese modo, se publicaron obras que atacaban abiertamente a la Iglesia, como *La intolerancia católica*, de F. Laurent[130], editada en 1881, y *La separación de la Iglesia y del Estado*, de Carlos H. Reyes, publicada en 1890[131]. De alguna manera, la publicación y difusión de estas obras proporciona una idea de los cambios culturales e ideológicos que se estaban operando en la sociedad hondureña a partir de la Reforma Liberal, y que paulatinamente fueron repercutiendo en los lectores, quienes se fueron acostumbrando a lecturas cada vez más seculares y profanas. Asimismo, hay que apuntar que los reformadores asumieron conscientemente el papel que el libro y las lecturas iban a desempeñar en las transformaciones culturales de cara al Orden y el Progreso. El mismo, Ramón Rosa, en su ya citado *Discurso en la apertura de la Universidad*, manifiesta al respecto lo siguiente:

> El libro, y no la espada, es el único que entre nosotros debe hacer revoluciones; pero revoluciones en la esfera de la inteligencia, pero revoluciones que den vida y no la muerte, pero revoluciones que hagan brotar la luz de las ideas, en vez de sumirnos en el horrible caos de la anarquía[132].

---

129. Cfr. Viada, Eduardo, *Elementos de Geografía de Honduras*, Trujillo (Honduras), Imprenta La Impresora, 2ª edición, 1887; Fiallos, Ernesto Constantino, *A Sketch of Central America*, Washington, Gibson Broso, 1890, 16 pp.; y: Lemus, Manuel y Bourgeois, H. G., *Breve noticia sobre Honduras. Datos geográficos, estadísticos e informaciones prácticas*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1ª edición, 1897, 46 pp. (B-BCH).

130. Laurent, F., *La intolerancia católica*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1881. (B-BCH).

131. Reyes, Carlos H., *Separación de la Iglesia y del Estado. Libertad de Conciencia. Tolerancia de Cultos*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1890.

132. Cfr. Carías, Marcos (Compilador), *Ramón Rosa. Obra escogida*…Op. Cit., pp. 274.

A la vez, Rosa anunciaba que, de acuerdo con el Código de Instrucción Pública, aprobado por el Gobierno en 1881, el régimen había «[…] prevenido el establecimiento de bibliotecas en las escuelas, colegios y universidades. Estimular y favorecer la inclinación a la lectura, poner al alcance del público, y especialmente de la juventud, la mayor suma posible de libros instructivos, es uno de los medios más idóneos para acrecentar el progreso intelectual del pueblo»[133]. Con estas ideas, los reformadores proclamaban impulsar una nueva «cultura libresca» en el país, objetivo que fueron logrando paulatinamente.

Efectivamente, los reformadores estimaron que la transformación educativa del modelo teológico al positivista, tenía en los libros de texto una pieza fundamental, por lo cual, Rosa indicaba que en las escuelas y colegios era menester abandonar los viejos textos para suplirlos por libros inspirados en el modelo positivista, señalando que:

> Los libros de texto, y más los puramente elementales, por lo mismo que contribuyen de una manera principal y eficaz a formar las primeras ideas del hombre, son los que deben estar en mayor armonía con los principios y tendencias morales y sociales que constituyen el sistema fundamental de enseñanza… aparte de las dificultades que ofrecen los viejos textos, por hacer la enseñanza embarazosa, embrollada y tardía, resulta en casi todos ellos, según índole particular, ya el espíritu de superstición, en vez del espíritu moral; ya el espíritu de autoridad en vez del principio del derecho y de libertad; ya el criterio teórico, contemplativo para juzgar la vida en vez del criterio práctico, de acción que hace de la existencia no una teoría, sino un hecho constante en relaciones activas con la sociedad, con el universo entero… La mayoría de los viejos textos prohijados por los países jóvenes de América, nos fue

133. Ibid., pp. 274. El subrayado es nuestro.

importada de la metrópoli, de España, nación autoritaria que en todo ha dejado de reflejarse el espíritu del fanatismo, del privilegio y de las restricciones[134].

De esta manera, en el año de 1880, el Gobierno de la Reforma proporcionó textos de lectura a las escuelas del país y estudió la posibilidad de hacer una edición completa de las obras que fueran de utilidad a los maestros y alumnos de todo el país. Así, al adoptarse para la lectura el método fonético se mandaron a imprimir mil ejemplares de cuadernos de instrucciones para maestros y cuatro mil colecciones de cuadros (láminas) para los alumnos.

Unos años más tarde, en 1885, la Secretaría de Instrucción envió con alguna frecuencia a los departamentos del país libros de carácter histórico y literario, de autores nacionales y extranjeros, para que fueran utilizados por los alumnos de los centros educativos de Segunda Enseñanza y en la medida de lo posible a los preceptores de las escuelas primarias. Así, las obras adoptadas como libros de texto en los Colegios de Segunda Enseñanza en el Gobierno de Luis Bográn, se desglosan en el siguiente cuadro:

TABLA 2

Obras adoptadas como textos en las escuelas superiores (1885)

TÍTULO DEL TEXTO	AUTOR
Aritmética elemental	Por Cáceres
Geografía de Honduras	Por González
Gramática Castellana	Por Velarde
Historia Patria	Por Saravia
Fisiología e Higiene	Por Mantilla
Álgebra y Geometría	Por Cortázar
Geografía Universal	Por Desum
Historia General	Por Castro
Teneduría de libros	Por Marsh

134. Ibid., pp. 245-246. El subrayado es nuestro.

Física	Por Desjuetz
Química	Por Aldana
Historia Natural	Por Delafauss
Constitución Política	

Fuente: Inestroza, Jesús Evelio, *La escuela hondureña en el siglo XIX*… Op. Cit., pp. 117-118.

Como se aprecia, estos libros tienen una marcada vocación secular y científica en contraposición a los textos que imperaron en la etapa anterior a la Reforma, que en buena medida se caracterizaban por ser de Teología, Metafísica, Filosofía, Derecho o en su defecto, catecismos, cartillas de santos, etcétera.

Por otro lado, además de la amplia difusión de libros en el país, publicados en la Tipografía Nacional y en otras imprentas que ya para entonces se habían instalado en Tegucigalpa y otras ciudades, el Gobierno de la Reforma, tanto en la administración de Soto como en la de Bográn, obtuvo en el extranjero mediante compra y donación libros didácticos o de carácter general con el propósito de distribuirlos en las escuelas y colegios. Se recibían y distribuían cartillas de agricultura, boletines, libros de pedagogía, textos de historia y literatura, programas oficiales de segunda enseñanza, tablas de equivalencia del sistema métrico decimal, etcétera. Con esto, se inició la cultura del libro en Honduras[135].

Posteriormente, en el Gobierno de Policarpo Bonilla (1894-1899), se aprobó una contrata celebrada entre el director de Instrucción Primaria y el señor Gabriel Gautier, representante de la casa Garnier Hermanos de París, relativo a la compra de miles de obras de texto. Por acuerdo del 5 de mayo de 1896 se erogó la suma de 2,087 francos, valor de los gastos de embalaje y fletes de varias cajas de libros pedidos a Francia que fueron depositados en el puerto de Amapala. Una vez puestos los libros en Tegucigalpa, se enviaron en recuas de mulas a todas las cabeceras departamentales, donde los Gobernadores recibieron los lotes de textos y los entregaron a las

135. Inestroza, Jesús Evelio, *La escuela hondureña en el siglo XIX*… Op. Cit., p. 118.

escuelas. De esa manera, la labor gubernamental en aras de fomentar la lectura, se extendía aún a finales del siglo XIX[136].

Ese ocaso del siglo XIX se cierra con un evento notable para la historia del libro y de la lectura en Honduras cuando Rómulo Durón publica su monumental compilación *Honduras literaria*, obra publicada en dos tomos donde recoge la producción en prosa y verso del país desde la época de la Independencia hasta el año de 1896, incluyendo a autores como José Cecilio del Valle, Dionisio de Herrera, Francisco Morazán, José Trinidad Reyes, Álvaro Contreras, Adolfo Zúniga, Céleo Arias, Marco Aurelio Soto, Ramón Rosa, Rafael Alvarado Manzano, Carlos Alberto Uclés, Alberto Membreño y Eduardo Martínez López entre otros que contribuyeron notablemente al desarrollo y conocimiento de la literatura hondureña y a la cimentación de lo que podría llamarse desde entonces la literatura nacional[137].

En todo caso, lo cierto es que, durante la Reforma Liberal, la publicación, importación y difusión de libros fue espectacular si se le compara con la disponibilidad de libros que existía en el periodo anterior. En efecto, Miguel Ángel García registra que solo en el periodo entre 1876 y el año 1900, se publicaron en Honduras aproximadamente 245 títulos, a diferencia de los apenas 17 libros publicados por hondureños en el periodo entre 1600-1810[138]. Esto implica que desde 1876 hasta los albores del siglo XX, se publicaban en promedio unos 10 títulos al año en Honduras.

Por otro lado, hay que mencionar que no solamente se difundieron libros en este periodo, sino que también, se lograron popularizar las lecturas a través de la publicación de periódicos y revistas, los cuales llegaron a ser lecturas más frecuentes en vista que dichos impresos eran más baratos y asequibles que los libros.

136. Ibid., p. 119.

137. Véase: Durón, Rómulo, *Honduras Literaria. Colección de escritos en prosa y verso*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, Tomos I y II, 1896-1899.

138. Cfr. García, Miguel Ángel, *Bibliografía hondureña. 1620-1930*… Op. Cit., pp. 24-46.

Para el caso, es durante el gobierno de la Reforma Liberal que nace el primer periódico de Honduras fuera del *Diario Oficial La Gaceta*, denominado periódico *La Paz* (1877), publicado por el grupo liberal de Soto y Rosa[139]. Después, en 1892, apareció el periódico *Diario de Honduras*, que fue la primera publicación impresa de manera diaria fundada en el país[140].

El crecimiento de los periódicos, semanarios y publicaciones periódicas fue tan vertiginoso, que Rafael Heliodoro Valle llegó a calcular y registrar la aparición de 168 órganos de prensa en el periodo 1876 y el año 1900[141], una cantidad nada desdeñable, aunque naturalmente, aparecieron muchos periódicos de tan efímera y precaria duración, que incluso el editor del periódico *Los Pasos de un Libre,* el bachiller Manuel Sevilla anunciaba en su portada que aparecerá «[…] cuando convenga al autor»[142].

No obstante, lo cierto es que esta expansión de la publicación de periódicos contribuyó a formar la primera generación de periodistas del país, muchos de los cuales fueron seguidores de los principios de la Reforma Liberal y miembros de esa primera gran generación literaria hondureña, entre ellos Froylán Turcios y Juan Ramón Molina.

De todos los periódicos que aparecieron por esta época, quizás los más importantes fueron el *Guacerique*, que fue un periódico literario fundado en 1892 y que aparecía quincenalmente, cuyo redactor era Ramón Rosa y los correctores Rómulo Durón y Esteban Guardiola; el *Diario de Honduras*, fundado por Adolfo Zúniga ese mismo año y que más tarde fue dirigido en su

139. Pérez Brignoli, Héctor y Cardoso, Ciro, *Centroamérica y la economía Occidental*, San José de Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1977, p. 313.

140. Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura hondureña*… Op. Cit., p. 27.

141. Cfr. Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura hondureña*… Op. Cit., pp. 68-82. Igualmente, véase: Mariñas Otero, Luis, *Honduras*… Op. Cit., p. 358 y Paz Barnica, Edgardo, *La oratoria en Honduras. Desde la colonia hasta nuestros días*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Letras Hondureñas, N° 37, 2ª edición, 1988, p. 42.

142. Ibid., p. 32.

segunda etapa por Juan Ramón Molina a partir del año 1900 y el periódico *Regeneración*, fundado en 1894, cuyo director era Francisco Cálix[143].

Ulteriormente, en las dos primeras décadas del siglo XX, quizá los diarios más influyentes y que crearon una comunidad de lectores importante, sobre todo en Tegucigalpa y la zona central del país fueron *El Diario de Honduras* (en su segunda etapa de 1900), que dirigía como ya se dijo Juan Ramón Molina; *El Heraldo* (1902); *El Día* (1903); *El Tiempo* (1904), dirigido por Froylán Turcios y *La Prensa* (1907) y *El Cronista* (1912), dirigidos estos dos últimos por Paulino Valladares —conocido como el «Príncipe del Periodismo Hondureño»—, y que a juicio de Rafael Heliodoro Valle, han sido los mejores periódicos editados en Honduras. El mismo Valle señala que Paulino Valladares logró conformar una comunidad de lectores porque:

> «Gracias a su cultura y su instinto, hizo de su diario una tribuna que convocaba a gran número de lectores que seguían con gran interés la evolución de sus ideas y opiniones, sobre todo porque siempre se refería a los problemas nacionales, en forma concreta, al alcance de todos»[144].

En suma, estos periódicos conformaron una generación de periodistas eminentes en el país durante finales del siglo XIX y comienzos del XX, como Ramón Rosa, Adolfo Zúniga, Álvaro Contreras, Francisco Cálix, Juan Ramón Molina, Froylán Turcios, Adán Canales, Julián López Pineda, José María Aguirre, Miguel Ángel Navarro, Francisco Cáceres, Inés Navarro, Augusto C. Coello, Salatiel Rosales, Rómulo

143. Ibid., pp. 74-77.

144. Ibid., p. 31. Sobre la labor periodística de Paulino Valladares, puede consultarse: Rodríguez Ayestas, Julio (Compilador), *Hondureños ilustres en la pluma de Paulino Valladares*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1972; Oquelí, Ramón, *El pensador y su mundo: Paulino Valladares*, Tegucigalpa, Editorial Nuevo Continente, 1972, y: Mejía, Medardo, *Capítulos provisionales sobre Paulino Valladares*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Cuadernos Universitarios, 1ª edición facsimilar, 1999. La edición original es de 1946. El subrayado es nuestro.

Durón, Esteban Guardiola, Alfonso Guillén Zelaya, Paulino Valladares, entre otros.

Asimismo, las revistas fueron en este periodo un medio de comunicación significativo para popularizar la lectura llegando a constituir algunas de ellas verdaderas joyas impresas, dignas de competir con las mejores de América Latina.

Quizás una de las primeras revistas que se publicaron en Honduras fue la Revista *La Academia* en 1888, que era el órgano de divulgación de la academia científico-literaria de la Universidad Central. José Reina Valenzuela señala al respecto que «[…] gracias a los empeños del Rector Doctor Antonio A. Ramírez Fontecha… se logró publicar la revista "La Academia", rica en información y en reproducciones de las ideas de prominentes intelectuales nacionales y extranjeros»[145].

Esta primera publicación difundía naturalmente artículos y trabajos de carácter científico, y estaba centrada en el ámbito universitario, pero unos años más tarde, empezaron a aparecer revistas de contenidos más variados y para lectores más diversos, por ejemplo, revistas literarias, históricas y misceláneas, publicaciones en las que destacaron figuras como Froylán Turcios y en menor medida Juan Ramón Molina.

En 1890, se fundó en Tegucigalpa la *Revista Juventud Hondureña*, revista científico-literaria quincenal, la cual circuló hasta 1897, que fue dirigida por prominentes escritores como Valentín Durón, Rómulo Durón, José Antonio Domínguez y Froylán Turcios, la cual llegó a ser la revista más popular de la ciudad, donde empezaron a publicar sus obras la mayoría de autores románticos y modernistas del país[146]. En el ínterin, Froylán Turcios dirigió en 1893 la revista literaria *El Porvenir*, que era el órgano de prensa del Colegio del mismo nombre, que había sido fundado en 1882 en Tegucigalpa, pero sin duda, la publicación más trascendente fue la revista *El*

145. Reina Valenzuela, José, *Historia de la Universidad*… Op. Cit., p. 176.

146. Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura hondureña*… Op. Cit., p. 72.

Pensamiento, que fue un semanal literario difundido entre 1894 y 1896, y del cual vieron la luz ochenta números y en la que figuraron como principales miembros colaboradores Turcios, Lucila Gamero, José Antonio Domínguez y Enrique Pinel[147].

Por otra parte, los números de *El Pensamiento* se nutrieron de la pluma de varios de los escritores reconocidos de Hispanoamérica, tales como Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, Salvador Díaz Mirón, José Asunción Silva, Enrique Gómez Carrillo, José María Vargas Vila, José Santos Chocano y Rubén Darío. De los autores franceses, se reproducían trabajos de Charles de Baudelaire, Guy de Maupassant, Alphonse Daudet y Carulle Mendès. Pronto, esta revista empezó a tener colaboradores notables que enviaban correspondencia, artículos, poesías, cuentos y otros trabajos como los de Darío Herrera, Enrique Gómez Carrillo, Alberto Masferrer, César Dominici, Abraham López-Penha y otros. Incluso Darío Herrera, en una carta a Turcios del 24 de diciembre de 1894, le felicita por la excelente edición de *El Pensamiento*, y le manifiesta: «[…] es Ud. Uno de los nuestros»[148].

No obstante, en el éxito de *El Pensamiento*, hay que señalar que fue la *Revista Nueva* fundada y dirigida por Turcios en 1901—, la que tuvo mayor resonancia en Honduras y en la región centroamericana, por el hecho que fue probablemente la «[…] primera publicación modernista que apareció en Honduras y quizás en Centroamérica»[149].

Si se observa la lista de autores que desfilaron por la *Revista Nueva*, no cabe duda de su clara orientación modernista: Federico Nietzsche, Teodoro de Banville, Rémy de Gourmont, Gabriela D'Annunzio, José Asunción Silva, Guillermo Valencia, José María Vargas Vila, Enrique Gómez Carrillo, Rubén Darío, etcétera. Como se ve, esta revista acercó a los lectores hondureños a lo mejor de la literatura modernista de la región latinoamericana, así como de los simbolistas franceses,

147. Funes, José Antonio, *Froylán Turcios y el Modernismo en Honduras*… Op. Cit., p. 79.

148. Ibid., p. 83.

149. Ibid., p. 84.

filósofos y pensadores de las vanguardias europeas de la época. De hecho, el primer número definió las líneas estéticas principales de la revista, argumentando que publicaría lo mejor de la literatura nacional y la muy escogida reproducción extranjera[150].

Sin duda, con la *Revista Nueva* Turcios explaya todo su afán modernista, pero fue con la revista *Esfinge*, fundada en 1905, que logra consolidar con plena madurez una publicación que, desde su calidad editorial hasta la selección de sus textos literarios, la convirtieron en *una de las mejores revistas de Hispanoamérica*, según palabras que el mismo Turcios expresa en sus *Memorias*:

> Fundé… el quincenario antológico Esfinge —el mayor esfuerzo hecho en Hispanoamérica—. Según José Enrique Rodó: «Para presentar las más brillantes páginas de los grandes poetas y escritores de todos los tiempos según José Enrique Rodó; la mejor antología castellana -según Rubén Darío; la antología más completa y brillante de las letras universales -según Ramón del Valle Inclán[151].

Por las páginas de *Esfinge* desfilaron con su poesía y prosa, nombres tan ilustres como: D'Annunzio, Dante Gabril Rosetti, Edgar Allan Poe, Oscar Wilde, Maurice Maeterlinck, Emile Zolá, Jean Lorrian, Juan María Guyau, Eugenio de Castro, Anatole France, Walt Whitman, Ángel Ganivet, Ramón del Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez, José Enrique Rodó, Rubén Darío, Gabriela Mistral, Rufino Blanco Bombona, Francisco Gavidia, Rafael Arévalo Martínez, Enrique Gómez Carrillo, Santiago Argüello, Roberto Brenes Mesén, Juan Ramón Molina, entre otros.

Inclusive, cuando Turcios realiza su segundo viaje a España en 1920, llevaba como su mejor carta de presentación catorce colecciones de *Esfinge*, finamente empastadas en cuero, las cuales obsequió en

150. Ibid., pp. 84-85.

151. Turcios, Froylán, *Memorias*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, 1980.

persona a los más connotados escritores españoles de la época como Manuel Machado, Emilia Pardo Bazán, José Martínez Ruíz «Azorín», Emilio Carrere, Tomás Morales y Ramón del Valle Inclán, recibiendo elogios y parabienes de casi todos ellos[152].

Como se aprecia, el esfuerzo editorial de estas revistas en los que destaca la figura de Turcios, traspasó las fronteras nacionales, representó un medio eficaz para acercar a los lectores y lectoras hondureñas a lo más selecto de la literatura universal de esos años. De hecho, Turcios fue —junto a Lucila Gamero— de los primeros autores en difundir su obra narrativa en Honduras a través de la modalidad de «novela por entregas, folletín o novela popular»[153], proporcionando a los lectores la facilidad de leer sus novelas a través de la compra de revistas o periódicos en donde se imprimían y entregaban por capítulos las obras aludidas. Así publicó por ejemplo en el *Diario de Honduras* entre mayo y junio de 1900 su obra *Almas trágicas*, recogida y editada recientemente por José Antonio Funes[154].

Con ello, Turcios se convirtió, como asegura Boyd Carter, en «[…] el más enérgico animador del periodismo literario de Honduras, durante y después de la segunda etapa del modernismo», centrando su labor cultural en la dirección de las siguientes revistas: la *Juventud Hondureña* (1890-1897), *Revista Nueva* (1901-1903), *Ateneo de Honduras* (1913-1926), *Esfinge* (1915-1921), *Hispanoamérica* (1922-1926) y *Ariel* (1925-1928)[155].

Otras revistas literarias de importancia fueron *El Ateneo de Honduras*, que circuló entre 1913 y 1926, así como la *Juventud*

152. Funes, José Antonio, *Froylán Turcios y el Modernismo en Honduras*… Op. Cit., p 89.

153. Sobre la importancia e impacto de la novela por entregas o folletín en la promoción y masificación de las lecturas en Europa y América Latina en la segunda mitad del siglo XIX, consúltese: Rivera, Jorge B., *El folletín y la novela popular*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968, pp. 11 y ss.

154. Véase: Turcios, Froylán, *Almas trágicas*, Tegucigalpa, Editorial Iberoamericana, Edición de José Antonio Funes, 1ª edición, 2004, 137 pp.

155. Véase: Boyd, Carter, *Literatura hispanoamericana a través de sus revistas*, México DF, Ediciones Andrea, 1968, p. 66. Citado en: Funes, José Antonio, *Froylán Turcios y el Modernismo en Honduras*… Op. Cit., p 92.

Hondureña, que fue fundada por Rafael Heliodoro Valle a su regreso de México en 1913. Igualmente, el 9 de enero de 1909, reapareció la *Revista de la Universidad*, dirigida por Rómulo Durón la cual ofreció por muchos años a sus lectores desde artículos científicos, hasta lo más granado de la literatura nacional e internacional, y luego, en 1917, en la imprenta El Sol, empezó a publicar con el sugerente título la revista *La Lectura*, de la cual era director su hijo Guillermo Durón[156].

Por otra parte, hay que agregar que, en el campo de la Historia, se fundó en 1904 la *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales*, por iniciativa de Esteban Guardiola, quien fue su director por largos años y fue de tal relevancia que logró circular hasta la segunda mitad del siglo XX. Esta revista rescató una serie de documentos de la historia del país desde los tiempos coloniales, y a la vez, divulgó el pensamiento de historiadores nacionales y extranjeros, así como gran cantidad de artículos de temáticas como folklore, geografía, literatura oral y antropología del país[157]. Más adelante, en 1926, empezó también a circular la *Revista de la Sociedad Hondureña de Geografía e Historia*, que había sido creada ese mismo año, la cual también se ha publicado —con algunas interrupciones— hasta la actualidad[158].

Igualmente, fueron valiosas otras revistas de temáticas variadas. Para el caso, el gremio de abogados fundó en 1912 la revista de derecho *Foro Hondureño*, que permaneció durante décadas. El fundador y director fue Gonzalo Sequeiros, y el redactor era Salatiel Rosales[159]. Poco después, en 1913, un escritor austriaco residente en

156. Reina Valenzuela, José, *Dr. Rómulo E. Durón. Estudio biográfico*… Op. Cit., pp. 53 y 102.

157. Véase: Reina Valenzuela, José, *Esteban Guardiola (Ensayo biográfico)*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Biografías, N° 1, 1ª edición, 1994, pp. 119-123, y: González, José, *Diccionario biográfico de historiadores hondureños*, Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, Colección Lámpara de Crítica y Cultura, 1ª edición, 2005, pp. 55-57.

158. Argueta, Mario, «Aniversario de la Academia de Geografía e Historia», En: *Revista de la Sociedad de Geografía e Historia*, Tegucigalpa, diciembre del 2002, pp. 99-100.

159. Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura hondureña*… Op. Cit., p. 95.

Tegucigalpa, el Barón de Franzenstein, fundó la *Revista Económica*, medio en el cual desarrolló una propaganda a favor de la inmigración europea hacia Honduras, rechazando el arribo de negros y asiáticos. Esta *Revista Económica* aparecía como «Boletín Mensual de Hacienda y Economía; de Comercio, Industria, Minería, Aranceles y Estadística» y circuló con algunas interrupciones entre 1910 y 1923 era publicado con artículos en español, inglés, francés y alemán. Tenía suscriptores en Sudamérica, Estados Unidos y en Europa, y además mantenía intercambio regular de publicaciones con empresas, instituciones y organizaciones de Japón, Dinamarca, Filipinas, Inglaterra, Francia y otros países[160].

También hay que añadir algunas revistas de variedades o misceláneas, que combinaban sucesos y contenidos literarios con noticias curiosas, así como algunas notas de carácter político. Quizás, una de las más importantes fue la revista *La Semana Ilustrada*, fundada en 1915 por Vicente y Augusto Monterroso —padre y tío respectivamente del cuentista y fabulista Augusto Monterroso—, y que se anunciaba como un «[…] Semanario gráfico de información y variedades». El director era Luis Andrés Zúñiga, y el director artístico Augusto Monterroso[161]. Según Jorge Fidel Durón, esta fue de las primeras revistas en Tegucigalpa que empezó a ilustrar las noticias con dibujos y caricaturas:

La Semana es una publicación que todavía no ha sido superada en Tegucigalpa y Augusto Monterroso, el guatemalteco aclimatado, múltiple, proteico y generoso, con Rafael Villafranca dibujaba las ilustraciones de la revista haciendo caricaturas geniales de los personajes de moda… [Con] *La Semana Ilustrada*… jamás estuvimos ayunos de buenas y saludables lecturas[162].

---

160. Véase: Barahona, Marvin, *La hegemonía de los Estados Unidos en Honduras (1907-1932)*, Tegucigalpa, Centro de Documentación de Honduras (CEDOH), 1989, p. 69.

161. Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura hondureña*… Op. Cit., p. 100.

162. Durón, Jorge Fidel, «Tegucigalpa en las primeras décadas de nuestro siglo» … Op. Cit., pp. 608-609.

El ambiente y las temáticas de las revistas se fueron liberalizando tanto, que incluso en el año 1900 apareció en la ciudad de Danlí la revista *El Diablo*, cuyo primer número anunciaba «[…] defender el amor libre y atacar a la Iglesia católica»[163]. Finalmente, otra revista destacada y muy leída en la ciudad fue la *Revista Tegucigalpa*, fundada en 1917 por Alejandro Castro Díaz (1880-1940), la cual fue el punto de lanzamiento de los trabajos de escritores jóvenes, y además reprodujo mucho de lo que estaba de moda en el exterior, brindando también reflexiones sobre la realidad hondureña[164].



Ilustración 11. Vicente Monterroso, de la mano con su hijo Augusto Monterroso, en una calle de Tegucigalpa alrededor de mediados de los años veinte del siglo pasado (Archivo del autor)

163. Cfr. Oquelí, Ramón, *Los hondureños y las ideas*… Op. Cit., p. 24.

164. Ibid., p. 26.

En suma, como agrega el mismo Jorge Fidel Durón, en las primeras décadas del siglo XX, el desarrollo de los medios impresos formó una comunidad de lectores, especialmente entre las clases altas, pero también, cada vez más frecuentemente entre las clases medias y bajas que ante el crecimiento paulatino de la alfabetización fueron conociendo en los periódicos y revistas, «[…] en perfectas traducciones, la producción de los mejores ingenios europeos y americanos. Paul Marguerite, los hermanos Goncourt, la Generación del 98 en España, Grazia Deledda, Gabriel D' Annunzio, Anatole France, Gerhard Hauptmann, Eça de Queiroz, Walt Whitman, José Enrique Rodó, José Ingenieros, Graça Arahna, José Asunción Silva, José María Heredia, Manuel Gutiérrez Nájera, Juan Montalvo, entre otros ilustres hombres…»[165].

D) La creación de la Biblioteca Nacional de Honduras y la ampliación de nuevas lecturas e ideologías

En cuarto lugar, hay que mencionar que todo este impresionante desarrollo de los medios impresos dio lugar a la creación y organización de espacios de lectura en la ciudad, específicamente de bibliotecas. El más importante de ellos fue sin duda la Biblioteca Nacional que fue fundada a la sazón por el gobierno de la Reforma Liberal. Efectivamente, el Gobierno de Soto creó el Archivo y Biblioteca Nacional mediante decreto del 5 de marzo de 1880, nombrándose en la dirección al ya citado Antonio Ramón Vallejo. Este hecho marcó el inicio de la investigación histórica en el país, además de la apropiación por parte del Estado de la responsabilidad de rescatar, organizar y conservar el legado documental que atesora la historia de la nación, así como la bibliografía nacional[166].

165. Durón, Jorge Fidel, «Tegucigalpa en las primeras décadas de nuestro siglo», Op. Cit., pp. 618-619.

166. Sobre la fundación del Archivo y Biblioteca Nacional de Honduras, puede consultarse, por ejemplo: Rivas Fernández, José Bernal, «La creación del Archivo Nacional en la formación de la identidad nacional: los casos de Honduras y Costa Rica», En: Enríquez

La ceremonia de inauguración de la Biblioteca Nacional se festejó por todo lo alto, y a ella acudió lo más selecto de la sociedad e intelectualidad de la época. El acto fue descrito pormenorizadamente en una extensa crónica en el periódico *La Paz* el día 28 de agosto de 1880, y de alguna manera el relato nos proporciona una idea de cómo se empezaban a articular diferentes actividades culturales alrededor de la promoción de los libros y las lecturas, como conciertos musicales, lecturas de poesías, danza, etcétera:

> La inauguración de la Biblioteca Nacional tuvo lugar por la noche. Los corredores y los salones de la Universidad estaban decorados con gusto y elegancia. Arcos, flores, cintas, espejos, colgaduras y banderas nacionales, en distribución armónica, daban a aquel local un aspecto simpático y deslumbrador; la perspectiva no podía ser más bella. Las distinguidas señoras doña Raquel Lardizábal de Gutiérrez, doña Gertrudis Matute de Rosa y doña Rosa Rastrick de Bardales, que bondadosamente se habían prestado para invitar a las señoras, a las ocho en punto se encontraban en el local de la reunión recibiendo a los invitados. También estaba ahí una comisión de caballeros. El Presbítero Antonio R. Vallejo todo lo había dispuesto, todo lo tenía listo para la gran fiesta de las letras. A las nueve llegó el señor presidente acompañado de sus ministros. El salón había sido invadido por una numerosa y escogida concurrencia, tanto de damas como de caballeros. Después que la orquesta que con tanto acierto dirige el profesor Blanco, ejecutó una bella *cavatina* de Hernán, ocupó la tribuna el señor ministro don Ramón Rosa y nos obsequió con uno de los discursos más bellos que ha producido la tribuna centroamericana… A continuación, la orquesta ejecutó la «Fille du Régiment»

Solano, Francisco (Compilador), *Fin de siglo XIX e identidad nacional en México y Centroamérica*, Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2000, pp. 389-399, y: Secretaría de Cultura, Artes y Deportes, *Biblioteca Nacional. Guía de usuario*, Tegucigalpa, Talleres Gráficos de la Secretaría de Cultura, Artes y Deportes, 2005, pp. 10-11.

de Rossini y seguidamente se leyeron, por sus propios autores, dos hermosos poemas, escritos especialmente para la inauguración de la Biblioteca y el Archivo; uno de Manuel Molina Vijil y el otro de José Joaquín Palma, el exquisito poeta bayamés. Acto continuo —sigue la crónica del periódico— las señoras y caballeros que componían la concurrencia pasaron a visitar la Biblioteca y Archivo Nacionales situados en el piso bajo del edificio… terminada la visita a la Biblioteca, principió el baile: la juventud que ya anhelaba impaciente la llegada de ese momento supo aprovecharlo avaramente hasta las doce, hora en que pasó la concurrencia al bonito salón donde estaba preparado el *buffete*. La cena fue servida con el mayor esmero, reinando todo el tiempo que duró, ese buen tono que distingue a la culta sociedad tegucigalpense. Concluida ésta, principió otra vez el baile, que duró hasta las tres de la mañana[167].

Por su parte, Ramón Rosa —en su discurso *Conciencia del pasado*, que pronunció a propósito en la inauguración de estos mencionados centros el 27 de agosto de 1880—, justificó vehementemente la creación del Archivo y Biblioteca Nacional, pues aducía que la falta del conocimiento histórico en el país contribuía a la insuficiencia de identidad en la población; así, sostenía que

> «[...] un pueblo sin archivo, sin historia, sin tradiciones no puede tener un carácter que lo distinga, que lo haga representar un papel honroso en las magníficas evoluciones del progreso... no se extrañe que... este país haya estado a punto de perder hasta el último rasgo de su carácter nacional pues no ha tenido historia»[168].

167. Citado en: Ramos, Víctor Manuel, *Antonio Ramón Vallejo: vida y obra*, Tegucigalpa, Secretaría de Cultura, Artes y Deportes, Colección Premios, 2ª edición, 2007, pp. 104-107.

168. Cfr. Carías, Marcos (Compilador), *Ramón Rosa. Obra escogida*… Op. Cit., p. 331.

El historiador Steven Palmer señala que la fundación de los Archivos Nacionales centroamericanos en las postrimerías del siglo XIX, fue un recurso utilizado «[…] por los intelectuales y políticos liberales para disponer de las fuentes necesarias para representar una antigua comunidad política»[169] que extendía el pasado compartido hasta la época de Cristóbal Colón y los conquistadores españoles. Este dato es sugestivo, porque la tradición historiográfica centroamericana nacida a fines del siglo XIX recreó el mito de que la Historia de los países de la región había arrancado en 1492 con la llegada de los españoles a América, obviando de esa manera el esplendoroso pasado histórico de los indígenas —especialmente el referido a los mayas—, así como la participación de los negros en los anales históricos del istmo. Con ello, se empezó a fraguar una historia protagonizada por élites blancas o mestizas, las que tenían la «obligación» de «civilizar» e «incorporar» a la nación homogénea a los grupos que consideraban «incultos» e «incivilizados», es decir, a los indígenas y negros. De ese modo, se inició una larga tradición que subordinó el pasado prehispánico al legado histórico colonial y republicano.

En todo caso, lo cierto es que la creación de los Archivos Nacionales —otra de las herencias culturales de la Revolución Francesa —, tuvieron una extendida difusión en Europa y América durante el siglo XIX, y fue considerado como un instrumento de conformación nacional. La identidad compartida, sumergida en el pasado, se podía estudiar a través de los documentos, y ellos residían, como no, en los archivos. De esa forma, las versiones de la historia que comenzaron a aparecer a partir del trabajo en los archivos contribuyeron a que los ciudadanos interiorizaran el pasado y con ello el concepto de nación[170].

169. Palmer, Steven, «Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la nación en Costa Rica. 1848-1900». En: Molina Jiménez, Iván y Palmer, Steven (Editores), *Héroes al gusto y libros de modas. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*, San José de Costa Rica, Editorial Porvenir, 1992, p. 188.

170. Rivas Fernández, José Bernal, «La creación del Archivo Nacional» ... Op. cit., pp. 390-391.

Con relación a la Biblioteca Nacional, Rosa señalaba que con ella no solamente se creaba la primera biblioteca pública en el país, sino que Honduras entraba «[…] de lleno en las espaciosas vías del porvenir, reservado al libro, a la ciencia…»[171].



del edificio de la Universidad Central que alojó a la Biblioteca Nacional, y al lado derecho, la Antigua Casa Presidencial, que también fue residencia de Francisco Morazán. En medio, se puede apreciar la estatua de José Trinidad Reyes, que mandó a esculpir y erigir el Gobierno de Marco Aurelio Soto (Foto cortesía de Daniela Navarrete)

Vale añadir que la Biblioteca Nacional fue dotada con un presupuesto anual de 1,000 pesos[172]; sin embargo, al inicio, sus fondos bibliográficos fueron reducidos y precarios. Así lo atestigua su primer director, el presbítero Vallejo, quien en su famosa obra *Primer Anuario Estadístico*, publicado en 1893, proporciona un informe detallado sobre la creación y funcionamiento de la biblioteca. En dicho informe, Vallejo asevera que la colección de la Biblioteca Nacional se formó a partir

171. Carías, Marcos (Compilador), *Ramón Rosa. Obra escogida*… Op. Cit., p. 331.

172. Secretaría de Cultura, Artes y Deportes, *Biblioteca Nacional*… Op. Cit., p. 10.

de varios fondos bibliográficos; primero, a partir de los libros de la Universidad misma, y, en segundo lugar, a partir de una donación de 309 volúmenes que al efecto entregó el presidente Soto[173]. A estos se agregaron otros libros que donó Ramón Rosa, así como otras obras que proporcionó el Ministerio de Gobernación, también unos libros que en 1873 había obsequiado el gobierno de Chile, y «[…] cuatro personas más que tuvieron igual patriotismo, obsequiando a la Biblioteca Nacional algunos libros de mérito»[174].

En total, la Biblioteca Nacional empezó a funcionar con apenas 442 libros[175]. No obstante, el director Vallejo comenzó a hacer diligencias para aumentar la colección. En primer lugar, emitió una circular para obligar a los funcionarios que tuviesen en su poder libros, folletos, gacetas y Constituciones del Estado para que las devolvieran a la biblioteca. En segundo lugar, por intermedio de don Carlos Gutiérrez se compraron 403 obras modernas, españolas en su mayor parte, y se empezaron a realizar canjes con la Biblioteca de Montevideo. Con esos trámites, hacia 1889 el fondo de la biblioteca había aumentado a 1,949 volúmenes, de los cuales 1,649 eran empastados, 254 estaban a la rústica y 46 estaban deteriorados y también se incluyen 369 folletos. Asimismo, Vallejo ordenó elaborar dos catálogos: uno alfabético por autores, y otro por materia[176]. Del mismo modo, Vallejo declaraba de manera optimista que, en 1883, el

173. Al parecer, en el siglo XIX, la donación de libros por parte de políticos, empresarios o intelectuales para la fundación de las Bibliotecas Nacionales no solamente fue peculiar para el caso hondureño, sino que fue algo frecuente en otros países de América Latina como en Venezuela, tal como señala José Francisco Chapman, quien advierte que durante el proceso emancipador iniciado en 1810-1811, Juan Germán Roscio, promotor de la creación de la Biblioteca Nacional venezolana en 1811, ofreció donar de su biblioteca particular «[…] *1000 volúmenes que posee de obras selectas de ciencias y literatura en los idiomas más usuales de la Europa*». Más tarde, Francisco de Miranda y Simón Bolívar legaron sus libros a la biblioteca del Estado. Cfr. Chapman, José Francisco, «La Biblioteca Nacional: un gran libro lleno de historia», En: *Cuadernos EDUMEDIA*, Caracas, Año 3, N° 10, julio-septiembre de 2005, pp. 4-15.

174. Vallejo, Antonio R., *Primer Anuario Estadístico, correspondiente al año de 1889*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1893, p. 458.

175. Secretaría de Cultura, Artes y Deportes, *Biblioteca Nacional*… Op. Cit., p. 10.

176. Vallejo, Antonio R., *Primer Anuario Estadístico*… Op. Cit., p. 458.

valor monetario de los libros y folletos ascendía a la cantidad de 2,151 pesos, mientras la lujosa estantería que los contiene y del mobiliario del establecimiento a 5,134 pesos, lo que en total representaba una inversión de 7,285 pesos[177]. Es importante agregar que Vallejo también anota el movimiento de visitantes a la biblioteca entre 1883 y 1886, siendo este número en verdad significativo si se toma en cuenta la cantidad de población para la época, como se puede ver en la tabla siguiente:

TABLA 3

Número de visitantes a la Biblioteca Nacional, 1883-1886[178]

AÑO	NÚMERO DE VISITANTES
1883	2,258
1884	4,709
1885	4,546
1886	1,400*

Fuente: Vallejo, Antonio R., *Primer Anuario Estadístico*… Op. Cit., p. 458. * La cifra de 1886 corresponde al primer trimestre del año.

Finalmente, Vallejo expresa en el informe que, durante esos años, las lecturas dominantes fueron las científicas, literarias e históricas. Naturalmente que estas acciones culturales del Gobierno de Soto y de Rosa al crear el Archivo y la Biblioteca Nacional, así como otros espacios para el fomento de la lectura y de la cultura en general fueron reconocidos por algunos de los intelectuales más brillantes de Centroamérica, entre ellos Rubén Darío, quien reafirma que Tegucigalpa se convirtió no solamente en «Ciudad letrada»

177. Ibid., p. 458.

178. Como se observa, entre 1883 y 1886, llegaron en promedio como lectores a la Biblioteca Nacional unas 4,000 personas al año. Esta cifra es importante si se toma en cuenta que en 1889 la ciudad de Tegucigalpa tenía una población estimada de 16,702, de acuerdo con el *Anuario Estadístico* de Vallejo. Cfr. Vallejo, Antonio R., *Primer Anuario Estadístico*… Op. Cit., p. 202. Poco después, en 1902, la población de Tegucigalpa casi se duplica, pues llegaba ya a 25,000 habitantes. Cfr. Escobar, Salvador, *Geografía descriptiva*, Guatemala, Librería y Papelería de P. J. Guirola & Co., Sucesores de Antonio Partagás, 4ª edición, 1902, p. 32.

de Honduras, sino que llegó a tener un sitial cultural incluso en el ámbito centroamericano, comentando al respecto lo siguiente:

> En 1876, al llegar a la Presidencia de la república Marco Aurelio Soto, se operó en Honduras una súbita transformación. Este presidente que era buen hombre gentil, de espíritu refinado, y además escritor estimable, después de dar al Estado una organización acertada, trató de hacer de Honduras una república aristocrática, y a la manera de Luis XIV, entre su regia fastuosidad y su liberalidad extraordinaria, se rodeó de poetas, artistas y pensadores, de tal manera que hizo de Tegucigalpa, por algún tiempo, el centro intelectual más brillante de América Central. Hizo del Valle de Los Ángeles una especie de Versalles… organizó… bellas fiestas campestres, donde el poeta cubano José Joaquín Palma improvisaba églogas o derramaba su lirismo en rimas caballerescas; y en las célebres veladas literarias y en las grandes recepciones, llenaban la atmósfera palatina los discípulos floridos de Ramón Rosa, la palabra erudita de Alberto Uclés, la retumbante oratoria de Adolfo Zúñiga[179].

En todo caso, ciertamente estas instituciones culturales como la Biblioteca Nacional despertaron de un letargo a la hasta entonces bucólica ciudad de Tegucigalpa. En efecto, la biblioteca no solo se convirtió en el principal espacio de lectura de la ciudad, sino que empezó a organizar veladas literarias y culturales, y, sobre todo, se convirtió en acervo principal de los intelectuales, los cuales podían hacer acopio de sus fondos bibliográficos para emprender sus estudios literarios, históricos y culturales en el proyecto de construcción nacional.

Fue tan importante la contribución de la biblioteca que incluso el narrador Arturo Mejía Nieto sostiene que en las tres primeras

179. Darío, Rubén, «Letras centroamericanas: Honduras». En: *Centroamérica*, Guatemala, Tipografía Sánchez & de Guise, Vol. XII, N° 3, 1920, pp. 439-440. El subrayado es nuestro.

décadas del siglo XX la institución estaba abierta al público hasta en horas de la noche, contrario a la actualidad[180].

Efectivamente, la admirable labor que había desempeñado Antonio Ramón Vallejo en la Biblioteca Nacional durante las dos últimas décadas del siglo XIX, fue proseguida exitosamente a comienzos del siglo XX por el nuevo director, el historiador Esteban Guardiola, quien fue nombrado director de la institución en 1903[181].

Una de las primeras acciones de Guardiola al frente de la Biblioteca fue la de solicitar al presidente, el general Manuel Bonilla, la reconstrucción del edificio, así como el ensanchamiento del fondo bibliográfico de la misma, pues aducía que «[…] este establecimiento se encontraba en el más completo desorden y abandono, y ha sido necesario un paciente trabajo para separar, arreglar y clasificar los libros, folletos, revistas, periódicos y hojas volantes que se encontraban mezclados y confundidos»[182].

El Gobierno central atendió todas las solicitudes de Guardiola y se procedió a las reparaciones del edificio, obras que estuvieron a cargo de don Julio Villars, quien era el director de la Escuela de Artes y Oficios de Tegucigalpa; por su parte, la *lujosa estantería* y otros muebles que fueron ejecutados estuvieron a cargo de los ebanistas Carlos Banegas y Agapito Martínez. Asimismo, con el edificio reacondicionado se mandaron a esculpir a Europa, en los talleres de Fratelli Pellizzari varios bustos de algunos próceres e intelectuales hondureños para ser instalados en la Sala de Lectura, sobresaliendo entre otros los de José Cecilio del Valle, José Trinidad Reyes, Ramón Rosa y Álvaro Contreras[183].

---

180. Véase: Mejía Nieto, Arturo, «¿Ha cambiado Tegucigalpa?», En: *Revista Extra*, Tegucigalpa, Año II, N° 15, octubre de 1966, reproducido también en: Acosta, Oscar (Antólogo), *Elogio de Tegucigalpa*, Tegucigalpa, Concejo Metropolitano del Distrito Central, 1ª edición, 1978, pp. 269-275.

181. Reina Valenzuela, José, *Esteban Guardiola (Ensayo biográfico)* … Op. Cit., p. 54.

182. Ibid., p. 54.

183. Ibid., p. 55.

Sin embargo, la iniciativa más importante emprendida por Guardiola fue la clasificación y ampliación del fondo bibliográfico de la Biblioteca Nacional. En este sentido, Guardiola expresó que la idea de acrecentar el número de libros de la biblioteca era para que «[…] La ciencia, la poesía, la oratoria, en una palabra, la Literatura Nacional, ocuparan un puesto distinguido en los altares de este magnífico templo de luz, abierto al pueblo para que se instruya, eleve y dignifique»[184]. En concreto, Guardiola impuso una nueva clasificación a través de la sistematización de un «Catálogo General» (publicado en 1906) empleando el sistema de *Namur*. Por su parte, la dotación de los nuevos libros que aumentarían el fondo de la Biblioteca Nacional se realizó a través de dos fuentes: en primer lugar, con la compra de libros en Honduras y algunos países centroamericanos como Guatemala y El Salvador, y, en segundo lugar, por vía de la compra directa en España, para lo cual se encomendó dicho negocio a don Alberto Membreño, quien por entonces radicaba en Madrid como representante hondureño en el litigio territorial contra Nicaragua. Membreño resolvió el negocio y satisfizo las peticiones de Guardiola, enviando los lotes de libros en el año de 1905. En vista de la importancia de tal empresa para la comprensión de nuestra temática, citamos de manera extensa la carta dirigida por Membreño a Tegucigalpa en la que informa de sus acciones en Madrid para ampliar las lecturas de la Biblioteca Nacional con lo más selecto de la literatura de la época:

> LEGACIÓN DE HONDURAS, Madrid, 2 de noviembre de 1905. Señor Bibliotecario Nacional Lic. Don Esteban Guardiola. Tegucigalpa. Cumpliendo el encargo de Ud., dediqué varios días a formar el catálogo de los libros que se necesitan para el servicio de esa Biblioteca… Van todos los adelantos modernos, principalmente en las ciencias, están explicados en los libros

184. Ibid., p. 55. El subrayado es nuestro.

que remito; de manera que cualquier sistema que quieran seguir los jóvenes lo harán con conocimiento de causa, y no tendrán razón para hablar de algunos, como del positivismo, solo por lo poco que leen en las obras de Herrera y González. Aunque van muchos libros en español, entre ellos los que sirven aquí de texto, también van otros en francés, por no haberse vertido aún a aquel idioma. Esto no puede ser obstáculo para los lectores, porque hoy no puede ser hombre civilizado el que no lea por lo menos correctamente el francés. Se envían también, aunque de segunda mano, algunos de los tomos para completar las obras que hay disjustas [sic] en el Establecimiento. El crédito de la Biblioteca queda abierto en la respetable casa librera de don Victoriano Suárez… a quien Ud. Puede dirigirse en solicitud de los libros que necesite para aquélla… El crédito de Honduras se cotiza hoy muy alto en el mercado, gracias a la formalidad del gobierno. En quince cajas pequeñas de 4 y media arrobas cada una se envían los libros por Amapala, consignados al Administrador de la Aduana. En una de estas va una obra de medicina en 15 tomos, con que obsequia a la Biblioteca el Excmo. Señor don Manuel Luengo y Prieto… El valor de los libros con todo y gastos hasta Amapala, según factura adjunta, asciende a pesetas 7.835.70, que espero pague Ud. lo más pronto posible a los señores Santos Soto y Cía., a favor de quienes gira el señor Suárez, que fue quien ejecutó el pedido. De este valor se excluyen unas dos o tres obras que por correo llegarán de Chile y que se pagarán por separado. De Ud. atento y seguro servidor. ALBERTO MEMBREÑO[185].

Es interesante observar que ya para este tiempo se pretende aumentar la colección de la Biblioteca Nacional con libros de Ciencias y Medicina, así como con libros escritos en idioma francés, lengua que

185. Ibid., pp. 56-57. El subrayado es nuestro.

es considerada por estos «letrados» como una lectura obligada para los que pretendían convertirse en «lectores civilizados» y cultos. Del mismo modo, se aprecia que la cantidad de libros —aunque no se precisa el número exacto— fue importante considerar el peso, que en libras equivalía a 1687.5; así como la suma de los mismos (7,835.70 pesetas de la época). Si estimamos unos 3 libros por libra, probablemente habrán llegado al país más de 5,000 libros en ese lote.

En todo caso, el incremento de libros en la Biblioteca Nacional significó la llegada de nuevas y modernas lecturas al país a inicios del siglo XX. De esa manera, como asevera Ramón Oquelí, hacia 1909, «[…] en la Biblioteca Nacional se podían consultar [ya] las obras de Marx»[186]. Desde luego, al analizar el «Catálogo de la Biblioteca Nacional»[187], mandado a sistematizar y publicar por Esteban Guardiola en 1906, se desprende que ya para inicios del siglo XX, la institución ofertaba una amplia cantidad de lecturas a los capitalinos, la cual contenía un fondo bibliográfico de más de 7,000 libros y folletos[188], que prácticamente cubrían lo más importante de las literatura regional y mundial, desde los clásicos de la Antigüedad hasta las obras más recientes aparecidas por esos años; sin duda, la mayoría de esos libros llegaron a través de las gestiones que encomendó el director Guardiola a su amigo Membreño en Madrid.

De acuerdo con el catálogo, existía una abrumadora presencia de obras de autores hispanoamericanos, especialmente las relativas a los clásicos españoles, pero también latinoamericanos. Para el caso, algunos autores destacados eran por ejemplo Juan Ruiz de Alarcón con sus *Comedias*; Edmundo de Amicis con *Corazón*; Gonzalo de Berceo con *Poesías;* el inmortal Miguel de Cervantes con *El ingenioso*

186. Cfr. Oquelí, Ramón, *Los hondureños y las ideas*… Op. Cit., pp. 21-22.

187. Biblioteca Nacional, *Catálogo de la Biblioteca Nacional*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1906. (BNH).

188. La cantidad de 7,000 libros y folletos es un estimado. La fórmula que seguimos consistió en multiplicar 14 títulos que aparecen por cada página por 500 páginas que contiene el catálogo. En todo caso, el catálogo indica que no se incluyeron muchas obras que estaban dañadas o que aún no habían sido clasificadas, lo cual podría aumentar el fondo de la Biblioteca Nacional en 1906 a unos 8,000 o más ejemplares.

Hidalgo Don Quixote de la Mancha, en una invaluable y casi incunable edición de 1782 publicada en Madrid en la Tipografía de Joachin Ibarra; Leandro Fernández de Moratín con *El sí de las niñas*; Luis de Góngora y Argote con *Poesías*; Diego de Hurtado y Mendoza con *La vida del Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*; Juan de Iriarte y sus *Poesías*, Fray Luis de León con *Obras completas*, Jorge Manrique y sus *Coplas*; Tirso de Molina con sus *Comedias* y Francisco Quevedo con *Obras satíricas y festivas,* entre otros. A estos se agregaban obras de autores latinoamericanos, como Alonso de Ercilla con *La Araucana*; Garcilasso de la Vega con *Poesías*; Andrés Bello con *Poesías escogidas*; Gertrudis Gómez de Avellaneda con *Obras dramáticas*; José Mármol con *Obras poéticas y dramáticas*; Juan Montalvo con *Los siete tratados*; Ricardo Palma y sus *Tradiciones peruanas*; José Joaquín Palma con *Poesías*, y no podían faltar algunos románticos como Juan de Dios Peza con *Poesías completas* y Manuel Acuña con *Poesías*. Eran infaltables también los románticos españoles como Ramón de Campoamor con *Los pequeños poemas*; José de Espronceda con *Obras poéticas y escritos en prosa*; Mariano José de Larra con *Obras completas*; Mesonero Romanos con *Escenas Matritenses* y *Tipos y caracteres, bocetos de cuadros de costumbres* y José Zorrilla con *Obras*[189].

Figuraban también en la Biblioteca Nacional autores y obras centroamericanas, como los guatemaltecos José Milla con *Obras completas*; Máximo Soto Hall con *Un vistazo sobre Costa Rica en el siglo XIX (1800-1900)*; Antonio Batres Jáuregui y sus *Estudios históricos y literarios*; Juan Diéguez Olaverri con *Poesías*, Enrique Gómez Carrillo con *Literatura extranjera: estudios cosmopolitas*; de El Salvador estaba la *Guirnalda salvadoreña: Colección de poesías de los bardos de la República de El Salvador*, de Román Mayorga Rivas; por supuesto el nicaragüense Rubén Darío con *Azul* y los costarricenses Aquileo Echeverría con sus *Concherías*; Justo Facio con *Mis versos* y también estaba la *Lira costarricense: colección de composiciones de poetas de Costa Rica*.

189. Ibid., pp. 181-236. Dicha parte del Catálogo corresponde al capítulo III, titulado *Poetas, prosistas y polígrafos*.

Lógicamente, estaban los libros de los autores hondureños como Lucila Gamero, Rómulo Durón, Froylán Turcios, Antonio Ramón Vallejo y otros más[190].

Con respecto a los clásicos universales, la Biblioteca Nacional contaba con lo más fundamental, como *Las tragedias* de Esquilo; *Las fábulas* de Esopo; *Oraciones escogidas* de Demóstenes; los *Nueve libros de la Historia* de Herodoto; las *Obras completas* de Cicerón y Lucio Apuleyo y «*La metamorfosis*» de Franz Kafka. Entre los autores de la Antigüedad; Dante Alighieri y *La Divina Comedia*; así como el anónimo español *El Cid Campeador* para las obras medievales; Giordano Bruno con *Expulsión de la bestia triunfante,* y Erasmo de Rotterdam con una edición francesa de *Eloge de la Folie* para los autores del racionalismo Renacentista. Con relación a los autores de la Ilustración, la biblioteca incluía *Cartas persianas* de Carlos de Secondat Montesquieu; a J. J. Rousseau en una edición en francés de sus «*Oeuvres complètes*» y a Voltaire también en una edición francesa con *Oeuvres complètes*. Exclusivo lugar tenían los autores románticos como Lord Byron con *The Poetical Works*; Benjamín Constant con *Adolphe*, René de Chateaubriand con *Los mártires o el triunfo de la Religión Cristiana*; Alfonso Daudet con *Cartas de mi molino*; Charles Dickens con *Almacén de antigüedades*; Alejandro Dumas con *La Condesa de Charnay* y Alejandro Dumas hijo con *La Dama de las Camelias*; Teofilo Gautier con *Novelas cortas*; Juan Wolfgang Goethe con *Fausto* y Víctor Hugo con *Sedán y la Comuna de París*, así como *El último día de un sentenciado a muerte*. Ya se encontraban también algunos autores fundamentales del naturalismo y realismo, como Honoré de Balzac con *El lirio en el valle*; Gustavo Flaubert con *La educación sentimental*; Guy de Maupassant con varias obras, entre ellas *En el Mar* y *Pedro y Juan*, así como Emile Zolá, con once títulos entre los que se incluían *La novela experimental*, *Los novelistas Naturalistas*, *La bestia humana* y *El naturalismo en el teatro*. Finalmente, el catálogo indicaba también

190. Ibid., pp. 181-236.

que algunos de los autores más leídos para entonces eran Edgar Allan Poe con *Narraciones extraordinarias*; Charles Baudelaire con *Los paraísos artificiales*; Julio Barbey D' Aurevilly con *El Dandismo*; Gabriel D' Annunzio con *El triunfo de la muerte*; Próspero Merimée con *Cuentos y novelas* y William Shakespeare con *Hamlet*[191]. Como se ve, el fondo de la Biblioteca Nacional ofrecía una atractiva gama de lecturas que comprendían desde los autores clásicos hasta las más recientes obras literarias de América y Europa.

Además de ese vertiginoso crecimiento de la Biblioteca Nacional entre 1880 y 1906, para ese tiempo también algunos intelectuales hondureños acumularon estimables bibliotecas particulares, como el mismo Antonio Ramón Vallejo, Froylán Turcios, Rafael Heliodoro Valle, Juan María Cuellar, Alberto Membreño, Félix Salgado, Julián Cruz (en Comayagua) y Mariano Vásquez (en el departamento de La Paz)[192]. Sin embargo, con el tiempo estas bibliotecas, al fallecer sus propietarios, la mayoría de ellas se desmembraron o vendieron al exterior. De hecho, las dos bibliotecas privadas más importantes que lograron acumular intelectuales hondureños —infortunadamente para el país-— están en el extranjero, nos referimos a las bibliotecas de los dos Valle: José Cecilio del Valle y Rafael Heliodoro Valle que fueron donadas a Guatemala y México respectivamente.

En efecto, la biblioteca que fue propiedad del prócer de la Independencia José Cecilio del Valle, fue donada por sus herederos Del Valle Matheu en 1986 a la Universidad Francisco Marroquín y se encuentra en el segundo piso de la «Biblioteca Ludwing von Mises», en la zona 10 de la capital de Guatemala. Esta biblioteca está formada por 1,800 volúmenes, 370 mapas y parte de la correspondencia de Valle. Hay publicaciones de los siglos XVII, XVIII y XIX; la mayoría está escrita en español, aunque hay una parte en inglés, francés, italiano, latín y griego, las temáticas de las obras van desde derecho hasta ciencias sociales, religión, literatura, así como ciencias naturales

191. Ibid., pp.181-236.

192. Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura hondureña*… Op. Cit., p. 23.

y aplicadas, también se añaden revistas, enciclopedias y diccionarios. También hay una sección de botánica, política, economía y medicina, de acuerdo con Juan Carlos Ruiz, encargado de la colección[193].

La colección está a disposición de investigadores nacionales y extranjeros, pero solo pueden consultarse después de realizar una solicitud por escrito donde se especifiquen los motivos de la consulta. Estas medidas y otras más se tomaron debido a la antigüedad y valor histórico de las obras. *Tienen como objetivo conservar los libros y documentos*[194], agrega Ruiz. Uno de los tesoros más grandes que resguarda esta colección son ocho libros que están firmados por José Cecilio del Valle. Éstos se encuentran en un exhibidor especial.



Ilustración 13. Biblioteca de José Cecilio del Valle, ubicada en Ciudad de Guatemala (Incluida en «*Prensa Libre*»)

193. Véase: Martínez, Francisco Mauricio, «Con Nombre propio: Los libros que un día estuvieron en manos de intelectuales guatemaltecos se encuentran en bibliotecas poco visitadas», En: www.prensalibre.com/...260605/dcultura1.shtml, Ciudad de Guatemala, 2005, p. 1

194. Ibid., p. 1.

Por su parte, la biblioteca que perteneció a Rafael Heliodoro Valle se encuentra en un «Fondo Reservado Especial» de la Biblioteca Nacional de México (BNM), después que el Dr. Ernesto de la Torre Villar, director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas y Biblioteca Nacional —antiguo alumno de Valle— lograra que doña Emilia Romero —esposa del polígrafo— la donara a dicha institución. Según María de los Ángeles Chapa, el fondo bibliográfico «[…] es uno de los más ricos con que cuenta la Biblioteca… Esta colección está formada por libros, revistas, periódicos, folletos, fotografías, documentos personales y oficiales del Dr. Valle… uno de los humanistas más sobresalientes de Hispanoamérica»[195].

Como se ve, el desarrollo académico e intelectual de estos dos «hondureños continentales» en el exterior provocó que sus bibliotecas se quedaran en sus países de adopción, privando de esa forma al país de contar con dos acervos bibliográficos significativos y de incalculable valor para el patrimonio nacional. Esa dispersión y desmembración de las bibliotecas nacionales o de los intelectuales centroamericanos de los siglos XIX y XX ya la anunciaba el mismo Rafael Heliodoro, cuando señalaba en 1955 que las «[…] bibliotecas nacionales de Centroamérica eran precarias en cuanto a materiales de información, estaban en completo desorden, habían ido a parar a manos rapaces o habían sucumbido bajo la acción de elementos naturales»[196].

De todas formas, el aporte de la Biblioteca Nacional de Honduras, así como el incremento de bibliotecas particulares o en las escuelas, colegios y universidades en el periodo 1876-1930, indudablemente que coadyuvaron al fomento de la lectura en el país.

---

195. Cfr. Chapa Bezanilla, María de los Ángeles, *Guía bibliográfica centroamericana del Fondo Rafael Heliodoro Valle de la Biblioteca Nacional (1822-1968)*, México DF, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) - Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1ª edición, 2005, p. 9.

196. Ibid., p. 19.

E) La apertura de librerías a finales del siglo XIX y principios del XX con la creación de nuevos espacios para la lectura

En quinto lugar, hay que mencionar que además del espacio de lectura que fomentó la creación de la Biblioteca Nacional, también se sumaron otros ámbitos que generaron lugares de lectura, como la apertura de más librerías, las cuales, en algunos casos, además de ofrecer la oferta cultural, se constituyeron igualmente en espacios de lectura y de difusión de ideas, debates y tertulias.

De este modo, a partir de la Reforma Liberal, y hasta los primeros años del siglo XX, aparecieron varias librerías que ante la expansión de las publicaciones y la apertura de un mercado de libros comenzaron a incursionar en el negocio, de manera que hacia 1890, se abrieron librerías como la de Manuela Vigil, especialista en libros, quien anunciaba que tenía el respectivo *imprimatur* eclesiástico. Además, se organizó la Librería Moderna, de amplia aceptación por la época, que importaba publicaciones de España y otros países. A estas se agregaron las de Atanasio Valle y la de Ismael Zelaya[197].

Sin embargo, hay que puntualizar que la librería que se convirtió en el principal abastecimiento de obras en la ciudad a finales del siglo XIX fue la «Librería Santos Soto», propiedad del empresario del mismo nombre, quien fue sin duda el hombre de negocios más próspero y rico del país por esos años[198]. Desde luego, esta librería empezó a importar libros de México, Cuba, España, Francia y Estados

197. Cfr. Valle, Rafael Heliodoro, *Historia de la cultura hondureña*… Op. Cit., p. 23.

198. Santos Soto nació en la aldea el Chimbo, jurisdicción del municipio de Santa Lucía en 1850 y murió en San Salvador en 1932. Era pariente cercano de Marco Aurelio Soto y Ramón Rosa, y entre finales del siglo XIX y comienzos del XX fue el empresario más acaudalado del país, incursionando prácticamente en todos los negocios, desde cantinas, billares y sastrerías hasta minas, bancos, cervecerías y librerías. A través de su matrimonio con Camila de Jesús Midence en 1901, se vinculó con una de las familias de mayor abolengo en la ciudad. En 1878, con Ignacio Agurcia, fundan la «Sociedad Agurcia-Soto», la cual es liquidada en 1892, y ambos socios se reparten la cantidad de 882,382 pesos plata en efectivo. Desde entonces, Santos Soto continuó ampliando sus negocios, siendo el primer empresario hondureño en abrir sucursales en casi todas las ciudades del país. A su muerte, en 1932, su patrimonio ascendía a varios millones de Lempiras. Véase: Zepeda, Ismael, *La familia Midence: Una historia vigente. Aproximación a su genealogía*, Tegucigalpa, Lithopress, 2005, pp. 147-157.

Unidos, así como de Guatemala y los países centroamericanos. De hecho, hasta llegó a publicar un catálogo[199] donde detallaba algunas de las obras que tenía a disposición del público. Allí se exponía que poseían y vendían libros de varias ramas, principalmente Política, Derecho, Economía, Historia, Filosofía y Literatura, así como obras de autores hondureños y centroamericanos. Entre algunos de los libros anunciados, están obras de Rousseau, Montesquieu, las *Catilinarias* de Juan Montalvo, que habían sido impresas un año antes en Guatemala, el *Facundo* de Sarmiento, y de manera significativa, las obras de Augusto Comte en el área de Política y Sociología. De historia, se exponían biografías de Napoleón, así como textos centroamericanos, tales como el *Compendio de Historia de la América Central*, de Agustín Gómez Carrillo; igualmente, se ofrecía el *Compendio de la Historia Social y Política de Honduras*, de Antonio Ramón Vallejo y la tragedia en verso *Francisco Morazán*, del salvadoreño Francisco Díaz. De literatura, se informaba que disponían de autores europeos y americanos, por ejemplo, algunos clásicos españoles como *Don Quijote de La Mancha* de Cervantes, *El sí de las niñas*, de Moratín, *La Celestina* de Rojas, y *Obras jocosas* de Quevedo, y no podían faltar *Las Rimas* de Bécquer. Por supuesto, no podían estar excluidos los románticos franceses, como *Atala* de Chateaubriand, *La mano encantada* de Gérard de Nerval, *La Dama de las Camelias* de Dumas y *Los miserables* de Víctor Hugo, obras que se convirtieron en lecturas obligadas entre el público capitalino de aquel entonces. De América Latina, la obra más emblemática fue *María*, de Jorge Isaac, así como las novelas del guatemalteco José «Pepe» Milla, que, por cierto, fue maestro de Ramón Rosa.

Estas referencias ponen en evidencia que ya para entonces existía un público diferenciado de lectores con intereses y perspectivas diferentes, pero también indica que hay un grupo importante de personas con una nueva sensibilidad literaria que incluye tanto los clásicos como los autores contemporáneos. Asimismo, se aprecia

199. Soto, Santos, *Catálogo de la Librería de Santos Soto*, Tegucigalpa, La Prensa Popular, 1892.

que hay una clara divulgación de libros de temáticas más profanas y seculares, contrario a los libros más bien religiosos que imperaban en los tiempos pretéritos a la Reforma Liberal.

Otro dato interesante es que en vista de la atractiva oferta de libros de la «Librería Santos Soto», esta se convirtió en centro de tertulias literarias, donde acudían los escritores a debatir opiniones sobre el contenido de las obras y a su vez, a intercambiar libros que se prestaban entre sí y enterarse de las novedades literarias. Más tarde, durante las dos primeras décadas del siglo XX, el comercio de libros en Tegucigalpa se amplió con la instalación de otras librerías. Sobre este particular, el escritor Marco Antonio Rosa —de quien nos ocuparemos más adelante—, apuntaba que además de las librerías ya citadas, se abrió la «Hispano-americana» de Froylán Turcios, y varias de esas librerías, apelaban a estrategias comerciales instalando otro tipo de negocios —como venta y reparación de relojes, ropa, calzado, sombreros y corbatas— para atraer clientes:

> De las librerías de aquel entonces se me viene primero a la memoria la de Manuela Vigil, donde Foncho Sevilla tenía instalado su taller para reparar relojes… «La librería Moderna» de Atanasio Valle, en la que desde su inauguración trabajaron los señores Simón H. Hernández, exministro de Guerra, Osorto y Alfonzo Funes (Guaro). En esta librería se vendía además de la indumentaria masculina, sombreros «Stetson», casimires ingleses, finas corbatas italianas, calcetines, etc. Con el devenir del tiempo el señor Hernández se retiró de la Gerencia, siendo substituido por el popular José María Rosa, quien a su vez era activo Agente de la famosa Sastrería «Royal Tailors» de Londres… Años después se instaló «La Hispanoamericana», librería con obras muy bien seleccionadas, cuyo propietario era el poeta Froylán Turcios[200].

200. Rosa, Marco Antonio, *Tegucigalpa, Ciudad de remembranzas*, Tegucigalpa, Imprenta Calderón, 1972, pp. 78-79.

A estas librerías, se agregaron otras más que se abrieron en las décadas del veinte y treinta del siglo pasado, como la librería «La Hondureña», la «Rubén Darío» de Rafael Ramírez Delgado, que empezó su actividad como librero ambulante y con el tiempo logró montar un excelente negocio, distribuyendo las ediciones Cenit de España, incluso, vendía libros de «tendencia heterodoxa». Luego vendrían la librería «Signos» de Ismael Zelaya, la «Ramón Rosa» de Humberto Gaitano, la «Everest», propiedad de una hija del escritor Matías Oviedo, «El Cisne» de Luis Soto, la «González Porto» que distribuía los títulos de la editorial del mismo nombre, la «Molino» de Augusto Villafranca, la «Librería Colón», la «Lempira» y la «Librería Hispanoamérica», del historiador Ernesto Alvarado García[201]. Como se ve, en las tres primeras décadas, Tegucigalpa dispuso de una extensa cantidad de librerías que eran un indicativo del surgimiento de una cierta «cultura libresca» en el país.

En definitiva, a través de la oferta de obras que promocionan las librerías y bibliotecas se manifiesta que en Honduras —al igual que apunta Vega Jiménez para el caso de Costa Rica—, se lee de manera distinta entre diversos grupos sociales y en diferentes épocas. Antes de la Reforma Liberal, los hombres y en menor medida las mujeres leían para salvar su alma; pero a partir del triunfo y consolidación del liberalismo, se lee para educar sus modales y maneras, para reparar máquinas, para cortejar a un ser querido o deseado, para enterarse de los sucesos de actualidad y también por pura diversión[202].

F) El papel de las instituciones culturales, academias, sociedades literarias, las tertulias, veladas, juegos florales literarios, cafés y centros de diversiones en la promoción de la lectura

En sexto lugar, hay que añadir que, junto a las bibliotecas y librerías, hubo otro factor que contribuyó al despegue de las lecturas en

201. Infante, Segisfredo, *El libro en Honduras*… Op. Cit., p. 57.

202. Vega Jiménez, Patricia, *Una aproximación a la historia de la lectura*… Op. Cit., p. 14.

Honduras, nos referimos a la creación de instituciones, organizaciones culturales, científicas y literarias, así como el surgimiento de tertulias, veladas, juegos florales literarios y otros espectáculos artísticos como la música y el teatro.

Indudablemente, desde la Reforma Liberal este tipo de eventos se expandieron de manera extraordinaria en el país. Con relación a la organización de instituciones culturales o científicas, quizá las tres más importantes entre 1876 y 1930 fueron la creación de la Academia Científico-Literaria de la Universidad Central, el Ateneo de Honduras y la Sociedad de Geografía e Historia.

En primer lugar, la Academia Científico-Literaria de Tegucigalpa se fundó en 1888 merced a una iniciativa del Gobierno del Dr. Soto, quien contempló en el Código de Instrucción Pública de 1881 la creación de tal institución. En este sentido, el ministro Rosa adujo que la Academia se organizaba con el fin de «[…] ampliar y difundir los conocimientos y producciones intelectuales que tanto lustre dan a los pueblos cultos…»[203].

De esa forma, el 14 de septiembre de 1888, se inauguró solemnemente la Academia Científico-Literaria prescrita por el Código de Instrucción Pública, nombrando presidente de la misma al Rector de la Universidad, el Dr. Antonio A. Ramírez Fontecha, quien pronunció un discurso en el que recalcó que con tal evento en Honduras «[…] Sonrió por fin la providencia. El espíritu del progreso púsose en acción y la Academia Científico-Literaria de Honduras inaugúrase hoy…»[204]. Asimismo, junto al Dr. Ramírez Fontecha, componían la Academia catorce miembros más, entre los cuales estaban el general Luis Bográn —quien sucedió en la presidencia al Dr. Soto— el Lic. Alberto Uclés, el Lic. Policarpo Bonilla —también futuro presidente del país—, el ingeniero Agustín Constantino Fiallos, don José Antonio López, el Dr. Carlos Ernesto Bernhard, el

203. Véase: Guardiola, Esteban, *Historia de la Universidad de Honduras*, Tegucigalpa, Talleres Tipográficos Nacionales, 1955, p. 91.

204. Ibid., p. 96.

ingeniero Esteban Lazo, el Lic. Rafael Alvarado Manzano, el abogado Crescencio Gómez y el Lic. Presbítero Antonio R. Vallejo[205].

Pronto, la Academia emprendió acciones y gestiones culturales que con el tiempo fueron cruciales en la generación de espacios de lectura, así como en la formación de imaginarios nacionales. Para el caso, empezó a publicar su propia revista que llevaba el mismo nombre: *La Academia*, que fue impresa en papel satinado y cuyo primer número apareció el 15 de septiembre de 1890, aniversario de la Independencia centroamericana. Para la agilización de las actividades de la Academia, el presidente Bográn le otorgó a la revista un presupuesto de cien pesos mensuales, además de que puso a la disposición la Imprenta Nacional para la publicación de los números de la revista.

Del mismo modo, en 1889, el director de la Academia, el Dr. Ramírez Fontecha se dirigió por medio de una misiva a la Real Academia Española de la Lengua, solicitando que en vista de los Estatutos que acompañaba se declarara a la Academia Científico-Literaria de Honduras como correspondiente de la Española; esta última contestó por medio de su secretario, don Gaspar Núñez de Arce, con fecha 23 de mayo de 1890, accediendo a la solicitud y resolviendo «[…] Declarar su correspondiente, para los fines puramente literarios que determina sus Estatutos a la Academia Científico-Literaria, establecida en Tegucigalpa, Honduras»[206].

Es importante señalar que este reconocimiento de la Academia Científico-Literaria de Honduras como socio correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, contribuyó en parte a convertir al idioma «español» en la lengua oficial del Estado, en detrimento de las lenguas indígenas y negras que se hablaban en el país, lo cual colaboró a construir otro imaginario en el proceso de construcción nacional, pues con ello, se ratificaba la intención de «castellanizar» y «homogeneizar» a los indígenas y negros, es

205. Ibid., pp. 96-97.

206. Ibid., p. 97.

decir, integrarlos a la «cultura civilizada» que se intentaba proyectar desde Tegucigalpa, siendo esta ciudad el centro político de la nación. Esto trajo como consecuencia que varios grupos indígenas como los lencas, maya-chortí y otros, fueran gradualmente perdiendo sus lenguas y costumbres.

Efectivamente, fue en esta época reformista que se empezaron a promulgar los primeros decretos que ratificaron expresamente al español como lengua oficial del Estado, específicamente a través de dos decretos de 1881 y 1882. El primero de ellos disponía:

> «[...] que en todos los colegios y escuelas de la República se enseñe el español con sujeción al texto de la Gramática de la Real Academia de la Lengua Castellana, y que todo documento oficial se escriba con arreglo a los preceptos del texto enunciado»[207].

El otro acuerdo, de 1882, ordenaba que «[...] en todos los colegios y escuelas de la República se enseñe español»[208].

Esta intención de castellanizar a la población indígena y negra hondureña era contraproducente para las poblaciones étnicas del país, así como para los habitantes negros y los blancos de origen inglés de las Islas de la Bahía, que habían sido incorporados al país en 1859 con el Tratado Wike-Cruz. Curiosamente, de ese mismo periodo existe una anécdota en la cual el diputado de las Islas de la Bahía, John Dacus Mc Lean, pidió el 6 de septiembre de 1880 en el Congreso Nacional que se le permitiese «[…] durante las sesiones ocupase asiento a su lado un intérprete, que transmitiese sus opiniones a la propia Asamblea por no poder el mismo expresarse en el idioma español con entera corrección»[209], lo cual fue aceptado por la Constituyente.

---

207. La Gaceta, *Acuerdo en el que se manda que en todos los colegios y escuelas se enseñe español*, Tegucigalpa, N.º 140, 24 de diciembre de 1881, p. 1. (HN).

208. La Gaceta, *Acuerdo en el que se manda que en todos los colegios y escuelas se enseñe español*, Tegucigalpa, N.º 162, 31 de mayo de 1882, p. 1. (HN).

209. Véase: Oquelí, Ramón, *Honduras, estampa de la espera: sucesos públicos y vida cotidiana*, Tegucigalpa, Ediciones Subirana, 1997, p. 123.

Lo cierto es que, a partir de la aprobación del español como lengua oficial del Estado de Honduras en 1881, las etnias indígenas y negras del país entraron en un progresivo e irreversible proceso de extinción de sus lenguas originales, del cual se pudieron salvar apenas unos cuantos grupos como los negros garífunas, así como los miskitos, pesh, tawahkas y tolupanes. No obstante, los esfuerzos estatales en imponer al español como lengua nacional en el siglo XX ratificados en la Constitución de 1957, fueron mermando la cantidad de hablantes en estos grupos, a tal grado que algunas de estas lenguas están en peligro de desaparición.

Por último, la imposición del español como lengua oficial por parte del Estado, consiguientemente reforzó en el país las lecturas y producción de libros en idioma español, aspecto que ha sido una constante en la historia hondureña, hasta que en años recientes han empezado a publicarse libros de texto y literatura en lenguas indígenas y negras como el tolupán, tawahka, miskito y garífuna.

En relación con la promoción de lecturas, hay que referir que la Academia forjó espacios de discusión, veladas literarias y culturales, sobre todo, eventos que centraron su actividad en el desarrollo de la lectura. Por lo regular, estos eventos se montaban en el recinto de la Universidad, y ciertamente, a pesar de que en teoría eran actos públicos. Por lo general, la concurrencia estaba compuesta por la alta sociedad capitalina de modo que al principio esa «comunidad letrada» fue en realidad un coto cerrado para las mayorías. Incluso, además de esos «actos públicos», también se formaron espacios culturales y de lectura al interior de la intimidad de los hogares de algunos de esos intelectuales, especialmente alrededor de la casa de Ramón Rosa. La historiadora hondureña Leticia de Oyuela nos relata cómo se desarrollaba toda una «cultura íntima» de recitales poéticos, veladas musicales y discusiones literarias en el hogar del ministro Ramón Rosa, quien, junto a poetas, artistas y funcionarios del gobierno, fundó la institución literaria Sociedad de Amigos del

País[210], a la que asistían puntualmente los hombres y mujeres de la alta sociedad de entonces:

> Esta casa, situada en las cercanías de la Casa de la Moneda… fue la pequeña *courte d' amour* del culto a las ideas liberales, románticas y literarias… [Tenía] un salón que albergaba el piano y la sillería *Thonet*, fabricado con maderas de los bosques checos…En este medio espléndido, el Dr. Ramón Rosa creó la Sociedad de Amigos del País, donde los intelectuales y poetas de la época, comprometidos con el régimen, sostenían amables y ardorosas veladas literarias, debatían no sólo los trasfondos de la política centroamericana, sino que hacían música y leían poemas que incluso, eran llevados hasta la discusión controversial, en la que el mismo Rosa era juez y parte. En esa Sociedad de Amigos del País participó el grupo de extranjeros que formaban parte del equipo gubernamental: José Martí, quien expuso sus ideas pro libertad de Cuba; don Tomás Estrada Palma que era a la sazón Administrador de Correos, conectado más directamente con la sociedad de la época por estar casado con Genoveva Guardiola, una de las sobrinas de la madrina del Dr. Rosa, doña Francisca Guardiola. La bella Raimunda Inestroza —esposa de Adolfo Zúñiga— deleitaba las veladas tocando el arpa, que su esposo había hecho traer de París. Los músicos recién llegados de Norte América, entre ellos el profesor Samuel Stam, conducían ritmos espirituales nuevos…[211]

---

210. La primera Directiva de la «Sociedad de Amigos del País» estuvo integrada así:
Presidente: Dr. Ramón Rosa.
Vicepresidente: Lic. Jerónimo Zelaya.
Secretario 1°: Poeta José Joaquín Palma.
Secretario 2°: Dr. Carlos Alberto Uclés.
Tesorero: Lic. Joaquín Díaz.
Vocales: Lic. Adolfo Zúñiga, don Antonio López y don Adolfo Pierra.
Miembros de número: Don Miguel Zúñiga, don Julio Lozano, don Baltasar Medrano, poeta Jeremías Cisneros y don Esteban Lazo.
Véase: Martínez, José Francisco, *Literatura hondureña y su proceso generacional*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Letras Hondureñas, N° 28, 1ª edición, 1987, p. 24.

211. Oyuela, Leticia de, *Ramón Rosa, plenitudes y desengaños*, Tegucigalpa, Editorial Guay-

De esta manera, es a partir de la Reforma Liberal que las veladas literarias, lecturas, música y representaciones dramáticas en casas particulares se empiezan a poner de moda en la Tegucigalpa finisecular, consolidando a la vez a la «clase letrada» en un círculo ilustrado.



Ilustración 14. En primer plano, la casa de Ramón Rosa, en la Avenida Cervantes de Tegucigalpa, donde se conformó la «Sociedad de Amigos del País» y donde se celebraban las principales veladas literarias de la ciudad. Hoy funciona en ella «El Museo del Hombre Hondureño» (Fotografía de Juan Aguirre)

Más adelante, Oyuela agrega que algunas de las veladas más importantes eran los duelos poéticos entre los bardos románticos de la época, Carlos F. Gutiérrez y Manuel Molina Vigil, ya que en derredor de esos actos líricos se crearon los primeros juegos florales literarios del país, y que, por su natural interés, citamos *in extensis*:

> En ese ambiente descollaban los dos poetas mimados de la sociedad, que empezaba a sensibilizarse ante lo poético… Carlos Gutiérrez y Manuel Molina Vigil eran los poetas rivales. Del salón del Dr. Rosa pasaban a competir, en organizados juegos

muras, Colección Códices de Ciencias Sociales, 1ª edición, 1994, pp. 62-63. El subrayado es nuestro.

> florales, en los amplios salones del Paraninfo Universitario en espléndidos juegos poéticos, «mano a mano», entre aplausos delirantes de una sociedad conmovida y expectante, que se creía dueña y patrocinadora del auge de las letras y del espíritu…. Molina Vigil y Carlos Gutiérrez son —como quien dice— los vates «oficiales» del régimen. Molina Vigil… en su poesía que publica en los libros y revistas de la época… registra el momento donde doña Celestina Mijango, la primera dama, le entrega el premio de la flor natural. La primera dama lo hace en verso, calificándolos de: tersos, vaporosos, fluidos/imitan al resbalar/ese dulce sollozar/que, embriagado, el alma hiere/ de una tórtola que muere/fatigada de arrullar… Sus terribles contradicciones internas se expresan en esa noche «gloriosa» en que, en el baile de la Universidad, gana el mano a mano a don Carlos Gutiérrez, desposando un mes más tarde, a su bella prima Jesús Vigil, que fue «la Reina del Sarao» de esa noche memorable[212].

Como se aprecia, la Academia promovió actos públicos para el desarrollo de la ciencia y la cultura, y a su vez, reunió alrededor de la figura de Ramón Rosa a un íntimo grupo de *«letrados»* conformado en la Sociedad de Amigos del País, los cuales, emulando actitudes de la aristocracia europea del siglo XIX, organizaron veladas privadas en donde se combinaban lecturas, debates, conciertos, juegos florales y otras actividades.

En efecto, desde que la Sociedad de Amigos del País celebrara tal vez los primeros juegos florales literarios en el país a finales del siglo XIX, estos concursos se volvieron algo frecuente en las primeras décadas del siglo XX. De especial relevancia y recordatorio en la sociedad capitalina fueron los Juegos Florales del año 1906, convocados por la Biblioteca Nacional y por el régimen de Manuel

212. Ibid., pp. 64-66.

Bonilla para celebrar el quinto año de gobierno. La convocatoria al concurso se realizó el 1 de marzo de 1906, coincidiendo con la reinauguración de la Biblioteca Nacional, la cual había sido trasladada desde su antiguo local en la universidad a su nueva sede en el callejón del famoso Jockey Club, y al afecto se desarrolló el siguiente programa:

> 1°. Marcha *Inauguración*, por Werner; 2°. Discurso inaugural a cargo del Director de la Biblioteca Nacional, Licenciado Esteban Guardiola; 3° Inauguración, por el Presidente Manuel Bonilla; 4°. Obertura de la ópera *Indra*, por Auber; 5°. Palabras alusivas al acto por don Froylán Turcios, Director del Diario El Tiempo. 6°. Descubrimiento de los bustos de José Cecilio del Valle, José Trinidad Reyes, Álvaro Contreras y Ramón Rosa, el cual fue realizado por el Presidente Bonilla, en medio de sonoros aplausos, oprimiendo un botón que movió un mecanismo especial; 7°. Discurso en honor de Valle por el Dr. Carlos Alberto Uclés; 8°. Discurso en honor de José Trinidad Reyes, por el Dr. Silverio Laínez; 9°. Discurso en honor de Álvaro Contreras por el Dr. Timoteo Miralda; 10°. Discurso en honor de Ramón Rosa, por el Dr. Rómulo E. Durón, y 11°. *Los Guardias de la Reina* por Godfrey, ejecución de la banda. En el programa figuraba también una poesía declamada por el Dr. Valentín Durón…[213].

De igual manera, estos eventos literarios combinaban una serie de actividades artísticas como la música, oratoria, declamación, y hacían coincidir a poetas, periodistas, pintores, escultores, etcétera. Por otra parte, una vez abierto el concurso de los Juegos Florales, se conformó el Jurado, el cual fue integrado por don José Manuel Gutiérrez Zamora, cónsul general de México, gran amigo de las letras

213. Cfr. Cáceres Lara, Víctor, *Astillas de Historia*, Tegucigalpa, Centro Editorial, Ediciones del Banco Atlántida, 1992, p. 263.

y quien se conectó íntimamente con los intelectuales hondureños, así como por Froylán Turcios, Augusto C. Coello —quien fue autor de la letra del Himno Nacional de Honduras—, el Dr. Carlos Alberto Uclés y el Dr. Esteban Guardiola.

Según Cáceres Lara, el «[…] certamen produjo enorme expectación en el ambiente social metropolitano, porque… entonces se estimaba más al hombre de letras que ahora y que la mayoría de los exponentes del pensamiento y la cultura del país tenía buenas posiciones sociales o políticas, ocupando muchos de ellos puestos en el gobierno»[214]. El día 12 de marzo de ese año el jurado emitió el fallo, al que se presentaron quince composiciones de diversa índole y determinó que los premiados serían los siguientes: ***a)*** en la categoría de «Música y canciones», se confirió *Violeta de Oro* por mayoría a la canción «Poeta y aldeano», cuyo autor resultó ser Luis Andrés Zúñiga; ***b)*** en «Serventesios», se confirió por unanimidad el *Jazmín de Plata* a la obra «Al Río Guayape», cuyo autor fue el mismo Luis Andrés Zúñiga y; ***c)*** en la rama de «Cuento», se otorgó el premio *Pluma de Oro* al relato «La campana del reloj», cuyo autor fue don Rómulo E. Durón[215].

Hay que destacar que, por mucho tiempo, el cuento «*La campana del reloj*» fue considerado como el primer cuento en la historia de Honduras, hasta que Helen Umaña demostró lo contrario[216]. Sin

214. Ibid., p. 263.

215. Ibid., p. 264.

216. En efecto, la crítica literaria hondureña consideró durante décadas que el primer cuento que se había escrito en la historia de Honduras era «La campana del reloj», de Rómulo Durón, no obstante, Helen Umaña ha referido en estudios recientes que más bien el «primer cuento» hondureño fue un relato de Carlos F. Gutiérrez, que era un cuento sin título y que apareció en la columna «Variedades» del periódico *La Paz* el 24 de agosto de 1881, y el segundo fue un cuento titulado «Cabañitas», de Marco Aurelio Soto, publicado en el mismo periódico el 17 de septiembre del mismo año. Cfr. Umaña, Helen, *Panorama crítico del cuento hondureño (1881-1999)*, Ciudad de Guatemala, Editorial Letra Negra/Editorial Iberoamericana de Tegucigalpa, Colección Ensayo Centroamericano, N° 1, 1ª edición, 1999, pp. 17-30. De este modo, queda claro entonces que «*La campana del reloj*» no fue el primer cuento hondureño, pero sí el primer relato premiado en un certamen literario. Vale apuntar también que ese cuento de Durón fue publicado poco después en la *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales*, el cual insertamos en los anexos. Cfr. Durón, Rómulo, «La campana del reloj», En: *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales*, Tegucigalpa, Tomo III, N° 13 y 14, 25 de mayo de 1907, pp. 431-435.

embargo, a pesar de no ser el primer cuento hondureño, ese relato de Durón puede ser considerado dentro de las obras fundacionales de la literatura nacional.

Finalmente, hay que referir que, de acuerdo con las crónicas de la época, el acto de entrega de los premios —otorgados en solemne ceremonia el 15 de abril de 1906 en el Salón de Retratos de la Casa Presidencial— fue una gala imponente. En el acto, pronunciaron discursos Carlos Alberto Uclés y Froylán Turcios. Asimismo, Juan Ramón Molina declamó su famosa poesía «Al Río Grande», la cual arrancó frenéticos aplausos. Don Rafael Coello Ramos ejecutó con su «Orquesta Verdi» varias melodías acompañado al piano por las señoritas Carlota Robles, Chabelita Agurcia, Carlota Membreño, Juana Díaz y Adriana Valle. Pero el punto principal fue la «Proclamación de la Reina de los Juegos Florales», que recayó en el ganador de la rama lírica, Luis Andrés Zúñiga. La Reina fue la bella señorita Mercedes Agurcia, y a ella fueron dedicados los siguientes versos:

¿Acaso el Olimpo celebra una fiesta?
¿Por qué suenan cantos y suena una orquesta?

Deidades aguardan que un nombre se anuencia,
que un nombre armonioso el bardo pronuncie.

Las diosas, bañadas de suaves destellos,
aguardan la Reina de hermosos cabellos.

De pronto, tañendo su lira armoniosa
y un himno entonando con voz poderosa,

MERCEDES AGURCIA el bardo proclama;
MERCEDES AGURCIA, la reina se llama[217].

217. Cáceres Lara, Víctor, *Astillas de Historia*… Op. Cit., pp. 266-267.

Víctor Cáceres Lara termina añadiendo en su extensa crónica que esos «Juegos Florales» de 1906 dejaron gratísimos recuerdos en la sociedad tegucigalpense de entonces y luego llegaron de boca en boca hasta las actuales generaciones. En nuestro caso, lo importante es ver que este tipo de eventos promovieron la creación literaria, la difusión musical, la oratoria que, desde luego, fueron espacios de lecturas de los poetas y narradores de aquel entonces.

Por otro lado, la siguiente institución cultural importante que promovió lecturas, concursos y eventos literarios en el país fue el «Ateneo de Honduras», que fue fundado en el año de 1913 en Tegucigalpa por un grupo de intelectuales adheridos a la herencia ideológica reformista[218].

La institución fue presidida inicialmente por el poeta y narrador Froylán Turcios, y en este sentido, Marco Antonio Rosa manifiesta sobre la creación del Ateneo lo siguiente:

ATENEO DE HONDURAS

Ayer, a las 4:30 p.m.; se reunieron algunos de los invitados para formar un Centro Literario. Se procedió a organizar la Directiva Provisional, resultando electos los siguientes caballeros:

Presidente: el poeta Froylán Turcios.
Secretario: escritor Salatiel Rosales.
Secretario: Escritor Alfonso Guillén Zelaya.
Tesorero: Doctor José Jorge Callejas.

Los socios Sologaistóa, Guillén Zelaya y Céleo Dávila, elaborarán el proyecto de Estatutos[219].

218. Sobre la fundación del *Ateneo* de Honduras, puede consultarse: «Ateneo de Honduras», *Estatutos del Ateneo de Honduras*, Tegucigalpa, *Ateneo de Honduras*, 1913, 14 pp. Chapa Bezanilla, María de los Ángeles, *Rafael Heliodoro Valle, humanista de América*, México DF, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2004, pp. 103 y ss. Turcios, Froylán, *Memorias*… Op. Cit., p. 233. Funes, José Antonio, *Froylán Turcios y el Modernismo en Honduras*… Op. Cit., p 88. Durón, Jorge Fidel, «Tegucigalpa en las primeras décadas de nuestro siglo» … Op. Cit., p. 608 y: Rosa, Marco Antonio, *Tegucigalpa, Ciudad de remembranzas*… Op. Cit., pp. 72.

219. Rosa, Marco Antonio, *Tegucigalpa, Ciudad de remembranzas*… Op. Cit., p. 72.

Vale mencionar que varios de estos socios fundadores —como Salatiel Rosales, Alfonso Guillén Zelaya y José Jorge Callejas—, posteriormente tuvieron que salir al exilio rumbo a México debido a las guerras civiles y a la persecución política del régimen dictatorial de Tiburcio Carías Andino (1933-1949).

Además de estos miembros, destacaban como socios en el Ateneo de Honduras otros escritores, artistas e intelectuales renombrados como: Rafael Heliodoro Valle, Luis Andrés Zúñiga, Rómulo E. Durón, Luis Landa, Carlos Zúñiga Figueroa, José Cruz Sologaistóa, Enrique Pinel, Miguel Navarro, José María Cuellar, Félix Salgado, Rafael Coello Ramos, Edmundo Lozano, Gonzalo Sequeiros, Buenaventura Zepeda, Joaquín Bonilla, Esteban Guardiola, Samuel Laínez, Adán Canales y el recordado maestro Pedro Nufio. Probablemente, pocas veces se había aglutinado una pléyade de intelectuales tan brillantes en derredor de una organización cultural en la historia de Honduras[220].

Inmediatamente, el Ateneo empezó a promover actividades culturales como conferencias, certámenes literarios y, sobre todo, lecturas de poesía y narrativa, tanto de autores nacionales como internacionales. Entre estos últimos, participaron dictando charlas y recitales autores como Porfirio Barba Jacob, Rafael Arévalo Martínez, Jorge Volio, Gustavo Alemán Bolaños y otros más.

Igualmente, el Ateneo empezó a conectarse con intelectuales centroamericanos de la época con la finalidad de articular redes culturales en el istmo, de modo que, rápidamente cada uno de los países centroamericanos conformó grupos de socios honorarios o correspondientes del Ateneo de Honduras[221]. Aún más, con

220. Véase: Arita Palomo, Carlos Manuel, *Panorama literario de América: Vida y obra de Froylán Turcios*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Cuadernos, N° 31, 1983, p. 33 y: Chapa Bezanilla, María de los Ángeles, *Rafael Heliodoro Valle, humanista de América*… Op. Cit., p. 106.

221. En efecto, el Ateneo de Honduras logró conformar en cada país centroamericano grupos de socios correspondientes: En Guatemala, los socios eran: Adrián Recinos, Máximo Soto Hall, Francisco Contreras, Carlos Wild Ospina, Rafael Arévalo Martínez, Virgilio Rodríguez Beteta, José Rodrigo Cerna y Eduardo Aguirre. En El Salvador: Francisco Ga-

los años, el mismo Rafael Heliodoro Valle, mientras fungió como Embajador de Honduras en Estados Unidos, logró fundar también el Ateneo Americano, institución a la que pertenecieron distinguidos intelectuales hispanoamericanos, como el Premio Nobel Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Max Henríquez Ureña y Salomón de la Selva entre otros[222].

Otro aspecto relevante que logró impulsar el Ateneo durante estos años fue la reactivación de Juegos Florales Literarios a partir de 1915, los cuales se convocaban en el mes de abril para hacerlos concordar con la llegada de la primavera; ese primer año, el ganador fue Rómulo Durón, quien escribió una biografía de Francisco Antonio Márquez —uno de los héroes de la Independencia, y a la vez, de los primeros personajes que introdujo el liberalismo en Honduras—. El jurado del evento estuvo compuesto por Alberto Membreño, Froylán Turcios y Vicente Mejía Colindres, y la obra, una vez premiada, fue inmediatamente publicada en la Tipografía Nacional[223]. Es interesante observar que esta actividad se volvió una costumbre en la sociedad hondureña de las tres primeras décadas del siglo XX, y los mismos representaban una actividad especial en la vida cultural de Tegucigalpa, ya que la reina de los juegos florales era la encargada de entregar el premio al ganador del concurso, como apunta Jorge Fidel Durón en su artículo sobre la Tegucigalpa de aquellos años, al referir que: «Se procuraba que coincidieran con los juegos florales, otros espectáculos de

vidia, Alberto Masferrer, Arturo Ambrogi, Román Mayorga Rivas, Rubén Rivera, José Dolores Corpeño y Jorge Zepeda. En Nicaragua: Santiago Argüello, Juan Ramón Avilés, Antonio Bermúdez, Ramón Sáenz Morales y Roberto Barrios y en Costa Rica: Roberto Brenes Mesén, Ricardo Fernández Guardia, Joaquín García Monge, Carlos Gagini, Claudio González Rucavado, Alejandro Alvarado, Pablo Baudrit y Justo Facio. Cfr. Arita Palomo, Carlos Manuel: *Panorama literario de América*… Op. Cit., p. 34.

222. Véase: Castillo, Roberto, *Filosofía y pensamiento hondureño*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Docencia, N° 72, 1ª edición, 2000, p. 108.

223. Durón, Rómulo, *Biografía de Francisco Antonio Márquez*, Tegucigalpa, Tipo-Litografía y Fotograbado Nacionales, 1915.

cultura en que se premiaba a las damas con diademas y a los literatos con la flor natural y el laurel místico»[224]. De esta forma, fueron apareciendo los primeros concursos de belleza en la ciudad, ligados en principio a este tipo de eventos literarios.

Paralelamente, a principios del siglo XX, empezó a florecer en Tegucigalpa una gama de centros y espacios donde era posible leer y desarrollar tertulias literarias, por ejemplo en los hoteles, cafés, parques y —de nuevo, como en la época de Ramón Rosa— en casas particulares. Así lo atestigua Jorge Fidel Durón en su artículo ya aludido sobre Tegucigalpa:

> El Hotel Picadilly, seguramente idea de alguno que había estado en Picadilly Circus de Londres… como el Bar Delmónico seguramente a la usanza del famoso hotel niuyorquino [sic], era el *rendezvous* de la sociedad elegante masculina de la época.

Otros sitios que despertaron interés por la realización y combinación de eventos culturales, conciertos y lecturas fueron el Jockey Club y el Hotel Progreso; en este último, por ejemplo, se realizaron en 1905 dos eventos recordados, un agasajo al presidente Manuel Bonilla y el Cincuentenario de la muerte del padre José Trinidad Reyes, que nos dan cuenta de cómo la clase política acudía a los «*letrados*» y a modas europeas para retomar los discursos de la Modernidad. En el primer evento, por ejemplo, el menú de la cena nos provee la inclinación «afrancesada» de los políticos e intelectuales de entonces, modelo que vislumbraban como el arquetipo de la Modernidad. El menú fue el siguiente: *Entremeses*: aceitunas, butifarras, caviar, jamón, mortadela, pepinillos, sardinas… *Plato fuerte*: pavo relleno, *roast beef*, carnero frío…. *Postres*: Macedonia de legumbres, pastelillos diversos, variedades de helados… *Bebidas:* Vino de Jeréz, Geisenheimer,

224. Durón, Jorge Fidel, «Tegucigalpa en las primeras décadas de nuestro siglo» … Op. Cit., 608.

Chateau Beausejour… Champagne Heidseick… Digestivos: Coñac, crema de cacao, menta…[225].

Otro lugar en que se desplegaron lecturas en esos años fue el famoso Café El Buen Gusto, de doña Rosa Bernhard que estaba ubicado enfrente del Parque Central de Tegucigalpa en el edificio llamado por aquel entonces como «Los corredores», donde los hombres, especialmente los políticos y escritores, se reunían para leer y discutir en los periódicos las noticias de acontecer político y cotidiano. Igualmente, Jorge Fidel Durón señala que dicho Parque Central, llamado en ese tiempo «Parque Morazán» se convirtió en un espacio cultural importante en la ciudad, ya que el quiosco o retreta —como le llamaban en la época—, realizaba diferentes actividades como conciertos musicales, declamaciones, lectura de poesía y concursos de oratoria[226].

Efectivamente, Froylán Turcios menciona que desde el año de 1898, en una banca del «Parque Morazán», conocida como «La banca de los viejos», o el «Club del Naranjo», se reunían todas las noches —de las ocho a las diez— un selecto grupo de amigos a charlar sobre temas de literatura, arte, y artículos periodísticos (exceptuando los temas políticos y religiosos); el grupo estaba encabezado por el presidente Policarpo Bonilla, y además participaban en la tertulia los doctores César Bonilla, Alberto Uclés y Federico Uclés; los generales Rafael López Gutiérrez, Máximo B. Rosales y Francisco Altschul; el empresario Daniel Fortín (hijo); el escritor Gonzalo Guardiola y el más joven de la peña: el mismo Froylán Turcios[227].

Finalmente, Jorge Fidel Durón concluye manifestando que, en las casas particulares, «[…] habían tertulias y veladas literarias donde se hablaba del Pauvre Lelian, de Mallarmé y de *Las flores*

225. Cáceres Lara, Víctor, *Astillas de Historia*… Op. Cit., p. 238.

226. Durón, Jorge Fidel, «Tegucigalpa en las primeras décadas de nuestro siglo» … Op. Cit., p. 606. Sobre el desarrollo e historia de la oratoria en Honduras, una fuente importante es: Paz Barnica, Edgardo, *La oratoria en Honduras: desde la Colonia hasta nuestros días*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Letras Hondureñas, N° 37, 2ª edición, 1988.

227. Turcios, Froylán, *Memorias*… Op. Cit., pp. 118 y 406.



Ilustración 15. Parque Central o Morazán, con el quiosco o retreta, y atrás de él, la casa de dos pisos llamada «los corredores», donde funcionaba el «Café el Buen Gusto», y años después, el «Café de París», punto de reunión y lecturas en la Tegucigalpa de inicios del siglo XX. (Archivo del autor)

del mal[228]. De este modo, las veladas en casas de particulares se van convirtiendo en algo frecuente en la Honduras de inicios del siglo XX y se establecen como espacios donde se mezcla música, lectura, discusión de temas diversos y representaciones escénicas —como veladas lírico-dramáticas— son también ambientes para compartir la lectura o escuchar las poesías, memorizadas por los caballeros y las damas, en su mayoría, para el deleite de los asistentes.

En síntesis, en estos cafés, parques, espacios culturales y casas particulares se leen, discuten y analizan los acontecimientos que divulgan los periódicos nacionales y extranjeros, se comenta la literatura de moda e incluso, los escritores de periódicos aprovechan las tertulias como fuentes para alimentar las notas que divulgan al siguiente día en los diarios.

228. Ibid., p. 614.

Por último, hay que mencionar que otra institución que contribuyó al desarrollo de las lecturas y de las publicaciones en Honduras fue la Academia Hondureña de Geografía e Historia (AHGH). La iniciativa para su fundación, el 4 de noviembre de 1926, provino del pedagogo Miguel Morazán, quien durante varios años residió en Guatemala. En ese país observó que había sido organizada una institución cultural —la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, fundada en 1925— dedicada a la investigación y divulgación del saber histórico-geográfico[229].

Morazán, empeñado porque existiera en su patria una institución equivalente, le propuso al director del Archivo y Biblioteca Nacional, Esteban Guardiola tal inquietud, la cual fue entusiasta y decididamente respaldada por este, quien había ya publicado la *Revista del Archivo y Biblioteca Nacional* a partir de 1904. Ambos se percataron plenamente de la necesidad de divulgar al menos una parte de la riqueza documental existente gracias a la paciente labor clasificatoria que desde el siglo XIX había realizado Antonio R. Vallejo. Acompañaron en el acto fundacional de la Sociedad de Geografía e Historia, el botánico Luis Landa, el geógrafo y químico Jesús Aguilar Paz, el ya citado educador Morazán y los historiadores Eduardo Martínez López, Félix Salgado, Pedro Rivas y Salvador Turcios Ramírez, «[...] con el fin de fundar y organizar la Sociedad de Geografía e Historia del país, tomando en cuenta la cooperación ya prestada por los hombres del pasado, cuyo testimonio queda en las obras publicadas, las de ediciones recientes y las inéditas, cuyo conjunto constituye un volumen de trabajo suficiente para formar base de las labores de la entidad que va a formarse»[230].

A la lista anterior, se agregaron posteriormente como académicos de número otros connotados intelectuales nacionales y extranjeros,

229. Véase: Taracena Arriola, Arturo, *Etnicidad, Estado y nación en Guatemala, 1808-1944*, Ciudad de Guatemala, Litografía Nawal Wuj - Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica (CIRMA), Colección ¿Por qué estamos como estamos?, 2002, p. 108.

230. Argueta, Mario, *Aniversario de la Academia de Geografía e Historia*… Op. Cit., p. 99.

como Ernesto Alvarado García, Jesús Núñez Chinchilla y Eliseo Pérez Cadalso, los tres estudiosos de la problemática indigenista hondureña; así como los consagrados historiadores Jorge Fidel Durón, Juan Bautista Valladares, Víctor Cáceres Lara, José Reina Valenzuela, Perfecto Bobadilla y Rafael Jeréz Alvarado. También engrosaron la sociedad Froylán Turcios y el reconocido polígrafo hondureño Rafael Heliodoro Valle. Entre los extranjeros, se incorporaron los salvadoreños Francisco Gavidia y Alberto Masferrer, así como el costarricense Ricardo Fernández Guardia y el italiano Federico Lunardi, entre otros.

Otro de los objetivos de la sociedad estipuló que una de sus obligaciones principales sería la de adquirir la bibliografía nacional escrita desde el siglo XIX por Ramón Rosa, Antonio R. Vallejo, León Alvarado, Alberto Membreño, Carlos F. Alvarado, Jerónimo J. Reina y otros más, y la publicación de obras inéditas de los socios fundadores y la reedición de las ya agotadas, señalando específicamente las siguientes: *Biografía del General Francisco Morazán*, *Geografía de Honduras*, *Historia de Centro América* y *Honduras Geológica y Etnológica*, por Eduardo Martínez López; *Compendio de Historia de Honduras*, *Nociones de Historia de Honduras* y *Geografía e Historia de Centro América*, por Félix Salgado; *Diccionario Histórico, Geográfico y Etimológico de Honduras*, *Geografía Militar de Honduras*, *Historia Político-Militar de Centro América* y *Ruinas de Tenampúa*, por Pedro Rivas; *Biografía del General don Santos Guardiola* e *Historia de la Cultura Nacional*, por Esteban Guardiola; y *Temas Geográficos*, por Luis Landa. La mayoría de estas obras fueron publicadas por la AHGH, lo cual coadyuvó con los años a la formación de una historiografía oficial que se trazó la tarea de producir una obra intelectual en los campos de la historia y la geografía que ayudara a promocionar la versión de una «Historia patria» asociada a las ideologías promovidas por el Estado en lo referente a la difusión de un pasado que glorificaba la idea de una «Honduras mestiza», cuyos héroes eran los líderes criollos que encabezaron las luchas independentistas y los primeros

años de la República como Morazán, Valle, Herrera, Cabañas y otros más.

En efecto, la mayoría de estos historiadores publicaron ensayos y otras obras de carácter histórico en las que plasmaron episodios que ensalzaban la historia colonial y las gestas independentistas, relegando el glorioso pasado indígena de los mayas, y desde luego, ocultando la participación de los negros en los procesos históricos del país. Esta historiografía naturalmente contribuyó a divulgar la idea de que la historia nacional había sido protagonizada solamente por héroes criollos o mestizos, minimizando la contribución de las etnias en la historia hondureña. De todas maneras, lo importante es que la Academia Hondureña de Geografía e Historia se convirtió en espacio de reflexión, docencia, tertulias, debates, conferencias y lecturas, sobre todo, promovió y extendió los estudios históricos y geográficos en el país, dotando de materiales y obras que sirvieron para configurar otros imaginarios nacionales como la reconstrucción de la «Historia patria» y la elaboración del «Mapa Oficial» de Honduras. Desde luego, uno de los socios de la Academia contribuyó a moldear otra «representación» de la nación en Honduras, a través de la elaboración y publicación del primer «Mapa oficial de la República de Honduras»[231], confeccionado por el Dr. Jesús Aguilar Paz[232], uno de los diputados promotores de que la moneda nacional

231. El «Mapa General de la República de Honduras», fue aprobado oficialmente por el gobierno mediante el Acuerdo N.º 689 del 23 de enero de 1930, y fue publicado a escala 1:500.000 en 1933, en el gobierno del General Carías Andino. Cfr. Rubio Melhado, Adolfo, *Geografía General de la República de Honduras*, Tegucigalpa, Imprenta Calderón, 1ª edición, 1953, p. 258. Una de las versiones cartográficas más difundidas del mapa es: *Mapa de Honduras*, Roma, Istituto Poligráfico e Zecca dello Stato, 1964, Escala 1:500,000.

232. Jesús Aguilar Paz (1895-1974), nació en Gualala, departamento de Santa Bárbara y murió en Tegucigalpa. Además de ser el autor del «Mapa General de la República de Honduras», también levantó los croquis de los municipios de la república. Igualmente es autor de varios libros sobre tradiciones y leyendas, así como investigaciones científicas y educativas, por ejemplo: «Tradiciones y leyendas del país», publicado en Tegucigalpa en 1931, «Flora tradicional», editado en San Salvador en 1938 y «Toponimias y regionalismos indígenas de Honduras», impreso en Tegucigalpa en 1970 entre otros. Véase más información en: Morris, Andrés, «Un mapa de artesanía», En: *Revista Extra*, Tegucigalpa, N.º 55, febrero de 1970, pp. 23-24.

se denominara como «Lempira». Este incidente es interesante si consideramos que el Dr. Aguilar Paz llevó a cabo su trabajo por cuenta propia, sin el soporte económico o logístico del Estado, pues como él mismo señaló muchas veces, lo hizo en aras de «glorificar y servir a la patria».

Aguilar Paz comenzó su empresa quijotesca en 1915, cuando fue nombrado profesor en la ciudad de La Esperanza, al occidente del país. Con la ayuda de un podómetro, un altímetro y una brújula, apoyado en los mapas que ya habían elaborado antes Constantino Fiallos y el ingeniero Mayes, empezó a recorrer la casi totalidad del territorio hondureño, ocupación que le llevó dieciocho largos años hasta que, en 1933, por fin se publicó su tan ansiado mapa. Antes de esa fecha, el país solamente disponía de mapas y cartas geográficas elaboradas casi en su totalidad por extranjeros, muchas de ellas inexactas o de escaso valor cartográfico, pero con el trabajo de Aguilar Paz, la nación por fin podía disponer de su «mapa oficial», el cual comenzó a ser reproducido con profusión en las décadas siguientes para ser colocado en todas las escuelas del país y con ello, alimentar el fervor nacionalista en los niños y niñas hondureñas[233].

El mapa de Aguilar Paz contribuyó también a que el país fuera tomando conciencia de la importancia de consolidar la posesión territorial en aquellos espacios fronterizos que permanecían en disputa con los vecinos Guatemala, El Salvador y Nicaragua, lo que hizo tomar comprensión de la necesidad de asegurar una división política que garantizara la presencia soberana en la mayor parte del territorio nacional; ciertamente, esta fue una tarea que pese al esfuerzo llevado a cabo desde los años 30, no se pudo concretar dadas las innumerables zonas inhóspitas y despobladas del territorio hondureño. De todas formas, el mapa de Aguilar Paz aportó al país otra «imagen nacional» dentro del proceso de configuración territorial iniciado desde la independencia y proseguido por la Reforma Liberal.

233. Ibid., p. 23.

En suma, el mapa, como sugiere Benedict Anderson, se convirtió en un «logotipo» del imaginario nacional, el cual podría desde entonces colocarse en carteles, sellos oficiales, marbetes, cubiertas de revistas y libros de texto, manteles y paredes de hoteles. De ese modo, el mapa-logotipo, al instante reconocido y visible por doquier, penetró profundamente en la imaginación popular, formando un poderoso emblema de la nación[234].

En síntesis, podemos concluir que en el periodo comprendido entre 1876-1930, los libros y las lecturas se incrementaron notablemente en Honduras en comparación al Período Colonial y a la primera etapa republicana. La práctica de la lectura pasó paulatinamente de la de carácter religioso y devoto, a la lectura de temas cada vez más profanos, científicos, literarios y seculares. Gran parte de este despliegue de los libros y lecturas se debió al papel e influencia de la Reforma Liberal de 1876 conducida por Marco Aurelio Soto y Ramón Rosa, la cual promovió una serie de factores, como ser la transformación educativa, que dio lugar a la reorganización de la «Universidad Central» bajo el modelo positivista; la conformación de una «clase letrada», que aglutinó a una serie de intelectuales nacionales y extranjeros como el mismo Ramón Rosa, Adolfo Zúniga, Carlos Alberto Uclés, Rafael Alvarado Manzano, Antonio Ramón Vallejo, Antonio Ramírez Fontecha, José Martí, José Joaquín Palma, Tomás Estrada Palma, y más tarde seguidos por varios discípulos como Rómulo Durón, Esteban Guardiola, Manuel Molina Vigil, Carlos F. Gutiérrez, Lucila Gamero, Juan Ramón Molina y Froylán Turcios entre otros; la difusión de

234. Anderson expone que, desde la dominación colonial, los Estados imperiales colorearon sus colonias en los mapas con un teñido especial. Por ejemplo, en los mapas imperiales de Londres, las colonias británicas aparecían en rojo y rosa, las francesas, en púrpura y azul, las holandesas entre amarillo y marrón, etcétera. Teñidos de esta forma, cada colonia parecía ser una pieza separable de un rompecabezas. Una vez desatados los procesos de descolonización, los nuevos Estados-nación independientes recurrieron a esta vieja práctica de colorear sus mapas con las nuevas divisiones político-administrativas, lo cual reflejaba una «imagen logotípica» de la nación. Cfr. Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*... Op. cit., p. 244.

medios impresos como libros, periódicos y revistas que fueron en sí los materiales de lectura predilectos de los hondureños, y que en algunos casos como el de la *Revista Esfinge* de Froylán Turcios llegó a estar considerada como una de las *mejores de Hispanoamérica*; la fundación de bibliotecas y archivos nacionales, que constituyeron lugares de creación intelectual y de promoción de las lecturas. La creación de espacios para nuevos lectores en casas particulares y librerías, el fomento de instituciones, organizaciones y actividades culturales como: academias, tertulias, juegos florales literarios, veladas, bandas musicales, teatro, etcétera. Todo esto permitió que, en definitiva, a través de las lecturas, fueran penetrando en Honduras no solamente nuevas ideologías y corrientes culturales y literarias, sino también modas, diversiones; en concreto que fue introduciendo a la Modernidad. Además, lo anterior impulsó aceleradamente las lecturas en la sociedad hondureña de la época, no obstante, hay que puntualizar que todavía para este tiempo, la práctica de la lectura era más común en dicha «clase letrada», así como en las clases acomodadas de la ciudad de Tegucigalpa, aunque ya ciertamente las clases medias y bajas comenzaban incipientemente a retomar en su vida cotidiana la rutina de la lectura, ya sea para instruirse, informarse o simplemente como diversión.

CAPÍTULO IV

Mujeres de Letras: Educadoras y Escritoras en la Historia de la Lectura en Honduras

1) Francisca Reyes de Palacio: pionera de la educación de la mujer en Tegucigalpa



Ilustración 16. El retrato más conocido de la profesora Francisca Reyes de Palacio de finales del siglo XIX. (FUENTE: Inestroza, Jesús Evelio, La escuela hondureña en el siglo XIX, Tegucigalpa, Fondo Editorial de la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán (UPNFM), Colección Textos, 1ª edición, 2003)

A) Algunos datos biográficos de la profesora María Francisca Reyes de Palacio

La profesora **María Francisca Reyes de Palacio** es un personaje que debería tener múltiples estatuas en Tegucigalpa y en todo el país. Es una pionera de la educación femenina en la ciudad capital de Tegucigalpa. Fue nombrada directora de la primera escuela oficial de niñas que hubo en Tegucigalpa a finales del siglo XIX, pero incluso desde antes que asumiera ese puesto de manera oficial, ella ya había impartido clases particulares en su casa a muchísimas niñas que no podían acudir a un plantel escolar porque la ciudad solamente disponía de escuelas para niños varones.

María Francisca nació en Tegucigalpa el 24 de septiembre de 1824 y falleció a los 82 años el 17 de abril de 1906. Sus padres fueron José Domingo Reyes y doña Tomasa de Reyes; durante varias décadas algunos escritores afirmaron que Francisca Reyes era hermana del legendario padre José Trinidad Reyes, «el Padre Trino», pero en realidad, como afirma el historiador Jesús de las Hera, era más bien sobrina. De hecho, durante muchos años, circuló el rumor que cuando se hizo la primera estatua del padre Trino —como casi no existían fotografías en la época— Francisca había servido de modelo para esculpir el rostro del Padre Reyes. Sobre estos aspectos, el historiador de las Heras[235] comenta lo siguiente:

> Profundamente anclado dentro del imaginario nacional durante casi un siglo, todas y todos hemos crecido reconociendo el retrato del padre José Trinidad Reyes Sevilla como único referente fenotípico de su persona. Se narra que, al no existir fotografías del primer rector de la universidad, se tomó como modelo (con el fin de realizar un retrato que permitiera inmortalizar al personaje) a una hermana por el notable parecido. Este relato que se encuentra citado ocasionalmente

235. Véase: De las Heras, Jesús, «Aportes de Francisca Reyes y José Trinidad Reyes a la educación del siglo XIX en Honduras», en: *REVISTA DE LA UNIVERSIDAD*, Tegucigalpa, Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), Vol. 1, 2022, pp.

> por diversos autores en las páginas de la historia nacional de Honduras, contribuyó a cimentar la idea de que Francisca Reyes era seguramente hermana del padre Reyes…[236]

Más adelante, Jesús de las Heras aclara que doña Francisca Reyes no era hermana, sino sobrina del padre Reyes —hija de José Domingo Reyes Sevilla y su esposa Tomasa Palacio de Reyes—. Los hermanos del padre Reyes, además de José Domingo fueron: María Antonia, Gabriel, Juan José Francisco, Mariana y Jacobo, todos apellidados Reyes Sevilla.

En general, el parentesco de Francisca Reyes dentro de la familia del padre José Trinidad Reyes le valió por tanto una empírica, pero sólida formación pedagógica y literaria, ya que la familia destacó por dedicarse a la educación, a la cultura y a la música. Fue así que al llegar la Reforma Liberal de 1876 de la mano de Marco Aurelio Soto y Ramón Rosa —y se abrieran por lo tanto las posibilidades de reformas educativas—, la ya por entonces doña Francisca Reyes de Palacio fue quizá la mejor preparada para acometer la dirección de la educación femenina en la nueva capital: Tegucigalpa, «la ciudad de las canteras».

B) La labor educativa de la profesora Francisca Reyes de Palacio en la primera escuela de niñas de Tegucigalpa

Antes de la escuela de la profesora Francisca Reyes no hubo escuelas oficiales para niñas en la ciudad de Tegucigalpa; sí existieron algunas iniciativas esporádicas de escuelas regentadas por algunas preceptoras que recibieron algunas subvenciones oficiales del Estado o de la Municipalidad, pero en la mayoría de los casos, las crisis políticas y económicas que atravesaba el país provocaron el cierre o clausura de esos centros educativos.

Por ejemplo uno de esos casos fue la apertura en Tegucigalpa en 1862 de la fundación del llamado Colegio Nacional de Niñas, un

236. Ibid., p. 156.

centro educativo que fue abierto por la preceptora francesa Esther Saint Laurent —esposa de Alejandro Saint Laurent— el centro escolar fue abierto gracias a gestiones impulsadas por el cónsul francés en Honduras y por iniciativas del señor obispo de Honduras. El 1 de octubre de ese año, la profesora Esther obtuvo el nombramiento y acto seguido el Gobierno —presidido por Victoriano Castellanos— acordó pagar la cantidad de 24 pesos mensuales por la enseñanza a seis niñas pobres de la ciudad. Entre las niñas seleccionadas para estudiar estaban Salvadora Estrada y Trinidad Rodríguez[237].

Por lo que conocemos, este sería el caso de la primera escuela de niñas abierta en la ciudad de Tegucigalpa, pero su existencia fue muy efímera —fue clausurada al año siguiente en 1863 por falta de fondos—; de modo que se tuvo que esperar hasta la llegada de la Reforma Liberal para contar con una escuela permanente para niñas en la ciudad de Tegucigalpa.

Efectivamente, como ya señalamos al principio de este texto, fue en el Gobierno reformista de Marco Aurelio Soto que se fundó la primera escuela permanente en la historia de la ciudad, la llamada «Escuela Elemental de Niñas El Progreso», que surgió en la ciudad de Tegucigalpa con el fin de fortalecer la educación nacional junto con otras 357 escuelas construidas en el primer año de gobierno de la Reforma Liberal con la administración de los doctores Soto y Rosa.

El 13 de noviembre de 1877 se efectuó el Acuerdo de creación de la Escuela de Enseñanza Elemental para Niñas, sostenida por el gobierno reformista de Soto, en la cual se nombró a la profesora Francisca Reyes de Palacio como su primera directora. Por esa razón, con el tiempo la escuela perdió el apelativo del nombre «El Progreso», y en su lugar se le denominó simplemente como Escuela Francisca Reyes, la cual aún funciona en el Barrio El Jazmín de Tegucigalpa, siendo por tanto la escuela de niñas más antigua de Honduras, contando ya con 146 años de historia.

237. Inestroza, Evelio, *La escuela hondureña*… Op. Cit., p. 209.



Extraordinaria ilustración 17. Fotografía, donde se aprecia a un grupo de niñas de la «Escuela Francisca Reyes», desfilando frente a la Antigua Casa Presidencial y el Puente Mallol en la fiesta cívica del 12 de octubre de 1921, llamada en aquel tiempo «FIESTA DE LA RAZA» (Fuente: «Colección fotográfica de Jorge Amaya»)

El Acuerdo de creación de la escuela establecía en sus principales considerandos lo siguiente:

> ACUERDO: Tegucigalpa, 13 de noviembre de 1877.
>
> CONSIDERANDO: Que en esta ciudad no hay establecimiento de enseñanza elemental para niñas, cuya deficiencia mucho desdice de los adelantamientos que en otras materias se notan en esta culta sociedad; y el propósito de llenar siquiera una pequeña parte del vacío que hay con respecto a la educación del sexo femenino, por tanto el presidente ACUERDA:
>
> ARTÍCULO N° 1°: Se crea un colegio elemental para niñas, cuyo establecimiento será directamente sostenido por el gobierno.

ARTÍCULO 2°: El gobierno destina, por ahora, la suma de seiscientos pesos anuales que, por mensualidades de cincuenta pesos, satisfará la intendencia de este departamento para el pago de la casa del colegio y de la maestra directora del establecimiento[238].

Asimismo, se estableció el nombramiento de Francisca Reyes por el presidente Marco Aurelio Soto, a través de su ministro Ramón Rosa, mediante un acuerdo que señalaba lo siguiente: «Acuerda: Nombrarla maestra Directora [a la profesora Francisca Reyes de *Palacio]* del Colegio de Enseñanza Elemental para Niñas, cuyo establecimiento se previene en acuerdo de esta fecha»[239].

El crecimiento de los planteles educativos durante la primera parte del proceso de la Reforma Liberal (de 1876 a 1880) fue verdaderamente exponencial, como no se había visto en la historia nacional, pasando de 274 escuelas de niños en 1877, a 337 en 1880; mientras que en el caso de escuelas de niñas, se pasó de 21 en 1877 a 120 en 1880 en todo el país, tal como puede verse en la siguiente tabla:

TABLA 4
EVOLUCIÓN DEL NÚMERO DE ESCUELAS DE NIÑOS Y DE NIÑAS ENTRE 1877 Y 1880 EN HONDURAS

Año	Escuela de Niños	Alumnos	Población Masculina	Escuela de Niñas	Alumnas	Población femenina
1877	274	9123	92%	21	812	8%
1878	309	10978	84%	55	2098	16%
1789	316	10039	81%	55	2426	19%
1880	377	13017	77%	120	3896	23%

Fuente: Reina Valenzuela, José y Argueta, Mario, *Marco Aurelio Soto, Reforma Liberal de 1876* Tegucigalpa, Banco Central de Honduras (BCH), 1978.

238. Véase: *Gaceta de Honduras*, Tegucigalpa, N°, Serie 3, diciembre 12 de 1877. (ANH).

239. Véase: Rosa, Ramón, *Acuerdo de Nombramiento de la primera Directora del Colegio de Enseñanza elemental para Niñas*, Tegucigalpa, 13 de noviembre de 1877. (ANH).

Asimismo, se ve el crecimiento vertiginoso de la población estudiantil femenina en este mismo periodo de 1877 a 1880: pasó de apenas un 8% en 1877 a representar un 23% en 1880. Evidentemente la diferencia es abismal entre la matrícula masculina y femenina, pero considerando las desigualdades prevalecientes en la etapa histórica anterior a la Reforma, es significativo el apoyo otorgado por el Gobierno de Soto a la educación de las niñas.

Pero no solamente creció intensamente la matrícula de niñas en el sistema educativo hondureño de esa época, tanto en el nivel primario (llamado en aquel tiempo «educación elemental»), sino también en el secundario, cuando se empezaron a fundar las primeras «Escuelas Normales», que también en el campo docente, los reformadores y la clase política de la época promovieron enormemente la inclusión de mujeres en la profesión docente, especialmente en la educación elemental o primaria. De esa manera, desde finales del siglo XIX, pero especialmente en casi toda la primera mitad del siglo XX, la docencia se convirtió en una profesión casi dominantemente femenina, y desde entonces, fueron emergiendo en el universo académico y escolar una pléyade de mujeres maestras que se merecen historiar, empezando por la misma Francisca Reyes, y ulteriormente otras profesoras históricas como María Guadalupe Reyes de Carías, Visitación Padilla, María Trinidad del Cid, Graciela Bográn y tantas otras luminosas docentes que merecen formar parte de la historia educativa y cultural del país.

La evolución del crecimiento porcentual de las mujeres profesoras entre finales del siglo XIX y comienzos del XX fue sostenida y abrumadora; así por ejemplo, en 1889 las mujeres docentes representaban el 35% de los maestros de Honduras, pero ya para la década del veinte, exactamente en 1929, representaban el 58%, es decir, eran la mayoría del personal docente del país en el sector de educación primaria, y esa tendencia prácticamente se ha mantenido hasta la actualidad. De esta manera queda claro que la docencia fue el sector por medio del cual las mujeres fueron

adquiriendo mayor inclusión laboral en la historia moderna del país.

Efectivamente, tras la Reforma Liberal de 1876, en Honduras las mujeres comenzaron a ejercer el magisterio de forma activa. El discurso reformista buscó su continuidad en el poder fingiendo el deseo de reivindicar la posición de la mujer dentro de la sociedad. El Estado delegó la educación elemental en las mujeres argumentando sus reconocidas dotes maternales y habilidad natural para la formación de los niños.

Por medio de la profesión docente, muchas profesoras y escritoras hondureñas del siglo XIX crearon un ambiente intelectual en los salones de clases y en las actividades extracurriculares, donde poesía, arte y cultura fueron los ingredientes principales que fueron formando sobre todo a la «primera generación literaria» del país, de la cual salieron egregios intelectuales como Lucila Gamero, Juan Ramón Molina, Froylán Turcios y Rafael Heliodoro Valle entre otros. Ellas desempeñaron una gran labor con relación a la instrucción escolar educativa, al fomento y apreciación de la palabra escrita.

La historiadora hondureña Gabriela Eunice Ardón nos señala sobre este tema lo siguiente:

> La educación normal en Honduras en el periodo liberal tuvo como principal finalidad instruir a la mujer-madre y convertirla en una eficaz moldeadora de ciudadanos aún sin contar con derechos políticos y civiles. Esta visión sobre la educación de la mujer estaba en el pensamiento de los reformadores, quienes pensaban la educación de la mujer de importancia sin perder de vista su función de madre…[240]

240. Véase: Ardón Jiménez, Gabriela Eunice, «La publicación de revistas culturales de mujeres en Honduras (1932-1948)», en: *CUADERNOS DE HISTORIA DE HONDURAS*, Tegucigalpa, Vol. 1, N° 1, enero-diciembre de 2021, pp. 58-69.

El mismo ministro de Instrucción, Ramón Rosa señalaba sobre este tema en 1879 lo siguiente:

> Para el gobierno la educación de la mujer es de la más grande trascendencia social, y lo anima el propósito de hacer que los establecimientos de enseñanza para el bello sexo, sean tan numerosos y bien sistematizados como los que corresponden a la enseñanza de los jóvenes. La mujer es la maestra del hogar, y el Estado debe proporcionarle medios para que cumpla dignamente su santa y elevada misión[241].

La historiadora Ana María Goetschel argumenta que en este periodo de la era liberal la incorporación de la mujer en el modelo educativo se llevó a cabo con una doble estrategia: por un lado se dio una «incorporación controlada» y de «inclusión subordinada», pero en todo caso ello permitió a un mayor número de mujeres participar en el espacio público y la cultura impresa en los países latinoamericanos.

Retornando a las labores de la Escuela Elemental de Niñas El Progreso y la obra educativa de la profesora Francisca Reyes, es relevante compartir algunos recuerdos y crónicas que anotaron varias alumnas egresadas de ese centro escolar y que a la postre también fueron mentoras o mujeres destacadas de la cultura hondureña. Uno de esos recuerdos lo evoca por ejemplo la profesora María Trinidad del Cid, sufragista y gran luchadora de los derechos femeninos de Honduras en la primera mitad del siglo XX. María Trinidad reseña así sus recuerdos de esa histórica escuela:

> Fundó por aquel tiempo [Ramón Rosa] el primer plantel femenino de esta capital, el primero en los de su clase porque era colegio para el pueblo: a él acudieron presurosas las hijas de todas las clases sociales: allí se confundía la hija del padre

241. Cfr. Villars, Rina, *Para la casa más que para el mundo: sufragismo y feminismo en la historia de Honduras*, Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, 2001, p.116.

acaudalado, la del orgulloso patricio, con la del pobre y el plebeyo…

Recuerdo una escena para mí grande y sublime a pesar de encontrarme en una edad tan tierna para comprender el significado de las cosas… Tratábase de la apertura del colegio de niñas «El Progreso» que, como antes he dicho, fue tan importante al país. Toda la juventud visitó sus aulas, todas las señoritas y señoras que con más o menos ventajas se distinguen hoy y que se dedican a la enseñanza, deben sus conocimientos a aquel centro de educación y a las bondades de sus generosas y honorables directoras, pues si bien es verdad que hubo después otros colegios que llevaron el nombre de institutos, ninguno dejó los adelantos de «EL PROGRESO», que marcó a la mujer hondureña una nueva vida…[242]

Mientras tanto, otra destacada intelectual de la época que también pasó por las aulas de la escuela de la profesora Francisca Reyes, nos referimos a Guadalupe Ferrari de Härtling, también plasmó varios recuerdos y evocaciones de su paso por dicha escuela:

La Niña «Chica» más que profesora era una gran organizadora. Los trabajos de mano estaban a cargo de ella. En el cuarto de clase solo había un mapa, una pizarra grande, unas bancas para las niñas y una silla para el profesor.

[La escuela] tenía un ancho corredor a la calle y así evitaba que el sol de la tarde le diera al frente. En medio de dos cuartos amplios un hermoso salón, como de diez varas de largo por seis de ancho. Allí se reunían las niñas fuera del corredor al interior. Un amplio patio y varias piezas interiores. Al lado norte del salón un cómodo cuarto para las clases de las profesoras. El cuarto al lado sur era el dormitorio de la Niña Chica… Nadie

242. Cfr. Del Cid, María Trinidad, *La vida ejemplar de María Guadalupe Reyes de Carías*, Tegucigalpa, Talleres Tipo-litográficos Ariston, 1944, pp. 53-54.

> le decía Francisca, solo Niña Chica. Era alta, esbelta, sonrosada, boca un poco ancha, labios carnosos, ojos despiertos de reveladora inquietud, sedosas cejas y pestañas tupidas[243].

La interesante alusión con que se refiere Guadalupe Ferrari de Härtling con respecto a la profesora Francisca Reyes (al mencionarla con el apelativo de «Niña Chica»), se debe a que en aquella época, en Honduras se les decía «Niñas» a las mujeres que nunca se casaron o no tuvieron hijos.

Por otro lado, Guadalupe Ferrari de Härtling añade que en sus años de estudio las estudiantes predilectas de la profesora Francisca Reyes fueron las siguientes:

> …cuando estuvo el colegio, fueron las predilectas de ella Carlota Ferrari, Jesús Hernández, María Galindo, Anacleta Núñez, Ernestina Galindo, que era de las más chicas, Teresa Córdova, Josefa Pinel, Adela y Lastenia Barrientos, Enriqueta Galindo, Rosalía Brito, Asunción Duque, Mercedes Turcios, Reina Manuela Raudales, Lupe Ferrari, Lupe Reyes [La futura profesora Guadalupe Reyes de Carías, María y Rosalía Torres, Fausta Ferrera, Arcadia Irías, Lupe Valeriano y otras… [244]

Lo interesante de la cita anterior, es que vemos que la labor pedagógica de la profesora Francisca Reyes sembró importantes frutos que cosecharon propiamente en el universo cultural de la ciudad capital, pues varias de sus pupilas fueron relevantes protagonistas intelectuales del país, pues Guadalupe Ferrari de Härtling se convirtió a la postre en una brillante ensayista y quizás en la mejor música y compositora de la capital; mientras Guadalupe Reyes de Carías y Fausta Ferrera brillaron en la docencia y en la

243. Ferrari de Härtling, Guadalupe, *Recuerdos de mi vieja Tegucigalpa*, Imprenta La Libertad, 1953, pp. 86-88.

244. Ibid.., p. 89.

poesía. ¡Qué mejor anhelo para un docente que pulir y formar a profesionales exitosos en sus carreras!

En suma, creemos que ha sido importante historiar brevemente la labor educativa de la profesora Francisca Reyes de Palacio. En principio, hay que rescatar que ella fue posiblemente la pionera de la primera escuela de niñas permanente que se fundó en la capital: la Escuela Elemental de Niñas El Progreso (hoy conocida como Centro de Educación Básica Francisca Reyes); en segundo lugar, su contratación y nombramiento por parte del Estado en 1877 marcó el inicio de la incorporación paulatina de mujeres a la carrera docente, la cual hacia la década del veinte del siglo XX era mayoritaria en todo el país, allanando el camino hacia la incorporación laboral de las mujeres en Honduras. Finalmente, Francisca Reyes de alguna manera sirvió de inspiración e impulso a otras mujeres que fueron sus alumnas y que se propusieron entrar de lleno al trabajo intelectual, cultural y artístico, el cual antes había estado vedado para las mujeres: así, ulteriormente muchas relevantes y valientes mujeres siguieron sus pasos: Guadalupe Reyes de Carías, Fausta Ferrera, Visitación Padilla, María Trinidad del Cid, y muchas, muchas más que con su labor coadyuvaron a las luchas por los derechos y la igualdad en Honduras.

2. María Durand de Caraccioli, pionera de la educación en San Pedro Sula



Ilustración 18. Retrato de la profesora María Durand de Caraccioli (de origen francés), fundadora de la primera escuela moderna de San Pedro Sula en 1876. Ella arribó a San Pedro Sula desde su natal Francia en 1863, junto a sus padres y hermanas con mucho esfuerzo y dedicación, logró impulsar la primera institución educativa en la ciudad de los zorzales. (Fuente: *Diario Tiempo*» 29 de junio de 1972)

Cada comunidad, sea desde una aldea, un pueblo, una ciudad o una nación debe gran parte de su desarrollo al fomento de escuelas o centros educativos, pero fundamentalmente, al talento que hay dentro de esos centros: los profesores.

Poco se ha estudiado la historia de la educación en Honduras. Son valiosos los esfuerzos que han hecho colegas como Evelio Inestroza, Óscar Zelaya y Mario Membreño, entre otros. Pero aún falta escribir

una historia general de la educación hondureña, para valorar el aporte de grandes educadores que ha dado la nación, como los legendarios Esteban Guardiola, Pedro Nufio (chapín-catracho), Luis Landa, Vicente Cáceres, Guadalupe Reyes y tantos otros varones y mujeres que merecen nuestro aprecio y reconocimiento.

Es necesario rastrear también el aporte educativo de muchas mujeres en la educación y cultura hondureña, como la contribución de algunas de las primeras mujeres escritoras del siglo XIX como la poeta Josefa Carrasco y doña Teresa Morejón de Bográn; o bien de algunas de las pioneras de la docencia como la profesora Concha Maldonado (guatemalteca), una de las fundadoras de la antigua Escuela Normal Superior de Señoritas en 1902; la señorita Antonia Jerez Dávila, directora de la misma escuela o de la profesora María Luisa Herradora, quien fue la primera mujer que incursionó en la Academia Hondureña de Geografía e Historia (AHGH), o de otras artistas como doña Lidia Handal, o las incansables promotoras de la cultura Visitación Padilla y doña Graciela Bográn.

Este pequeño apartado lo queremos dedicar a un personaje gigante pero muy desconocido en San Pedro Sula y por ende en el resto de Honduras: la profesora María Durand de Caraccioli, la pionera de la educación en San Pedro Sula.

María Durand, nacida en Francia, llegó a San Pedro Sula junto con sus padres y sus dos hermanas en 1863. En ese tiempo, el Gobierno de José María Medina emprendía las labores de construcción del Ferrocarril Nacional, cuyo tramo inicial comprendía desde Puerto Cortés a San Pedro Sula. El Gobierno envió comisiones a Europa para contratar técnicos para el trabajo de instalación del ferrocarril. Entre los técnicos contratados figuraba el señor José Durand, quien se embarcó con su familia desde su natal Francia con su esposa María Durand y sus tres hijas: Gennie, Ana y María Durand, quienes se instalaron en San Pedro Sula.

Gennie, la hija mayor no resistió las inclemencias del clima tropical de la costa norte, y pronto fue presa de una mortal enfermedad que

la llevó a la tumba. Mientras tanto, Ana Durand —la hija mediana—, se unió en matrimonio con el caballero alemán Jorge Bärh, de donde descienden todos los miembros de esa familia teutona en Honduras.

María, la hija menor de la familia Durand, contaba a su arribo a Honduras con la edad de dieciséis años. Tanto ella como sus padres deseaban fomentar sus estudios profesionales, así que, en primer lugar, la trasladaron a la ciudad de Comayagua —que por entonces era la capital del Estado de Honduras—, para que recibiera clases privadas, hospedándose en la mansión de la famosa dama francesa doña Victorine Berlioz. A los pocos meses, la trasladaron a Tegucigalpa, ingresándola en un Centro de Segunda Enseñanza privado que dirigía una competente maestra francesa de apellido Saint Laurent.

En ese centro educativo María Durand convivió con otras jovencitas pertenecientes a antiguas familias de Tegucigalpa, como varias muchachas de las familias Xatruch, Guardiola, Ferrari, Midence y otras más.

Al poco tiempo, la profesora Saint Laurent recibió una oferta para trabajar en un colegio de Estados Unidos, pero no quiso separarse de María Durand —su discípula predilecta— y solicitó permiso a sus padres para llevarla a Estados Unidos para que continuara estudiando. Allá, María Durand culminó el colegio, y luego prosiguió estudios universitarios, que no era algo común en la época incluso en Norteamérica, así que María Durand se agenció de un gran bagaje cultural y profesional en su estadía en Estados Unidos, donde estudió pedagogía, música y desde luego idiomas.

María Durand regresó años después a San Pedro Sula al lado de su familia, poseedora de un gran acervo cultural y artístico. Al poco tiempo conoció y contrajo matrimonio con el joven de origen italiano Joaquín Caraccioli, formando un hogar muy reconocido y honorable en la ciudad, que dio muchos descendientes que contribuyeron al desarrollo social, económico y cultural de la ciudad de Los Laureles.

Con los años, la familia fue creciendo, pero no había aún escuela de primeras letras en San Pedro Sula. Doña María Durand de Caraccioli no podía soportar la idea de que sus hijos carecieran de formación educativa. En vista que ella era quizás la única maestra titulada de la ciudad, le propuso la idea a su esposo de que le colaborara en su proyecto de abrir la primera escuela de la ciudad. Don Joaquín había construido una casa de cal y canto de dos pisos en el centro de la Ciudad. En esa casa, doña María instaló en la primera planta la primera escuela de San Pedro Sula en 1876, mientras la familia residía en la segunda planta.

La escuela se acondicionó decentemente, comprando mobiliario de los talleres que ya empezaban a pulular por la ciudad, se dotó de libros y útiles escolares. Contaba también la casa con un amplio patio para servir de espacio lúdico y de juegos para los niños en los recreos; otro dato interesante es que se abrió matrícula mixta, albergando a niños y niñas. Así, muchos de los niños de las familias históricas de la ciudad (como los Durand, Caraccioli, Cabús, Collier, Reynaud, Prince, Bärh) comenzaron su formación escolar. Por ahí pasaron niños que luego aportaron a la sociedad sampedrana, como César Funes y Juan R. López, que a la postre se convirtió en el empresario más rico de la ciudad por varias décadas.

El inicial éxito de la escuela llamó la atención tanto de las autoridades locales como del Gobierno nacional, así que a los pocos años la escuela empezó a recibir subvención para su funcionamiento; efectivamente, siendo gobernador político del Departamento de Santa Bárbara el general Luis Bográn (en ese tiempo aún no se había creado el Departamento de Cortés), ordenó a la municipalidad dar a la escuela una subvención mensual de cien pesos. Esa ayuda permitió ampliar la matrícula. Asimismo, la municipalidad de San Pedro Sula ordenó en 1877 entregar una Medalla de Honor a doña María Durand en reconocimiento y gratitud por ser la impulsora de la educación en la localidad.

La escuela mientras tanto siguió funcionando en esas décadas finales del siglo XIX e incluso durante las primeras décadas del siglo XX. Doña María Durand solo abandonó sus funciones pedagógicas cuando la edad le obligó a retirarse para pasar en familia los últimos años de su vejez, cuando contaba con sesenta y cinco años de edad. Finalmente, a la edad de ochenta y seis años, el día 12 de enero de 1933, falleció doña María Durand, precursora y pionera de la educación en San Pedro Sula, la «Ciudad del Adelantado».

San Pedro Sula, el departamento de Cortés, la costa norte e incluso toda Honduras deben conocer su historia quijotesca para admirarla… para imitar su ejemplo, y sobre todo para rendirle homenaje o tributo a una de las pioneras de la educación en el país. Ojalá se abrieran escuelas y centros culturales con su nombre. Ojalá su ejemplar vida apareciera en los libros de historia. Ojalá su rostro se difundiera en pinturas y estatuas. Loas y aplausos a doña María Durand de Caraccioli, pionera de la educación en estas tierras hibuerenses.

3. Lucila Gamero de Medina: La dama de las letras hondureñas



Ilustración 19. Retrato más conocido de Lucila Gamero

Lucila Gamero Moncada nació en la Villa de Danlí, Honduras, el 12 de junio de 1873, y falleció en 1964. Descendía de una familia de prosapia colonial, que se había establecido en el oriente de Honduras donde muchos de sus miembros desempeñaron notables cargos políticos, eclesiásticos y administrativos, tanto en la época colonial como en la época republicana.

Ella es una de las mujeres hondureñas más notables de la historia, pues en una época en que la tradición de la familia patriarcal heredada de los españoles favorecía mayoritariamente a los hombres para la función pública, ella fue pionera en espacios como la vida intelectual y literaria. Ella, por su ímpetu libertario y su tesón cultural, logró romper las barreras que imponía la tradición machista de esa época y fue a todas luces la pionera de la literatura moderna hondureña. Ella, en palabras de la crítica literaria Doris Sommers, es una pieza fundante de la literatura hondureña, especialmente en el género de la novela —que como se recordará era el género mayor de la literatura del siglo XIX—, pero también escribió cuentos y en menor medida poesía.

En palabras del crítico y escritor español, Luis Mariñas Otero, ella es «la gran dama de las letras hondureñas». En sus primeros años, Lucila recibió una positiva influencia artística y cultural de parte de su padre, el doctor Manuel de Adalid Gamero Idiáquez, quien estudió medicina en la Universidad de San Carlos de Borromeo en Guatemala, convirtiéndose en uno de los primeros hondureños graduados profesionalmente como doctor. También tuvo una cordial relación familiar e intelectual con su hermano mayor, Manuel de Adalid Gamero Moncada, uno de los músicos más importantes de la historia nacional.

Con respecto a sus años de estudio y formación educativa, ella no pudo ingresar a estudios superiores dado que en aquellos años la Universidad negaba el acceso a carreras universitarias a las mujeres. Sin embargo, ella aspiraba a estudiar medicina como su padre. En todo caso, logró el apoyo de su padre y fue entrenada por él en el área farmacéutica convirtiéndose en doctora de la farmacia que poseía la familia en la ciudad de Danlí; posteriormente, gracias a su renombre, logró realizar cursos de medicina en Honduras durante los años veinte de la mano del consagrado médico Manuel Zúñiga, quien en ese entonces era decano de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central de Honduras.

En el año de 1924 fue la directora del hospital de Danlí y sirvió como consultora de salud también en dicha ciudad.

Con respecto a su obra literaria, amplia y vasta desde su juventud hasta su vejez, merece en realidad un estudio más profundo y analítico, que no podríamos cubrir en este espacio. Su primera obra fue *Amelia Montiel* (1895), que publicó por capítulos en la revista semanal *El Pensamiento*, que dirigía en Tegucigalpa, el por entonces jovencito Froylán Turcios, el cual fue uno de los primeros medios literarios en dar espacio a las mujeres hondureñas.

Efectivamente, Lucila mantenía correspondencia fluida con Turcios y con una hermana de este, Rafaela (Lalita), con quien tuvieron una estrecha amistad. Sin embargo, creemos que el mérito más importante de Lucila Gamero es que tiene el honor de haber publicado la primera novela del país, *Adriana y Margarita,* editada en 1897. De este modo, Lucila es la piedra fundacional de la novelística hondureña, pues publicó las dos primeras novelas editadas en Honduras: *Amelia Montiel* la primera y *Adriana y Margarita* la segunda; luego Carlos F. Gutiérrez publicó la tercera novela de la historia hondureña, publicada en 1899, intitulada *Angelina*, la cual fue considerada por mucho tiempo como la primera novela que se había publicado en el país.

La primera novela, *Amelia Montiel* la publicó Lucila Gamero por entregas en la revista *La Juventud Hondureña* del N°. 17 (31 de marzo de 1892) al número 20 (del 20 de junio de 1892). La segunda novela de Gamero, titulada *Adriana y Margarita,* es en teoría la primera novela publicada en Honduras de manera íntegra, pues *Amelia Montiel* había sido publicada por partes. La primera edición de *Adriana y Margarita*, se publicó en Tegucigalpa en la Tipografía Nacional en 1897. Hace unos años, la UNAH reeditó de nuevo la obra.

Por otro lado, con respecto a su visión feminista avanzada para la época, la convirtieron en una mujer controversial e incomprendida para su tiempo, y también tuvo que lidiar con la insatisfacción del machismo de algunos de sus colegas de las letras. No obstante,

ella nunca dejó de trabajar en su obra literaria, y con el tiempo se constituyó en una obra sistemática, más abundante incluso que la de otros colegas literatos varones.

Igualmente, ella siempre luchó por los derechos de las mujeres. Por ejemplo, el 2 de febrero de 1946, junto a un grupo de sufragistas organizaron la Sociedad Femenina Panamericana, y el 5 de marzo de 1947 organizaron el Comité Femenino Hondureño, afiliado a la Comisión Interamericana de Mujeres con el objetivo de obtener derechos políticos para las mujeres; dichas organizaciones fueron fundamentales para la posterior conquista de derechos civiles para las mujeres en los años cincuenta del siglo pasado.

Asimismo, publicó la revista *Mujer Americana*, el tercer diario feminista del país, después de otros que le precedieron como el diario *Atenea* de Cristina Hernández de Gómez, impreso en El Progreso desde 1944.

En su vida cotidiana en la ciudad de Danlí, Lucila Gamero montaba a caballo, dirigía una hacienda y era dueña de una farmacia. Por ello era tildada por algunos intolerantes de ser varonil e inmoral. En el año de 1898 se casó con el señor Gilberto Medina, un hombre rico, que había sido juez en Danlí. Tuvo una hija y un hijo que le dieron nietos.

De su obra literaria, la novela *Blanca Olmedo* es una de las más conocidas en Honduras. Se le reconoce —además de su mérito literario— fundamentalmente por lo que tiene de crítica social. *Blanca Olmedo* es una novela romántica escrita a principios del siglo XX, que resulta un tanto anacrónica para su época —pues ya ha pasado de moda el Romanticismo que destila en su trama— pero los tópicos que aborda, como la crítica al oscurantismo y conservadurismo de la Iglesia Católica, así como a la voracidad de ciertas familias criollas y aristocráticas que se enriquecían a costa del saqueo de los bienes de las clases bajas, provocaron que la novela haya tenido un gran impacto y aceptación por parte de gran parte del público lector tanto de antaño como de la actualidad.

En *Blanca Olmedo* los protagonistas gozan de una exquisita educación que les permite usar siempre un lenguaje refinado. En las tertulias a las que asisten estos personajes se ejecutan piezas musicales famosas en Europa. El lugar de la acción aparece como una ciudad indeterminada en algún país del continente americano. Es hasta la última página del libro que nos damos cuenta de que la acción se desarrolla en la ciudad de Danlí, Honduras, de dónde también es originaria la autora, Lucila Gamero de Medina.

En suma, la novela sirve para reconocer la vida cotidiana de la Honduras de principios del siglo XX. En resumen, podemos agregar que la producción literaria de Lucila Gamero ocupa el período tardío del Romanticismo de la novela hispanoamericana, el amor, la sociedad y la familia son los grandes temas o tópicos literarios que ocupan la mayor parte de sus tramas narrativas. Su novela más divulgada y reconocida en la región es *Blanca Olmedo.*

Lucila Gamero de Medina además escribió, entre otras, las siguientes novelas:

- *Amelia Montiel* (1892)
- *Adriana y Margarita* (1893)
- *Páginas del Corazón* (1897)
- *Blanca Olmedo* (1908)
- *Betina* (1941)
- *Aída, novela regional* (1948)
- *Amor Exótico* (1954)
- *La Secretaria* (1954)
- *El Dolor de Amar* (1955).

Lucila Gamero de Medina falleció el 23 de enero de 1964. Está sepultada en un cementerio privado de su familia en la ciudad de Danlí, El Paraíso, Honduras. Creemos que es relevante conocer la vida y obra de doña Lucila, una de las mujeres más extraordinarias de la historia hondureña.

CAPÍTULO V

Los tipos de lectura en Honduras: «Lecturas en soledad» (Juan Ramón Molina y Froylán Turcios) y «Lecturas en Público» (Marco Antonio «Toño» Rosa y su familia)

1) Tipos o modalidades de lecturas en Honduras: Lecturas en soledad y lecturas públicas

El presente apartado pretende retomar la tipología expuesta por Roger Chartier entre «lecturas en soledad» y «lecturas en público» para analizar la manera en que los lectores hondureños de finales del siglo XIX y comienzos del XX aprehendieron, manejaron y se apropiaron de los significados o textos puestos en los libros. Es decir, intentaremos trazar cómo se manifestaron este tipo de lecturas en el país, cuáles eran las prácticas y las representaciones que resultaban de dichas lecturas, especialmente por parte de algunos miembros de la «clase letrada», así como por parte de algunas familias de la clase alta de la ciudad de Tegucigalpa de aquellos años.

En primer lugar, hay que recapitular que Chartier expresa que las «lecturas en soledad» son lecturas del «retiro», que se hacen en secreto, en el aislamiento. Esta forma de lectura ha sido quizás por antonomasia la más «natural» y habitual, lo cual no significa que sea la lectura más extendida en los últimos siglos.

Por su parte, las «lecturas en público», se generalizaron en Europa —y luego en América Latina— entre los siglos XVII y XIX, y se expresaron desde las diligencias hasta las tabernas, desde los salones hasta las academias, de las tertulias a la reunión doméstica, a diferencia de la «lectura en soledad», eran lecturas en alta voz realizadas por quienes sabían leer tanto a lectores/oyentes alfabetos como analfabetos. De esta forma, leer en voz alta se constituyó en un gesto normal y hasta esperado en esa época. En suma, la lectura no ha sido por tanto una práctica de lo íntimo o de lo privado; también es expresión del vínculo social.



Ilustración 20. La lectura en soledad se caracteriza porque se realiza en el retiro, en silencio (Cuadro *El lector* de Claude Monet)



Ilustración 21. Lectura en público, modalidad que se puso de moda a partir de la Ilustración Francesa, y que luego pasa a América Latina entre los siglos XIX y XX (Cuadro: «Lectura de Moliére», por Jean Francois Detroit)

En concreto, analizaremos en el caso de las «lecturas en soledad» las prácticas de lectura realizadas por los dos escritores más importantes de la época: el poeta Juan Ramón Molina y el cuentista y también poeta Froylán Turcios, y con respecto a las «lecturas en público», abordaremos las lecturas que realizaban en su hogar la familia del escritor Marco Antonio «Toño» Rosa.

A) Lecturas en soledad: Juan Ramón Molina y Froylán Turcios

Juan Ramón Molina[245] ha sido considerado por gran parte de la crítica literaria hondureña como el más egregio poeta de la historia del país. Existen razones de peso para ello, pues a pesar de que su obra no tuvo la fama y resonancia de Rubén Darío, ciertamente su producción ha sido elogiada por respetables escritores y creadores de las letras hispanoamericanas, como Emilio Castelar, José Santos Chocano, Rafael Arévalo Martínez, José María Vargas Vila, Enrique González Martínez, Max Henríquez Ureña, Miguel Ángel Asturias, Enrique Anderson Imbert y hasta del mismo Darío.

La obra de Molina fue publicada de manera póstuma por su íntimo amigo, Froylán Turcios, con el título de *Tierras, mares y cielos*[246], como cumplimiento de una promesa que este hiciera a Molina antes de su muerte.

---

245. Juan Ramón Molina nació en Tegucigalpa en 1875 y murió en San Salvador en 1908. Es considerado el poeta modernista más importante de Centroamérica después de Rubén Darío. Escribió prosa y verso, además de ejercer el periodismo en Honduras, Guatemala y El Salvador. Viajó por Suramérica y Europa, sin embargo, su vida un tanto díscola le dio fama de «poeta maldito». Su obra fue recogida de manera póstuma por su amigo Froylán Turcios bajo el sugestivo título de *«Tierras, mares y cielos»* en 1911. Miguel Ángel Asturias lo puso a la altura del poeta insigne del Modernismo, Rubén Darío: Cfr. Asturias, Miguel Ángel, «Juan Ramón Molina, poeta gemelo de Rubén», En: *Antología de Juan Ramón Molina*, San Salvador, Ministerio de Educación, 1959.

246. Molina, Juan Ramón, *Tierras, mares y cielos*, Tegucigalpa, 1911. Existen abundantes ediciones de esta obra, publicadas en varios países de Latinoamérica. Nosotros seguiremos de ahora en adelante la edición prologada y anotada por el hondureño Julio Escoto: *Juan Ramón Molina. Tierras, mares y cielos*, Selección, introducción y notas de Julio Escoto, San José de Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), Colección Aula, 1ª edición, 1977.



Ilustración 22. Juan Ramón Molina, máximo exponente de la poesía modernista en Honduras (Archivo del autor)

A pesar de la vida un tanto díscola y bohemia de Molina, expuesta en un sinfín de anécdotas y leyendas en algunas biografías y en la tradición oral hondureña, lo cierto es que las fuentes y estudios más serios acerca del autor dan cuenta de que Molina fue un gran lector que se empapó no solamente de la literatura más reciente de la época, sino que también estudió a los clásicos y a las principales corrientes literarias de la Modernidad.

En efecto, tanto él como Turcios, se consideraron herederos del positivismo impuesto por la Reforma Liberal, pero ciertamente, lograron superar esa filosofía y se podría decir que parte de la obra de ellos incursionó en otras fuentes que de alguna manera representaban una reacción contra el positivismo.

Hay que señalar que el positivismo latinoamericano —a diferencia de Europa—, tuvo sus propios rasgos, y a pesar de que en un primer momento fustigó a las fuerzas más conservadoras de la sociedad y que proponía la instauración de un orden social nuevo, basado en la ciencia, el trabajo y el progreso, ciertamente con el tiempo se convirtieron en defensores del *statu quo*. De este modo, hacia finales del siglo XIX, nuevas exigencias teóricas, unidas a nuevos movimientos sociales, empezaron a criticar la ingenua cientificidad de los positivistas y una conciencia intelectual distinta apareció en el horizonte cultural latinoamericano. Fue la gran reacción antipositivista que en algunos países se presentó como depositaria y portadora de las concepciones humanistas universales; de ahí el renovado interés por los griegos y latinos, así como por las nuevas corrientes filosóficas, estéticas y de pensamiento social que despuntaban en Europa continental. Así, Nietzsche, Schopenhauer y el mismo Marx son los autores que empiezan a seguir varios intelectuales latinoamericanos[247].

En Honduras, si hablamos con propiedad, no hubo reacción antipositivista como tal, sin embargo, las ideas y las nuevas corrientes intelectuales también comenzaron a aflorar en la generación literaria de Molina y de Turcios. De esta forma, en Centroamérica, fueron los poetas modernistas —con Rubén Darío a la cabeza— quienes de alguna forma reaccionaron contra el positivismo, y contribuyeron de esa manera a crear una nueva conciencia humanística.

En nuestro caso, vale añadir que Molina había hecho una impresionante y atenta lectura de los grandes pensadores especulativos europeos como Nietzsche y Schopenhauer[248], al igual que de los clásicos como Platón, Aristóteles, Descartes, Hobbes, Kant y Schiller, para solo mencionar algunos. Su poesía

247. Castillo, Roberto, *Filosofía y pensamiento hondureño*… Op. Cit., pp. 20-21.

248. Véase: Molina, Juan Ramón, «Nietzsche», En: Molina, Juan Ramón, *Prosas*, Tegucigalpa, Secretaría de Cultura y Turismo, Colección Biblioteca Básica de Cultura Hondureña, N° 2, 2ª edición, 1984, pp. 268-273.

trata de los grandes temas de la humanidad, como la muerte, el universo y la libertad, temas más cercanos a la mentalidad pospositivista[249].

En todo caso, más allá de esos autores más bien contemporáneos para la época de Molina, otras fuentes indican que leyó con profusión buena parte de la literatura universal de todos los tiempos. Julio Escoto, en su excelente edición de la obra de Molina, cita un estudio del estadounidense William Chaney de 1921, en donde presenta una extensa y pormenorizada lista de las lecturas que había hecho Molina a lo largo de su corta vida[250].

Escoto añade que Molina desde joven reveló una excepcional e incontrolable voracidad por la lectura, por medio de la cual escudriñó todos los mitos, literaturas y filosofías imaginables: desde los clásicos hasta los modernos, desde los nihilistas hasta los teólogos, desde los esotéricos hasta autores superficiales. Así, desde sus años de estudio en Guatemala, adonde acudió en 1888 para proseguir sus estudios secundarios, su tradicional oficio era «[…] permanecer en cama, más allá del mediodía solar, devorando volumen tras volumen de

249. Castillo, Roberto, *Filosofía y pensamiento hondureño*… Op. Cit., p. 22.

250. Chaney señalaba que Molina había leído y citado a autores representativos de todas las épocas; por razones de espacio, referiremos solamente una parte de ellos: *a)* autores norteamericanos: Edgar Allan Poe y Roosevelt; *b)* autores franceses: Balzac, Baudelaire, Bossuet, Chateaubriand, Dantón, Descartes, Flaubert, Víctor Hugo, Lamartine, Mallarmé, Marat, Maupassant, Michelet, Musset, Moliere, Napoleón, Nerval, Renán, Richelieu, Rousseau, Taine, Tocqueville, Verlaine, Voltaire, Zolá; *c)* autores alemanes: Bauer, Feuerbach, Goethe, Heine, Hegel, Kant, Marx, Metternich, Nietzsche, Nordau, Schiller, Schopenhauer; *d)* autores ingleses: Bacon, Byron, Carlyle, Darwin, Faraday, Hobbes, Huxley, Macaulay, Milton, Newton, Shakespeare; *e)* autores italianos: Bocaccio, Campanela, Casanova, Copérnico, Dante Alighieri, Fra Angélico, Galileo, Maquiavelo, Miguel Ángel; *f)* autores belgas: Maeterlinck; *g)* autores de la Grecia clásica: Aristóteles, Demóstenes, Homero, Pericles, Platón, Sócrates, Sófocles, Tales de Mileto; *h)* autores romanos: Cicerón, Horacio, Lucrecio, Marco Aurelio, Petronio, Plinio, Séneca, Virgilio; *i)* autores egipcios: Ptolomeo; *j)* autores orientales: Confucio, Ciro, Mahoma; *k)* autores españoles: Campoamor, Castelar, Cervantes, Hernán Cortés, Echegaray, Espronceda, Fray Luis de León, Menéndez y Pelayo, Núñez de Arce, Pérez Galdós, Quevedo, el Marqués de Santillana, Lope de Vega, Juan Valera y *l)* autores latinoamericanos: Manuel Acuña, Manuel Batres Montúfar, José Montúfar, José Santos Chocano, Rubén Darío, Manuel Diéguez, Julio Flores, Jorge Isaac, Antonio Batres Jáuregui, Juan Montalvo, Román Mayorga Rivas, José Asunción Silva, Ramón Verea y Guillermo Valencia entre otros. Cfr. Molina, Juan Ramón, *Tierras mares y cielos*, Selección, introducción y notas de Julio Escoto… Op. Cit., pp. 9-10. En adelante, citaremos esta obra como: TMC, edición de Julio Escoto.

Hugo o Esquilo, de Zolá o de Homero, ya de Byron, Shakespeare, de Campoamor, Rimbaud o San Agustín»[251].

El mismo Molina da cuenta en su obra poética de su insaciable avidez por la literatura, especialmente en su famoso poema *Autobiografía*, en donde confiesa que:

> *He abrevado mis ansias de sapiencia*
> *en toda fuente venenosa y pura,*
> *en los amargos pozos de la ciencia*
> *y en el raudal de la literatura*[252].

De este modo, Molina reconoce que no solamente lee a los autores líricos, narradores o prosistas, sino también a científicos y hasta autores profanos. Enrique Anderson Imbert, uno de los críticos más famosos de su obra, señala que Molina «[…] Leyó mucho —literatura, filosofía, aún ciencias— y su visión de la vida fue compleja. Al escribir en prosa se esforzaba en lograr un estilo pulcro y elegante, por muy sórdida que fuera la realidad que describiera»[253]. Desde luego, al igual que otros escritores positivistas y también modernistas, Molina estuvo interesado en lecturas científicas, muy en boga en el siglo XIX, especialmente de los autores evolucionistas europeos que marcaron a buena parte de la generación de escritores latinoamericanos de aquel entonces y que con los años escribieron una abundante prosa marcada por las teorías eugenésicas que buscaban el «mejoramiento racial» de la sociedad latinoamericana a través de la inmigración blanca. Así, Escoto cita a J. Cruz Sologaistóa, amigo del poeta, quien comentó que Molina «[…] Era un evolucionista seguidor de Darwin y Lamarck. El transformismo le merecía una creencia

251. TMC, edición de Julio Escoto, p. 10.

252. Ibid., p. 53.

253. Véase: Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura Hispanoamericana: la colonia. Cien años de república*, México DF, Fondo de Cultura Económica (FCE), Colección Breviarios, N° 89, Tomo I, 8ª reimpresión, 1993, p. 409. El subrayado es nuestro.

incondicional: la selección era para su espíritu de triunfador una razón de vida»[254].

Estas ideas le llevaron en algún momento a criticar la composición racial y social del país y en uno de sus artículos, Molina se lamentaba de la «exuberante» mezcla racial del hondureño, lo cual le llevó a afirmar que «[...] nosotros [los hondureños] no tenemos una civilización verdadera, sin duda por nuestras condiciones étnicas»[255]. Esta actitud crítica ante la composición cultural de América Latina fue claramente manifiesta en los autores del Modernismo, quienes se volcaron abiertamente a las fuentes europeas y orientales, retomando como motivos de inspiración temas provenientes de la Antigüedad clásica, oriental y de los simbolistas franceses desdeñando en parte las temáticas latinoamericanas y del pasado prehispánico. El mismo Rubén Darío sentía una leve perturbación por su origen mestizo, y algunos amigos, durante su estadía en España, cuando trataban de mortificarlo, le llamaban socarronamente «mulato», pues sabían que se irritaba cuando le llamaban así[256]. De hecho, en las palabras finales de su obra *Prosas profanas*, se interroga turbadamente lo siguiente: «[...] ¿Hay en mi sangre alguna gota de África, o de indio chorotega o nagrandano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués; más he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: ¡Qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer...»[257].

Por otra parte, a pesar de las amplias lecturas de Molina, hay que señalar que como autor adscrito al Modernismo, sus lecturas preferidas fueron sin duda las de Verlaine, Rimbaud, Mallarmé, Baudelaire, y más lejos Byron, Musset y Víctor Hugo[258]; en cuanto

254. TMC, edición de Julio Escoto, pp. 11-12.

255. Citado en: Oquelí, Ramón, *Los hondureños y las ideas*…Op. Cit., p 26.

256. Véase: Baquero, Gastón, *Indios, blancos y negros en el caldero de América*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1991.

257. Consúltese: Darío, Rubén, *Prosas profanas*, Prólogo de Antonio Gamoneda, Madrid, Alianza Editorial, Biblioteca Conmemorativa del 30 Aniversario de Alianza Editorial, 1998, p. 25.

258. TMC, edición de Julio Escoto, p. 25.

a la filosofía, un autor que signó la carrera literaria de Molina fue Nietzsche, del cual comentó tras su muerte que «[…] en lo futuro, cuando se mida la magnitud de su arte, —será considerado— como uno de esos intelectuales extraordinarios que vienen a trazar un nuevo signo en el zodiaco del pensamiento humano»[259]. De América Latina, admiraba sobre todo al ecuatoriano Juan Montalvo, de quien dijo que era «el más grande hombre de la América Latina, y el que más gallardamente ha manejado el habla de Castilla»; así como a su compatriota Froylán Turcios y por supuesto a Rubén Darío, a quien conoció a temprana edad en Guatemala y luego trabó amistad en el viaje a la «Conferencia Panamericana de Brasil»; Molina, admirador de la obra de Darío, le dedicó un tríptico en el que le manifestaba que: «Amo tu clara gloria como si fuera mía»[260]. Darío, en su poema «Al partir Mayorga Rivas», expresa por su lado el cariño que sentía tanto por Mayorga Rivas como por Molina, anotando que:

Román: ya te vas al pensil
de Centro América, al edén
que yo, desde aquí, del Brasil,
Contemplo cual perdido bien.
Te llevas de mi corazón
un gran pedazo. Es la verdad.
¿Qué haría yo sin Juan Ramón,
parte de nuestra trinidad?[261].

Por otro lado, ya en su práctica de lectura, Molina se reveló a sí mismo como un *«lector en soledad»*. En efecto, en su artículo «La tristeza del libro», establece una relación de amor-odio con el libro y las lecturas, en donde confiesa sus pasiones por la lectura, pero a la vez, la melancolía

259. Molina, Juan Ramón, *Prosas*… Op. Cit., p. 267.

260. TMC, edición de Julio Escoto, p. 157.

261. Véase: Darío, Rubén, «Al partir Mayorga Rivas», En: Darío, Rubén, *Poesías completas*, Edición de Alfonso Méndez Plancarte, Madrid, Aguilar, 1975, pp. 1013-1014.

producida por algunas lecturas. En el artículo referido, hace un repaso general de la historia del libro, y manifiesta que:

> Ni los griegos, tan dialécticos y gárrulos… ni los romanos… ni los hombres de la Edad Media conocieron la tristeza del libro, la melancolía de las enormes lecturas… Encerrados los conocimientos humanos en las bibliotecas de Atenas, Roma, Pérgamo y Alejandría, y en los herméticos conventos de la época feudal, a pocos hombres les era dado abrevarse en las sagradas fuentes de las ciencias y las letras. Las copias de las obras originales eran escasísimas, de tal modo que la difusión de su contenido nunca llegaba a las masas populares[262].

Como se ve, Molina concibe la lectura como transmisora de estados de ánimo, que puede provocar tristeza y melancolía en espíritus sensibles como el de los poetas. Más adelante, Molina resalta el impacto de las lecturas a partir de la invención de la imprenta, que conllevó la ampliación de las lecturas por todo el mundo a lo largo de los siglos. Así, agrega que la extensa difusión de las lecturas —sobre todo las lecturas vacías y superficiales— provocaban enviciamiento al mismo grado que las drogas y el alcohol:

> […] con la invención de la imprenta, el libro se multiplicó con la facilidad de los panes y los peces del milagro. Millares de millones de volúmenes han sido, desde entonces, arrojados a la circulación, de tal modo que el libro se ha puesto al alcance de todo el mundo. La influencia depresiva que ha alcanzado sobre el alma moderna… es de todo innegable. En la tristeza ambiente de los últimos tiempos tiene tanta parte como el alcohol y el tabaco, porque en la forma que hoy se gusta, es… un verdadero excitante cerebral, origen de profundas neurastenias. En tiempos mejores

262. TMC, edición de Julio Escoto, pp. 179-180.

> fue una especie de sedante, una bebida espiritual aromática… Hoy, —con raras excepciones— no lo es. Porque la ciencia y la literatura adolecen —de algunos años acá— de [buenas] ideas… De este modo el libro, que era una cosa inocente, ha llegado a convertirse en un motivo de tristeza y de dolor, para hacer más angustiosa la vida del hombre moderno[263].

Más adelante, Molina prosigue expresando que «[…] Gran parte de la angustiosa psicosis contemporánea viene de esas bibliotecas donde están acumulados los ideales, dudas y dolores de los siglos»[264], sin embargo, a pesar de este aparente desencanto frente al libro, Molina concluye su artículo pronunciando una frase alentadora sobre la crucial importancia de las lecturas, al exclamar:

«¡Pero tales bibliotecas son nada menos que la forma concreta y tangible de la civilización!»[265].

De esta manera, se percibe entonces que Molina denosta las «lecturas malsanas», que en el caso de América Latina, especialmente a partir del Romanticismo, dieron lugar a una especie de «práctica ritualista» en la que algunos creadores y lectores asumían en la vida real un designio caracterizado por un tono pesimista y fatalista; por la voluntad de acceder a la soledad; la frenética búsqueda del amor imposible y una constante relación con la muerte, al grado que una buena parte de los poetas del Romanticismo latinoamericano y hondureño acabaron con sus vidas por la vía del suicidio, tendencia llamada algunas veces como «El mal del siglo», aludiendo a la novela de Nordau[266].

---

263. Ibid., p. 180. El subrayado es nuestro.

264. Ibid., p. 181.

265. Ibid., p. 181.

266. En Honduras, la mayor parte de sus poetas Románticos acabaron suicidándose, como por ejemplo Julio César Fortín (1866-1894), Jesús Torres Colindres (1878-1896), Félix Tejada (1868-1896), Manuel Molina Vigil (1853-1883) y José Antonio Domínguez (1869-1903). Cfr. Funes, José Antonio, *Froylán Turcios y el Modernismo en Honduras*… Op. Cit., p. 27. Sobre la temática de la muerte en la obra de algunos escritores hondureños, puede verse: Medina Durón, Juan Antonio, *El tema de la muerte en la novelística de Froylán Turcios*, Tegucigalpa,

En este aspecto, Molina manifiesta el impacto de esas lecturas nocivas en su artículo «¿Por qué se mató Domínguez?», indicando que uno de los factores que condujeron a su amigo José Antonio Domínguez a la muerte fue debido a «[…] Las lecturas malsanas y disolventes de que nos hemos impregnado todos los jóvenes cerebrales de la América Latina, contribuyeron poderosamente a su desnivelación moral. Recuérdese el caso idéntico de José Asunción Silva, poeta de un sentimentalismo morboso, extraviado en una filosofía dolorosa y sensual, que le condujo lógicamente a la liberación voluntaria»[267]. Por eso, Molina aconsejaba a los lectores que «[…] Tales lecturas deben tomarse como simples deportes, no como guías mentales, porque llevan a la deserción de la lucha por la vida, al aniquilamiento del yo, al nirvana total»[268].

Fuera de esa aversión y crítica a las «lecturas malsanas», es evidente que Molina fue un gran amante de los libros y de las «buenas lecturas», en especial, las «lecturas en soledad». Como ya vimos, algunas veces dichas lecturas le provocaban una profunda tristeza y melancolía, pero en otras ocasiones, le inspiraban más bien sentimientos de éxtasis y hasta morbo. Así lo deja entrever en su relato «El grillo de la muerte», en donde expresa en una hermosa prosa poética que:

> En mi cuarto de estudiante… leía yo un libro rebosante de vida, de juventud y de amor, que narraba, el idilio carnal de dos amantes, dos náufragos de un buque europeo, que, bajo los follajes umbríos, ebrios de sol, de amor y de deseos, unían

Tesis de Grado, Escuela Superior del Profesorado Francisco Morazán (ESPFM), 1973. Con relación a Molina, todavía existe la polémica de si se suicidó o murió por los excesos del alcohol y la morfina. Al respecto, Julio Escoto apunta que Julián López Pineda, quien fue compañero de Molina en los últimos días de su vida, refería que *«Molina había intentado suicidarse días antes del 2 de noviembre. Había solicitado de un médico inyectarle 12 centígrados de morfina, para dejar el licor y recobrar la lucidez… Pero el mismo día, visitó a dos* médicos más, quienes le aplicaron 12 y 8 centígrados, respectivamente. Arrepentido, buscó a López Pineda, quien lo mantuvo despierto hasta disipar el coma…». Cfr. TMC, edición de Julio Escoto, p. 22. En suma, las pistas apuntan más a un posible suicidio.

267. TMC, edición de Julio Escoto, p. 205.

268. Ibid., p. 205. El subrayado es nuestro.

> sus labios en la ribera de una isla verde, ceñida de un mar azul, llena de lagos minúsculos, de musicales cascadas, de pájaros amorosos y de gacelas lascivas… Y sentía leyendo aquellas páginas ardientes, por las cuales pasaba un hálito de terrible voluptuosidad, que la sangre de mis veinte años se aceleraba en mis puños, y subía a golpes mis sienes. Y todo mi ser se llenaba de aquella isla, bebía sus emanaciones. La de la playa llena de mariscos, la de los bosques y la tierra, la de la carne joven, palpitante, desnuda al viento y al sol… y oí el aullido de gata en celo de la mujer…[269].

En general, se percibe que las lecturas de Molina lo llevan a experimentar desde estados melancólicos y depresivos, hasta estados de ánimo caracterizados por la euforia y el optimismo. Este contraste, de acuerdo a Alfredo León Gómez, también se vislumbra en la obra literaria de Molina, la cual estuvo signada por la reiteración de una serie de temas o «constantes psicológicas» muy frecuentes en sus creaciones, especialmente los temas de la muerte, la tristeza, la melancolía, la nostalgia y el autodesprecio (como en los poemas «A una muerta» y en «La fosa olvidada», donde se observan todas las constantes psicológicas); pero también en algunos casos, persisten temas opuestos a los anteriores, como la euforia, el optimismo, la ampulosidad y la pomposidad (como en sus poemas *«Salutación a los poetas brasileiros»* y *«Águilas y Cóndores»*. Esta dualidad llevó a León Gómez a definir la personalidad de Molina con un «desorden depresivo bipolar con hipomanía»[270].

Finalmente, también hay que señalar que a partir de sus «lecturas en soledad», Molina analizó parte de la obra literaria que se estaba gestando en Honduras entre finales del siglo XIX y comienzos del

269. Ibid., pp. 181-182.

270. León Gómez, Alfredo, *Aspectos psicológicos de la obra literaria de Juan Ramón Molina*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Cuadernos Universitarios, N° 73, 1ª edición, 1990, pp. 13-14.

XX, es decir, de la producción escrita entre el Romanticismo y el Modernismo, y en este sentido, se volvió en ocasiones en un crítico implacable de algunas de esas obras. Por ejemplo, al leer la novela *Angelina*, de Carlos F. Gutiérrez, la enjuició severamente, al grado que argumentó sobre la misma que era un:

> Librejo cursi y pedante, indecente y chabacano, que siempre tengo a mano cuando me tomo un purgante…[271].

La pluma de Molina se vuelve más devastadora con Teodoro Aguiluz. La poesía de este autor, como la de todos los románticos hondureños, había recibido influencias de Zorrilla y Espronceda. Y Molina considera que Aguiluz, «con su estilo ampuloso y pedante tomó de los españoles todos los defectos y ninguna de sus cualidades»[272]. Entre esos defectos que el crítico advierte, se encuentra «la manía de lo esdrújulo. Aguiluz *esdrujulea* sin ton ni son»; y de esto ofrece algunos ejemplos: «clamor *lúgubre*, estridor *horrísono*, escudo *aurífero*, aspecto *lóbrego*, gloriosos *vítores*»[273]. Más adelante, califica a los autores románticos de tener «imaginación dislocada y una extravagante verbosidad lírica». Por último, con la poesía de Francisco Vaquero no parece menos piadoso, y la primera línea de su crítica resulta muy elocuente: «Vaquero es un poeta muy inferior a Aguiluz». Molina llega a calificar algunos versos de Vaquero como «pura prosa rimada». Al final, se despide de Vaquero con una ironía que, más allá de la irreverencia, define muy bien las

---

271. Véase: Rivera y Morillo, Humberto, *Juan Ramón Molina*, San Pedro Sula, Impresora La Cultura, 1966, p. 50. Ya otros autores -como Julio Escoto-, han señalado la propensión de Molina de enfrascarse en inútiles y conflictivos debates periodísticos con otros escritores de la época, en los que acudió a una crítica demoledora y en ocasiones rayando en la invectiva y hasta el escarnio, especialmente contra los autores adscritos al Romanticismo. Escoto afirma que Molina «[…] *derrochó así gran parte de su talento en este inconsecuente combate de prensa*». Cfr. TMC, edición de Julio Escoto, p. 25.

272. Citado en: Funes, José Antonio, *Froylán Turcios y el Modernismo en Honduras*… Op. Cit., p. 74.

273. Ibid., p. 74.

críticas lecturas que había hecho de la creación poética que se había hecho en el país: «Que la tierra sea blanda [al poeta Vaquero], *aunque la crítica será siempre dura con él*»[274].

En suma, Molina adquiere en sus «lecturas en soledad» desde sensaciones de melancolía y pesimismo, hasta goces carnales y libidinosos, pero también, emociones y aprendizajes eruditos a través del cultivo de lecturas científicas y filosóficas como las de Darwin, Nietzsche, Schopenhauer, Renán, etcétera.

Por su parte, el otro escritor importante que práctico con preferencia las «lecturas en soledad» fue Froylán Turcios[275], uno de los escritores hondureños más famosos de la primera mitad del siglo XX, quien perteneció a la generación de pensadores antiimperialistas latinoamericanos conformada entre otros por Manuel Ugarte, José Enrique Rodó, Víctor Raúl Haya de la Torre y José Vasconcelos, con quienes tuvo una fluida correspondencia. Sin duda alguna, Turcios es el más ferviente nacionalista hondureño de toda la historia, tanto por su labor política en contra del imperialismo, así como por el radicalismo de su pensamiento.

274. Ibid., pp. 74-75.

275. Froylán Turcios nació en 1874 en Juticalpa, departamento de Olancho, el más extenso y el más rico en producción agropecuaria del país, y murió en el exilio en San José de Costa Rica en 1943. Político y literato fecundo, perteneció a la corriente «Modernista». En distintos gobiernos de principios del siglo XX, fue ministro de Gobernación (Interior), así como Encargado de Negocios en Francia y delegado por Honduras ante la Asamblea de la Sociedad de Naciones. En su producción literaria destacan entre otras obras: *Mariposas* y *Floresta sonora* en verso y *El vampiro* y *Cuentos del amor y de la muerte* en narrativa. Tuvo una labor sobresaliente en el campo periodístico, fundando y dirigiendo periódicos como *El Tiempo, El Heraldo y El Nuevo Tiempo*, así como las revistas *El Pensamiento, Esfinge, Ariel* y *El Boletín de la Defensa Nacional*, estas dos últimas, trincheras desde donde emanaron corrientes de tinta en contra del imperialismo y la intromisión de los Estados Unidos en la política vernácula centroamericana.



Ilustración 23. Fotografía de Froylán Turcios en Londres, de 1929. (Incluida en: Funes, José Antonio, *Froylán Turcios y el Modernismo en Honduras*, Tegucigalpa, Litografía López/Ediciones del Banco Central de Honduras (BCH), 1ª edición, 2006)

Sin duda alguna, Turcios fue de los escritores más importantes de Centroamérica en la primera mitad del siglo XX, y su labor cultural —que transcurrió desde literato hasta periodista, librero, promotor cultural y editor de revistas— demuestra que fue uno de los centroamericanos que acumuló más lecturas en las primeras décadas del siglo pasado.

En el caso de Turcios, es interesante advertir que su pasión por la lectura se inició desde sus años de infancia, y es más sorprendente aún por el hecho que su primera formación literaria realmente la desarrolló en su natal Juticalpa, una región que naturalmente

presentaba desventajas frente a la «letrada» Tegucigalpa en cuanto a la dotación de libros y lecturas. En todo caso, Turcios se las ingenió para «devorar» todos los textos que encontró en su tierra olanchana.

Pero, ¿de dónde le nació a Turcios su pasión por la lectura y la creación literaria? Esta interrogante nos la responde él mismo en sus famosas *Memorias*, quizá una de las mejores prosas escritas en toda la historia de la literatura hondureña. En ellas, Turcios relata que animado por su hermana mayor Rafaela «Lalita» Turcios, dio sus primeros escarceos con las lecturas y escritos en casa de su abuela materna, Rafaela Valenzuela:

> La casa… poseía también dos extensos patios cubiertos de árboles, rosales y diamelas. Ocupaba el centro del primero un espléndido tamarindo centenario. Sentado en sus altos ramajes -a los que aprendí a subir con mucha agilidad- devoré los iniciales volúmenes de mi predilección y escribí mis primeros versos[276].

Como se observa, desde niño Turcios busca saciar sus lecturas en lugares solitarios, en este caso, un árbol, desde luego un espacio placentero y a la vez lúdico para los niños. A la vez, es importante resaltar la influencia que desde entonces jugó su hermana Lalita en la vida literaria de Turcios. Así, confiesa que Lalita «[…] me defendía cuando mi madre me castigaba, ofreciéndose para que le pegara en mi lugar; encargándose del arreglo de mi ropa y de todo cuanto me atañía; contándome cuentos, leyéndome lindas historias, despertando en mí la pasión por las letras, que concretó luego la más imperiosa necesidad de mi vida… La menor de mis contrariedades la hacía llorar y verme contento era su ventura»[277].

---

276. Turcios, Froylán, *Memorias*… Op. Cit., p.29.

277. Ibid., p. 27.

Otro personaje que tuvo una importante intervención en la inicial formación literaria de Turcios y en su interés por la lectura fue el profesor cubano Francisco de Paula Flores, el maestro «Pancho»[278], quien fue su profesor en la escuela de Juticalpa, el cual, ante las impulsivas lecturas que Turcios realizaba ya desde los 9 años, se sorprendía de la calidad de las lecturas que este hacía; el mismo Turcios manifiesta que el maestro Pancho le expresaba que «El exceso de lectura te daña… estás apenas en la edad de los barriletes, los mables y los trompos, pero no de los libros que no sean los de tus clases»[279].

En este sentido, es interesante observar que, siendo un niño de apenas 9 años, Turcios ya muestra su incesante propensión a la lectura de autores preferidos más bien por adultos. Así, declara en sus *Memorias* que:

> Efectivamente, a los nueve años había yo devorado la biblioteca de mi padre, compuesta como de seiscientas obras de diverso género, y todas las novelas que podía atrapar, por compra o préstamo, en la ciudad. Todos los volúmenes de Verne, Sué, Mayne, Reid, Walter Scott, Dickens, Balzac, Dumas, etc., que existían en Juticalpa, pasaron por mis manos en aquel tiempo, en rápida rotación, porque mi sed de lectura no se saciaba nunca. Contribuyó a ello Lalita, quien sumergíase, en las horas que le dejaban libres sus estudios, en la misma deliciosa tarea espiritual. En la época en que los niños, aun en los países más cultos, no han conocido más libros que los textos de enseñanza, yo, sin salir de mi región materna, sabía, con amplios detalles,

278. Francisco de Paula Flores nació en Matanzas, Cuba, y llegó a Honduras con los exiliados cubanos que fueron recibidos por el presidente Soto, y consagró más de dieciocho años a la educación en Honduras, donde murió en 1891. Turcios reconoció pocos años después la influencia de su maestro, señalando que: «Todos los jóvenes de nuestro departamento que han conquistado un título de honor, fueron sus discípulos». Cfr. Turcios, Froylán, Todos los cuentos, Edición de José Antonio Funes, Tegucigalpa, Secretaría de Cultura, Artes y Deportes/Edicult, 1ª edición, 2005, p. 18.

279. Turcios, Froylán, *Memorias*… Op. Cit., p.36.

> la historia de los más grandes hombres, poetas, políticos, guerreros, filósofos; de los varones más ilustres en las ciencias, las artes y las letras; y vivía, más que la vida normal, la existencia fantástica que se desarrolla en las leyendas de todas las regiones del planeta[280].

Más adelante, Turcios agrega que leía incluso sin hacer distinción en la calidad literaria de los textos, optando por leer todos los libros que cayeran a mano:

> Mi criterio naciente se perdía en aquellas lecturas heterogéneas sin apreciar la calidad de los autores. Todos contribuían a amenizar mis noches y a todos estaba agradecido; y no fue sino cuando mi adolescencia iluminó mi cerebro con una luz más brillante, utilizando mi emoción, que empecé a aquilatar el valor de cada uno. En mi casa nadie se opuso a aquella precoz avidez. Mi padre, por el contrario, la fomentó cuanto pudo obsequiándonos con frecuencia, a Lalita y a mí, con innumerables obras clásicas, y obteniendo para nosotros cuantas le fue posible en la capital, sin hacer caso de las observaciones del maestro[281].

La sed de lecturas de Turcios llegó a ser tan irresistible que cuando agotó todas las lecturas existentes en la ciudad, sintió un sufrimiento similar al de los adictos al alcohol o a las drogas, según confiesa con sus propias palabras: «[…] llegó un día en que nos quedamos sin este insustituible alimento. Los mil quinientos volúmenes diseminados en Juticalpa habían pasado por nuestros ojos y carecíamos de otros nuevos con que satisfacer nuestra necesidad primordial. Sufrimos entonces el tormento de los morfinómanos viendo terminada la droga que nos embriagaba de emoción»[282].

280. Ibid., p.36. El subrayado es nuestro.

281. Ibid., p.36. El subrayado es nuestro.

282. Ibid., p.36.

Como se ve, Turcios —siendo aún un niño—, lee con fruición de manera sorprendente más de 1,500 libros y se lamenta de su suerte al quedarse sin más lecturas disponibles. Las lecturas le producen emoción y le alimentan su vida más que cualquier otra cosa en el mundo. Afortunadamente, al poco tiempo, Turcios revela que tuvo la suerte de encontrarse con un curioso personaje: el Lic. Pedro Rivera Bustillo, quien contaba con una «secreta y selecta biblioteca» que inmediatamente puso a su disposición para que saciara sus lecturas anheladas:

> Un domingo iba distraído por una calle, y al pasar frente a los balcones de la casa del licenciado Pedro Rivera Bustillo me detuve, mirando, en el fondo de un cuarto, un armario-escritorio de cristales repleto de libros empastados. ¡Qué sorpresa! ¿Pero cómo pudo escaparse a mis búsquedas incesantes aquel magnífico tesoro? Mi corazón latió fuertemente pensando en el placer que sentiría Lalita si le llevara uno de aquellos tomos. ¿Contendrían fábulas de andantes caballeros como las que hicieron perder la razón a don Quijote, o narraciones rusas o novelas inglesas?
>
> Audazmente penetré por el zaguán y me vi luego en la sala. Al ruido de mis pasos abrióse una puerta lateral y apareció don Pedro. Olía a coñac y su semblante reflejaba satisfacción y humor.
>
> —¿Qué tal, Froylancito? — exclamó—. Por primera vez llegas a mi hogar… —Tu visita es interesada, amiguito. Conozco tu vicio, el más simpático, pero también uno de los más apremiantes. Lo conozco. Tú lo cogiste a los ocho años, yo a los treinta. Rarísimo, único, incomprensible; como que, entre cada millón de espíritus habrá diez que lo gocen y sufran-.
>
> Llevóse la mano al chaleco y con una llave de plata abrió el armario de cristal.
>
> —Ahí tienes mis libros, todos con pastas de cuero. Son doce hileras compactas. Mis obras favoritas, que pedí a España:

de autores alemanes, franceses, italianos, rusos, muy bien traducidos. I todas las joyas clásicas de nuestro maravilloso idioma. Te los prestaré con dos únicas condiciones: cuidar de que no se ensucien y llevarlos uno por uno. Tomo leído, tomo devuelto.

Emocionado, le di las gracias, y me entregó el primero de las obras completas de Chateaubriand.

I así conocimos al creador de Atala y René, luego a Víctor Hugo, Lamartine, Racine, Corneille, Moliere, Goethe, Schiller, Heine, Byron, Moore, Shakespeare, Milton, Dante, Petrarca, Tasso, Tolstoy, Dostoyewsky, Gogol, Ibsen, Björnson, etc. En pleno desorden cronológico.

Mi mayor ilusión fue entonces aislarme en amenos sitios con alguno de aquellos preciosos libros. Los insípidos juegos de mis compañeros de escuela o de vecindario repugnábanme en aquel lapso[283].

De este modo, vemos que Turcios gana el favor del Lic. Bustillo, y tras agenciarse de una selectiva y atrayente literatura, para disfrutarla, se retira a lugares apartados para hacer sus «lecturas en soledad».

Más tarde, ya en su adolescencia, Turcios nos relata en sus *Memorias* que sus padres lo envían a estudiar a Tegucigalpa, al cuidado de Adolfo Zúniga, en donde se matricula primero en el Instituto La Unión, y luego en el Colegio El Porvenir, dirigido por Esteban Guardiola. En Tegucigalpa, ante la disponibilidad de más ambientes para su formación literaria, Turcios declara que «[…] mi ansia de lecturas llegó a su extremo»[284]. A los dieciocho años, conoce en la ciudad a su paisano olanchano José Antonio Domínguez, a

283. Ibid., pp. 37-39. el subrayado es nuestro. Hay que advertir que Turcios por aquel tiempo usaba la forma gramatical **«I»** en vez de la moderna forma **«Y»**, al igual que muchos intelectuales latinoamericanos, siguiendo la ortografía propuesta en 1823 por Andrés Bello y Juan García del Río, norma que dejó de utilizar en sus escritos a partir de 1939. Cfr. Funes, José Antonio, *Froylán Turcios y el Modernismo en Honduras*… Op. Cit., p. 34.

284. Ibid., p. 45.

quien le da a leer sus prosas y versos. Domínguez le elogia algunos versos y le recomienda estudiar más «[…] gramática… retórica… y más selectas lecturas»[285].

Turcios sigue las instrucciones de su amigo y maestro, desde entonces, inicia una frenética y productiva carrera literaria, dedicada a la poesía, a la narrativa y a la lectura. Entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, combina su carrera política con las letras, y ya ha publicado sus libros *Mariposas* (1896), *Renglones* (1899), *Almas trágicas* (1900), *El Vampiro* (1910) y *Hojas de otoño* (1904), que, a juicio de José Antonio Funes, es la obra que consagró a Turcios como uno de los mejores creadores de la cuentística hispanoamericana y lo da a conocer tanto en España como en América Latina. En efecto, a partir de este libro Turcios muestra no solamente los tópicos o temas recurrentes del Modernismo, como la presencia de la *mujer fatal*, la necrofilia, el incesto, el *dandy*, el fetichismo y el parnasianismo, sino que exhibe sus influencias literarias, especialmente a autores como Rubén Darío, Edgar Allan Poe, Villiers de I' Isle Adam, Verlaine, Baudelaire, Mallarmé, Maeterlinck y especialmente Gabriel D'Annunzio, «Il Magnífico», que para el hondureño siempre fue el más grande escritor de todos los tiempos[286].

Ciertamente, Turcios es un escritor que devora lo más importante de la literatura universal, pero él mismo confiesa que sus lecturas preferidas fueron siempre Darío, Poe, y fundamentalmente D'Annunzio que, de acuerdo con sus propias palabras, fue un autor que «leyó y releyó hasta saciarse»[287].

Ya como escritor consagrado, Turcios no solamente sigue leyendo con desenfreno, sino que también incursiona en el floreciente negocio de los libros, abriendo en 1921 su librería Hispano-América en Tegucigalpa. Según sus palabras, el negocio «[…] creció en

285. Ibid., p. 85.

286. Véase: Turcios, Froylán, *Todos los cuentos*, Edición de José Antonio Funes… Op. Cit., pp. 6-7.

287. Turcios, Froylán, *Memorias*… Op. Cit., p. 301.

pocos meses. Amontonaba yo todos los paquetes que recibía de casas editoriales de España, Francia y Alemania, y uno por uno iba abriéndolos, leyéndole los títulos de los libros que contenían el nombre del autor… Fundé aquella librería menos con un fin utilitario que por el deseo de continuar difundiendo en Honduras las obras máximas universales en las ciencias, las letras y las artes»[288].

Paralelamente al negocio, Turcios avizora la inversión de la librería como una oportunidad de incrementar sus propias lecturas:

> […] me daré un lujo estupendo [con la librería]. El de reunir varios millares de magníficos volúmenes para leerlos o releerlos en la paz del campo…[289].

Incluso Turcios es tan adicto a las buenas lecturas, que en ocasiones se pone renuente a vender a sus clientes algunas obras que le seducían por su rareza, calidad editorial o magnitud literaria:

[…] con ese singular cariño que siempre he sentido por los libros de mis autores predilectos, cuando algún comprador ignaro, tras revisar las listas en las últimas páginas de *Hispano-América*, me solicitaba uno de aquellos raros tomos e los que sólo quedaba un ejemplar, rehuía la venta con cualquier pretexto, incómodo por tener que recurrir a un embuste, pero resuelto a no desprenderme de tal tesoro. Así me pasó —recuerdo— con *Hombres y Dioses* de Paúl de Saint-Víctor, con una exótica edición de las *Historias Fantásticas* de Poe, en la *Eva futura* de Villiers de I' Isle Adam, con *La Hermética* de Rachilde, con las obras de Plotino, Esquilo y treinta más[290].

Del mismo modo, Turcios manifiesta que a través de la Librería Hispano-América logró estimular la lectura no solamente en Tegucigalpa, sino en muchos rincones del país, desde donde los clientes le remitían cartas solicitándole lecturas de valía:

288. Ibid., p. 300.

289. Ibid., p. 300. el subrayado es nuestro.

290. Ibid., p. 300. El subrayado es nuestro.

> Llegó un día en que los grandes libros empezaron a venderse. De los departamentos enviábanme cartas, con el dinero respectivo, pidiéndome gran número de volúmenes: obras de sociología, de historia, de imaginación, que yo debería escoger. Lo hacía con estricto cuidado y, con la mejor voluntad, tomando en cuenta la aptitud mental del solicitante. Conservo un extenso legajo en que me dan las gracias por haber acertado en lo que se quería. Un señor me escribió: — «Tengo una mediana instrucción, no soy tonto. Me gustan las cosas justas y que den exacta idea de las comunes realidades. Deseo dos novelas que algo me enseñen y me distraigan». Le envié dos interesantes narraciones de Walter Scott. — A una joven del oriente hondureño que me encargó «tres novelitas. Una de perfecta sencillez e inocencia, otra con un poco menos de estas cosas, y otra más complicada, todas de amor», le remití, marcándole las tres cifras de su escala Pablo y Virginia, de Saint Pierre; Grazielle, de Lamartine y Magali, de Delly. Quedó encantada. Por supuesto que, a las muchachas, si eran bonitas, les devolvía el dinero…[291].

Por otra parte, al parecer Turcios valoró en gran dimensión su nueva actividad como librero, llegando a afirmar que: «El único negocio digno de un hombre de letras, que se vea obligado a ganarse el pan cotidiano en nuestros países de Centro-América —fuera de las faenas de revistas y periódicos, si ellos alguna vez pueden constituir un negocio— es el de librero. Feo el nombre, por su sentido utilitario, pero de noble finalidad esencial»[292].

Fue tan importante su nueva faena como librero que inclusive se dio a la tarea de criticar rigurosamente a los libreros que vendían obras literarias de escasa calidad, así como a los lectores aficionados a dichas lecturas superficiales:

---

291. Ibid., pp. 300-301.

292. Ibid., p. 301.

> Si no fuera porque opino que se debe, a todo trance, procurar la difusión de la palabra impresa, habría hecho campaña en mis diversas publicaciones para que la ley prohibiera que vendiesen libros los que no son aptos para comprenderlos. Los hombres y las mujeres vulgares no los aman, e interesándoles únicamente como artículo comercial, prostituyen el gusto literario, rebajándolo aún más con la venta de ediciones groseras o pornográficas. Al hombre casi analfabeta le atrae la expresión que esté al nivel de su obscura inteligencia, en ocasiones —como ya lo dije en otra parte— menos despierta que el instinto de algunos animales irracionales provenientes de razas refinadas. Le seducen la procacidad en el lenguaje, los dibujos obscenos, los títulos lúbricos o brutales. I el comerciante obtuso, convertido en librero, a quien nada le importan la inmoralidad y el mal gusto, que más bien se satisface en la exhibición de tales desvergüenzas, les sirve el plato que sacia su morboso apetito[293].

Sin duda en esta cita Turcios exhibe la típica actitud de los escritores Modernistas, quienes se autoproclamaron como una casta de espíritu alto y refinado, superior al resto de la sociedad, y aspiraban —frente al predominio de lo vulgar y la soberbia de los poderosos— suplantar la «aristocracia del dinero» por la «aristocracia del talento».

Frente a esos «libreros obtusos», Turcios contrapone sus logros en materia de promoción de la lectura en el país, y se vanagloria de sus méritos al afirmar que él vendió la sorprendente cantidad de más de 50,000 libros en el país:

> Yo vendí en Honduras, de 1921 a 1928, más de cincuenta mil volúmenes, a precios módicos; con escasas excepciones, obras útiles y bellas. Centenares distribuí en centros culturales y

293. Ibid., p. 301. El subrayado es nuestro.

> entre personas que los necesitaban y que por su pobreza no podían comprarlos… I las satisfacciones morales y mentales que me producía aquel delicado comercio eran exquisitas y por encima de todo precio. Para un hombre como yo, que desde su infancia tuvo a los libros por íntimos compañeros; para quien la lectura fue algo de su propia naturaleza; que había llegado a la completa comprensión de las altas letras universales -revisar los innumerables catálogos, hacer los pedidos de conformidad con mis deseos y mis gustos, recibir los paquetes, abrirlos, sintiendo la suavidad de las pastas, el olor peculiar del papel recién impreso, ver los títulos nuevos con los nombres de los autores selectos…- constituía un placer profundo, desconocido para ningún otro en mi país[294].

Es interesante observar la relación casi fetichista que Turcios establece al expresar las sensaciones que le produce el leer, tocar y oler los libros; igualmente, es excepcional la labor de Turcios en esta nueva cultura libresca en el país, llegando a distribuir miles de volúmenes en manos de lectores y centros culturales ávidos de las lecturas sugeridas por el bardo hondureño. Fue tal su pasión por los libros, que incluso llegó promover en Tegucigalpa en 1910 las «Fiestas Gutenberianas», como un homenaje al libro y a Johannes Gutenberg, inventor de la imprenta; para tal fin, compuso un «Himno a Guttenberg» —con música de Rafael Coello—, el cual fue cantado en todas las escuelas de la capital el 24 de junio de 1910[295].

En todo caso, es necesario matizar que a pesar de las públicas manifestaciones que Turcios se imputa como promotor de lecturas en el país —lo cual es evidente e innegable—, ciertamente era consciente que la lectura era una práctica simbólica que establecía diferencias entre la casta sagrada de los que pertenecían a la «clase letrada» como

294. Ibid., pp. 301-302. El subrayado es nuestro.

295. Véase: Turcios, Froylán, «Himno a Guttenberg», En: *Revista de la Universidad*, Tegucigalpa, Tomo II, N.º 9, 15 de septiembre de 1910, pp. 609-610.

él, y el resto de los prosaicos y corrientes lectores. Así lo expresa por ejemplo en un artículo, donde manifiesta que la lectura es uno de los placeres más elevados que puede gozar un escritor que aspire a ser un esteta, deleite que por supuesto estaba exento en las personas de espíritu ordinario y pedestre:

> La lectura de obras exquisitas es uno de los placeres más intensos de que puede gozar el alma del artista. Goce delicado y hondo, que está vedado a la inmensa mayoría de los humanos y que constituye el alimento de los cerebros fuertes.
> ¡Qué inefable emoción invade nuestro organismo leyendo uno de esos libros encantadores, en los que del azulado encaje del estilo surgen divinas formas de belleza, como las curvas de un mórbido cuerpo bajo el cincel, en un trozo de mármol! ¡Qué alegría silenciosa nos conmueve después de la lectura de una de esas páginas únicas, en que los grandes intelectuales ponen su espíritu y su sangre, embriagándonos de entusiasmo, abriendo ante nosotros la misteriosa puerta de los sueños, y mostrándonos, en un relámpago ilusorio, el secreto sutil de la palabra! Páginas que semejan luminosas pedrerías; raros ramilletes de flores sobrenaturales; cuadros mágicos, en donde están encerradas las más recónditas manifestaciones estéticas… En ellas cada voz tiene un alma que tiembla y canta y dice su secreto. Un alma leve, formada de músicas, de matices y de perfumes. Alma que vibra hondamente en algunos versos inmortales, y que debió volar —como una abeja de oro— en el cerebro del poeta creador[296].

En fin, podemos concluir que Turcios fue uno de los lectores más insaciables en este periodo de la historia hondureña, mostrando

296. Véase: Turcios, Froylán, *Páginas del ayer*, Tegucigalpa, Secretaría de Cultura, Artes y Deportes, Colección Biblioteca Básica de Cultura Hondureña, N° 16, 2ª edición, 2000, pp. 154-155. El subrayado es nuestro.

una precocidad hacia la lectura desde sus infantiles años en tierras olanchanas. A lo largo de sus años, se empapó de lo más selecto de la literatura universal, sin embargo, sus lecturas preferidas fueron más bien las de los escritores románticos en su etapa de madurez creativa, los autores decadentistas y simbolistas franceses. Luego, los modernistas españoles y latinoamericanos, aunque tuvo como obras de cabecera a Darío, Poe, Verlaine, Baudelaire, Mallarmé, Maeterlinck y especialmente D'Annunzio, escritores a los que descubrió primordialmente a través de «lecturas en soledad».

B) Lecturas en público: las lecturas familiares en casa de Marco Antonio «Toño» Rosa

El escritor Marco Antonio Rosa, más conocido como «Toño Rosa»[297], relata en algunas de sus más importantes obras como en *Tegucigalpa, ciudad de remembranzas* y en *La Tegucigalpa de mis primeros años* que junto a su madre —Rosa Cubas de Rosa— y otros sobresalientes personajes de la ciudad —como el expresidente Policarpo Bonilla, el abogado Ricardo Pineda y las señoras Francisca «Paquita» de Gómez Osorio y doña Ana de Gómez—, se juntaban todas las tardes en la sala de su casa a realizar «lecturas en público» desde más o menos el año de 1918. Estas lecturas en voz alta frecuentemente se hacían con los periódicos, revistas y en algunas ocasiones también libros.

En estas reuniones —que naturalmente eran más habituales en las clases adineradas— nació una identificación entre los miembros del grupo que compartían el interés por lo que leían en esos textos, y se generaban entre ellos lazos de relación que iban más allá del

297. Marco Antonio «Toño» Rosa nació en Tegucigalpa en 1899 y falleció en la misma ciudad en 1983. Provenía de una familia acomodada y de abolengo en la ciudad, y desarrolló una extensa obra literaria dentro de la corriente del «criollismo». Entre sus obras más reconocidas destacan *Tío Margarito* (1953); *Mis tías las Zanatas*; *Humor criollo* (1957); *Embalsamando recuerdos* (1959); *Honduras de Honduras* (1961); *Tegucigalpa, ciudad de remembranzas* (1968); *Los brujos* (1969) y *La Tegucigalpa de mis primeros años* (1972). Cfr. Argueta, Mario, *Diccionario de escritores hondureños*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Letras Hondureñas, N° 71, 1ª edición, 1998, pp. 197-198.

contenido del periódico mismo. En efecto, se congregaban casi a diario para hacer sus acostumbradas lecturas, convirtiéndose en una norma de urbanismo y también en necesidad, donde los presentes empezaron a ensayar experiencias, debates, ideas y actitudes hasta constituir una comunidad de interpretación.

En efecto, cierto día de 1928 en que doña Rosa Cubas de Rosa se encontraba relatando los sucesos cotidianos de la Tegucigalpa de inicios del siglo XX, especialmente los referentes a la llegada de la compañía de teatro mexicana «UNDA» a la ciudad y de la construcción de la carretera del sur, doña Francisca de Gómez comentó a los demás contertulios que doña Rosa recordaba todos esos eventos porque:

> Tiene memoria privilegiada, pero yo más creo que ella pasa hojeando su libro de recortes de diarios de principios de siglo que en otras ocasiones me ha enseñado, así que, si deseamos remontar nuestros recuerdos a aquella época, mejor sería que Toño nos trajese el referido álbum. Podremos entonces comentar sin esforzar nuestras mentes, las noticias más importantes de aquel inolvidable tiempo[298].

Doña Rosa replicó a su amiga: «Esta mañana… estuve leyendo sobre la primer visita que en este siglo hizo a Tegucigalpa dicha compañía, y es por eso que recordé tanto detalle. Ve, Antonio, a traer los recortes a que se refiere Paquita, y que quizá al doctor Pineda le guste que leamos»[299]. Acto seguido, Toño Rosa buscó los recortes de periódicos de su madre, y nos refiere que:

> Hojeado el álbum que en su mayoría contenía recortes del «Diario de Honduras» [que como se recordará era editado por el poeta Juan Ramón Molina], mi madre inició la lectura:

298. Rosa, Marco Antonio, *La Tegucigalpa de mis primeros años*… Op. Cit., p. 42.

299. Ibid., pp. 42-43.

«19 de febrero de 1901. Dentro de muy corto tiempo se concluirá el trayecto de la carretera de esta ciudad a Sabanagrande. En la actualidad hay trabajando 1,600 hombres. El general Terencio Sierra debe sentirse no sólo satisfecho, sino orgulloso de su obra»[300].

Más adelante, los compañeros de lectura siguieron leyendo y comentando otras noticias destacadas de ese año de 1901, como el fallecimiento del Obispo Manuel Francisco Vélez; la inauguración de la sociedad cultural «Aurora del siglo XX»; las funciones de zarzuela en casa de la familia Lazo; las presentaciones del mago y prestidigitador mexicano Francisco López; las festividades religiosas del *Corpus Christi* y la concesión de becas a tres jóvenes hondureños para ir a estudiar a al Colegio Militar de Chapultepec en México entre otras noticias.

Curiosamente, Toño Rosa nos relata que la lectura es intercalada entre los contertulios y así, su madre, en un momento de la lectura, le manifiesta:

«Toma, Antonio… continúa tú con la lectura; voy a extraer cigarrillos y café caliente».

«Muerte de un niño ocurrida el 30 de marzo de 1902. Hoy a las 12 a.m. falleció en esta capital el niño León Rosa, hijo del señor Francisco A. Rosa y su señora esposa…». «Y aquí hay otra información… que seguramente a mi madre no habrá gustado. Está fechada el 1 de diciembre de 1902; se lee así:

Anoche falleció en esta ciudad don Tranquilino de la Rosa, víctima de un balazo que le infirió su mejor amigo y compañero de cuarto, Juan Ramón Garmendia»[301].

300. Ibid., p. 43. Curiosamente, en esas labores de construcción de la carretera del sur, el poeta Molina fue enviado a realizar trabajos forzados por el presidente Sierra, en vista que había publicado en ese mismo periódico el artículo «Un hacha de afilar», que, a juicio del mandatario, era un libelo en contra del gobierno.

301. Ibid., p. 46.

Podemos observar que los compañeros de lectura comparten noticias y anécdotas que van desde sucesos cotidianos como algunas diversiones, festividades religiosas y avisos luctuosos, hasta eventos en los que participaron familiares o allegados. De este modo, es evidente que las lecturas se realizan con la finalidad de evocar un pretérito cercano, pero añorado, en el que se trata de ligar el presente con el pasado, pero también con la finalidad de que cada uno de los oyentes emitiera su propia opinión respecto a las notas.

Sin embargo, no solamente se leen pasajes cotidianos o corrientes, sino que también se comentan artículos sobre el acontecer político del país, punto que desde luego incrementa las discusiones con relación a los otros temas más regulares o triviales. Así, Toño Rosa prosigue la lectura de los periódicos dirigiendo la atención en las notas políticas:

> Bueno, aquí hay una información política que a todos debe interesar, ya que se trata de las elecciones presidenciales con tres candidatos a la cabeza. Sírvanse escucharla:
>
> «20 de diciembre de 1902. En el resultado final para las elecciones presidenciales, ninguno de los tres candidatos obtuvo mayoría absoluta… Como el General [Manuel] Bonilla creyera que [Juan Ángel] Arias y [Marco Aurelio] Soto trataban de adueñarse del poder, ya que, unidos en el Congreso se confabulaban contra él, su rebelión no se hizo esperar y así principio en la Isla de Amapala, el 1 de Enero de 1903, culminando con la entrega de la plaza de Tegucigalpa el 13 de abril de dicho año»[302].

De este modo, los lectores describen la noticia de esas famosas elecciones de 1902 y la subsiguiente guerra civil que llevó al poder al general Manuel Bonilla[303]. La lectura del acontecimiento

302. Ibid., p. 47.

303. En esos comicios, Bonilla alcanzó 28,550 votos; Arias 25,118 y Soto apenas 4,857. En vista que Bonilla no alcanzó la mayoría absoluta que estipulaba la Constitución de 1894,

naturalmente levantó las pasiones en el grupo, unos apoyando la acción de Bonilla y otros censurándola. Finalmente, la reunión y lectura en voz alta se disolvió con la inesperada llegada de otros visitantes.



Ilustración 24. La lectura en voz alta o lectura pública, generalmente entre grupos de amigos o familiares, se empezó a manifestar en Tegucigalpa entre fines del siglo XIX y principios del XX, especialmente en familias acomodadas como la de Toño Rosa

Por otro lado, esta «lectura pública» alrededor de las clases pudientes de la ciudad no significa que solamente en esos estratos se haya leído; también accedieron a este tipo de lecturas en voz alta cada vez más los sectores medios, y en menor medida, las clases bajas. En este caso, los sectores marginados de la sociedad encontraban más dificultades para acceder a las lecturas debido al alto grado de analfabetismo, así como al todavía elevado precio de los libros y periódicos para sus

impulsó la rebelión que le condujo al poder con el apoyo de los presidentes Regalado de El Salvador y Zelaya de Nicaragua. Cfr. Mariñas Otero, Luis, *Honduras*… Op. Cit., p. 370.

bolsillos; no obstante, aparecieron algunas opciones que posibilitaron el desarrollo de «lecturas en público» para estos sectores. Una de las principales fueron las barberías para caballeros, en donde los dueños de los establecimientos ponían a disposición de los clientes no solamente periódicos, sino también revistas y otros textos para que leyeran mientras esperaban su turno. Esta práctica fue habitual en Honduras hasta la década de 1980. El mismo Toño Rosa nos cuenta que en la década de 1910, existían varias barberías donde la gente acudía no solo a cortarse el pelo o afeitarse, sino también a leer y discutir las noticias de los periódicos. Las de clase alta eran la «Siglo XX» de Atanasio Valle, «La Americana» de Pedro Cubas Turcios, y «El Comercio» de Isidoro Soto; por su parte, las barberías a las que acudía el resto de la sociedad eran «La Lucho» y especialmente la barbería de «Jesús Midajita» en Comayagüela[304].

Al igual que en Costa Rica y otros países centroamericanos, en Honduras otros centros de tertulia y posiblemente de lectura o discusión colectiva fueron los incipientes centros artesanales como talleres automotrices, zapaterías, talabarterías, sastrerías y las imprentas. En estas últimas en particular, a diferencia de otros oficios, los operarios tenían como requisito obligatorio para laborar, el saber leer y escribir, de modo que tales lecturas podrían haber generado opiniones dispares y discusiones que no están documentadas[305].

La lectura en voz alta en los talleres y fábricas no es una práctica nueva en América Latina. Según Manguel, la experiencia se inició en Cuba en la sexta década del siglo XIX. El gestor de esta práctica fue Saturnino Martínez, cigarrero y poeta, quien buscando resolver el obstáculo del analfabetismo que afectaba la difusión de su periódico obrero *La Aurora*, emprendió la tarea de buscar lectores en los centros de trabajo. La labor consistió en leer en voz alta durante horas mientras los obreros efectuaban sus tareas. El lector recibía una paga

304. Rosa, Marco Antonio, *Tegucigalpa, ciudad de remembranzas*… Op. Cit., pp. 79-80.

305. Vega Jiménez, Patricia, *Una aproximación a la historia de la lectura en Costa Rica*… Op. Cit., p.25.

adicional que salía de los bolsillos de los mismos trabajadores. El material de lectura pronto rebasó *La Aurora*, y «[…] abarcaba desde opúsculos políticos y libros de historia a novelas y colecciones de poesía tanto modernas como clásicas», y aún trascendió hasta más allá del siglo XX[306].

En síntesis, en Honduras, además de las «lecturas en soledad», también se manifestaron en el periodo estudiado «lecturas en público», las cuales llegaron a ser más frecuentes al interior de las casas de familias adineradas o de abolengo, como el caso de la familia de Toño Rosa; empero, también los sectores de las clases media y baja empezaron incipientemente a gozar de algunos espacios en los que se desplegaban lecturas colectivas, como en los cafés, las tertulias culturales en colegios y universidades, además de las que se hacían en barberías, talleres, fábricas, imprentas, etcétera.

De esta forma, el estudio demuestra que entre 1876 y 1930, la conformación de una «clase letrada», el desarrollo e instalación imprentas, la creación de bibliotecas y la apertura de librerías, así como la configuración de nuevos espacios para la lectura y otras actividades culturales, promovieron ampliamente la lectura en el país, proceso que de alguna manera se vio interrumpido en la larga dictadura cariista (1933-1949); este último hecho quizás se haya debido a la persecución política que sufrieron algunos intelectuales que habían sido decisivos en el proceso de desarrollo de la «cultura libresca» en el país, o que salieron por causas motivadas por otras circunstancias, pero que en su conjunto, debilitaron el desarrollo cultural que se había iniciado desde el siglo XIX (como por ejemplo Rafael Heliodoro Valle, Froylán Turcios, Salatiel Rosales, Alfonso Guillén Zelaya, y más tarde otros escritores como Claudio Barrera, Jacobo Cárcamo, Clementina Suárez, Medardo Mejía, Rafael Paz Paredes, Venancio Callejas, Julio Rodríguez Ayestas, etcétera). Ciertamente, consideramos que se necesitan más estudios para

306. Manguel, Alberto, *Una historia de la lectura*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 165.

comprender la evolución de la historia de la lectura en la dictadura de Tiburcio Carías Andino y sus relaciones con el proceso que le antecedió, de modo que esta puede ser una hipótesis de partida para futuros trabajos que puedan afrontar otros investigadores del país interesados en la temática expuesta en este ensayo.

CONCLUSIÓN

El presente ensayo esbozó una primera aproximación a la historia de la lectura en Honduras en el periodo comprendido entre la Reforma Liberal de 1876 y 1930, el cual es el punto de inflexión que marca la antesala de la dictadura de Tiburcio Carías Andino (1933-1949); fundamentalmente, interesaba exponer la influencia de esos lectores y lecturas en la conformación de imaginarios nacionales.

En este sentido, la práctica de la lectura en Honduras en el período estudiado estuvo relacionada con varios procesos derivados a partir de la Reforma Liberal, pero también, a procesos de transformación cultural que se expresaban a nivel regional y mundial.

En primer lugar, el estudio consideró un análisis de la situación del libro y las lecturas en Honduras en la etapa previa a la Reforma Liberal de 1876, es decir, el Período Colonial de 1502 a la Independencia de 1821, así como desde esa fecha hasta 1876. En el caso referido a la época colonial, específicamente en el periodo comprendido entre 1600 y 1810 —es decir, la antesala de los movimientos independentistas en Centroamérica—, más o menos diecisiete hondureños lograron publicar libros, la mayoría de ellos en Guatemala, de los cuales, el 59% fueron de temática religiosa, muchos de los cuales eran apologías de santos o de misioneros católicos, así como alegatos a favor de la doctrina, devocionarios y ensayos sobre la fe o los dogmas; mientras que 17% fueron de

filosofía y otro 17% de derecho, y apenas el 7% fueron de economía política. Como se aprecia, el predominio de libros y textos religiosos, de filosofía y derecho, calzaba perfectamente con la ideología dominante, más bien escolástica y devota. El registro de las fuentes indicó que el primer libro publicado por un hondureño correspondió a Francisco Carrasco del Saz, quien nació en Trujillo y emigró al Virreinato del Perú, donde desarrolló una amplia carrera literaria y jurídica. En Sevilla, España, publicó en 1620 su obra *Comentarios sobre algunas Leyes de la Recopilación o Compilación de Castilla*, obra que fue reeditada en Madrid en 1648.

Asimismo, el periodo que va de la Independencia de 1821 a la Reforma Liberal de 1876, mostró el incremento de libros, lecturas, librerías y bibliotecas en el país; algunos de los factores que coadyuvaron a la difusión más abundante de los libros y lecturas en este periodo fueron la introducción de la imprenta en 1829; la ampliación —aunque todavía modesta— de los centros educativos oficiales y privados; la creación de la Universidad por parte de José Trinidad Reyes y Juan Lindo y la fundación de su biblioteca; el incremento del mercado de libros y la aparición de las primeras librerías; la demanda de textos escolares y de libros por parte de las clases acomodadas, así como la llegada al país de viajeros y exploradores que empezaron a escribir y divulgar noticias sobre Honduras tanto en los Estados Unidos como en Europa. En este contexto, se publicó por ejemplo el primer libro en el país, titulado *Primeros rudimentos de aritmética* por Domingo Dárdano en 1836, al que siguieron muchas más obras de texto, Matemáticas, Física, Derecho y hasta poesía. Se advierte de esa forma un leve cambio de la publicación de obras religiosas como catecismos, breviarios y novenas a las publicaciones profanas de contenido cívico, cada vez más numerosas.

Con respecto al periodo 1876-1930, podemos concluir que, en este lapso de la historia hondureña, los libros y las lecturas se incrementaron notablemente en el país en comparación al periodo

colonial y a la primera etapa republicana. La práctica de la lectura pasó paulatinamente de la de carácter religioso y devoto, a las lecturas de temas cada vez más profanos, científicos, literarios y seculares. Gran parte de este despliegue de los libros y lecturas se debió al papel e influencia de la Reforma Liberal de 1876 conducida por Marco Aurelio Soto y Ramón Rosa, la cual promovió una serie de factores, como ser la transformación educativa, que dio lugar a la reorganización de la «Universidad Central» bajo el modelo positivista; la conformación de una «clase letrada», que aglutinó a una serie de intelectuales nacionales y extranjeros como el mismo Ramón Rosa, Adolfo Zúniga, Carlos Alberto Uclés, Rafael Alvarado Manzano, Antonio Ramón Vallejo, Antonio Ramírez Fontecha, José Martí, José Joaquín Palma, Tomás Estrada Palma, más tarde seguidos por varios discípulos como Rómulo Durón, Esteban Guardiola, Manuel Molina Vigil, Carlos F. Gutiérrez, Lucila Gamero, Juan Ramón Molina, Froylán Turcios, entre otros; también se incrementó la difusión de medios impresos como libros, periódicos y revistas, que fueron en sí los materiales de lectura predilectos de los hondureños, y que en algunos casos como el de la *Revista Esfinge* de Froylán Turcios llegó a estar considerada como una de las «mejores de Hispanoamérica»; igualmente, a la fundación de bibliotecas y archivos nacionales, que constituyeron lugares de creación intelectual y de promoción de las lecturas; del mismo modo, a la creación de espacios para nuevos lectores en casas particulares y librerías. Además, las lecturas se ampliaron como consecuencia del fomento de instituciones, organizaciones y actividades culturales, como academias, tertulias, juegos florales literarios, veladas, bandas musicales, teatro, etcétera. Todo esto permitió que, en definitiva, a través de las lecturas, fueran penetrando en Honduras no solamente nuevas ideologías como corrientes culturales y literarias, sino también modas, diversiones; en concreto, fue introduciéndose la Modernidad. Todos estos factores o aspectos posibilitaron a dicha «clase letrada» generar algunos discursos que se concebían como

«forjadores de la nación», pues asumían que las lecturas, libros, bibliotecas, instituciones y obras literarias conformaban elementos de la «cultura nacional». De este modo, asumían que esta «cultura libresca» de alguna manera insertaba al país en el camino del «progreso» y la «civilización», introduciendo nuevas modas, gustos y hábitos de las sociedades europea y estadounidense, que eran concebidas como el arquetipo a imitar. Sin embargo, hay que puntualizar que todavía para este tiempo, la práctica de la lectura era más común en dicha «clase letrada», así como en las clases acomodadas de la ciudad de Tegucigalpa, aunque ya ciertamente las clases medias y bajas comenzaban incipientemente a retomar en su vida cotidiana la rutina de la lectura, ya sea para instruirse, informarse o simplemente como diversión.

Finalmente, con relación a las «lecturas en soledad», hay que señalar que esta fue la práctica más habitual en los miembros de la «clase letrada» como Juan Ramón Molina y Froylán Turcios, quienes, a pesar de sentirse herederos del legado de la Reforma, más bien se adscribieron al movimiento del Modernismo. Dada las temáticas relacionadas con este movimiento —como el orientalismo y las referencias a los clásicos de la Antigüedad— alimentaron sus lecturas con lo más selecto de la literatura universal, sin embargo, tuvieron como libros de cabecera más bien a algunos de sus coetáneos, especialmente europeos y estadounidenses. En el caso de Molina, sus lecturas preferidas fueron autores como Víctor Hugo, Darío, Maupassant, Baudelaire, Verlaine, Zolá, Darwin, Schopenhauer y Nietzsche, y en el caso de Turcios, autores como Darío, Edgar Allan Poe, Villiers de I' Isle Adam, Verlaine, Baudelaire, Mallarmé, Maeterlinck y especialmente Gabriel D' Annunzio, «*Il Magnifico*», que para el hondureño siempre fue el más grande escritor de todos los tiempos. Por su parte, las «lecturas en público» fueron hechas especialmente por familias acomodadas, como el caso de la familia de Marco Antonio «Toño Rosa», quienes se reunían todas las tardes con sus amigos para compartir fundamentalmente lecturas de

periódicos, no obstante, también fueron accediendo paulatinamente a este tipo de lecturas los sectores medios, e incluso las clases bajas, quienes empezaron a aprovechar ciertos espacios de lectura en voz alta, como las barberías, cafés, librerías, parques, fábricas y talleres artesanales.

De esta manera, el periodo comprendido entre 1876 y 1930 experimentó un creciente florecimiento de la «cultura libresca» en el país, que impulsó en Honduras una serie de transformaciones culturales que se manifestaban en la introducción de nuevas prácticas de lectura que transitaban de las religiosas y devotas del periodo anterior, a las profanas, cívicas y científicas del periodo liberal; así como de nuevas ideologías, instituciones, modas, gustos y diversiones que eran concebidas por la «clase letrada» como muestras de que el país estaba construyendo una «cultura nacional», y sobre todo, estaba incorporándose al «progreso» y la «civilización», es decir a la Modernidad.

ANEXOS

ANEXO 1

OBRAS DONADAS A LA BIBLIOTECA NACIONAL DESDE SU FUNDACIÓN (1880) HASTA LA FECHA (1906)[307]

	TÍTULO	N° DE TOMOS
I) OBRAS DONADAS POR MARCO AURELIO SOTO		
1)	G. Grote, Histoire de la Grece	19 Tomos
2)	Diccionario de la Conversación	68
3)	Villamain, Literatura	4
4)	Villamain, Discursos	1
5)	Villamain, Recuerdos	2
6)	Literatura de la Edad Media	2
7)	Revista de Ambos Mundos	48
8)	Madame Stael	3
9)	Voltaire, Obras completas	57
10)	Códigos Patrios	4
11)	Rousseau	4
12)	Bufón	6
13)	Segur, Historia Universal	30
14)	Revista Española de Ambos Mundos	4
15)	A. Thiers, El Consulado y el Imperio	15
16)	Bobadilla, Guía General de España	1
17)	Historia de Inglaterra	2
18)	Lacepede, Historia Natural	2
19)	Quevedo, Obras completas	1
20)	Say, Economía política	3
21)	Un millón de hechos	1
22)	Morcio, Diccionario de educación	1
23)	Rousseau, Obras	10
24)	R. Toledo, Geografía de Centroamérica	1

307. Elaborado con base en: Guardiola, Esteban, «Conocimiento de las obras donadas á la Biblioteca Nacional, desde su fundación hasta la fecha [1906]», En: *Revista del Archivo y Biblioteca Nacional*, Tegucigalpa, Tomo III, N° 1, 10 de noviembre de 1906, pp. 25-30.

	TÍTULO	N° DE TOMOS
25)	Fox y Pitt, Discursos	12
26)	Revistas literarias	3
27)	Rossi, Economía política	1
28)	Robertson, Carlos V	1
29)	Dupín, Manual del Legista	1
30)	Darío González, Aritmética	1
31)	J. D. Bousquet, Aritmética	1
II) OBRAS DONADAS POR RAMÓN ROSA		
32)	Calvo, Colección completa de Tratados	11
33)	García Peláez, Memorias	1
III) OBRAS DONADAS POR ENRIQUE GUTIÉRREZ		
34)	Lord Chesterfield, Cartas completas	1
35)	Cervantes Saavedra, El Ingenioso Hidalgo Don Quijote	4
IV) OBRAS DONADAS POR FRANCISCO BARDALES		
36)	Renán, Los Apóstoles,	1
37)	Renán, San Pablo	1
V) OBRAS DONADAS POR FRANCISCO CRUZ		
38)	Moreri, Diccionario histórico	8
VI) OBRAS DONADAS POR MIGUEL UGARTE		
39)	Voltaire, Obras completas	13
40)	Horacio, Obras completas	4
41)	Byron, Obras completas	1
VII) OBRAS DONADAS POR MANUEL SEQUEIROS		
42)	Cuerpo de Derecho Civil	2
VIII) OBRAS DONADAS POR CARLOS GUTIÉRREZ		
43)	Cervantes Saavedra, Don Quijote	1
44)	Sala, Diccionario Novísimo	1
45)	Cuestas, Nuevo Viajero Universal	1
46)	Oliverio Goldsmith, Historia de Inglaterra	1
47)	Anquetil, Historia de Francia	1
48)	Reinoso, Consideraciones sobre los abonos	1
49)	Irving, Vida y viajes de Colón	1
50)	Echegaray, Obras dramáticas	1

	TÍTULO	N° DE TOMOS
51)	Le Sage, Aventura de Gil Blas	1
52)	Rivadeneyra, Colección de autores españoles	72
53)	Rico y Amat, Libro de los Diputados y Senadores	4
54)	Ticknor, Literatura española	4
55)	Prescott, Historia de los Reyes Católicos	4
56)	Gibbon, Decadencia y ruinas del Imperio Romano	8
57)	Flammarion, Últimos días de un filósofo	1
58)	Flammarion, Maravillas celestes	1
59)	Flammarion, La atmósfera	2
60)	Flammarion, Dios en la naturaleza	1
61)	Flammarion, Mundos imaginarios	1
62)	Flammarion, Mundos habitados	1
63)	Flammarion, Contemplaciones científicas	1
64)	Flammarion, Las tierras del cielo	1
65)	Flammarion, Astronomía popular	1
66)	Luis Blanc, Revolución Francesa de 1830	7
67)	Viardot, Historia de los Árabes en España	1
68)	Historia del invencible Amadís de Gaula	4
69)	Ayala, Obras dramáticas	1
70)	B. de las Casas, Gramática griega	2
71)	Humboldt, Cosmos	4
72)	Larra, Obras	2
73)	Oriol, Diccionario de Materia Mercantil	4
74)	Tito Livio, Décadas	5
75)	Figuier, Los grandes inventos	1
76)	Heffter, Derecho Internacional	1
77)	Rousseau, Las confesiones	1
78)	Manjarrés, Teoría estética del dibujo	1
79)	Manjarrés, Teoría de la arquitectura	1
80)	Manjarrés, Teoría de las Bellas Artes	1
81)	Robertson, Historia de la América	4
82)	Cortés, Tesoro del campo	2
83)	Mac-Culloch, Economía política	1

	TÍTULO	N° DE TOMOS
84)	P. Jacinto, Conferencias	1
85)	Daniel Defoe (sic), Aventuras de Robinson Crusoe	1
86)	Guizot, Historia de la República de Inglaterra	1
87)	Platón, La República y El Estado	2
88)	Wiseman, Pláticas	2
89)	Prescott, Conquista de México	4
90)	Guizot, Tratado sobre la pena de muerte	1
91)	Donoso, Ensayo sobre el catolicismo	1
92)	Ricardo Palma, Tradiciones del Perú	2
93)	Humboldt, Sitio de las Cordilleras	1
94)	Montesquieu, Espíritu de las Leyes	5
95)	Castelar, Discursos parlamentarios	3
96)	Rousseau, Emilio	2
97)	Bouchardat, Química	2
98)	Laboulaye, Constitución de Estados Unidos	2
99)	Drapper, Historia de los conflictos entre ciencia y religión	1
100)	Canalejas, Doctrina religiosa	1
101)	Fawcet, El libre cambio	1
102)	Montesquieu, Consideraciones sobre la decadencia de Roma	1
103)	Amicis, Recuerdos de París y Londres	1
104)	Ninón de Lenclos, Cartas	1
105)	Proudhon, Teoría de la propiedad	1
106)	Darwin, Origen de las especies	1
107)	Darwin, Origen del hombre	1
108)	Núñez de Arce, Obras dramáticas	1
109)	Núñez de Arce, Gritos de combate	1
110)	Núñez de Arce, Sus poemas	1
111)	Macaulay, Sus obras	5
112)	Herodoto, Los Nueve Libros de la Historia	2
113)	Tácito, Los Anales	2
114)	Nerne, Sus obras	4
115)	Bouchardat, Curso de ciencias físicas	1
116)	Segur, Historia Universal	30

	TÍTULO	N° DE TOMOS
117)	Manzoni, Los novios	1
118)	Esquilo, Las Siete Tragedias	1
119)	P. Félix, Las Conferencias	16
120)	L. Blanc, Revolución Francesa	7
121)	Ercilla, La Araucana	2
122)	Irving, Conquista de Granada	2
123)	Muratori, Fuerza de la humana fantasía	1
124)	Wiseman, Fabiola	1
125)	Saint Pierre, Sus Obras	1
126)	Michelet, Sus Obras	6
127)	M. Genlis, La princesa de Chermont	1
128)	Balzac, La vendetta	1
129)	Balzac, Cuentos fantásticos	1
130)	Corner, Arte de edificar	1
131)	Laboulaye, Diccionario de artes	4
132)	Say, Economía política	2
133)	La Paliza, Tratado de aritmética	1
134)	Destut de Tracy, Comentarios al Espíritu de las Leyes	1
135)	Spencer, Sus Obras	3
136)	Lolme, Constitución de Inglaterra	1
137)	Bastiat, Armonías económicas	1
138)	Bastiat, Curso de declamación	1
139)	Bossuet, Discurso sobre la Historia Universal	1
140)	Tindall, Sus obras	3
141)	About, El Rey de las montañas	1
142)	P. Félix, Cristianismo y socialismo	1
143)	P. Félix, El socialismo ante la sociedad	1
144)	Campoamor, Sus Obras	10
145)	Alarcón, Sus obras	13
146)	Bécquer, Sus obras	2
147)	Dante, Divina Comedia	3
148)	Selgas, Primavera y estío	1
149)	Castelar, Discursos	1

	TÍTULO	N° DE TOMOS
150)	Rodríguez, Manuel del carpintero	2
151)	Rossignon, Manuel de lechería	1
152)	Rossignon, Manual del fabricante de velas	1
153)	Camoens, Las Luisiadas	1
154)	Galiano, Índole de la crisis europea	1
155)	Bustamante, Arte de hacer vinos	1
156)	Hugo, Hombres célebres	1
157)	Laurent, El ahorro	1
158)	Heine, Joyas prusianas	1
159)	Swift, Viajes de Gulliver	1
160)	Prevost, Mariquita Lescant	1
161)	Prevost, Guía de la pintura	1
162)	Rivas, Taquigrafía	1
163)	Rivas, Escenas de la vida	1
164)	Rivas, Astronomía y física agrícola	1
165)	García, Cultivo de sedas	1
166)	Ferrer, El tabaco habano	1
167)	Guizot, La civilización europea	1
168)	Bastiat, Cobden y la Liga	1
169)	Genlis, Sitio de la Rochela	1
170)	Consciente, Los dos obreros	1
171)	Pellico, Deberes del hombre	1
172)	Sterne, Viaje sentimental	1
173)	Balzac, Sus obras	20
174)	Tornero, Historia de América	1
175)	Avellaneda, Obras	5
176)	Hurtado, Corte y Cortijo	1
177)	Solís, Conquista de México	9
178)	Selgas, Ángel de la Guarda	2
179)	Selgas, Manzana de oro	6
180)	Selgas, Fisonomías contemporáneas	1
181)	Goethe, Wilhelm Meister	1
182)	Montesquieu, Cartas Persianas	2

	TÍTULO	N° DE TOMOS
IX) OBRAS DONADAS POR REMIGIO DÍAZ		
183)	A. Dufrenoy, Traité de minéralogie	4
184)	A. Dufrenoy, Atlas	1
185)	Combes, Exploitation de Mines	3
186)	Combes, Atlas	1
187)	Mr. Freret, Cartas á Eugenia	6
X) OBRAS DONADAS POR LAS SEÑORITAS FELICIANA Y ROSA MIDENCE		
188)	Benito Bails, Elementos de matemáticas	11
189)	J. B. Biot, Tratado de física	4
190)	José Mariano Vallejo, Tratado de matemáticas	5
191)	José Mariano Vallejo, Tratado sobre el agua	3
XI) OBRAS DONADAS POR ESTEBAN GUARDIOLA		
192)	Revista Nuestro Tiempo	3
193)	A. Daguet, Pedagogía	1
194)	Fernández Ferraz, Primer Congreso Pedagógico Centroamericano	1
XII) OBRAS DONADAS POR LA CASA ERLANGER Y GALLINGER (SAN FRANCISCO, USA)		
195)	Libro Primero de Lectura	1
196)	Libro Segundo de Lectura	1
197)	Libro Tercero de Lectura	1
198)	L. Silva y A. Fourcaut, Lectura y conversación	1
199)	Libro Primero de Lectura	1
200)	Libro Segundo de Español	1
201)	First Spanish Book	1
202)	Luis F. Mantilla, Libro de Lectura N° 1	1
203)	Luis F. Mantilla, Libro de Lectura N° 2	1
204)	Luis F. Mantilla, Libro de Lectura N° 3	1
205)	Lecciones de Lenguaje, español-inglés	1
206)	Samuel Garner, Spanish Grammar	1
207)	A Practical Course in Spanish	1
208)	B. Pérez Galdós, Marianela	1
209)	B. Pérez Galdós, Doña Perfecta	1
210)	B. Pérez Galdós, Electra	1

	TÍTULO	N° DE TOMOS
211)	Pedro Calderón de la Barca, La vida es sueño	1
212)	Pedro de Alarcón, El Capitán Veneno	1
213)	Pedro de Alarcón, El niño de la bola	1
214)	Mariano José de Larra, Partir á tiempo	1
215)	Juan Valera, El Comendador Mendoza	1
216)	Leandro Fernández de Moratín, El sí de las niñas	1
217)	Manuel Bretón de los Herreros, ¿Quién es ella?	1
218)	Nociones de Historia de los Estados Unidos	1
219)	John Monteith, Nociones de Geografía Universal	1
XIII) OBRAS DONADAS POR FRANCISCO FUNES		
220)	Francisco Funes, Mi calvario	1
XIV) OBRAS DONADAS POR JUAN FERNÁNDEZ		
221)	Edward Ellis, The History of our Country (Estados Unidos)	8
XV) OBRAS DONADAS POR FRANCISCO HERBOSO		
222)	F. J. Herboso, Reminiscencias de viajes	3
223)	F. J. Herboso, Estudios penitenciarios	1
224)	Chile, descripción física, política, social, industrial y comercial	1
XVI) OBRAS DONADAS POR RÓMULO E. DURÓN		
225)	Solón Argüello, El grito de las islas (poesías)	1

ANEXO 2
LA CAMPANA DEL RELOJ[308]
CUENTO

—Buenos días, abuelita!

—Buenos días, hijito. No te veo desde antier, picaruelo. ¿Dónde anduviste ayer?

—Ah! Si tú supieras! Si me ofreces no disgustarte, lo sabrás. Castigo, lo recibirás: no te referiré un cuento, como hago todos los días que vienes á saludarme.

—Tú dirás, abuelita, cuando me hayas oído; pero si has de castigarme, que sea de otro modo, porque al cuento no renuncio.

Antón se acercó cariñosamente á la viejecita que, sentada en su butaca, recibía el sol de la mañana frente al jardín, contemplando las flores y gozando en oír cantar los pájaros y en verlos volar alegremente de rama en rama. Antón le ciñó la cintura con un brazo y le dio un beso en aquella frente serena y apacible, enmarcada por una cabellera blanca como la nieve, partida en dos alas que remataban en dos brillantes trenzas.

—Oye, nana Mercedes, abuelita querida! Ayer no vine porque era Jueves de Corpus, y se me antojó subirme á la torre del reloj á repicar con los muchachos, mientras la procesión iba de altar en altar. Y ¡verás! cuando la procesión concluyó quise quedarme sólo, para ver lo que decía un letrero que advertí en la campana: ya tú sabes que soy muy curioso. El sacristán llegó á poco y le expresé mi deseo: quiero ver las letras que están al otro lado de la campana-, le dije: -las de este lado ya las ví. El sacristán me miró sorprendido porque no hay baranda al lado exterior de la torre; luego se sonrió y me dijo: Yo te las diré; pero no te aventures porque puedes caerte y te harás pedazo. Se agarró de una barra de hierro, de las que sujetan la campana y quedó casi en el

308. Fuente: Durón, Rómulo E., «La campana del reloj». En: *Revista del Archivo y de la Biblioteca Nacional*, Tegucigalpa, Tomo III, N° 13 y 14, 25 de mayo de 1907, pp. 431-435. Se ha transcrito el cuento de manera literal, respetando la grafía original.

aire dictándome las letras. Entonces me entró un miedo espantoso; temí que se rompiera la barra ó que él perdiera el equilibrio, expuesto como estaba á un vértigo, por la altura, y yo tendría la culpa de la desgracia que le ocurriera. Pero todo salió con fortuna y pronto estuvo el amable sacristán dentro del campanario, libre de todo peligro. Ya ves, abuelita, si temería disgustarte con este relato.

—Ah, Muchacho! Muchacho!..... Pero ¿y bien? ¿qué decía el letrero por el cual expusiste al sacristán?

—Mira, aquí lo tengo escrito: «Año de 1778. DON LUIS DE RIVERA, ALCALDE DE ESTA VILLA DE TEGUCIGALPA».

La viejecita suspiró y dijo:

—¡Qué historia! ¡Y qué coincidencia! De eso mismo iba á hablarte ayer, porque al oír sonar tan alegre la campana del reloj me acordé de lo que de esta campana me referían en mi niñez y que es una historia triste y figura en ella también un Jueves de Corpus. ¿Te has fijado en que la campana del reloj tiene voces muy melodiosas y cuando repican con ella, todo es un desbordamiento de alegría? Y te has fijado también en que……

Alzó el brazo en dirección á la Parroquia:

—¿Oyes? Doblan, y doblan con la campana del reloj. ¿Quién habrá muerto? Dios le haya perdonado! ¡Fíjate! ¿Oyes qué voces tan lastimeras las de esa campana? Voces que semejan un ruego profundo, un lamento desgarrador?

Pues bien: yo sé la historia de todo: yo sé por qué esa campana suena con tanta alegría cuando con ella repican, y por qué suena con tanta tristeza cuando con ella doblan. Debiera castigarte, negándome á referírtela; pero, ¡vamos! Espero que no volverás á portarte mal con el sacristán, conmigo ni con nadie.

Siéntate á un lado en esa banqueta de madera, y escucha.

Entre las jóvenes que en ese año de 1778 eran la gracia y encanto de Tegucigalpa, había dos que rivalizaban en belleza y virtudes: Clara de Santa Cruz y María Teresa de Aguayo y Rivera. Las dos eran descendientes de familias principales.

La primera contaba entre sus antepasados á D. Miguel de Santa Cruz, Teniente General de Alcalde Mayor que fue de Tegucigalpa por diez años y Teniente Gobernador y Capitán á guerra de Olancho el Viejo por igual ó mayor número de años.

La segunda era sobrina de D. Luis de Rivera, que acabas de nombrar, quien era hijo del Capitán D. Antonio de Rivera, poblador de la ciudad de la Nueva Segovia.

Ambas eran de considerable fortuna, aunque era mayor la de Clara. Sin embargo, sus riquezas no se tomaban en cuenta al tratarse de ellas: su hermosura y sus prendas morales valían más que todo.

Pero si en cuanto á lo moral, la una no cedía á la otra, eran bellezas muy distintas.

Clara era blanca y pálida; sus ojos grandes y soñadores derramaban un resplandor suave y tranquilo como el de un rayo de luna; su cabellera larga, opulenta y fina parecía un jirón de las sombras de la noche y hacía resaltar la blancura de su faz; su boca parecía un botón de rosa á medio abrir y modelada como para la oración.

María Teresa era trigueña y encendida: sus ojos negros y vivos tenían de la obscuridad de las tinieblas y de los rayos del sol al mediodía; su cabello castaño le caía en rizados y abundosos bucles sobre los hombros, y el color y frescura de su boca risueña hubieran dado envidia á una granada.

Entre los apuestos y guapos mozos de aquel tiempo, ninguno tan gentil como D. Fernando de la Sierra, uno de los descendientes del Sargento Mayor D. Antonio de Castro Verde, personaje preclaro de la villa.

Era D. Fernando un doncel muy discreto: habíase enamorado de Clara y de María Teresa, y se había conducido con tal habilidad, que ninguna de ellas se apercibió de su inclinación hacia la otra, ni la sociedad se percató de que aspirase á la mano de una de las dos.

Nada, es verdad, le había dicho á Clara; pero siempre que encontraba su mirada, ya en la ermita de la Concepción, á la hora de

misa mayor, ya en el paseo á las orillas del Guacerique, sus ojos le habían revelado lo bastante para que ella se hiciese cargo de que la amaba, y estaba ella pronta, como el ave para cantar al rayar el alba, á corresponder á los sentimientos de que aquellas miradas eran indicio.

Tampoco había dicho nada á María Teresa; pero cuando estaba frente á ella se sentía turbado; una oleada de sangre le subía á la cabeza, el corazón le palpitaba violentamente, luego sentía las manos frías y estremecimientos que á duras penas podía dominar, y esto no pasaba inadvertido para la niña, y sintiéndose ésta inclinada hacia el doncel, esperaba, como lo más natural del mundo, que de un momento á otro sus padres le dijesen que la había pedido en matrimonio.

Pero si se encontraba con las dos, que eran muy buenas y leales amigas, las trataba con tal sosiego y serenidad, que nadie se hubiera dado cuenta de lo que pasaba en su corazón.

Esta situación no podía prolongarse: el joven eran honrado, tenía sed de amor, y esta sed debía ser satisfecha; su alma necesitaba de tranquilidad, y era menester obtenerla. Y no quería engañar á ninguna de las dos. Era preciso tomar una resolución, y luego. Si hubiera sido codicioso, habría preferido á Clara que, á su belleza, unía su fortuna. Consultó su corazón, y se decidió por María Teresa.

Una tarde se vieron inundadas las calles de la villa por personas de todas clases y condiciones: desde los de condición más alta hasta los de condición más humilde. Todos iban con sus vestidos de gala. ¿A dónde? Se había anunciado que esa tarde se fundiría en la Casa de Rescates la campana del reloj destinado á la Parroquia, el que se acababa de recibir, y allá iban todos á presenciar el acto. Las gentes se acercaban al horno donde brillaba derretido el cobre con que se llevaría el molde de la campana. Como ésta había sido mandada á hacer por D. Luis de Rivera, excusado es decir que allí estaba toda su familia. Allí brillaban los vivos y ardientes ojos de

María Teresa, y allí lucían también los de Clara, su amiga, que había ido en su compañía. Cerca de ellas estaba —¿y cómo iba a faltar? —D. Fernando de la Sierra, decidido á aprovechar la ocasión de declarársele á la primera.

Era tal el entusiasmo por la campana y porque se la destinaba al reloj, el primero de esa clase que se veía en estas tierras, que todas las damas y caballeros empezaron á despojarse de sus alhajas y á arrojarlas al horno donde se derretía el cobre: arrojaban las damas sus aritos, sus collares, sus brazaletes, sus pulseras, sus sortijas, todo de oro; arrojaban los hombres sus anillos y las onzas de oro ó las piezas de plata que llevaban en sus bolsillos, y fue aquel movimiento creciendo, creciendo á tal punto, que hasta los más pobres arrojaban también las pequeñas piezas de esos metales que habían podido ahorrar, y las alhajitas que llevaban consigo.

A favor de aquel tumulto, logró declararse D. Fernando á María Teresa, y sintieron ambos tal satisfacción al verse seguros el uno al otro, al llegar á un momento que desde tanto tiempo atrás estaban esperando, al estar ciertos de que se unirían para toda la vida, que María Teresa, que ya había arrojado casi todas las alhajas al horno, se sacó una sortija que inconscientemente había dejado en uno de sus dedos, y fijando una mirada amorosísima y ardiente en D. Fernando, y lanzando la sortija:

—Mira— le dijo— la arrojo para que esa campana, cuando nos casemos, cante con sus voces nuestra felicidad, y como un eco de la nuestra, cante la felicidad de otros.

Tan locos de pasión y tan ebrios de dicha estaban, que no observaron que esta escena había tenido por testigo á Clara.

Clara, viendo perdidas las ilusiones que se había forjado, estuvo á punto de desmayarse; pero supo dominar su profunda emoción, su horrible pena, y segura de que la pareja feliz no advertiría lo que hiciera, se acercó al horno, y sacándose del dedo cordial una sortija que conservaba de su amada madre, muerta hacía ya muchos años, arrojóla al horno, murmurando á media voz:

—Para que esa campana, cuando doble, llore con tristes voces la muerte de mi corazón, y como un eco de mi dolor, llore el dolor de otros!

Clara de Santa Cruz no podía, siendo quien era, dar á conocer lo que pasaba en su alma, y no dejó traslucir impresión alguna á los venturosos amantes. Los vió, después de consagrada la Iglesia Parroquial, en 1782, al llegar al pie del altar y recibir la bendición nupcial del Obispo Fr. Antonio de San Miguel, y oyó el alegre clamoreo de las campanas que celebraron tanta dicha, resaltando, entre las notas, las notas melodiosas de la campana del reloj. Y la campana, desde entonces, celebrando dichas, parece loca de alegría.

Pero el corazón de Clara no podía resistir á tanto, y al estar de regreso en su casa, se creyó sola y abandonada de la Providencia, y cayó desvanecida en su lecho.

Cuando despertó ó pareció despertar, se comprendió que había perdido la razón. Con los ojos casi desencajados y mesándose la hermosa cabellera, gritaba como si viera algo allí cerca:

—La sortija de mi madre……! La campana……! Doblará, sí! Doblará por mí……!

Desde entonces cada vez que repican con la campana del reloj, se repetía el acceso, y si doblaban con ella, se la veía sonreír y hasta se la creía en juicio.

Un Jueves de Corpus oyó los repiques de la misa y de la procesión, y cayó para no volver á levantarse más.

La enterraron en la parroquia con su traje blanco: María Teresa y Fernando lloraron su muerte; pero nunca se imaginaron cuál fue su causa: ni María Teresa estaba al corriente de que Fernando se hubiera enamorado de Clara, ni Fernando era pretensioso para pensar que la elección de otra había roto el corazón y la vida de Clara.

Y la campana del reloj clamoréo lamentando la muerte de la infortunada y hermosa doncella, y desde entonces son sus voces más tristes cuando con ella doblan.

Así, mi querido Antón, los que dicen que los tañidos de esa campana son tan conmovedores para alegrar ó entristecer porque son muy melodiosos, y que son muy melodiosos porque está muy bien fundida ó porque hay en ella mucho oro y mucha plata, no saben lo que dicen. La verdad es la que te digo. La verdad es que el cielo quiso corresponder á los sinceros votos de las dos amigas, permitiendo que la campana sonara por María Teresa con arrebatadora alegría, y con tristeza profunda por Clara. Así lo merecían la lealtad y rectitud de los amores de la pareja feliz y el dolor irremediable de la doncella desventurada que hizo frente á su destino con altivez y dignidad, con un esfuerzo supremo que había de empezar por arrebatarle la razón y había de concluir por arrebatarle la vida!.

……..

«Y si, lector, dijeres ser comento,
Como me lo contaron te lo cuento».

RÓMULO E. DURÓN
Tegucigalpa: 17 de febrero de 1906

ANEXO 3

HIMNO A GUTTENBERG[309]
Letra: Froylán Turcios
Música: Rafael Coello R.

CORO

Resplandece en los siglos tu nombre
de la Fama como astro inmortal
y el confín de los mundos recorre
sobre el trueno sonoro del mar.

En el libro, en el diario, te aclama
con sus voces el vasto Universo.
Vive tu alma profunda en el verso
ó en la prosa que es nervio y color.
¡Guttenberg! -dice el fuego que inflama
el volcán de la Ciencia y el Arte
y tu espíritu magno comparte
con los genios el sacro esplendor.

Resplandece en los siglos tu nombre etc.

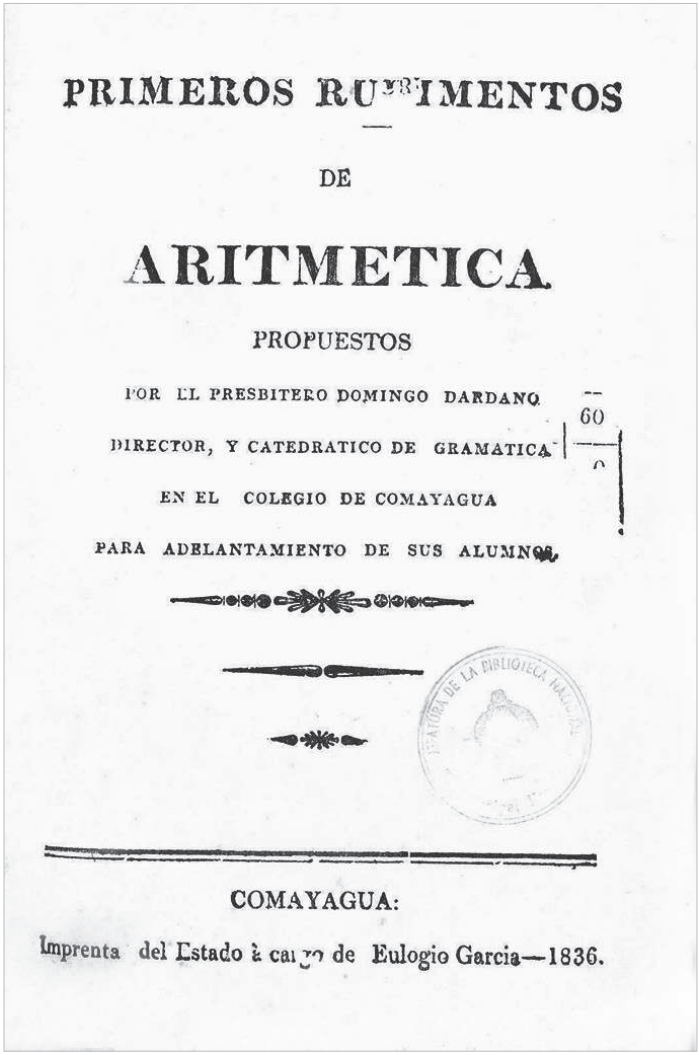
Gloria eterna á tu invento divino
donde halló la palabra su cumbre
y dos trémulas alas de lumbre
dio á la Idea en su marcha triunfal.
Fué muy alto tu noble destino:
elevar el espíritu humano,
encendiendo en el lóbrego arcano
de su noche un brillante fanal.

309. Turcios, Froylán, «Himno a Guttenberg», En: *Revista de la Universidad*, Tegucigalpa, Tomo II, N° 9, 15 de septiembre de 1910, pp.608-610. (B-BCH).

Resplandece en los siglos tu nombre, etc.

Salve insigne varón legendario,
de los hombres sublime portento,
bajo el puro y azul firmamento
tu creación se verá refulgir.
Para tí es el laurel milenario
que á través de la Historia perdura.
Crecerá tu grandiosa figura
en los tiempos que están por venir.

ANEXO 4
COMPLEMENTO DE ILUSTRACIONES



PRIMEROS RUDIMENTOS

DE

ARITMETICA

PROPUESTOS

POR EL PRESBITERO DOMINGO DARDANO

DIRECTOR, Y CATEDRATICO DE GRAMATICA

EN EL COLEGIO DE COMAYAGUA

PARA ADELANTAMIENTO DE SUS ALUMNOS.

60

COMAYAGUA:

Imprenta del Estado á cargo de Eulogio Garcia—1836.

Ilustración 25. Portada del libro *«Primeros rudimentos de aritmética»*, de Domingo Dárdano, primer libro publicado en Honduras (Comayagua), en 1836 (Biblioteca Nacional)

ESTATUTOS

DE LA ACADEMIA LITERARIA

O

UNIVERSIDAD,

DEL ESTADO DE HONDURAS.

DECRETADOS POR EL GOBIERNO EN 1.º DE NOVIEMBRE DE 1849.

Y

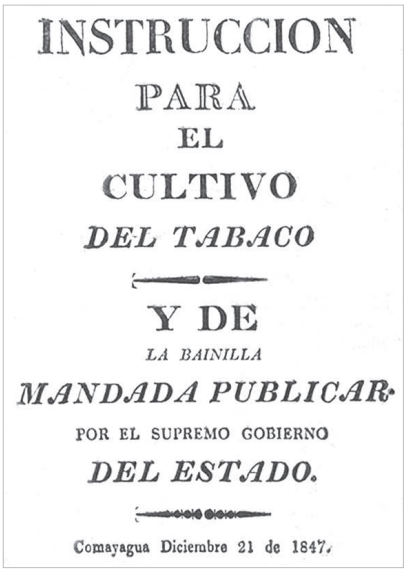
APROBADOS POR LAS CAMARAS EN 2 DE JULIO DE 1850.

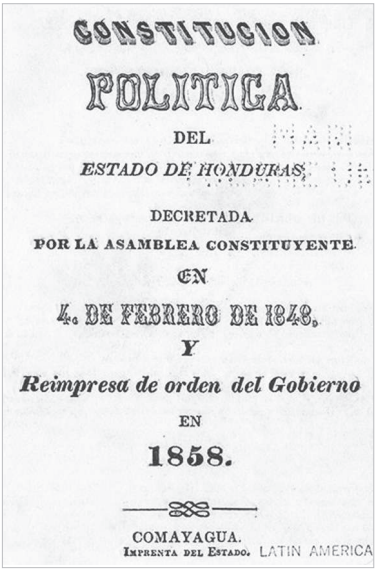


Tegucigalpa Imprenta de la Academia.

1851.

Ilustración 26. Portada del libro *«Estatutos de la Academia Universitaria o Universidad del Estado de Honduras»*, (1851), probablemente una de las primeras obras publicadas en la imprenta de la Universidad fundada por José Trinidad Reyes y Juan Lindo (Archivo del autor)





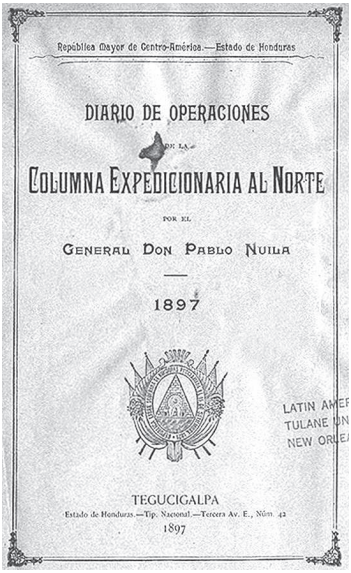
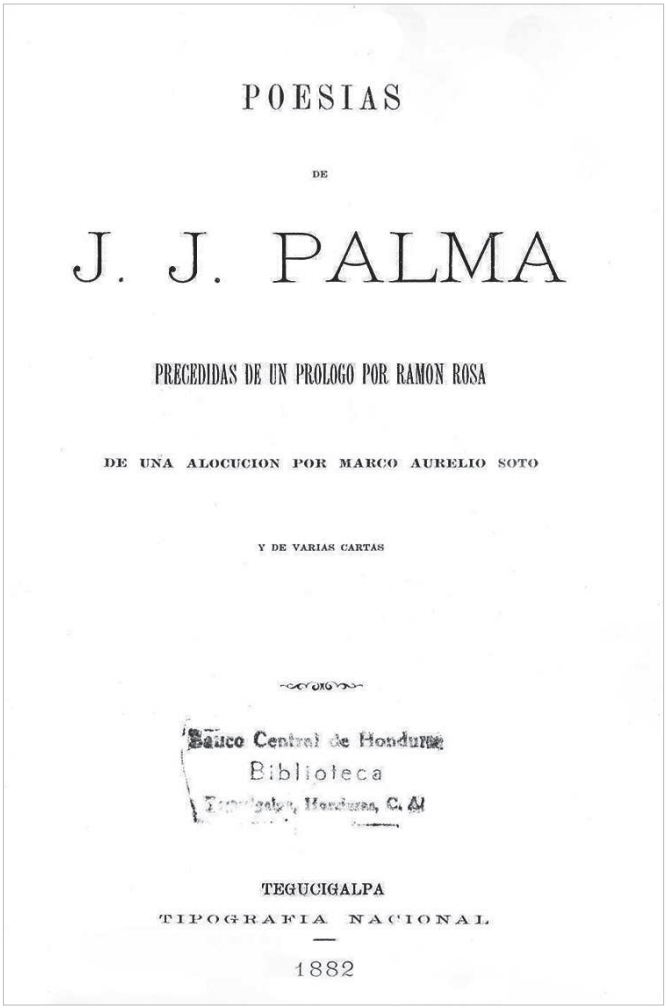


Ilustración 27,28 y 29. De arriba hacia abajo, portadas de los libros «*Constitución Política del Estado de Honduras*» (1848), «*Instrucción para el cultivo del tabaco y de la bainilla [sic]*» y «*Diario de operaciones*», libros publicados en Honduras durante el siglo XIX



POESIAS

DE

J. J. PALMA

PRECEDIDAS DE UN PROLOGO POR RAMON ROSA

DE UNA ALOCUCION POR MARCO AURELIO SOTO

Y DE VARIAS CARTAS

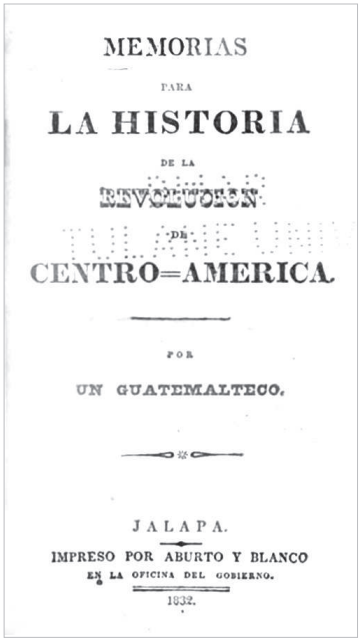
Banco Central de Honduras
Biblioteca
Tegucigalpa, Honduras, C. A.

TEGUCIGALPA

TIPOGRAFIA NACIONAL

1882

Ilustración 30. Portada del libro *Poesías*, del cubano José Joaquín Palma, que incluía prólogos de Ramón Rosa, Marco Aurelio Soto y José Martí, primer libro de poesías publicado en Honduras en 1882 (Biblioteca del Banco Central de Honduras)



MEMORIAS

PARA

LA HISTORIA

DE LA

REVOLUCION

DE

CENTRO=AMERICA.

POR

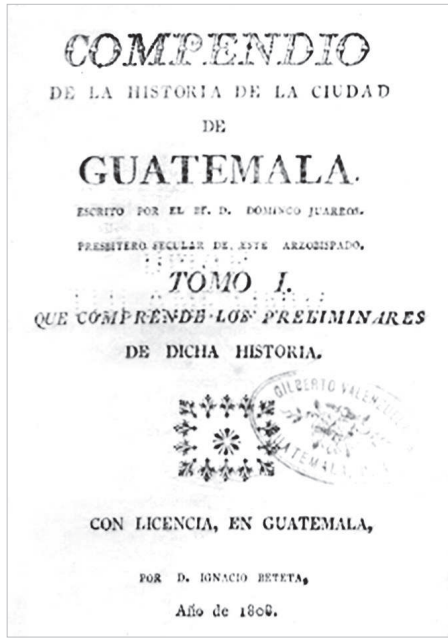
UN GUATEMALTECO.

JALAPA.

IMPRESO POR ABURTO Y BLANCO

EN LA OFICINA DEL GOBIERNO.

1832.



COMPENDIO

DE LA HISTORIA DE LA CIUDAD

DE

GUATEMALA.

ESCRITO POR EL BR. D. DOMINGO JUARROS.

PRESBITERO SECULAR DE ESTE ARZOBISPADO.

TOMO I.

QUE COMPRENDE LOS PRELIMINARES

DE DICHA HISTORIA.

CON LICENCIA, EN GUATEMALA,

POR D. IGNACIO BETETA,

Año de 1808.

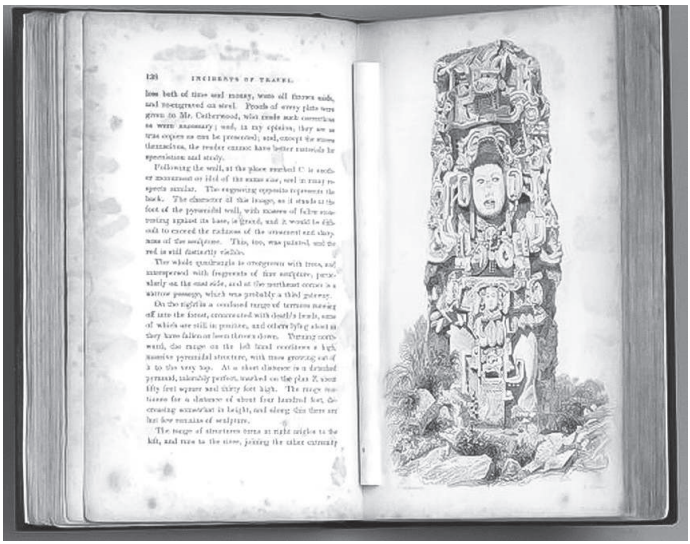
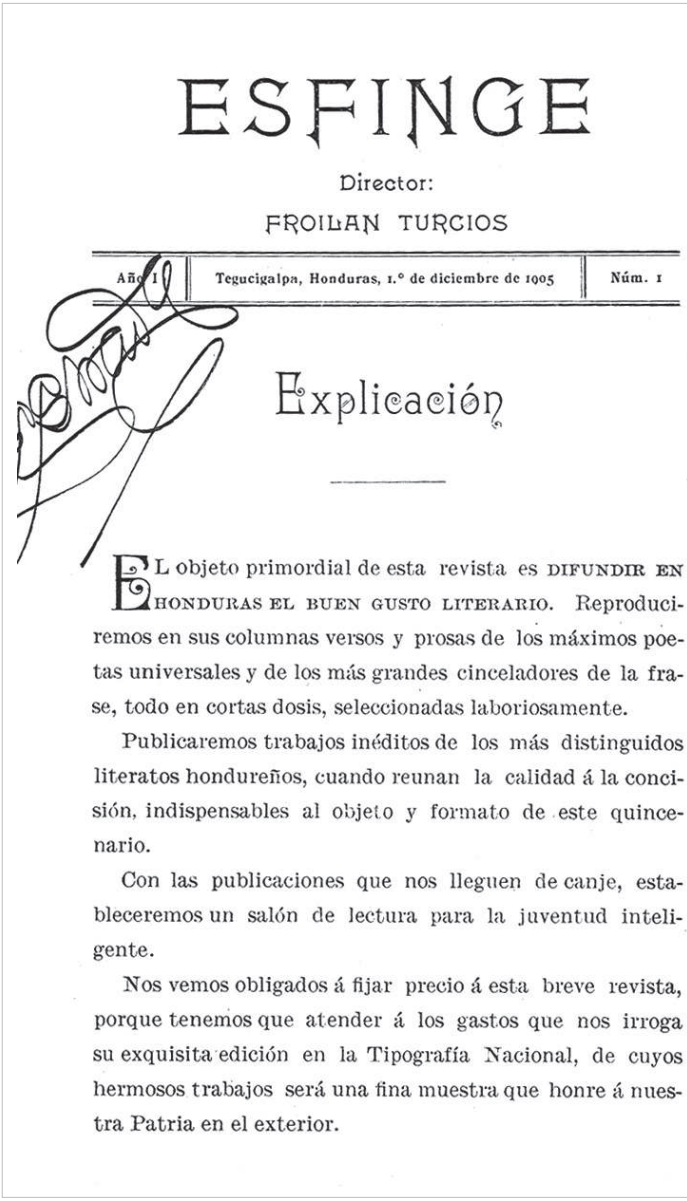


Ilustración 31, 32 y 33. Portadas de los libros *Historia de la Revolución de Centroamérica* (Manuel Montúfar, 1832), *Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala* (Domingo Juarros, 1808) y de *Incidents of Travels in Yucatan, Chiapas and Central America* (John L. Stephens, 1843), obras extranjeras que circularon entre los lectores hondureños del siglo XIX (Archivo del autor)



ESFINGE

Director:

FROILAN TURCIOS

Año I | Tegucigalpa, Honduras, 1.° de diciembre de 1905 | Núm. 1

Explicación

EL objeto primordial de esta revista es DIFUNDIR EN HONDURAS EL BUEN GUSTO LITERARIO. Reproduciremos en sus columnas versos y prosas de los máximos poetas universales y de los más grandes cinceladores de la frase, todo en cortas dosis, seleccionadas laboriosamente.

Publicaremos trabajos inéditos de los más distinguidos literatos hondureños, cuando reunan la calidad á la concisión, indispensables al objeto y formato de este quincenario.

Con las publicaciones que nos lleguen de canje, estableceremos un salón de lectura para la juventud inteligente.

Nos vemos obligados á fijar precio á esta breve revista, porque tenemos que atender á los gastos que nos irroga su exquisita edición en la Tipografía Nacional, de cuyos hermosos trabajos será una fina muestra que honre á nuestra Patria en el exterior.

Ilustración 34. Portada del primer número de la *Revista Esfinge* (1905), de Froylán Turcios, la cual fue considerada como una de las mejores revistas literarias de Hispanoamérica



Ilustración 35. Don Santos Soto el día de su boda con Camila de Jesús Midence Soto en 1901. Además de ser el hombre más rico del país, Santos Soto fue el propietario de la librería «Santos Soto» en la Tegucigalpa de finales del siglo XIX, la mejor surtida de la ciudad. (Incluida en: Zepeda, Ismael, *La familia Midence: una historia vigente. Aproximación genealógica*, Tegucigalpa, Lithopress, 2005)



Ilustración 36. Fotografía en que aparecen en pose artística Manuel de Adalid y su hermana Lucila Gamero



Ilustración 37. Retrato de la profesora María Guadalupe Reyes de Carías, otra de las legendarias profesoras hondureñas del siglo XX, quien fue alumna en la escuela de la profesora Francisca Reyes (fuente: «Colección fotográfica de Jorge Amaya»)



Ilustración 38. Doña María Luisa Herradora, otra de las pioneras de la educación en Honduras. Fue la primera mujer integrada en la «Academia Hondureña de Geografía e Historia» (AHGH), y por décadas impartió clases de Geografía, Historia y Estudios Sociales en escuelas y colegios de Tegucigalpa (Fuente: «Fototeca del poeta José Gonzáles Paredes»)



Ilustración 37. Grupo de señoritas estudiantes de la antigua «Escuela Normal de Señoritas de Tegucigalpa», a comienzos del siglo XX. Junto a la «Escuela Francisca Reyes», aparecieron a comienzos del siglo XX en Tegucigalpa otros centros educativos de niñas y señoritas emblemáticos, como la Escuela Normal de Señoritas y el colegio «María Auxiliadora», que durante décadas formaron a niñas y muchachas de la capital. (Fuente: «página de facebook» del historiador León Rojas Carón)



Ilustración 38. Fotografía de la primera escuela de piano fundada en Santa Rosa de Copán a finales del siglo XIX (Fuente: «Enciclopedia Histórica de Honduras»)

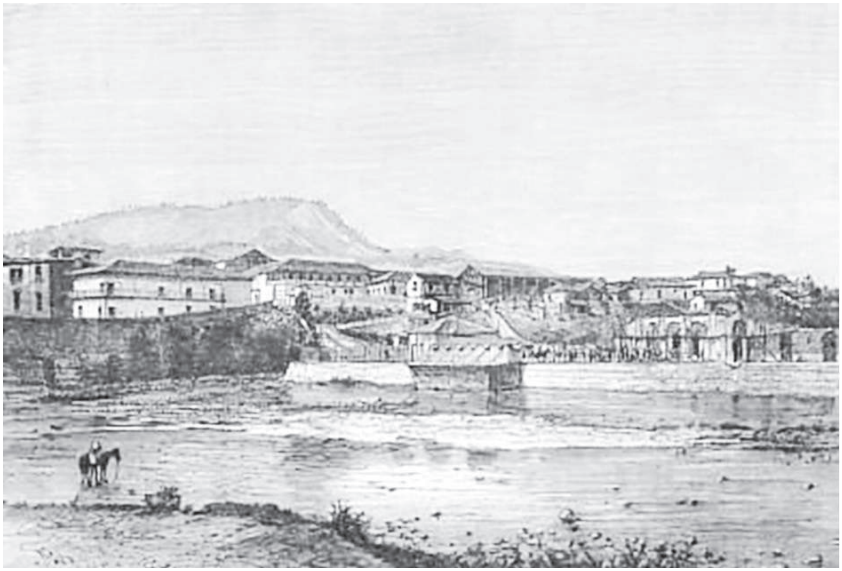


Ilustración 39. Pintura del año de 1878 de la ciudad de Tegucigalpa, convertida a partir de la Reforma Liberal en la «Ciudad letrada» de la nación. (Tegucigalpa, Vue Prise de la Ville de la Conception, Barclay, Engraved, by Barbant, 1878. Archivo del autor)





Ilustraciones 40, 41 y 42. José Santos Chocano (Perú), Porfirio Barba Jacob (Colombia) y Rafael Arévalo Martínez (Guatemala), intelectuales que vivieron en Honduras y que con la «clase letrada» del país, contribuyeron a desarrollar la «cultura libresca» en la Honduras de inicios del siglo XX (Archivo del autor).



Ilustración 43. Busto del maestro cubano Francisco de Paula Flores (el maestro «Pancho») en la ciudad de Juticalpa, Honduras. El maestro «Pancho» fue de los personajes que estimuló las primeras lecturas de Froylán Turcios (Fotografía del autor)



Ilustración 44. Biblioteca Nacional de Honduras, fundada por la Reforma Liberal en 1880 (Fotografía del autor)



Ilustración 45. Casa natal de Froylán Turcios en Juticalpa, lugar en donde inició sus primeras lecturas en la Biblioteca de su padre (Foto del autor)



Ilustración 46. Casa de Rafaela Valenzuela en Juticalpa abuela materna de Froylán Turcios, en donde el poeta realizaba sus lecturas preferidas (Fotografía del autor)



Ilustración 47. Interior de la casa de Rafaela Valenzuela, donde Turcios realizó la mayoría de sus lecturas en su infancia olanchana (Foto del autor)



Ilustración 48. Centenario árbol de tamarindo en la casa de la abuela de Turcios, donde el poeta se subía a saciar sus «lecturas en soledad» (Foto del autor)



Ilustración 49. Junta Directiva del Ateneo de Honduras en 1914. De izquierda a derecha: Esteban Guardiola (Vocal 1°), Rafael Heliodoro Valle (Secretario 1°), Froylán Turcios (Presidente), Samuel Laínez (Vocal 2°), Adán Canales (Secretario 2°) y Pedro Nufio (Tesorero). (Foto cortesía del colega Edgar Soriano). El Ateneo —como *clase letrada*— aglutinó sin duda a una de las mejores generaciones literarias de Honduras, ya que además contaba con otros socios prominentes como Luis Andrés Zúñiga, Salatiel Rosales, Alfonso Guillén Zelaya, Luis Landa, Rómulo E. Durón, Rafael Coello R., Enrique Pinel y el pintor Carlos Zúñiga Figueroa entre otros.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

I) BIBLIOGRAFÍA

1) ACOSTA, Oscar (Antólogo), (1978), *Elogio de Tegucigalpa*, Concejo Metropolitano del Distrito Central, 1ª edición.
2) _____ (1981), *Rafael Heliodoro Valle. Vida y obra*, Roma, Instituto Ítalo-Latino Americano, 3ª edición.
3) ALVARADO, Arturo (1994), *Por otra lectura de «Angelina»*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Cuadernos Universitarios, N° 81, 1ª edición.
4) AMAYA, Jorge Alberto (1997), *Los árabes y palestinos en Honduras*, Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, Colección Códices de Ciencias Sociales, 1ª edición.
5) ANDERSON, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México DF, Fondo de Cultura Económica (FCE), 1ª edición en español.
6) ANDERSON IMBERT, Enrique (1993), *Historia de la literatura hispanoamericana: la Colonia. Cien años de República*, México DF, Fondo de Cultura Económica (FCE), Colección Breviarios, N° 89, Tomo I, 8ª reimpresión,
7) ARGUETA, Mario (1998), *Diccionario de escritores hondureños*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Letras Hondureñas, N° 71, 1ª edición.
8) ARGUETA, Mario, y REINA VALENZUELA, José, (1978), *Marco Aurelio Soto y la Reforma Liberal de 1876*, Tegucigalpa, Banco Central de Honduras (BCH).

9) ARITA PALOMO, Carlos Manuel (1983), *Panorama literario de América: Vida y obra de Froylán Turcios*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Cuadernos, N° 31, 1ª edición.
10) ATENEO DE HONDURAS (1913), *Estatutos del Ateneo de Honduras*, Tegucigalpa, Ateneo de Honduras, 1ª edición.
11) BARAHONA, Marvin (1989), *La hegemonía de los Estados Unidos en Honduras (1907-1932)*, Tegucigalpa, Centro de Documentación de Honduras (CEDOH), 1ª edición.
12) BAQUERO, Gastón (1991), *Indios, blancos y negros en el caldero de América*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica.
13) BERISTAIN DE SOUZA, José Mariano (1883), Biblioteca Hispanoamericana Septentrional, México DF.
14) BIBLIOTECA NACIONAL (1906), *Catálogo de la Biblioteca Nacional*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional.
15) BOYD, Carter (1968), *Literatura hispanoamericana a través de sus revistas*, México DF, Ediciones Andrea.
16) BUMGARTNER, Louis E., (1997), *José del Valle de América Central*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Biografías, N° 3, 1ª edición en español, Traducción de Octavio Sánchez.
17) CÁCERES LARA, Víctor (1992), *Astillas de Historia*, Tegucigalpa, Centro Editorial/Ediciones del Banco Atlántida,
18) CANELAS DÍAZ, Antonio (1999), *La Ceiba, sus raíces y su historia (1810-1940)*, la Ceiba, Tipografía Renacimiento, 2ª edición.
19) CARÍAS, Marcos (Compilador), (1980), *Ramón Rosa. Obra escogida*, Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, 1ª edición.
20) CASTILLO, Roberto (2000), *Filosofía y pensamiento hondureño*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Docencia, N° 72, 1ª edición.
21) CAVALLO, Guglielmo y CHARTIER, Roger (1998), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus.
22) CHAPA BEZANILLA, María de los Ángeles (2004), *Rafael Heliodoro Valle, humanista de América*, México DF, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1ª edición.
23) _____ (2005), *Guía Bibliográfica Centroamericana del fondo Rafael Heliodoro Valle de la Biblioteca Nacional (1822-1968)*, México DF, Universidad

Nacional Autónoma de México (UNAM)- Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1ª edición.

24) CHARTIER, Roger (1994), *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza Editorial, Colección Alianza Universidad, 1ª reimpresión.

25) CORTÉS, Carlos R., (2000), *Obra educativa relevante del Doctor Ramón Rosa*, Tegucigalpa, Secretaría de Cultura, Artes y Deportes, Editorial Cultura, Colección Arca de Noé, 1ª edición.

26) CRUZ, Víctor (1990), *Historia de la educación en Honduras*, Tegucigalpa, UNAH/SUED, Multicopiado.

27) DABOVE, Juan Pablo (2005), *Ciudad letrada (Análisis)*, Colorado, University of Colorado.

28) DÁRDANO, Domingo (1836), *Primeros rudimentos de aritmética, propuestos por el Presbítero Domingo Dárdano, Director, y Catedrático de Gramática en el Colegio de Comayagua, para adelantamiento de sus alumnos*, Comayagua, Imprenta del Estado á cargo de Eulogio García.

29) DARÍO, Rubén (1975), *Poesías completas*, Edición de Alfonso Méndez Plancarte, Madrid, Aguilar.

30) DEL CID, María Trinidad, *La vida ejemplar de María Guadalupe Reyes de Carías*, Tegucigalpa, Talleres Tipo-litográficos Ariston, 1944.

31)

32) _____ (1998), *Prosas profanas*, Prólogo de Antonio Gamoneda, Madrid, Alianza Editorial, Biblioteca Conmemorativa del 30 Aniversario de Alianza Editorial.

33) DURÓN, Rómulo Ernesto (1887), *Ensayos poéticos*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1ª edición.

34) _____ (1896-1899), *Honduras literaria. Colección de escritos en prosa y verso*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, Tomos I y II, 1ª edición.

35) _____ (1915), *Biografía de Francisco Antonio Márquez*, Tegucigalpa, Tipo-Litografía y Fotograbados Nacionales, 1ª edición.

36) _____ (1927), *Bosquejo histórico de Honduras*, San Pedro Sula, Imprenta del Comercio, Biblioteca de la Sociedad de Geografía e Historia, 1ª edición.

37) DURÓN, Jorge Fidel (1946), Índice de la Bibliografía hondureña, Tegucigalpa, Imprenta Calderón, 1ª edición.

38) ESCOBAR, Salvador (1902), *Geografía descriptiva*, Ciudad de Guatemala, Librería y Papelería de P. J. Guirola & Co., Sucesores de Antonio Partegás, 4ª edición.
39) FEBVRE, Lucien y MARTIN, Henri-Jean (1959), *La aparición del libro*, Madrid, UTEHA, 1ª edición en español.
40) FERRARI DE HÄRTLING, Guadalupe, *Recuerdos de mi vieja Tegucigalpa*, Imprenta La Libertad, 1953.
41) FERRO, Carlos (1971), *San Martín y Morazán*, Tegucigalpa, Editorial Nuevo Continente.
42) FIALLOS, Ernesto Constantino (1890), *A Sketch of Central America*, Washington, Gibson Broso, 1ª edición.
43) FUNES, José Antonio (2006), *Froylán Turcios y el Modernismo en Honduras*, Tegucigalpa, Litografía López/Edición del Banco Central de Honduras (BCH), 1ª edición.
44) FURLONG, Guillermo (1952), *José Toribio Medina, el amigo máximo del libro*, Buenos Aires.
45) GAMERO DE MEDINA, Lucila (1997), *Adriana y Margarita*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Letras Hondureñas, N° 70.
46) GARCÍA LAGUARDIA, Jorge Mario (1976), *Orígenes de la Democracia Constitucional en Centroamérica*, San José de Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 2ª edición.
47) _____ (1982), *El pensamiento de José Cecilio del Valle*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria.
48) GARCÍA, Miguel Ángel (1971-1973), *Bibliografía hondureña: 1620-1971*, Tegucigalpa, Banco Central de Honduras (BCH), 3 Volúmenes (1971-1973).
49) _____ (1988), *La Imprenta en Honduras: 1828-1975*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Letras Hondureñas, N° 35, 1ª edición.
50) GERBI, Antonello (1993), *La disputa del Nuevo Mundo: Historia de una polémica. 1750-1900*, México DF, Fondo de Cultura Económica (FCE), Sección de Obras de Historia, 1ª reimpresión.
51) GOETSCHEL, Ana María, Educación de las mujeres, maestras y esferas públicas, Quito en la primera mitad del siglo XX, Quito, Ediciones FLACSO, 2007.

52) GÓMEZ CARRILLO, Agustín (1892), *Compendio de Historia de la América Central*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Hernando y Cía.
53) GONZÁLEZ, José (2005), *Diccionario biográfico de historiadores hondureños*, Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, Colección Lámpara de Crítica y Cultura, 1ª edición.
54) GUARDIOLA, Esteban (1955), *Historia de la Universidad*, Tegucigalpa, Talleres Tipográficos Nacionales.
55) GUTIÉRREZ, Carlos F., (1899), *Angelina. Novela histórica hondureña*, Tegucigalpa, La Prensa Popular.
56) HERRANZ, Atanasio (2000), *Estado, sociedad y lenguaje. La política lingüística en Honduras*, Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, Colección Códices de Ciencias Sociales, 2ª edición.
57) INESTROZA, Jesús Evelio (2003), *La escuela hondureña en el siglo XIX*, Tegucigalpa, Fondo Editorial de la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán (UPNFM), Colección Textos, 1ª edición.
58) INFANTE, Segisfredo (1993), *El libro en Honduras*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Cuadernos Universitarios, N° 78, 1ª edición.
59) LÁSCARIS, Constantino (1982), *Historia de las ideas en Centroamérica*, San José de Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), Colección Seis, 2ª edición.
60) LAURENT, F., (1881), *La intolerancia Católica*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1ª edición.
61) LEIVA VIVAS, Rafael (1978), *Presencia de Máximo Gómez en Honduras*, Tegucigalpa, Editorial de la UNAH.
62) LEMUS, Manuel y BURGEOIS, H. G., (1897), *Breve noticia sobre Honduras. Datos geográficos, estadísticos e informaciones prácticas*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1ª edición.
63) LEÓN GÓMEZ, Alfredo (1990), *Aspectos psicológicos de la obra literaria de Juan Ramón Molina*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Cuadernos Universitarios, N° 73, 1ª edición.
64) LÓPEZ, Manuel Sabino (1884), *Compendio de la Historia de Honduras*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1ª edición.
65) MALDONADO, Carlos y ARGUETA, Mario (1996), *Poesía nacional desconocida del siglo XIX*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección 18 Conejo de Poesía y Cuento, N° 23, 1ª edición.

66) MANGUEL, Alberto (2005), *Una historia de la lectura*, Madrid, Alianza Editorial.
67) MARIÑAS OTERO, Luis (1987), *Honduras*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Realidad Nacional, N° 6, 3ª edición.
68) MARTÍNEZ, Juan Ramón (Introducción, selección y notas), (1994), *Lucila Gamero de Medina: una mujer ante el espejo*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Letras Hondureñas, N° 65, 1ª edición.
69) _____ (2007), *Porfirio Barba-Jacob y su paso por Honduras*, Tegucigalpa, Ediciones 18 Conejo/Editorial Guardabarranco, 1ª edición.
70) MARTÍNEZ, Mario Felipe (1967), *Capítulos sobre el Colegio Tridentino de Comayagua y la educación colonial en Honduras*, Tegucigalpa, Compañía Editora Nacional/UNAH.
71) MARTÍNEZ, José Luis (1987), *El libro en Hispanoamérica. Origen y desarrollo*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Biblioteca del Libro, Serie «Minor», 3ª edición.
72) MARTÍNEZ, José Francisco (1987), *Literatura hondureña y su proceso generacional*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Letras Hondureñas, N° 28, 1ª edición.
73) MARTÍNEZ LÓPEZ, Eduardo (1907), *Historia de Centroamérica. 1502-1821*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1ª edición.
74) MEDINA, José Toribio (1891), *Bibliografía de la imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta 1817*, Santiago de Chile.
75) _____ (1892), *Historia y bibliografía de la imprenta en el antiguo Virreinato del Río de la Plata*, París.
76) _____ (1904), *La imprenta en Bogotá (1739-1810). Notas bibliográficas*, Santiago de Chile.
77) _____ (1904-1905), *La imprenta en Lima (1584-1824)*, Santiago de Chile, 4 Volúmenes.
78) _____ (1907), *La imprenta en México (1539-1821)*.
79) _____ (1910), *La imprenta en Guatemala (1660-1821)*, Santiago de Chile.
80) MEDINA DURÓN, Juan Antonio (1973), *El tema de la muerte en la novelística de Froylán Turcios*, Tegucigalpa, Tesis de Grado, Escuela Superior del Profesorado Francisco Morazán (ESPFM).
81) MEJÍA, Martha Luz (1999), *Jorge Fidel Durón*, Tegucigalpa, Graficentro Editores, 1ª edición.
82) MEJÍA, Medardo (1999), *Capítulos provisionales sobre Paulino*

Valladares, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Cuadernos Universitarios, 1ª Edición facsimilar.

83) MEMBREÑO, Alberto (1895), *Hondureñismos*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional.

84) MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1948), *Historia de la poesía Hispano-Americana*, Santander, Aldus SA..

85) MOLINA, Juan Ramón (1977), *Tierras, mares y cielos*, Edición, selección y notas de Julio Escoto, San José de Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), Colección Aula, 1ª edición.

86) _____ (1984), *Prosas*, Tegucigalpa, Secretaría de Cultura y Turismo (SECTUR), Colección Biblioteca Básica de Cultura Hondureña, N° 2, 2ª edición.

87) MOLINA CHOCANO, Guillermo (1976), *Estado liberal y desarrollo capitalista en Honduras*, Tegucigalpa, EDISOFF, 1ª edición.

88) MOLINA JIMÉNEZ, Iván (2004), *La estela de la pluma. Cultura impresa e intelectuales en Centroamérica durante los siglos XIX y XX*, San José de Costa Rica, EUNA.

89) MONTERROSO, Augusto (1993), *Los buscadores de oro*, México DF, Alfaguara, 1ª edición.

90) OQUELÍ, Ramón (Antólogo), (1981), *José del Valle, Antología*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Realidad Nacional, N° 6, 1ª edición.

91) _____ (1972), *El pensador y su mundo: Paulino Valladares*, Tegucigalpa, Editorial Nuevo Continente, 1ª edición.

92) _____ (1985), *Los hondureños y las ideas*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Cuadernos Universitarios, N° 49, 1ª edición.

93) _____ (1988), *Bibliografía sociopolítica de Honduras*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Realidad Nacional, N° 20, 1ª edición.

94) _____ (1997), *Honduras: estampa de la espera. Sucesos públicos y vida cotidiana*, Tegucigalpa, Editorial Subirana.

95) OYUELA, Leticia de (1994), *Ramón Rosa: Plenitudes y desengaños*, Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, Colección Códices de Ciencias Sociales, 1ª edición.

96) _____ (2000), *De la Corona a la Libertad. Documentos comentados para la Historia de Honduras: 1778-1870*, Tegucigalpa, Editorial Subirana,

Colección Manuel Subirana, N° 11, 1ª edición.
97) PALMA, José Joaquín (1882), *Poesías. Precedidas de un prólogo de Ramón Rosa, de una alocución de Marco Aurelio Soto*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1ª edición.
98) PAZ BARNICA, Edgardo (1988), *La oratoria en Honduras. Desde la colonia hasta nuestros días*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Letras Hondureñas, N° 37, 2ª edición.
99) PAZ Y SALGADO, Antonio de (2006), *Las luces del cielo de la iglesia- El mosqueador añadido*, Tegucigalpa, Edición de Héctor Leyva, Colección Estudios Coloniales, N° 1.
100) PÉREZ BRIGNOLI, Héctor y CARDOSO, Ciro, (1977), *Centroamérica y la economía occidental*, San José de Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
101) RAMA, Ángel (1984), *La ciudad letrada*, Hanover (Estados Unidos), Ediciones del Norte.
102) RAMOS, Víctor Manuel (2007), *Antonio Ramón Vallejo: vida y obra*, Tegucigalpa, Secretaría de Cultura, Artes y Deportes, Colección Premios, 2ª edición.
103) RANDAZZO EISEMANN, Francesca (2005), *Honduras, la patria esperada: nación y poesía*, Ciudad de Guatemala, Tesis de Maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Programa Centroamericano de Posgrado, Maestría en Ciencias Sociales.
104) REINA VALENZUELA, José (1965), *Dr. Rómulo E. Durón. Estudio biográfico*, Tegucigalpa, Editorial del Ministerio de Educación.
105) _____ (1976), *Historia de la Universidad*, Tegucigalpa, Editorial de la UNAH.
106) _____ (1994), *Esteban Guardiola (Ensayo biográfico)*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Biografías, N° 1, 1ª edición.
107) REYES, Manuel, (1971), *Catálogo del Museo del Libro Antiguo*, Ciudad de Guatemala.
108) REYES, Carlos H., (1890), *Separación de la Iglesia y del Estado. Libertad de Conciencia. Tolerancia de Cultos*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional.
109) RIVERA, Jorge B., (1968), *El folletín y la novela popular*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
110) RIVERA Y MORILLO, Humberto (1966), *Juan Ramón Molina*, San Pedro Sula, Impresora La Cultura.

111) RODRÍGUEZ AYESTAS, Julio (Compilador), (1972), *Hondureños ilustres en la pluma de Paulino Valladares*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1ª edición.
112) ROSA, Marco Antonio (1972), *Tegucigalpa, Ciudad de remembranzas*, Tegucigalpa, Imprenta Calderón.
113) _____ (1972), *La Tegucigalpa de mis primeros años*, Tegucigalpa.
114) RUBIO MELHADO, Adolfo (1953), *Geografía general de la República de Honduras*, Tegucigalpa, Imprenta Calderón, 1ª edición.
115) SALGADO, Félix, *Compendio de la Historia de Honduras*, Comayagüela, Imprenta El Sol, 1ª edición.
116) SANTANA, Adalberto, *El pensamiento de Francisco Morazán*, Tegucigalpa, Fondo Editorial de la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán (UPNFM), Colección Biblioteca Morazánica, 1ª edición, 1992.
117) SECRETARÍA DE CULTURA, ARTES Y DEPORTES (2005), *Biblioteca Nacional: Guía de Usuario*, Tegucigalpa, Talleres Gráficos de la Secretaría de Cultura, Artes y Deportes, 1ª edición.
118) SIERRA, Rolando (2002), *El problema de la idea de nación en la Honduras del siglo XIX*, Tegucigalpa, Litografía López/Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Colección Visión de País, N° 5, 1ª edición.
119) SOMMER, Doris (1991), *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*, Berkeley, University of California.
120) SORIANO, Oscar (1997), *Ideas acerca de la educación en José Cecilio del Valle*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Cuadernos Universitarios, N° 92, 1ª edición.
121) SOTO, Santos (1892), *Catálogo de la Librería Santos Soto*, Tegucigalpa, La Prensa Popular.
122) SQUIER, Ephraim G., (1870), *Honduras descriptiva, histórica y estadística*, Edición de Carlos Gutiérrez, 1ª edición en español, Londres, Trubner & Company..
123) TARACENA ARRIOLA, Arturo (2002), *Etnicidad, Estado y nación en Guatemala, 1808-1944*, Ciudad de Guatemala, Litografía Nawal-Wuj-Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica (CIRMA), Colección ¿Por qué estamos como estamos?, 1ª edición.
124) THOMPSON, George (1829), *Narrative of an Official Visit to Guatemala*

from Mexico, Londres, John Murray.
125) THOMPSON, Lawrence, (1962), *Printing in Colonial Spanish America*, Hamden.
126) TURCIOS, Froylán (1895), *Mariposas*, Tegucigalpa, Imprenta del Gobierno, 1ª edición.
127) _____ (1980), *Memorias*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, 1ª edición.
128) _____ (2000), *Páginas del ayer*, Tegucigalpa, Secretaría de Cultura, Artes y Deportes, Colección Biblioteca Básica de Cultura Hondureña, N° 16, 2ª edición.
129) _____ (2004), *Almas trágicas*, Tegucigalpa, Editorial Iberoamericana, Edición de José Antonio Funes.
130) _____ (2005), *Todos los cuentos*, Edición de José Antonio Funes, Tegucigalpa, Secretaría de Cultura, Artes y Deportes/Edicult, 1ª edición.
131) UMAÑA, Helen (1999), *Panorama crítico del cuento hondureño*, Ciudad de Guatemala, Editorial Letra Negra/Editorial Iberoamericana de Tegucigalpa, Colección Ensayo Centroamericano, N° 1, 1ª edición.
132) _____ (2005), *La novela hondureña*, Ciudad de Guatemala, Editorial Letra Negra, Colección Ensayo Centroamericano, N° 4, 1ª reimpresión.
133) UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE HONDURAS (UNAH), (1988), *Rafael Heliodoro Valle*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, Colección Homenajes, N° 1.
134) VALLE, Rafael Heliodoro (1914), *Bibliografía maya*, México DF.
135) _____ (1930), *Bibliografía mexicana*, México DF.
136) _____ (1934), *Bibliografía de don José Cecilio del Valle*, México DF, Ediciones del Número, 1ª edición.
137) _____ (1950), *Bibliografía Cervantina en la América Española*, México DF, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
138) _____ (1953), *Bibliografía de Hernán Cortés*, México DF, Sociedad de Estudios Cortesianos.
139) _____ (1959), *Bibliografía de don Miguel Hidalgo y Costilla*, México DF, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Boletín de la Biblioteca Nacional, N° 1, segunda época, Tomo X, enero-marzo de 1959.

140) _____ (1981), *Historia de la cultura hondureña*, Tegucigalpa, Editorial Universitaria, 1ª edición.
141) VALLE, Rafael Heliodoro y VALLADARES, Juan Bautista (Antólogos), (1948), *Oro de Honduras. Antología de Ramón Rosa*, Tegucigalpa, Ariston, Tomo I.
142) VALLEJO, Antonio Ramón (1882), *Compendio de la Historia Social y Política de Honduras, aumentada con los principales acontecimientos en Centro América, para uso de los colegios de 2ª Enseñanza*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1ª edición,
143) _____ (1893), *Primer Anuario Estadístico, correspondiente al año de 1889*, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1ª edición.
144) VERA, Robustiano (1899), *Apuntes para la Historia de Honduras*, Santiago de Chile, Imprenta del Correo Delicias, 1ª edición.
145) VIADA, Eduardo (1887), *Elementos de geografía de Honduras*, Trujillo (Honduras), Imprenta La Impresora, 2ª edición.
146) VILLARS, Rina, Para la casa más que para el mundo: sufragismo y feminismo en la historia de Honduras, Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, 2001.
147)
148) WELLS, William V. (1978), *Exploraciones y aventuras en Honduras*, San José de Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA)/Banco Central de Honduras (BCH), 2ª edición en español.
149) YANKELEVICH, Pablo (1988), *Honduras*, México DF, Alianza Editorial Mexicana, Instituto de Estudios José María Luis Mora, Colección América Latina.
150) ZELAYA, Gustavo (2001), *El legado de la Reforma Liberal*, Tegucigalpa, Editorial Guaymuras, Colección Códices de Ciencias Sociales, 2ª edición.
151) ZEPEDA, Ismael (2005), *La familia Midence: Una historia vigente. Aproximación a su genealogía*, Tegucigalpa, Lithopress, 1ª edición.

II) ARTÍCULOS DE REVISTAS Y COMPILACIONES

1) ARDÓN JIMÉNEZ, Gabriela Eunice, «La publicación de revistas culturales de mujeres en Honduras (1932-1948)», en: *CUADERNOS DE HISTORIA DE HONDURAS*, Tegucigalpa, Vol. 1, N° 1, enero-diciembre de 2021, pp. 58-69.

2) ARGUETA, Mario, «Aniversario de la Academia de Geografía e Historia», En: *Revista de la Sociedad de Geografía e Historia*, Tegucigalpa, diciembre del 2002, pp. 99-100.

3) ASTURIAS, Miguel Ángel, «Juan Ramón Molina, poeta gemelo de Rubén», En: *Antología de Juan Ramón Molina*, San Salvador, Ministerio de Educación, 1959.

4) CARÍAS REYES, Marcos, «Presencia de Barba-Jacob en Tegucigalpa», En: *Revista Tegucigalpa*, Tomo XXIX, (1-2), 1946, p. 964.

5) CHAMBERS, Sarah, «Cartas y salones: mujeres que leen y escriben la nación en la Sudamérica del siglo XIX», En: *Revista Araucaria*, Sevilla, Universidad de Sevilla, Primer semestre, Volumen 6, N° 013, 2005.

6) CHAPMAN, José Francisco, «La Biblioteca Nacional: un gran libro lleno de Historia», En: *Cuadernos EDUMEDIA*, Caracas, Año 3, N° 10, pp. 4-15.

7) CRUZ, Víctor, «Educación y papel de la mujer en el periodo de transición del siglo XVIII al XIX en Mesoamérica», En: *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, Santa Fe de Bogotá, N° 4, 2002, pp. 201-220.

8) DARÍO, Rubén, «Letras centroamericanas: Honduras», En: *Centro América*, Ciudad de Guatemala, Tipografía Sánchez & Guise, Vol. XII, N° 3, 1920, pp. 439-440.

9) DE LAS HERAS, Jesús, «Aportes de Francisca Reyes y José Trinidad Reyes a la educación del siglo XIX en Honduras», en: *REVISTA DE LA UNIVERSIDAD*, Tegucigalpa, Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), Vol. 1, 2022, pp. 152-158.

10) DURÓN, Rómulo Ernesto, «La campana del reloj», En: *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales*, Tomo III, N° 13 y 14, 25 de mayo de 1907, pp. 431-435.

11) DURÓN, Jorge Fidel, «Tegucigalpa en las primeras décadas de nuestro siglo», En: Yankelevich, Pablo (Compilador), *Honduras, Textos de su Historia*, México DF, Editorial Patria, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, Colección Textos de Historia de Centroamérica y el Caribe, 1990, pp. 600-627.
12) GARCÍA, Miguel Ángel, «El primer hondureño que escribió un libro», En: *Anales del Archivo Nacional*, Tegucigalpa, 2ª Época, Tomo I, N° 3, mayo-diciembre de 1991, p. 51.
13) GOODMAN, Dena, «Enlightenment Salons: The Convergence of Female and Philosophic Ambitions», En: *Eighteenth- Century Studies*, Vol. 22, N° 3, Spring, pp. 317-350.
14) MARIÑAS OTERO, Luis, «Antonio Maceo en Honduras», En: *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales*, Tegucigalpa, Vol. XXXIII.
15) MARTÍNEZ, Mario Felipe, «Honduras hace 150 años», En: Pérez Brignoli, Héctor y otros (Antólogos), *De la sociedad colonial a la crisis del 30*, Tegucigalpa, Editorial Nuevo Continente, 1973.
16) MEJÍA NIETO, Arturo, «¿Ha cambiado Tegucigalpa?», En: *Revista Extra*, Tegucigalpa, Año XII, N° 15, octubre de 1966.
17) MENDOZA, Ofelia, «La educación en Honduras. Esbozo histórico», En: *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales*, Tegucigalpa, Tomo XIX, N° 1, 1941, pp. 761-764.
18) MEMBREÑO, Alberto, «La Universidad antes de 1878», En: *Revista de la Universidad*, Tegucigalpa, Tomo XIII, enero de 1948, pp. 380-382.
19) MOLINA JIMÉNEZ, Iván, «Azul por Rubén Darío. El libro de moda. La cultura libresca del Valle Central de Costa Rica (1780-1890)», En: MOLINA JIMÉNEZ, Iván y PALMER, Steven (Editores), *Héroes al gusto y libros de moda: sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*, San José de Costa Rica, Editorial Porvenir/Plumsock Mesoamerican Studies, 1992, pp. 137-168.
20) MORAÑA, Mabel, «De la Ciudad Letrada al imaginario nacionalista: Contribuciones de Ángel Rama a la invención de América», En: *Políticas de la escritura en América Latina: de la Colonia a la Modernidad*, Caracas, 1997, pp. 165-173.
21) MORRIS, Andrés, «Un mapa de artesanía», En: *Revista Extra*, Tegucigalpa, N° 55, febrero de 1970, pp. 23-24.

22) OQUELÍ, Ramón, «Rosa, esperanzado, violento y dolorido», En: *Revista Paraninfo*, Tegucigalpa, Año 2, N° 4, pp. 1-25.
23) PALMER, Steven, «Sociedad anónima, cultura oficial. Inventando la nación en Costa Rica. 1848-1900», En: MOLINA JIMÉNEZ, Iván y PALMER, Steven (Editores), *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*, San José de Costa Rica, Editorial Porvenir/Plumsock Mesoamerican Studies, 1992, 169-206.
24) PÉREZ BRIGNOLI, Héctor, «La Reforma Liberal en Honduras», En: *Cuadernos de Ciencias Sociales*, Tegucigalpa, N° 2, Editorial Nuevo Continente, 1973.
25) PERUS, Francoise, «Qué nos dice hoy la Ciudad Letrada de Ángel Rama», En: *Revista Iberoamericana*, N° 71.211, 2005, pp. 363-372.
26) RIVAS FERNÁNDEZ, José Bernal, «La creación del Archivo Nacional en la formación de la identidad nacional: los casos de Costa Rica y Honduras», En: Enríquez Solano, Francisco (Compilador), *Fin de siglo XIX e identidad nacional en México y Centroamérica*, Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2000, pp. 389-399.
27) SANTANA, Adalberto, «Honduras en la vida y obra de José Martí», En: *Revista Cuadernos Americanos*, México DF, UNAM, N° 55, 1995, pp. 221-231.
28) SIERRA, Rolando, «Interpretes de nuestra historia nacional», En. *Revista de la Academia de Geografía e Historia*, Tegucigalpa, diciembre del 2002, pp. 10-39.
29) VALLADARES, Juan Bautista, «Biblioteca de José Trinidad Reyes», En: *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales*, Tegucigalpa, Tomo XI, 1933, pp. 606-608.
30) VALLE, Rafael Heliodoro, «Historia intelectual de Honduras», En: *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales*, Tegucigalpa, Vol. XXVI, 1947 y 1948, pp. 385-390.
31) VEGA JIMÉNEZ, Patricia, «Una aproximación a la historia de la lectura en Costa Rica (1900-1930)», San José de Costa Rica, Universidad de Costa Rica, 2004.
32) WEBRE, Stephen, «Poder e ideología: la consolidación del sistema colonial», En: *Historia General de Centroamérica*, Madrid, Tomo II (La Época Colonial), FLACSO/ Ediciones Siruela, 1993, pp. 210-213.

III) CIBERGRAFÍA

1) AMAYA, Jorge Alberto, «Los estudios culturales en Honduras: la búsqueda de algunas fuentes culturales para la reconstrucción del imaginario nacional hondureño», En: *Revista Diálogos*, Revista Electrónica de Historia, San José de Costa Rica, Universidad de Costa Rica, Escuela de Historia, Volumen 6, Nº 2, agosto del 2005-febrero del 2006, En: https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/dialogos/article/view/6217/5920 2006.

2) «Order of Francisco Morazán», En: www.medals_org-uk-honduras-images-honduras_jpg.htm, 2001.

3) MARTÍNEZ, Francisco Mauricio, «Con nombre propio: Los libros que un día estuvieron en manos de intelectuales guatemaltecos se encuentran en bibliotecas poco visitadas», En: www.prensalibre.com/...260605/dcultural.shtml, Ciudad de Guatemala, 2005.

IV) GACETAS Y PERIÓDICOS

1) La Gaceta, *Acuerdo en el que se manda que en todos los colegios y escuelas se enseñe español*, Tegucigalpa, N° 140, 24 de diciembre de 1881, p. 1.

2) La Gaceta, *Acuerdo en el que se manda que en todos los colegios y escuelas se enseñe español*, Tegucigalpa, N° 162, 31 de mayo de 1882, p. 1.

V) FUENTES DOCUMENTALES

1) ANH, *Ley de Instrucción Primaria*, Comayagua, Imprenta del Gobierno, 1866.

2) REPÚBLICA DE HONDURAS, *Mapa de Honduras*, Roma, Istituto Poligráfico e Zecca dello Statu, 1964, Escala 1:500,000.

VI) FUENTES PRIMARIAS Y DOCUMENTALES

1. Archivo fotográfico del historiador Edgar Soriano, Tegucigalpa DC, 2010.
2. Archivo fotográfico de don Roberto Zavala, Tegucigalpa DC, 2010.
3. Archivo fotográfico de Jorge Alberto Amaya, Tegucigalpa DC, 2010.
4. Archivo fotográfico del poeta José González, La Paz, 2022.

5. Gaceta de Honduras, Tegucigalpa, N°, Serie 3, diciembre 12 de 1877. (ANH).
Rosa, Ramón, *Acuerdo de Nombramiento de la primera Directora del Colegio de Enseñanza elemental para Niñas*, Tegucigalpa, 13 de noviembre de 1877. (ANH).

ABREVIATURAS

1) ANH (Archivo Nacional de Honduras).
2) B-AECI (Biblioteca de la Agencia Española de Cooperación Internacional).
3) B-BCH (Biblioteca del Banco Central de Honduras).
4) BNH (Biblioteca Nacional de Honduras).
5) BNM (Biblioteca Nacional de Madrid).
6) HN (Hemeroteca Nacional).



Otros títulos publicados por la Editorial Nacional Eva Thais

Colección Morazánica

- *Memorias, Manifiesto de David, Testamento* de Francisco Morazán (2022).
- *El pensamiento de Francisco Morazán* de Adalberto Santana (2022)
- *Escritos del General Francisco Morazán* de Carlos Meléndez Chaverri (2023).
- *San Martín y Morazán* de Carlos A. Ferro (2023).
- *Francisco Morazán Obras, La Organización del Estado de Honduras* (2023).

Colección 28 de Junio

- *La Historia como Lucha: la Organización del Frente Nacional de Resistencia Popular* de René Hernández Coto (2022).
- *La lucha del Movimiento Estudiantil Universitario de* Engels Bladimir López Sánchez (2023).
- El pensamiento de Xiomara Castro en sus discursos (1ra. Ed., 2023)
- *El pensamiento de Xiomara Castro en sus discursos* (2da. Ed., 2024).

Colección Infantil «Rubén Berríos»

- *La lección de pesca de Nuwani* de Teresa Leyva Carías (2022).
- *Francisco y Josefa Antología de cuento infantil* (2022).
- *Morazán, hijo amante de Centroamérica* de Isabel de Weitnauer (2024).
- *Quiatlán poemas y cuentos de jóvenes* de Colectivo de Jóvenes Poetas de Quimistán (2024).

Colección Narrativa «Mimí Díaz Lozano»

- *Antología de minificcionistas hondureñas* (2023).
- *Emergiendo del mar Antología de cuento poético* de Alejandra Flores Bermúdez, Adriana Padilla, Handy Álvarez, Alejandra Paredes Lardizábal y Luis Rojas (2023).
- *Peregrinaje* de Argentina Díaz Lozano (2024).

Colección Poética «Juana Pavón»

- *Malabarista de sueños* de Eva Thais (2022).
- *Abecedaria* Antología de poesía (2023).
- *Nosotras en la poesía Antología poética de mujeres paraiseñas* (2024).

Colección Fanzine

- *Escritoras y sufragistas* (2022).
- *El pequeño viajante* de Francisco Emilio Delgado Rodríguez (2022).
- *Resistencia de la tortilla* (2023).
- *Versos a la matria* (2024).

Colección Identidad Nacional

- *Reseña histórica y geográfica del naciente pueblo del Paraíso* de José María Ilias (2023).
- *Quince brochazos y tal vez una pincelada* de Armando Antonio Martínez (2023).

Colección de Biblioteca Básica Hondureña

- *El escándalo del ferrocarril* de Alfredo León Gómez (2024).
- *Aproximaciones sobre la historia de la lectura en Honduras* de Jorge Alberto Amaya Banegas (2024).

Colección Premios

- *Hablando entre nos* de Candelario Reyes (2024).
- *Los motivos del lobo* de Óscar Espinal Durón (2024).
- *Las hijas e hijos del golpe* de Estephany Maradiaga (2024).

APROXIMACIONES SOBRE LA HISTORIA DE LA LECTURA EN HONDURAS

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos
de la Editorial Nacional **Eva Thais** de la Secretaría
de las Culturas, las Artes y los Patrimonios de los Pueblos
de Honduras (SECAPPH),
en el mes de agosto de 2024.
Su edición consta de 1000 ejemplares.

HONDURAS

El libro ***Aproximaciones sobre la historia de la lectura en Honduras*** de Jorge Alberto Amaya es indispensable para todas y todos aquellos que forman parte del mundo de las letras en Honduras. Esta obra nos brinda una visión detallada sobre las diversas etapas de la lectura a través de sus instrumentos más importantes: los libros, periódicos y revistas. En sus páginas, el público lector podrá conocer cómo en Honduras la práctica de la lectura evolucionó del carácter religioso y devoto hacia temas más profanos, científicos, literarios y seculares.

En su obra, Jorge Amaya destaca la importancia de las primeras imprentas, editoriales, librerías y bibliotecas como centros de creación, intercambio cultural y promoción de la lectura, como la primera Biblioteca y Archivo Nacionales creados durante la Reforma Liberal de finales del siglo XIX, así como la importancia que tuvo la educación y alfabetización del pueblo hondureño en el proyecto de fomento de la lectura.

Para la Secretaría de las Culturas, las Artes y los Patrimonios de los Pueblos de Honduras (SECAPPH) es un honor presentar esta obra tan relevante para la literatura nacional. Este gesto cumple con el mandato de nuestra primera presidenta mujer, Xiomara Castro Sarmiento, de democratizar las artes y llevar la literatura nacional a las distintas comunidades del país, fortaleciendo así la cultura y literatura contemporánea

ISBN 978-99979-76-16-1

Secretaría de las Culturas, las Artes y los Patrimonios de los Pueblos de Honduras

DIRECCIÓN DEL LIBRO Y EL DOCUMENTO

Editorial Nacional Eva Thaís SECAPPH